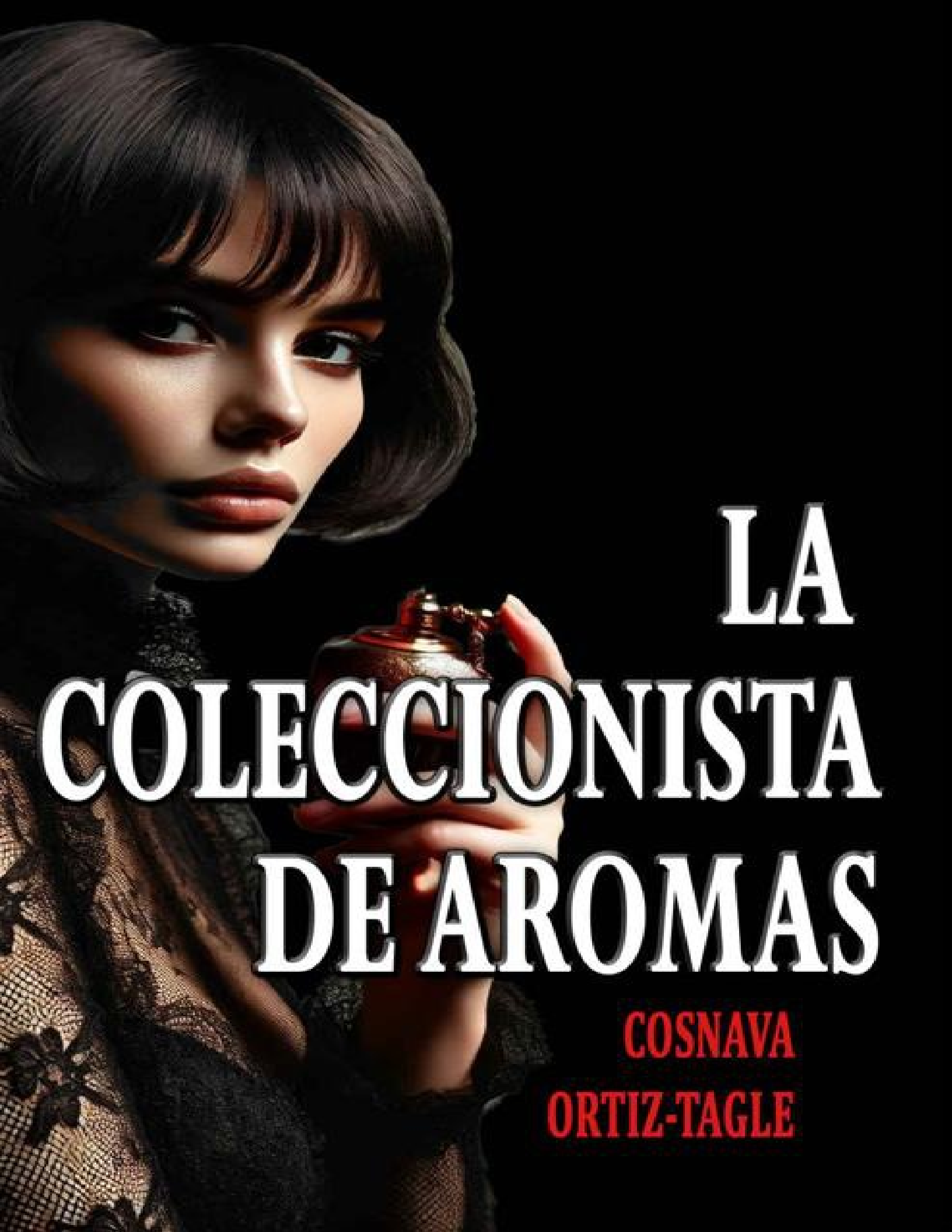


LA COLECCIONISTA DE AROMAS

COSNAVA
ORTIZ-TAGLE

Nuestro agradecimiento a **Cristina Suárez** por su amabilidad y su ayuda.

La Coleccionista de Aromas

© 2024 Sofía DeAlma de la presente Edición. (AKA Teresa Ortiz-Tagle)
© 2024 A Javier Cosnava de la obra
© 2024 A Teresa Ortiz-Tagle de la obra

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Una vez leí que el olor es la memoria más fuerte que tenemos.
Un olor puede detenernos en seco, llevarnos a otro lugar, a otro tiempo.
La Historia del Amor, Nicole Krauss.

Cuando nada subsiste de un antiguo pasado,
el olor y el sabor quedan aún mucho tiempo,
llevando sin titubear,
en la minúscula y casi impalpable gota de su esencia,
al edificio inmenso del recuerdo.
En Busca del Tiempo Perdido, Marcel Proust.

PRÓLOGO

Hechos reales



En esta novela ocurren muchas cosas increíbles, pero, como suele suceder en nuestras obras, están basadas en hechos reales.

Al final del libro, hay una nota que explica esos hechos.

No la leas hasta acabar el volumen (o eBook en dispositivo electrónico) que tienes en tus manos.

PRIMERA PARTE

ELVIRA



1.

Temblaba como una hoja al viento, me miraba con ojos temerosos.

—Hola —me dijo—. Me llamo Carmen.

—Hola. Yo soy Lucía.

Mi interlocutora tendría unos 50 años, alta, de pelo rizado. Llevaba una blusa de seda que se movía suavemente con cada pequeño temblor que la recorría.

—He oído hablar de "Aromas", tu tienda. Por eso he venido. Dicen, dicen… que haces milagros.

—No sé si los llamaría así —respondí, frenando una sonrisa.

—Se rumorea que puedes recrear cualquier olor.

Sus manos, temblorosas, sacaron de una bolsa de plástico, de esas que dan en los supermercados, una camisa arrugada. Era de un azul desvaído, con el cuello ligeramente desgastado por el uso.

—Esta camisa… es de mi marido. Juanito, se llama… se llamaba. Quisiera que creases un perfume con su olor. No solo hablo de que reproduzcas el olor de su colonia, también el olor de su piel... su esencia.

Carmen apretó la camisa contra su pecho, y sus ojos comenzaron a brillar, llenándose de lágrimas a punto de derramarse. Me conmovió al ver cómo brillaban sus ojos.

—Duermo con ella todas las noches desde que él… desde que él se fue. Pero la fragancia se está desvaneciendo, y tengo miedo de perder el olor y… lo que me queda de su presencia.

La seriedad de su rostro y la profundidad de su mirada me hicieron comprender el valor de esa prenda. Era más que un simple tejido, más que los restos de un aroma. Era el contenedor de una esencia que se terminaba.

—Carmen, recrear un aroma tan personal y único es un desafío muy grande. El olor de una persona es más que su perfume, es un conjunto de momentos, de emociones, de vida compartida. He comenzado a hacer los primeros ensayos hace poco y…

—Por favor —susurró ella, su voz quebrada—. Si pierdo su olor, es como si lo perdiera a él otra vez.

Asentí, entendiendo el peso del encargo que me hacía.

—Deja la camisa conmigo. Haré lo que pueda. Te prometo que trataré esta prenda con todo el respeto y cuidado que merece.

Carmen asintió, pasando la camisa a mis manos con un gesto que parecía un ritual de despedida.

—Cuídala —sus palabras eran un susurro—. Es todo lo que tengo.

—Te la devolveré mañana. Ven a primera hora —le pedí.

Le estaba ofreciendo una promesa no solo de mi habilidad como perfumista, sino de mi compromiso emocional con su historia. Una promesa demasiado arriesgada.

—Hasta mañana.

Carmen se marchó, dejando en el aire una mezcla de esperanza y desolación que en mi

pituitaria tenía toques de mirra y de sándalo, de dolor y de pérdida.

Me quedé allí, sosteniendo la camisa, ahora un objeto sagrado, un último vínculo del amor y de la memoria. Me prometí, en silencio, no solo intentar capturar el aroma perdido, sino también honrar la historia de amor que Carmen y Juanito compartieron.

Tal vez fuera una losa demasiado pesada, pero valía la pena intentarlo.

2.

Carmen entró en mi tienda al día siguiente. Su rostro reflejaba esperanza y ansiedad contenida. Apenas cruzó la puerta, le entregué un pequeño frasco.

—Aquí está, Carmen. Pruébalo.

Con manos temblorosas, destapó el frasco y lo acercó a su nariz.

—¡Oh, no es posible!

Un segundo después, las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas.

—¡Es perfecto! —exclamó entre sollozos y me abrazó.

—Me alegro de que te guste.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo puede oler exactamente a su ropa, su perfume y hasta… cómo decirlo… su presencia? ¡Es como tenerlo delante!

—Usé una técnica que captura los aromas microscópicos en la tela. Es como una fotografía olfativa. Se trata de una técnica nueva que he inventado. Un truco de prestidigitadora perfumista. Nada importante ni trascendental, pero queda bastante bien.

—¿Cómo puedes decir que no es nada importante ni trascendental? Lo es para mí. Y no solo para mí. Toda la gente en el barrio habla de tu tienda.

Aquello me sonrojó.

—Mil gracias.

—¿Cuánto tengo que pagarte? Esto significa todo para mí. Yo no soy precisamente rica, pero puedo llegar a los…

—No hay nada que pagar. Abrí la tienda no por dinero, sino para coleccionar historias y los aromas que las acompañan. Naturalmente, esto es una perfumería. Puedes comprar un perfume bien caro si te apetece. Pero estos productos que elaboro para clientes especiales… son eso, especiales. No los cobro.

—Probablemente porque no tienen precio.

Me abrazó de nuevo. Me sonrojé todavía más.

—Quiero crecer, experimentar... quiero ser una gran perfumista como mi madre —le expliqué entonces.

Carmen enarcó una ceja. Le dije:

—Mi madre, Elvira, trabajó para una gran empresa de perfumes, Eonix, toda su vida. Creó muchos aromas famosos. Yo quiero hacer grandes cosas como ella, pero no estar encadenada a una multinacional. Ella siempre se sintió atrapada, nunca fue feliz y yo… ¿cómo decirlo? Soy un espíritu libre.

—Hablas de ella como si ya no estuviera, con añoranza, como yo hablo de mi Juanito.

—No, sigue viva. Pero está enferma y… bueno, creo que siempre le quedó la espinita de no haber creado algo que fuese solo suyo. No sé si me explico.

Carmen asintió, comprendiendo lo que se escondía en mi respuesta, o fingiendo que lo entendía. Me es más fácil desentrañar el olor más complejo que a la más simple de las personas.

—Tu tienda es el lienzo en el que pintas —dijo entonces—. Algo que estás creando y que es solo tuyo.

Pues sí, Carmen me había entendido.

—Exactamente. Prefiero una cosa pequeña, pero mía, a un cargo de éxito en Eonix, Chanel o Dior.

Nos quedamos en silencio por un momento, compartiendo un entendimiento mutuo más allá de las palabras. Carmen guardó el frasco cuidadosamente en su bolso, como si fuera un tesoro. Luego me compró un Chanel n.º 5, un Dior Sauvage, un Nomades de Masover y un Eonix Maskerade, los perfumes más caros que tenía en ese momento en la tienda.

—Volveré —me dijo, a modo de despedida—, no solo por más perfumes, sino también para ver cómo evoluciona tu arte.

—Estaré aquí, creando, aprendiendo, y espero, ayudando a las personas a mantener vivos sus recuerdos.

Carmen sonrió, y con un suave “gracias” se marchó de la tienda.

Me quedé mirando la puerta cerrarse detrás de ella, sintiéndome algo más que una simple profesional del perfume; me vi a mí misma como una guardiana de la memoria, un puente entre el pasado y el presente.

¿Algo presuntuoso? Puede ser. Pero me sentía exultante. Al fin y al cabo, estaba cumpliendo mi sueño.

3.

Cerré la persiana de la tienda y salí a la calle, respirando hondo al sentir el aire fresco de la tarde, impregnado con aroma a tierra mojada y un sutil toque de pino que traía la brisa. Caminé desde la tienda hasta el piso que compartía con mi madre. Tardé apenas unos minutos. Al llegar, subí los escalones del antiguo edificio casi centenario. Me dolían las piernas. Tenía ganas de darme una ducha.

Al entrar al piso, vi a mi madre tumbada en una mecedora. Su cuidador la había colocado en la esquina más luminosa de la sala. Allí seguía. La cabeza, cubierta de un cabello canoso y fino, se inclinaba ligeramente hacia un lado, sus ojos perdidos en algún punto indefinido del techo.

—Ha sido un buen día, mamá —comencé, mientras dejaba mi bolso y me acercaba a ella.

Le expliqué lo de Carmen, cómo había venido con la camisa de su marido, Juanito, buscando capturar la esencia olfativa de un hombre al que añoraba.

—Para recrear el aroma de Juanito, primero analicé la composición de la camisa. Utilicé cromatografía de gases para identificar los compuestos orgánicos volátiles presentes en el tejido. Luego, combiné esos datos con esencias base que replican el perfume y los matices de su piel. Al final, añadí un toque de nylon para capturar la fragancia exacta del material de la camisa.

El salón donde mi madre pasaba sus días era un espacio suave y cálido. La luz se filtraba a través de las cortinas de encaje. Las paredes estaban adornadas con cuadros de paisajes y retratos familiares. En un rincón, junto a la ventana, la mecedora de Elvira se balanceaba ligeramente. Al lado, una mesita blanca sostenía una lámpara antigua y una peculiar caja de caoba que siempre había capturado mi curiosidad. Era una especie de joyero rectangular, de madera barnizada y adornada con intrincados grabados de escenas campestres. No se trataba de una caja china, pero tenía un mecanismo de apertura similar, requiriendo una secuencia específica de movimientos para revelar su contenido. Había que pulsar sobre los cuernos de un reno, en la falda de una aguadora y en el cierre superior. A la vez, o en secuencia. No conocía el secreto por entonces. Solo mi madre sabía abrirla.

—Creo que hice un buen trabajo, mamá. La cliente ha quedado muy contenta.

Su cuidador se despidió y se fue. Yo seguí hablando a mi madre, abrí la ventana y una vaharada de calor me golpeó el rostro.

—Hace calor hoy. ¿No crees? Voy a cocinar algo ligero para cenar —anuncié, esperando alguna reacción de mi madre, pero solo recibí el mismo vacío de siempre en su mirada.

Preparé la cena en silencio. Pero a veces elevaba la voz:

—¡Son albóndigas, tus preferidas!

Media hora más tarde, llevé el plato a mi madre y me senté junto a ella para ayudarla a comer.

El Alzheimer se te ha llevado, pero sé que sigues ahí, ¿verdad, mamá? ¿Eh, Elvira? —murmuré, intentando encontrar en sus ojos algún atisbo de reconocimiento.

Ella comió mecánicamente, sus movimientos descoordinados pero efectivos, guiados por la memoria muscular más que por cualquier conciencia presente. Yo no comí nada. Me sentía sin

apetito, absorbida por la tristeza de ver a mi madre así.

Se me había olvidado ducharme, pero me dio igual.

Arrastré mis pies hasta la ventana y me senté a ver la puesta de sol. El aire traía consigo los olores de costumbre: el aroma a polución y a romero de Vallirana, la ciudad a las afueras de Barcelona donde había pasado toda mi vida. Pero percibí algo más. Se movieron las aletas de mi nariz: el olor se había mezclado con otro más crudo y metálico, el de un autobús que acababa de pasar.

—¿A qué huele, mamá? ¿Lo notas? —pregunté, aunque sabía que no obtendría respuesta.

Me senté junto a la ventana, mirando cómo el sol comenzaba su descenso y decidí compartir ese momento con ella.

—Puedo oler también el chocolate recién hecho, mamá. Viene de la cafetería justo debajo de nosotras. Me recuerda a esas mañanas de domingo cuando tú preparabas el desayuno. —Hice una pausa, esperando algún gesto—. Y hay más. Percibo el olor a tierra mojada del parque. Los aspersores deben estar encendidos. Es tan fresco, tan lleno de vida…

Miré hacia la calle, observando el movimiento de los transeúntes.

—Los restaurantes cercanos también están comenzando a cocinar. Huele a aceite caliente y ajo.

Me giré nuevamente hacia mi madre.

—¿A qué huele para ti, mamá?

Pero su mirada seguía perdida, orientada esta vez hacia algún punto indefinido más allá de la ventana, más allá de los olores que yo le describía.

No hubo despertar aquella noche, solo enfermedad y silencio compartido.

4.

Pasaron una o dos semanas, y el aire de primavera comenzó a llenar los días con nuevos olores: el aroma fresco y húmedo de la tierra, o los primeros brotes de jazmín avanzando entre las calles de Vallirana. No era solo porque había nacido allí, era una ciudad que me gustaba, que era parte de mi ser. Estaba lo suficientemente cerca de Barcelona como para disfrutar de los beneficios y oportunidades que ofrecen las grandes urbes, y a la vez lo bastante lejos para poder disfrutar de la montaña y la naturaleza. Vallirana estaba rodeada de colinas cubiertas de pinos y encinas, olivos y almendros, que pasaban de largo cuando ibas en coche por la carretera nacional o la autopista camino de tu trabajo… o de regreso.

Un día decidí llevar a mi madre a pasear por el parque. Ella apenas ya se comunicaba por entonces, pero yo trataba de estimular su mente. Le hablaba, como siempre, de las cosas que amaba, de las cosas que amábamos…

—Mamá, ¿hueles eso? Es el olor de las lilas mezclándose con el frescor del césped recién cortado. —Mi madre caminaba a mi lado, de mi brazo, en silencio, su mente en algún lugar lejano. Pero continué, esperanzada—. Y allí, ¿puedes oler el café de la nueva cafetería? Dicen que usan granos traídos directamente de Colombia.

De repente, en un momento fugaz de claridad, mi madre se detuvo y aspiró profundamente.

—Jazmín... —murmuró, y una leve sonrisa apareció en sus labios.

—¡Sí, mamá! Sí, es jazmín.

Mi corazón se llenó de alegría. Ella me miró, confundida.

—¿Quién eres?

—Soy tu hija, Lucía. ¿Me recuerdas?

—Sí… sí… Has crecido.

Nos abrazamos, un abrazo lleno de la tristeza de saber que aquellos momentos de lucidez eran solo eso, momentos.

—Te quiero, mamá.

Mientras regresábamos, vi a Carmen al otro lado de la calle. Su aspecto había cambiado drásticamente: su ropa estaba sucia, se la veía desaliñada y su cabello, habitualmente rizado y bien cuidado, parecía no haber visto un peine en días. Caminaba cabizbaja, mascullando para sí misma, como perdida en su propia angustia. Iba a llamarla, pero se perdió al girar una esquina.

—Mamá, ¿a qué crees que huele ahora? —pregunté, más por mantener el hilo de nuestra conexión que por esperar una respuesta real.

Elvira no respondió, su breve momento de lucidez había pasado.

—Te lo digo yo, mamá. Huele a dolor.

Mis palabras eran un susurro. ¿Por qué Carmen parecía en tan mal estado? ¿Qué le había sucedido? ¿Qué había salido mal?

A nuestro alrededor, Vallirana seguía desplegando sus aromas. Pero ya no pensaba en ellos. Ni en los pestilentes tubos de escape de los automóviles que pasaban, ni en el aroma del pan recién

horneado. Nada podía ocultar el hedor agudo de la pena y la pérdida que, como unos fantasmas, seguían a Carmen y se reflejaban en los ojos de mi madre.

—El jazmín se ha marchado —dijo Elvira.

—Sí, mamá. Es cierto. El jazmín ha desaparecido.

5.

Después de ver a Carmen tan afligida y desmejorada, decidí llamarla. Tardó mucho en contestar.

—¿Sí? —dijo una voz extraña, adormilada.

—¿Carmen? Soy Lucía, de la tienda Aromas. ¿Cómo estás?

—Oh, Lucía... estoy, bueno, aquí, intentando... bueno, no… no intentaba nada… no hacía nada —su voz sonaba distante.

—Quería invitarte a pasar por la tienda cuando puedas. Tal vez podamos charlar un poco, como la última vez.

—Sí, sí, claro... —Carmen parecía dudar—. Intentaré pasarme por Aromas más tarde... o mañana.

—No hay prisa, cuando te sientas lista. Aquí estaré, Carmen.

Colgué el teléfono con una sensación de inquietud. Aquel día no vino. Al día siguiente, me dirigí a mi tienda, esperando ver a Carmen, pero no apareció. Mientras esperaba, decidí ocupar mi tiempo en ordenar el stock de mi tienda.

“Aromas” era mi pequeño refugio. Las paredes estaban adornadas con estanterías metálicas que albergaban frascos de cristal de todas las formas y tamaños. En la trastienda había una pequeña área, una especie de laboratorio, repleto de aceites esenciales y extractos naturales.

Todo lo que necesitaba estaba en aquel lugar. Me sentía muy feliz de tenerlo.

En ese momento, entró un cliente, un hombre de mediana edad. Se llamaba Enrique.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle? —pregunté con una sonrisa.

—Estoy buscando algo especial para mi esposa, nuestro aniversario es la próxima semana. Ella adora los perfumes florales, pero quiero algo... único, diferente, ¿sabe?

—Por supuesto, tenemos varias opciones. Quizás un perfume personalizado sería ideal. Podemos crear algo que capture su esencia, algo verdaderamente único para ella.

Mientras le mostraba algunas muestras, él asintió entusiasmado.

—Eso suena perfecto. ¿Cómo es el proceso?

—Primero, hablamos sobre los aromas que a ella le gustan, luego selecciono algunas esencias y creamos una fórmula inicial que usted puede probar y ajustar según lo necesite.

Enrique parecía satisfecho y decidió comprar dos perfumes que ya teníamos preparados, además de encargar uno personalizado.

—Estos los llevaré ahora, y volveré para el personalizado una vez esté listo.

Al cobrarle, le expliqué que, aunque vendía perfumes, los experimentos personales como el que hice para Carmen o el que preparaba ahora para él, no los cobraba. Para mí eran investigaciones privadas, una forma de avanzar en mi ciencia mientras ayudaba a mis clientes a hallar la felicidad a través de la memoria olfativa.

—Si sus mejores creaciones no las cobra, no se hará rica —me dijo.

—No pretendo hacerme rica.

—Las personas que no quieren hacerse ricas corren el peligro de acabar siendo pobres —me advirtió Enrique—. He trabajado toda la vida en un banco y he visto de todo. Sé de lo que hablo. Cobre un precio justo por sus creaciones. Nadie aprecia lo que es gratis.

Tal vez tuviera razón. De cualquier forma, una hora más tarde y después de haber vendido varios perfumes, champús y cremas hidratantes, mi último cliente se fue. Entonces regresó mi inquietud por el estado de salud de Carmen. Cerré la tienda, aún preocupada.

¿Qué le estaría pasando?

6.

Definitivamente, Enrique tenía razón. Debía cobrar por mis creaciones, porque cada vez andaba más corta de dinero.

—Mamá, estoy otra vez con los papeles —dije mientras revolvía entre facturas y extractos bancarios—. No sé si me va a llegar con tu pensión. No podré seguir pagando a alguien que te cuide cuando no estoy. Y paso mucho tiempo fuera de casa. Me da miedo dejarte sola, que necesites algo… lo que sea, o que te levantes, y no esté yo para ayudarte. No sé qué voy a hacer.

Los enfermos de Alzheimer no están físicamente impedidos. Muchos, en los últimos estadios de la enfermedad, experimentan breves momentos de lucidez antes de una desconexión total y definitiva. Se cree que la mente tiene unas reservas cognitivas que se activan, desesperadas, viendo que el tiempo se les acaba. Mi madre había hablado dos veces en pocos días cuando llevaba tres meses sin hacerlo. Y yo tenía miedo de que comenzara a moverse de nuevo por la casa, abriese la puerta y saliese a la calle.

—Aún no estamos en números rojos, pero…

Un documento que me había llegado dos días antes desde el banco donde teníamos nuestros exiguos ahorros me llamó la atención. Mostraba un ingreso de casi 20 mil euros. Suspiré aliviada. Miré la empresa remitente: EGlobal Limited.

—Mamá, ¿qué es EGlobal Limited? —pregunté, acercándome y mirándola a los ojos, esperando alguna respuesta.

No hubo ninguna, así que seguí con mis quehaceres. Terminé con el papeleo. Ahora la necesidad de dinero no era acuciante, pero tenía curiosidad.

—Mamá, ¿te suena EGlobal Limited? Es mucho dinero.

Aún sin respuesta, me dirigí a la cocina para preparar algo de comer, pero la pregunta seguía rondándome la cabeza.

—¿Quién es EGlobal Limited, mamá? ¿Alguna vez trabajaste con ellos?

Siempre que algo importante requería su atención o comprensión, yo entraba y salía de la habitación, llevando conmigo distintos olores para estimular su retentiva. Este método apelaba a la memoria olfativa, que a menudo permanece intacta mucho después de que otros tipos de recuerdos han empezado a fallar.

Aquel día llegué desde la cocina con un tapón de detergente con aroma suave de lavanda, un olor que siempre le había encantado. Mientras el perfume llenaba el aire, repetí la pregunta:

—Mamá, ¿recuerdas qué es EGlobal Limited?

Esperaba que el familiar y reconfortante olor activara algo en su memoria, un recuerdo lejano o una asociación que pudiera hacer resurgir la información que necesitaba.

Cada vez que regresaba, intentaba con un aroma diferente, el olor de vainilla de las galletas que solíamos hornear juntas, o el fresco y penetrante aroma de pino que traía consigo recuerdos de los paseos por los bosques cercanos a nuestro hogar. Con cada olor, la pregunta se repetía, cada regreso un intento de reconexión, de luchar contra lo que el Alzheimer estaba intentando

borrar.

—¿Qué es EGlobal Limited, mamá? ¿Recuerdas algo sobre esta empresa o lo que sea? —preguntaba mientras un nuevo olor se esparcía, esperando que este enfoque multisensorial le proporcionara un ancla al presente, aunque fuera efímera.

Lo intenté una vez más.

—Mamá, necesito saber qué es EGlobal Limited. Es importante.

Finalmente, cuando casi había perdido la esperanza, mi madre me miró. Su expresión era seria y algo preocupada.

—No te metas en ese asunto, hija. No te fíes de ellos. No te mezcles con esa gente —dijo con una claridad que raramente mostraba.

Y luego se fue de nuevo.

Su advertencia me dejó más inquieta aún. ¿Qué sabía mi madre sobre EGlobal Limited y por qué era tan importante que me mantuviera alejada? Decidí que necesitaba investigar más, pero con cautela. Mi madre, enferma o no, nunca hacía una afirmación gratuita.

—No te preocupes, mamá —dije, dándole un beso en la frente—. No me mezclaré con esa gente. Solo quiero descubrir quiénes son.

7.

Volví a mi tienda, sintiéndome algo más tranquila en lo económico. Pero mi curiosidad por la misteriosa empresa (o lo que fuese) que había enviado todo aquel dinero a mi madre no cesaba. Aprovechando la calma del final de la tarde, me senté frente a mi ordenador portátil y busqué en internet qué era EGlobal Limited. Encontré una corporación dedicada a exportar telas desde China, pero no entendía qué relación podía tener con mi madre. Al cabo de un rato, me di cuenta de que se escribía EGlobal Limited, casi igual, pero con un guion entre la E y la G. Decidí que no eran la misma empresa.

Tras otros errores similares (una tienda de tecnología en el Reino Unido y un negocio japonés dedicado al networking), encontré una pista en un documento PDF que me descargué sobre el mundo de la perfumería. El buscador Google me avisaba de que había una entrada que hablaba de Eglobal Limited.

Tardé un rato en hallar la pista definitiva: era una nota a pie de página.

“Eglobal Limited es una filial clave de la multinacional Eonix, especializada en la gestión integral de servicios financieros y administrativos, incluyendo el procesamiento de nóminas, gestión de beneficios y compensaciones, y administración de recursos humanos”.

Es decir, que Eglobal Limited era la que pagaba a los empleados de la empresa de perfumería en la que había trabajado mi madre casi 20 años.

—Pero mamá está jubilada. Le paga el Estado. ¿Por qué le ingresa aún dinero Eonix? —dije en voz alta.

Mi curiosidad aún no había sido satisfecha, así que seguí investigando.

A medida que leía, mi asombro crecía: Eonix no era simplemente una perfumería más, era un gigante con tentáculos extendidos a través de una vasta gama de industrias.

—Eonix es una corporación multinacional con intereses en la metalurgia, el petróleo, la venta de pisos y la alimentación, además de estar involucrada en la tecnología, la farmacéutica y hasta en servicios financieros —leí mientras me desplazaba por la pantalla para no perder detalle—. Su red de empresas incluye Eonix Metals, una de las mayores productoras de acero y aluminio del mundo; Eonix Energy, que opera en la extracción y refinamiento de petróleo en cuatro continentes; y Eonix Properties, dedicada a desarrollos inmobiliarios de lujo en más de veinte países, un brazo financiero que gestiona activos por un valor de más de cien mil millones de euros.

Y la lista continuaba. Estaban en todas partes, con filiales que iban desde los alimentos procesados, productos congelados y snacks, hasta una cadena de tiendas minoristas de electrodomésticos.

Me recosté en la silla, impactada por el alcance y la influencia de una empresa que, hasta ese día, era solo un nombre para mí.

—¿Cómo y por qué está conectada mi madre todavía con este coloso de los negocios? —murmuré para mí misma.

Era un misterio que no tardaría en descubrir.

8.

Eran cerca de las 7 de la tarde cuando Carmen vino por fin a verme, justo antes de cerrar la tienda. Traía consigo un olor a tristeza, de alguien que ha perdido todas sus fuerzas.

—No soy feliz —me dijo Carmen. Su voz sonaba rota—. Su recuerdo me está matando. No puedo avanzar.

—A veces, recordar con precisión un momento puede ser peligroso —respondí, sintiendo una duda creciente sobre mi trabajo y mi decisión de coleccionar historias y los aromas asociados con ellas.

Carmen se frotó inquieta las manos. Me miró. No dijo nada.

—Todos queremos un recuerdo —añadí, poniendo una mano en su hombro—, pero lo queremos imperfecto para poder moldearlo, avanzar con él hasta olvidar y pasar página. Un recuerdo perfecto de un momento perfecto puede ser una enfermedad.

—A pesar de todo, quiero esa enfermedad —dijo Carmen con determinación—. Es mi enfermedad, y quiero seguir viviendo el momento en que mi marido me besó al volver del trabajo y se quitó la camisa para darse una ducha. Justo antes del infarto. Aunque no pueda avanzar, aunque me esté matando.

Debía recapacitar sobre mi trabajo. No quería hacer daño a nadie. Y menos a Carmen.

—Puedo ayudarte a olvidar —le ofrecí, pensando en otro olor, quizás de otro momento menos feliz o más reciente, tal vez con uno de sus hijos. ¿Tenía hijos? No lo sabía—. Hay otros recuerdos que puedo...

—No —me interrumpió Carmen con firmeza—. No quiero olvidar.

—Lo entiendo, pero tienes mal aspecto, Carmen —continué, buscando alguna manera de convencerla de que no podía seguir así—. A veces, liberarnos de algunos recuerdos nos permite respirar y encontrar paz.

—¿Paz? —Carmen pareció reflexionar sobre la palabra—. Lucía, la paz sin él ya no me parece paz. Es solo vacío.

—Recuerdo cuando me hablaste de los días felices con él. Debió quererte mucho. Juanito no querría verte así.

—Sí, nos quisimos mucho. Pero todo lo que era alegre se ha vuelto doloroso desde que se fue.

—Quizás, con el tiempo, ese dolor se suavice. Déjame probar algo distinto para que superes ese dolor. Tal vez…

—No estoy segura de querer que se suavice —replicó Carmen—. Temo que al disminuir el dolor, Juanito se desvanezca completamente.

Me quedé pensativa, comprendiendo la profundidad de su conflicto.

—Tienes que pasar página. Pero, decidas lo que decidas, siempre estaré aquí para ti, para ayudarte en lo que necesites, sea para recordar o para olvidar.

Carmen ladeó la cabeza y suspiró. Había gratitud en sus ojos cuando se dio la vuelta y comenzó a caminar lentamente hacia la salida.

—¿No son la misma cosa?

Me quedé observándola hasta que se perdió de vista. Cada persona debe encontrar su propio camino a través del laberinto del duelo. Por desgracia, yo la había dejado perdida para siempre en un laberinto sin salida.

En adelante, tendría más cuidado. No volvería a crear un aroma asociado a los recuerdos de una persona desesperada, rota. Corría el riesgo de romperla del todo.

9.

El joven que cuidaba de mi madre se llamaba Álvaro. Tenía el cabello castaño cayendo sobre su frente, a veces recogido en una coleta improvisada. Tenía unos bonitos ojos azules, pero lo que más me gustaba de él era su olor: jabón neutro, suavizante de ropa y una sutil fragancia a madera y metal. Creo que hacía trabajos manuales en su tiempo libre, maquetas de aviones, astillas y piezas de hierro que se impregnaban en su aroma primario.

En alguna ocasión había fantaseado con acostarme con él. Yo tenía treinta y cinco años y llevaba once meses de celibato, desde que corté con mi novio. Pero… bueno, nunca di el paso. Álvaro tampoco lo dio.

—¿Todo bien? —le dije al llegar a casa.

—Todo perfecto. Ha comido bien y no se ha movido en todo el día. Como casi siempre.

—Como siempre, Álvaro.

Me sonrió con calidez.

—Como siempre. Tienes razón.

Era un buen chico. No había terminado la carrera de enfermería y cobraba mucho más barato que nadie que yo hubiera conocido. Tal vez por eso nunca quise que nuestra relación fuese más allá. Me importaba más lo bien que trataba a mi madre y el poco dinero que me costaban sus servicios que una relación pasajera. No quería estropear algo que funcionaba.

—Adiós. Hasta mañana.

—Nos vemos, Lucía.

Mi madre me esperaba en el salón. Seguía en su mecedora, junto a la pared, enmarcada por varios cuadros que mostraban tranquilos paisajes y fotos de la familia. Parecía mirar la caja de caoba que descansaba eternamente sobre una mesita baja. Elvira la colocó allí personalmente, fue una semana o dos antes de que empeorase, de que comenzase a marcharse días o semanas enteras al Reino de Nunca Jamás.

—Buenas tardes, mamá.

Aquella caja me había intrigado desde hacía años. Durante mucho tiempo mi madre la tuvo en la mesita de noche, como si necesitase tenerla siempre a mano. Y nunca me dijo cómo abrirla ni qué contenía.

—Me voy a hacer la cena.

—Quédate un rato a mi lado, hija.

Me volví. El rostro de mi madre se había iluminado con un destello de reconocimiento. Me miraba fijamente, como si intentara descifrar el motivo de mi preocupación.

—No estés triste —dijo con una claridad que no había escuchado en mucho tiempo.

—¿Mamá? ¿Ma…? —balbuceé.

—Debes ser feliz, alegrar tu cara —continuó.

Quise hablarle de Carmen, de cómo su historia me había afectado, pero me detuve. No quería desperdiciar ni un minuto de este precioso tiempo hablando de mis preocupaciones. Sabía que

sus últimas reservas cognitivas luchaban por mantener su mente en funcionamiento. Y también sabía que estaban a punto de sucumbir.

—Estoy bien, de verdad.

—No es verdad. Te conozco. Estás triste por algo.

—Es cierto, pero ahora que hablo contigo me siento de nuevo feliz.

Le di un beso en la mejilla.

—El mundo no es una fórmula química, Lucía. ¿Recuerdas que te lo decía siempre de niña?

—Sí, mamá.

—El mundo no es una fórmula química —repitió—. No es bergamota ni almizcle, ni siquiera es el ámbar gris más exótico, ni otros componentes que puedan crear la fragancia más increíble. El mundo es pasión, es acción, es riesgo. Enfádate alguna vez y mándalo todo a la mierda. Hija mía, no vives tu vida, solo la hueles. Siempre me ha preocupado que no seas feliz, que no sepas ser feliz.

No entendía bien a qué se refería.

—¡Pero yo soy feliz!

Antes de que pudiera responder, Elvira se levantó con dificultad y caminó hacia la mesa baja. Cogió su caja, presionó sobre las figuras en relieve.

—Debes olvidar para ser… para… —murmuró, moviendo sus dedos sobre el complicado engranaje.

Sus dedos comenzaron a moverse con destreza buscando el mecanismo de apertura, pero de pronto se detuvieron, congelados en el aire como si hubiera olvidado el siguiente paso. La observé, deseando que el velo de confusión se disipara, pero no ocurrió. Permanecí a su lado, aguardando pacientemente, deseando que volviera a mí.

Después de media hora de espera, supe que no regresaría más aquella noche. Con delicadeza, le quité la caja de las manos y la puse de nuevo en su lugar.

—Está bien, mamá. Estoy aquí —le susurré.

Luego la llevé a su cama, la arropé y comencé a cantarle una melodía suave y dulce que la ayudaba a dormir.

—Duérmete ya, mi sol, la luna ya salió... —mi voz llenaba el espacio, suave y baja.

Elvira me miró, y por un momento pareció que la música la alcanzaba, llevándola de regreso a un lugar seguro y conocido. Sus ojos se cerraron lentamente, y su respiración se hizo más profunda y regular.

Continué cantando hasta asegurarme de que estaba dormida, profundamente tranquila y en paz. Me quedé a su lado un rato más, mirándola dormir.

—¿Qué buscabas en esa caja, mamá? —dije para mí misma cuando me dispuse a abandonar la habitación.

—El olvido —murmuró ella en voz muy baja.

Tan baja que a veces creo que lo soñé.

10.

—Buenos días, Lucía. He escuchado maravillas de tu trabajo y me preguntaba si podrías ayudarme a recrear algo muy especial —dijo una mujer de mediana edad, con una expresión nostálgica en su rostro.

—Por supuesto, estaré encantada de ayudar. ¿Qué recuerdo le gustaría revivir?

—Es el olor del mar de Santander —sus ojos brillaron al decirlo—. Pasé allí todos los veranos de mi juventud, y me gustaría poder recordar esa brisa marina y el aroma salado del mar.

No se la veía desvalida ni desesperada. Pensé que podía ayudarla. No se trataba de otra Carmen. Era una mujer satisfecha de su vida que solo pretendía mejorarla. Decidí aceptar su proposición.

—Trabajaré para capturar el aroma fresco y revitalizante del mar para usted. Volverá a sentir la arena bajo sus pies en unos días.

—¿De verdad? Si eres capaz de hacer eso, no eres una perfumista sino una maga.

—No es la primera vez que me llaman así.

Reímos y charlamos largo rato. Poco después de que mi clienta se marchase, un hombre entró con paso decidido.

—Hola, un amigo me recomendó tu tienda. ¿Eres la experta en olores, verdad?

—Así es, ¿en qué puedo ayudarte?

Por lo visto, se estaba corriendo la voz y cada vez tenía más compradores satisfechos.

—Quisiera volver a experimentar el aroma del bosque de pinos donde mi padre y yo acampábamos cuando yo era un niño. Era un lugar especial para nosotros.

—Muy bien. Recrearé ese aroma para ti, pero tendrás que indicarme de qué bosque se trata, la época del año y muchas otras cosas.

—Mi amigo me dijo que me pedirías algo así. He traído todo tipo de datos y especificaciones.

No mucho después, una pareja joven, cogida de la mano, entró por la puerta.

—Hola, hemos oído que puedes hacer magia con los olores —comenzó el joven, mientras su pareja asentía dubitativa—. Nos comprometimos frente a una pastelería en París hace dos años y querríamos… bueno…

La joven le dio un codazo amistoso. Fue ella la que prosiguió:

—Nos encantaría poder recordar el aroma de aquel día. Si es posible.

—Qué romántico —respondí sonriendo—. Claro que es posible. Puedo trabajar con aromas de mantequilla fresca, harina recién horneada y un toque de vainilla. Necesito que me deis mucha información de ese día, pero procuraré que regreséis de nuevo a ese momento exacto de vuestras vidas.

La tienda iba viento en popa y, como es lógico, tuve que comenzar a cobrar por mis servicios especiales. Al fin y al cabo, debía viajar a Francia o a Santander o a donde me pedían mis clientes, para capturar in situ olores que precisaba para completar los encargos. Me sentía orgullosa, reconocida, y a menudo soñaba con que tal vez podría vivir de mis creaciones y no de

los perfumes que vendía de las grandes marcas.

—Sería maravilloso —decía, soñando a menudo en voz alta.

Pero solo era un sueño.

11.

Carmen vino a verme aquella misma semana.

—Estoy bien —afirmó, pero su apariencia delataba que mentía. Sus ojos, hundidos y sombríos, y su rostro, cada vez más delgado, contaban una historia diferente.

—Recuerda que puedes pedirme ayuda cuando la necesites. Aquí o en mi piso si encuentras la tienda cerrada. Ven cuando quieras.

Me sentía culpable. Era por el momento mi primer fracaso. Y esperaba que fuese el último.

Por la tarde, cuando regresé a casa, mi madre había empeorado. Álvaro me dijo que apenas comía ya, como si hubiese olvidado incluso cómo masticar. Estuve con ella hasta la noche, intentando darle un plato de puré de patatas.

—Hoy un hombre quería recordar el olor del jardín de su abuela después de la lluvia. ¿No es maravilloso? —le expliqué, intentando conectar con ella.

Ella miraba al vacío a través de la ventana, perdida en sus propios pensamientos o en la ausencia de ellos.

—Vamos, mamá, come algo.

De repente, alguien llamó a la puerta de la casa. Me levanté y fui a abrir; era Carmen, que entró como una exhalación.

—Lo que haces no está bien —exclamó Carmen con voz temblorosa—. Nunca debí desear que revivieses su olor. Y tú no debiste hacerlo. Me está matando. No puedo más.

Estaba desmejorada, con la ropa sucia, el pelo aún más despeinado y ojeras marcadas bajo los ojos, como si no hubiera dormido en días. Sus manos temblaban a causa del estrés y el agotamiento, y acaso una pena infinita.

Comenzamos a discutir; Carmen me echaba la culpa de su pérdida de peso, de pelo, de sus ganas de vivir, de todo.

—Carmen, solo quise ayudarte —me defendí—. No soy la única culpable. Tú me pediste que trajese de vuelta el olor de Juanito y yo…

—¡No lo entiendes! —gritó ella, con lágrimas en los ojos—. Cada vez que huelo ese perfume, siento como si él estuviera aquí, pero solo es una ilusión cruel, una mentira. Me consume por dentro.

—No era mi intención que sufrieras así —dije, tratando de mantener la calma—. Pensé que te traería consuelo, no más dolor.

—¡Pues te equivocaste! —replicó, su voz cargada de un resentimiento que olía a cenizas, mezcladas con un toque agrio de metal—. Me hace revivir el pasado una y otra vez, y no puedo seguir adelante. Estoy atrapada.

—Tienes que tirar el frasco de perfume que hice para ti. Es la única solución.

—¡No! ¿Estás loca?

En un momento de desesperación, Carmen me zarandeó. El olor de la dejadez de Carmen me envolvió: una mezcla de sudor rancio, ropa sin lavar y el tenue aroma a moho que emanaba de su

cabello descuidado.

—¡Estás loca! ¡No puedo abandonar a Juanito! —repetía una y otra vez.

El ruido y la agitación despertaron a mi madre. Con una lucidez inesperada, se levantó y fue a por la caja de caoba que siempre guardaba cerca de su mecedora. Carmen me había agarrado de los hombros con fuerza y no podía moverme. Observé a mamá mientras abría el complejo mecanismo de la caja, presionando los cuernos del reno, la falda de la aguadora y el cierre superior. Sacó un frasco pequeño de cristal esmerilado y se acercó a Carmen.

—Olvida —dijo mi madre mientras pulverizaba el perfume sobre su rostro.

—¿Qué es esto? —preguntó Carmen, confundida, retrocediendo.

—Es el Elixir de los Corazones Rotos —respondió mi madre con una claridad sorprendente—. Confía en mí. Quita el dolor. Te hará olvidar.

Carmen pareció dudar por un momento, pero luego el aroma la calmó y una sonrisa se esbozó en su rostro.

—Ahora todo irá bien. El olvido es la cura de todas las penas —añadió mamá.

—Pero, pero…

Elvira se acercó a Carmen y le susurró varias frases al oído.

—¿Lo ves? El dolor no es nada.

Eso fue todo lo que pude entender. Hablaron un par de minutos más.

—Sí, sí, es verdad —murmuró aliviada Carmen, esbozando una sonrisa.

Y se marchó de nuestro piso con pasos lentos, como si estuviera en trance.

Mi madre volvió a su mecedora y poco a poco se alejó de nuevo hacia las brumas del Alzheimer.

Pero yo no podía permitirlo.

—Mamá, no entiendo lo que ha pasado. ¿Qué has dicho que era esto? —pregunté, perpleja, cogiendo el frasco opaco de su mano.

—Es un secreto antiguo, querida Lucía —susurró con una sonrisa enigmática antes de que su mirada se perdiera otra vez—. Es el secreto que creé para aliviar el corazón y liberar el alma de las cadenas del recuerdo.

Mi madre se meció suavemente, y la habitación quedó en silencio. Me quedé allí, sosteniendo el frasco, incrédula.

—Mamá, tienes que explicarme más. ¿Cómo es posible que esto haga lo que dices?

Pero Elvira ya no estaba allí conmigo. Y no volvió a despertar jamás. La mañana siguiente falleció de un derrame cerebral.

12.

El día del entierro, el aire estaba cargado con el aroma a lirios y rosas que adornaban el ataúd. Los rezos se elevaban en el aire. El incienso quemado durante la ceremonia dejaba un rastro perfumado que se mezclaba con el humo de las velas.

El rostro de Elvira, pálido y sereno, parecía en paz. Me acerqué para darle un último adiós. Olía a citronela y vainilla, el rastro de su perfume preferido, que ella misma había creado para Eonix años atrás.

Después de la ceremonia, regresé a nuestro piso, ordené sus cosas y comencé a doblar la ropa de mi madre. Cada prenda traía consigo una oleada de recuerdos. Guardé con cuidado sus suéteres en el armario. Recogí sus cepillos y peines, aún con mechones negros enredados, y limpié el polvo acumulado sobre sus libros favoritos.

Por último, encontré el frasco del Elixir de los Corazones Rotos; lo deposité en la palma de mi mano. Era el legado de mi madre.

—No sé qué eres, no sé cuáles son tus verdaderos efectos… pero juro por Dios que lo voy a descubrir.

SEGUNDA PARTE

CARMEN



1.

Pasó un mes, tal vez dos.

Llegó el verano con sus olores frescos de junio, fragancias ligeras, flores nocturnas, césped recién cortado, tierra húmeda después de la lluvia.

El aroma subía por las calles y se colaba por las ventanas abiertas.

—He vendido muchos perfumes este mes —le dije a Carmen un día que se pasó a visitarme.

Carmen me sonrió débilmente. Parecía cada vez más serena, liberada del encantamiento de los recuerdos.

—Me alegra oír eso, Lucía. Pero... necesito tu ayuda otra vez. Querría un poco más del elixir de los Corazones Rotos. Creo que estoy lista para pasar página por completo.

Con cuidado, saqué el frasco y le di una aspersión. Carmen cerró los ojos, respirando profundamente.

—Es increíble... —murmuró—. Cada vez que lo inhalo, es como si me transportara a un lugar donde todo es inmóvil, sosegado. No sé cómo explicarlo. Es una sensación de paz que no creo que se pueda describir completamente.

—He estado investigando el elixir que preparó mi madre —le expliqué mientras guardaba el frasco.

Me sabía la composición de memoria:

Notas de Salida: El primer aroma era de mandarina y pimienta rosa, que aportaban un toque cítrico y picante en el primer encuentro con el perfume.

Notas de Corazón: Cuando se desvanecían los aromas iniciales llegaba la rosa de Damasco y la violeta, que proporcionaban una suavidad floral, aromática y envolvente.

Notas de Fondo: Y al final quedaba una fragancia de sándalo y vainilla, que añadían una profundidad cálida y dulzor persistente.

—Pero debe haber algo más, algo que no logro reconocer —añadí—. De lo contrario sería un perfume y nada más. Mi madre debió inventar un compuesto que actúa de manera sutil, potenciando las emociones sin ser un aroma claramente identificable. Y eso es lo que sana los corazones rotos. Yo también tengo algún truquillo para hacer mis perfumes, pero sea cual sea el suyo, sobrepasa mis conocimientos. No he conseguido encontrar nada ni haciendo análisis químicos.

Carmen asintió, aún con los ojos cerrados, saboreando la calma que el elixir le proporcionaba.

—Me gustaría saber tanto de olores y de fragancias como tú. Es un mundo fascinante.

—Te puedo enseñar si quieres.

—Oh, eso sería genial. Los martes tengo un par de horas libres por la tarde.

—Nos vemos este mismo martes, si quieres.

Carmen parecía feliz. Por fin.

—Gracias, Lucía. Realmente, gracias —dijo, abriendo los ojos y sonriendo con sinceridad antes de despedirse y marcharse.

A punto de cerrar la tienda, mi teléfono sonó.

—Está usted llamando a “Aromas”. Dígame.

—Ponga usted el precio —dijo una voz al otro lado de la línea.

—¿Perdón? —respondí, confundida.

—Me llamo Arturo Lefranc. Quiero que venga a verme a Barcelona. La necesito. Y antes de hablarle de la petición que voy a hacerle, quería dejar bien claro que puede usted poner el precio que quiera. Sé que tendrá que cerrar su tienda por un tiempo o contratar a alguien, sé que mi petición no será fácil de resolver... así que ponga usted el precio.

Respiré muy hondo, pensé en una cifra desorbitada, luego la doblé. No es que fuera aceptar, solo quería ver si el señor Lefranc iba en serio. Así que dije:

—60 mil euros.

Al otro lado de la línea, no hubo ni un instante de duda.

—Perfecto. Tendrá su dinero. Venga mañana mismo a verme.

Me dio sus señas. Yo las tomé de forma maquinal, apuntando como un autómata. No terminaba de creerme lo que acababa de pasar.

—Nos vemos a las 10 en punto —dijo Arturo a modo de despedida.

Colgué el teléfono, el corazón latiendo con fuerza ante la incertidumbre de lo que me esperaba.

¿Qué demonios era tan importante, tan urgente y valía tanto dinero?

2.

Arturo Lefranc vivía en Pedralbes, uno de los barrios más exclusivos y ostentosos de Barcelona. Tal vez el que más. Y, precisamente por ello, no se parecía mucho a Vallirana. Allí no encontré el aroma de los jubilados, de los trabajadores, de la gente de la calle. Pedralbes rebosaba de clubes privados, millonarios, diplomáticos y de la fragancia de jardines meticulosamente cuidados, flores exóticas y bellos parterres: el aroma del lujo, que huele a muchas cosas caras, exclusivas, y flota de manera persistente en el aire.

Es como un hedor que huele bien. Una paradoja que solo entienden los ricos.

Al llegar a la casa de Lefranc, descubrí que la majestuosidad de la casa de Arturo era casi ofensiva. Situada entre las mansiones de dos conocidas estrellas del fútbol, era pomposa y hortera, llena de columnas y capiteles griegos y romanos. Quería evocar, o eso pensé, un templo antiguo con frisos detallados, estatuas de dioses mitológicos y frescos que narraban escenas de la Odisea de Homero.

Arturo me recibió extendiendo una mano delgada y firme.

—Hola, un placer conocerla por fin. Perdone la forma un tanto directa con la que la abordé por teléfono, pero así es como soy yo. Cuando quiero algo, lo consigo. Sin excusas ni medias tintas.

El señor Lefranc tendría unos 50 años, delgado, de cabello blanco, cejas todavía negras y una mirada incisiva. Vestía un batín de seda que olía ligeramente a tabaco, un aroma de cigarros caros que resultaba embriagador y un tanto desagradable.

—El placer es mío —respondí.

Tomé asiento en un sillón mullido cuyos brazos terminaban en elaboradas cabezas de león.

—Soy rico —dijo entonces mi interlocutor, con una franqueza que me cogió por sorpresa.

—Lo había supuesto —contesté con una sonrisa.

—No, no ha supuesto bien lo rico que soy. Lo soy aún más. Mi padre fue diputado a las Cortes, embajador en Brasil y se hizo millonario, o, para ser exacto, aún más millonario, con la industria maderera.

—Una suerte —comenté, aún intentando comprender a dónde quería ir a parar.

—O una maldición. Ya de joven lo tenía todo. Así que nada me interesaba porque nada me resultaba un reto. La edad me ha hecho más sabio, pero sigo sin sentirme completo. Por suerte, tengo a mi hermana Julia y a mis sobrinos. Ellos dan sentido a mi existencia. Nada más.

Arturo señaló hacia el jardín, donde una mujer y dos niños pequeños (de unos nueve o diez años) jugaban entre risas con pistolas de agua. Bañada por la luz del sol que filtraban los árboles, parecía una escena de postal. Aquello me hizo sentir extraña, como si no fuera una imagen real.

—Me sorprende que seas tan franco con tu vida privada —admití.

—No me tutee, por favor. No me gusta —dejó escapar una risa falsa y prosiguió—: Lo que quiero de usted es muy personal, así que tengo que hablarle de cosas personales. Creo que solo usted puede conseguir lo que quiero, lo que necesito.

—¿Qué es eso tan personal que necesita?

Arturo se levantó, clavando su mirada en mí con una intensidad que me hizo sentir incómoda.
—Alguien me ha robado un recuerdo, quiero que me lo devuelva.

3.

Paseamos por el jardín: estatuas clásicas, fuentes de mármol, senderos de mosaico y pérgolas cubiertas de enredaderas sinuosas. La hermana y los sobrinos de Arturo se habían alejado y ahora jugaban cerca de la cancha de baloncesto.

Los olores de la vegetación que rodeaba la enorme mansión se volvieron intensos y reales, dominados por las notas enérgicas, terrosas, de un grupo de árboles centenarios que guardaban los secretos de la propiedad.

—Cuando yo era niño —comenzó Arturo—, visitábamos a menudo una zona exclusiva en la playa de Miramar, en Valencia. Era un lugar para la élite, donde los niños como yo y mi hermana Julia, que entonces tenía apenas dos años, podíamos correr y jugar sin preocupaciones.

—Los recuerdos de la infancia son los mejores —comenté, mientras continuábamos nuestro paseo.

—Sin duda. Pero el caso es que los míos están incompletos. Encontré, a la muerte de mi padre, hace seis meses, una foto rota en su caja fuerte. No le di importancia en ese momento. Pensé que era algo importante para él, un día feliz, no sé…

—¿Y su madre?

—Murió hace más de veinte años.

Arturo miró hacia su familia, asegurándose de que estaban lo suficientemente lejos para no escuchar nuestra conversación.

—He comenzado a tener sueños de ese día en la playa. Y me ha venido un flash, un destello, una imagen. Una camisa roja y mi padre muy enfadado.

—¿Eso es importante? ¿Su camisa es importante? —pregunté, intrigada por la dirección de su relato.

—En mi sueño, o lo que sea, mi padre grita, me golpea. Y la camisa no es mía. Es de mi hermano mayor.

—¿También tiene un hermano mayor?

Por la forma en que había hablado de Julia y sus sobrinos me había parecido que eran su única familia.

—No, no tengo un hermano mayor. Ese es el problema. Pero lo tuve. He mandado a gente de mi confianza a investigar. Mi padre borró todos los registros. Tenía amigos poderosos. El caso es que me ha costado incluso saber su nombre. No hay partida de nacimiento ni de defunción, pero sé que estaba aquel día de vacaciones en la playa, ese día que no recuerdo. Encontré en un altillo un anuario escolar. Antonio Lefranc. Es todo lo que tengo.

Me detuve, intentando asimilar la información.

—¿Y qué espera de mí? —pregunté, aún confundida por cómo avanzaba la conversación.

—He oído lo que hace, cómo rememora a través de los olores una sensación, un momento… Quiero que me traiga los olores de aquel viaje a la costa valenciana. De mi familia, de mí, todos juntos aquel día —Arturo planteó su solicitud con un tono de urgencia, el tono de una persona

acostumbrada a dar órdenes y a que todos le obedezcan.

—Hasta ahora he intentado traer el aroma de un momento de pocos días o meses atrás, como mucho dos años. Cuando es más tiempo puedo conseguir un olor poco específico, el de la casa de un familiar, un lugar que ha permanecido cerrado o algo muy general, como el olor de la playa de Miramar, cosa que sí podría hacer. Pero traer el olor de un lugar y de las personas que estuvieron en un tiempo lejano, yo creo que no…

—Repito. Quiero el olor de aquel momento exacto, del lugar, de mi hermana y de mí, y de mis padres, de todo el conjunto… y lo más exacto que pueda. Porque pasó algo malo, terriblemente malo. Y no sé lo que es.

—Lo que me pide es que reviva a la perfección un aroma formado por múltiples individuos y que existió hace, no sé… ¿40 años? —pregunté, intentando entender la magnitud de su pedido.

—46 años para ser exactos —corrigió Arturo.

—Por Dios. ¡Eso es imposible! —exclamé—. Las fragancias de un lugar cambian con el tiempo; la composición química del aire, la flora que quizá ya no exista en la misma forma o cantidad, el impacto humano alterando el paisaje natural o sus seres queridos que ya no están, como su padre y su madre.

—No hay nada imposible, Lucía. Tiene todo el tiempo que quiera y todo el dinero que necesite. ¿Le he dicho ya que soy muy rico?

—El dinero no lo compra todo —respondí, aunque el desafío me tentaba.

—Oh, sí lo hace. A mí me va a comprar unos recuerdos que perdí. Mire si es capaz o no de comprarlo todo.

Dudé. Las dificultades técnicas de lo que me pedía eran enormes. Arturo se inclinó sobre mí; su voz era como el siseo tentador de una serpiente:

—Le montaré una nueva tienda, Aromas 2, en el mejor barrio de Barcelona. Le daré el doble de dinero del que habíamos pactado. Y podrá seguir haciendo lo que le gusta mientras trabaja en mi “caso”, por así decirlo. No le faltará de nada y… bueno, puede tomárselo como un reto. Creo que a alguien como usted deben gustarle los retos.

—Me encantan —admití, aunque la magnitud del proyecto me intimidaba un poco.

—Dígame al menos que lo va a pensar.

—Lo pensaré —le dije, pero ya me había decidido internamente; era realmente un reto increíble.

—Gracias por aceptar —repuso Arturo, que parecía saber cuándo había cerrado un trato.

—Aún no he aceptado.

Los labios de Arturo se curvaron maliciosamente.

—Por supuesto. ¿Una copa de champán para celebrar que se lo está pensando?

Acepté, por supuesto.

—Supongo que será un champán de edición exclusiva y ridículamente caro.

—De eso no le quepa duda —confirmó Arturo, guiñándome un ojo mientras se dirigía a buscar la botella—. Tan ridículamente caro que es un precio casi obsceno.

4.

Mi nueva tienda, Aromas 2, estaba ubicada en la calle Muntaner, en el barrio de Sant Gervasi. Me encantaba aquel lugar, que desprendía un aroma a naranjos en flor, mezclado con el inconfundible aroma a cacao que emanaba de un taller de chocolates gourmet que habían abierto a pocos metros.

Había dudado antes de aceptar aquel regalo. La responsabilidad de dirigir dos establecimientos me hacía sentir una cierta sensación de vértigo. Además, no estaba acostumbrada a que las cosas me resultasen fáciles. Todo en la vida me había costado sudor y lágrimas. Así que supongo que me dejé agasajar.

Y me gustaba que me agasajasen, aunque fuera un poco. Pensé que me lo merecía. Qué demonios: me lo merecía.

Mientras me instalaba, hice un pequeño estudio de mercado. Sant Gervasi era un barrio de gente acomodada, con alto poder adquisitivo. Mis vecinos eran abogados, banqueros y profesionales liberales. También había muchas oficinas de empresas y establecimientos de alto standing, tanto en temas gastronómicos como en ropa, complementos o, como en mi caso, perfumería. Es decir, que había elegido a la perfección. Al menos en teoría.

Arturo, por su parte, me dejaba hacer a mi ritmo, sin presionarme para que comenzase con la tarea, en apariencia imposible, de recrear un momento perdido de su infancia.

—¿Todo bien?

A veces me llamaba. Nunca preguntaba por mis avances, solo era amable.

—Todo bien, Arturo.

—¿A quién has dejado a cargo de tu tienda en Vallirana?

—A Carmen, una clienta… una amiga, las dos cosas. Le he tenido que dar un curso acelerado de perfumería. Aunque básicamente se dedicará a vender y me mandará a mí cualquier encargo especial. No creo que le cueste mucho. Es muy inteligente.

—Dices que fue tu clienta. ¿A ella también la ayudaste con uno de tus perfumes?

—Sí, pero ella recordaba bien el instante que quería rememorar.

—Claro, eso lo hace más sencillo, pero menos interesante —dijo Arturo.

Aquel rico engreído me caía bien. A pesar de su ostentación y su desconcertante franqueza (y de ser, en efecto, rico y engreído), había en él un cierto encanto, algo que le hacía distinto al resto de los hombres. O tal vez es que había conocido a pocos hombres verdaderamente ricos…

Me trasladé a vivir a un dúplex a pocas calles de mi tienda, en un edificio con vistas a una avenida arbolada. Llamaba todos los días a Carmen.

—¿Todo bien por la tienda?

—Sin novedad, capitana.

Solté una carcajada. Mientras charlaba con mi amiga, abría las cajas de la mudanza. Encontré la caja de mi madre y puse dentro el elixir de los Corazones Rotos. Era un buen sitio para esconderlo, después de todo: mamá lo había escogido bien. Miré una última vez la botella. Era

pequeña, negra y delicada y, mirada al trasluz, el líquido parecía contener pequeñas estrellas flotando en un universo en miniatura.

—¿Y tú te encuentras… recuperada? —pregunté entonces a mi amiga—. Ya sabes a qué me refiero.

Carmen lo sabía.

—Perdí los nervios. Creo que estaba en la última fase del duelo y lo pagué contigo. Creo que la fase se llama "estoy hasta los ovarios de estar en una fase del duelo".

Esta vez reímos las dos.

—Pero gracias al elixir de tu madre estoy totalmente recuperada —añadió—. Es un invento maravilloso. Espero que lo hayáis patentado porque vale millones.

—No se puede patentar algo cuya composición se desconoce. No sé lo que hay exactamente, me falta conocer un ingrediente, ese que lo hace especial; tampoco sé en qué proporciones hay que mezclar los otros componentes o cómo mi madre ejecutaba la fórmula para su creación.

—¿Tu madre no te lo dijo?

—No estaba ya en condiciones de decir gran cosa.

—Qué pena. Creo que es un invento maravilloso. A mí me ha salvado la vida.

Cada vez dudaba más sobre qué había hecho exactamente mi madre para la corporación Eonix o por qué seguían pagándole una fuerte suma todos los años. Le daban demasiado dinero, como si guardara un secreto; ¿tal vez algo ilegal? Le di vueltas al tema, intentando conectar los puntos. Pero me faltaban datos.

Después de mucho dudar, decidí llamar a la sede de Eonix.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —respondió una voz femenina al otro lado de la línea.

—Hola, buenos días. Les llamo porque mi madre trabajó para ustedes hace unos cinco años. Su nombre era Elvira Fernández.

—Muy bien, ¿y cómo puedo ayudarla con eso? —preguntó la telefonista, con un tono neutral, casi desinteresado.

—Ella dejó el trabajo cuando comenzó a mostrar síntomas de Alzheimer. Estoy tratando de obtener más información sobre su empleo en Eonix, cualquier detalle podría ayudarme.

Hubo una breve pausa.

—Voy a transferirla con nuestro departamento de Recursos Humanos, un momento por favor.

Tras unos segundos de música de espera, una nueva voz de mujer apareció de la nada.

—Recursos Humanos de Eonix Eglobal.

—Hola, gracias. Mi madre, Elvira Fernández, trabajó para Eonix y...

—Sí… ya sé. Me han informado. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Lucía.

—Lucía, escuche. Lo siento, pero no estamos autorizados a divulgar información detallada sobre empleados pasados o actuales. Si tiene una consulta específica, sugiero que envíe una solicitud formal por escrito.

—Entiendo, pero solo necesito saber más sobre el tipo de trabajo que realizaba o que me ponga en contacto con un compañero de trabajo. Es muy importante para...

—Como le acabo de decir, cualquier información específica sobre empleados debe solicitarse por escrito y estará sujeta a nuestras políticas de privacidad y confidencialidad.

—Pero...

Antes de que pudiera insistir, la mujer al otro lado de la línea me interrumpió.

—Lamento no poder ayudarla más. Si necesita otra cosa, no dude en llamar. Buenos días.

Y la llamada terminó abruptamente, dejándome con más preguntas que respuestas, sosteniendo el teléfono, frustrada y preocupada. Mi mirada se desvió hacia el frasco del elixir de los Corazones Rotos.

—Algo está mal, terriblemente mal —murmuré, sintiendo una punzada de angustia.

Y me di cuenta de que era la misma sensación que tenía Arturo cuando hablaba de su pasado.

Algo no cuadraba, y tenía que descubrir qué era.

5.

Al final no fue tan difícil. Tal vez menosprecié mis capacidades. El caso es que, poco a poco, conseguí acercarme a lo que Arturo Lefranc me estaba pidiendo.

Fallé tres veces. A la cuarta, conseguí replicar el aroma de su madre y de su padre, basándome en las fotos del álbum familiar, algunos vestidos y trajes viejos que encontramos en un trastero, y en la investigación que Arturo hizo con familiares y amigos. No es fácil que alguien recuerde la colonia que usaba un conocido cuatro décadas atrás. Fue un proceso arduo, lleno de pruebas y errores, pero la perseverancia finalmente dio frutos. Dos meses después, sucedió el milagro.

Utilicé notas de heliotropo, que proporcionaban la suavidad y el dulzor del aroma de la piel de la madre de Arturo. Para el aroma de su padre, opté por una combinación más robusta y amaderada. También añadí notas de cedro y vetiver, mezcladas con un toque de tabaco y cuero, para capturar la esencia de un hombre fuerte y seguro de sí mismo.

Una tarde, decidí mostrarle el nuevo perfume.

—He ido a la playa de Miramar, y le he traído una mezcla del aroma salado y ligeramente mineral del agua de mar, que se entrelaza con el olor terroso y húmedo de la arena caliente. Y un ligero toque de algas marinas, unido al suave olor del coco que provenía de los protectores solares que utilizaban por entonces los bañistas —dije mientras pulverizaba un poco de perfume en el aire.

Arturo estaba tumbado en un diván romano en su amplia sala de estar. Era casi como si él fuera mi paciente y yo la psiquiatra.

—Increíble —dijo, maravillado.

El aroma parecía transportarlo: sus ojos se cerraron y su respiración se hizo más profunda. Observando a Arturo en ese momento de aparente conexión, comencé a preguntarme hasta qué punto el perfume que había creado era realmente efectivo y cuánto dependía del deseo de Arturo de que funcionara.

Me recordé a mí misma que los sentidos, especialmente el olfato, tienen un vínculo profundo con las emociones y los recuerdos. Estudios científicos han demostrado que ciertos aromas pueden desencadenar recuerdos específicos. En ello se basaba mi trabajo. Sin embargo, también sabía que el poder de la mente y la sugestión no deben subestimarse. Arturo necesitaba un portal a su pasado, y esa necesidad podría estar amplificando la efectividad del aroma.

—Hay niños... jugando con cubos, haciendo castillos —murmuró después de un largo silencio, con una expresión de paz en su rostro—. Hay algo en la arena, algo...

—¿Puede describirlo? —le animé.

Arturo cerró los ojos, concentrado.

—No estoy seguro... es solo un destello. Algo enterrado... hay algo enterrado.

Sus ojos se abrieron de repente.

—El momento ha pasado —dijo, pareciendo un poco frustrado. La experiencia había sido muy corta. Como él mismo había descrito: solo un destello. Apenas un instante.

Pero noté también que Arturo estaba asombrado. La experiencia había sido real. Al menos para él.

—Vamos a dar un paseo, Lucía.

Caminamos de nuevo por su inmensa mansión. Esta vez avanzamos hasta el patio interior, un espacio rodeado por arcadas y columnas de mármol que sostenían un techo de cristal. Me maravilló el suave murmullo del agua de unas fuentes cercanas, que parecían evocar tiempos antiguos.

—Su hermana no recuerda nada de lo que sucedió, ¿verdad? —pregunté, retomando nuestra conversación anterior.

—Tenía dos años. Ya se lo dije. Ni siquiera le he hablado de esto. No quiero que sepa nada de nuestro hermano hasta que pueda explicarle qué fue de él.

—¿Cree que está vivo?

—No lo sé. Puede ser. Eso espero. Lo que no entiendo es por qué mi padre lo escondió o lo dio en adopción. Tendría que haber hecho algo terrible. Y, aun así… no lo veo propio de mi padre. Era un hombre que creía en el honor y tonterías de esas.

Aunque no me sentía sentimentalmente atraída por Arturo, había algo reconfortante en su presencia, en la forma en cómo su sinceridad escondía su vulnerabilidad. Aquello lo convertía, a mis ojos, en alguien diferente.

—Ah, se me olvidaba.

Sacó una foto de su bolsillo.

—Es lo que me pidió —dijo mientras me la entregaba.

Eché un vistazo a la fotografía, que mostraba a un niño pequeño en la playa, vestido con un bañador y una camisa. Arturo a los seis o siete años. Y detrás de él, su hermanita gateando.

—Las fotos me dicen qué tipo de tejidos se llevaban entonces y puedo extraer olores similares —expliqué.

—Lo que haces… tu arte, tu profesión, es para mí un misterio, Lucía. Por más que me lo explicas, no soy capaz de entenderlo o de racionalizarlo. Hay tantas variables que parece imposible que puedas recrear esos perfumes. Creo que deberías haber pedido mucho más de 60 mil euros. Aunque luego la cifra se doblase.

—Aún estás a tiempo de pagarme un pequeño extra —dije, dándole un pequeño empujón amistoso.

—Si todo sale bien, seguro que caerá algo mucho mayor que un pequeño “extra”.

Continuamos hablando mientras regresábamos a la casa.

—Volveré en unos días —le informé—. Tendré un perfume más trabajado. Creo que estamos cerca.

—Ojalá, Lucía. Hasta pronto —dijo Arturo, y le miré alejarse.

¿Realmente estaba cerca? No estaba del todo segura. Y todavía tenía la impresión de que algo iba mal, muy mal. Y no sabía si el problema era Eonix, el elixir de mi madre, mis perfumes, o Arturo… no estaba claro.

Pero la sensación de peligro, de que las dificultades estaban a punto de presentarse, no me abandonaba. Incluso me despertaba por las noches bañada en sudor, luego de horas de pesadillas que no conseguía recordar.

Creo que mi subconsciente estaba queriendo avisarme:

Peligro, decía. Huye. Ya. Rápido.

Pero no fui capaz de escucharle.

6.

Era viernes. Lo recuerdo porque en unas horas comenzaría el fin de semana y me moría de ganas de descansar un poco, ir a la playa… nada complicado, pero relajante. Me desperté con ganas de aprovechar aquel último día antes de mi merecido descanso. Decidí que era el momento de saber más sobre el elixir de los Corazones Rotos.

Me preparé un café bien cargado y me senté frente a mi portátil. Abrí LinkedIn, decidida a encontrar a antiguos compañeros de trabajo de mi madre en Eonix. Sabía que era una tarea difícil, dado que su enfermedad había comenzado hacía años y los recuerdos que compartió conmigo siempre fueron vagos. Creo que nunca me habló de ninguno de sus compañeros y, por tanto, aunque viese aparecer un nombre, no sabría si trabajó con Elvira Fernández. Y Eonix tenía miles de empleados. Sin embargo, mis ganas de avanzar eran más fuertes que cualquier inconveniente.

Comencé introduciendo el nombre de la empresa en el buscador y me aparecieron 17 mil resultados. Ajusté los filtros por ciudad, que siguieran en su puesto en Eonix, que hablasen español… todo lo que pude para ir acotando la búsqueda. Después de algunos intentos, me quedaban unas cien personas que parecían haber coincidido en el mismo período de tiempo con mi madre. De entre ellas, seleccioné a las que ocupaban posiciones similares, perfumistas y no burócratas o administrativos. Finalmente, revisé sus perfiles en busca de algún indicio de familiaridad o conexión más directa.

Me decidí a contactar con uno de ellos, parecía prometedor debido a sus muchos años en la empresa, y formación y puesto similar. Redacté un mensaje cuidadosamente:

“Hola, soy Lucía Fernández. Mi madre, Elvira Fernández, trabajó en Eonix y enfermó repentinamente hace unos años. He estado tratando de conectarme con personas que trabajaron con ella, ya que no conozco a nadie de esa época. Sería muy importante para mí si pudieras responder a este mensaje. Muchas gracias de antemano.”

Envié el mensaje con la esperanza de recibir una respuesta, pero sabía que las posibilidades eran pocas. Mientras esperaba, decidí continuar con mi trabajo en la creación de perfumes, una tarea que siempre lograba calmarme y centrarme.

Fui a mi laboratorio, donde me dediqué a mezclar el olor de la arena de la playa de Miramar, con un pedazo de tergal del mismo tipo de camisa que Arturo llevaba en la foto de su infancia (una camisa de tonos azules con estampados de barcos pequeños) y con la colonia Nenuco que usaba de niño. Coloqué cuidadosamente los compuestos en el tamiz para que reaccionaran adecuadamente, y me fui a la cocina a tomarme un refresco.

Después de un rato, regresé a mi salón y revisé mi correo electrónico. Para mi sorpresa, había una respuesta del contacto de LinkedIn:

“Soy Edgar Perosanz. Sería un placer hablar contigo y con Elvira. ¿Cómo está? Ah, te dejo más abajo mi número de teléfono. Saludos”

Marqué el número de inmediato. Estaba nerviosa.

—Hola, Edgar, antes que nada quiero disculparme por no haberme explicado bien antes. Mi

madre, Elvira, ha fallecido ya.

Al otro lado de la línea, se escuchó un suspiro triste.

—Lo siento mucho, Lucía. Trabajamos casi diez años juntos. Yo era muy joven por entonces. Fue mi primer destino en la empresa. La eché de menos cuando dejó Eonix.

—Gracias, Edgar. Era una mujer fuerte, pero el Alzheimer es un monstruo, es… bueno, acabó poco a poco con ella. Pero no sufrió. Estuvo a mi lado hasta el final.

Tras un breve momento de silencio, decidí encaminar la conversación hacia lo que realmente necesitaba saber.

—¿Qué hacía exactamente mi madre en Eonix? —pregunté con cautela.

—¿No te dijo nada sobre su trabajo?

—Solo sé que estaba involucrada en algo de perfumería experimental.

—Bueno, era una especie de I+D, ya sabes, investigación y desarrollo. Probábamos nuevos compuestos y sensaciones... No sé si me entiendes.

—Yo también soy perfumista —respondí.

—Ah, entonces creo que me entenderás sin dificultad. Debes saber que lo que hacíamos iba más allá de la perfumería tradicional. Buscábamos crear fragancias que no solo olieran bien, sino que evocaran emociones intensas, que sorprendieran. Utilizábamos tecnología avanzada para manipular moléculas olfativas y crear experiencias únicas.

Reí. Había muchos paralelismos con mi propio trabajo.

—Es más o menos lo que hago ahora. Una pregunta más, Edgar, ¿has oído hablar del elixir de los Corazones Rotos?

Hubo una pausa larga y pesada al otro lado de la línea.

—Tu madre y yo firmamos un acuerdo de confidencialidad, Lucía. No podemos hablar con detalle de lo que desarrollamos.

—Pero es que... he estado pensando. Mi madre enfermó de Alzheimer a los 42 años. Era muy joven. ¿No tendría nada que ver con lo que hacíais? ¿Lo probó en ella misma? ¿Es peligroso el elixir?

—Lo siento, realmente no puedo hablar de eso. No es que sea algo importante, ni hay ningún misterio… es que podrían despedirme.

El tono de Edgar ya no sonaba tan amigable como al principio de nuestra conversación.

—Por favor, Edgar, es muy importante para mí.

—Tengo mucho trabajo, Lucía. Ha sido un placer. Debo dejarte ahora.

—Solo quiero saber...

—Perdona y repito, siento muchísimo lo de tu madre.

Y tras esas palabras, Edgar colgó. Era la segunda vez que alguien de Eonix me colgaba de manera abrupta. Empezaba a ser una costumbre de lo más irritante. Me quedé mirando el teléfono, frustrada y más decidida que nunca a descubrir qué secretos se escondían detrás del trabajo de mi madre y ese misterioso elixir.

7.

Marco, mi nuevo ayudante en la tienda de Barcelona, se iba a quedar al cargo de todo mientras yo me dirigía a la casa de Arturo para otra sesión. Bueno, más que ayudante era vendedor, porque no sabía nada de perfumería. Creo que me gustaba enseñar a mis trabajadores desde cero. Carmen y Marco eran prueba de ello.

—¿Estás preparado para quedarte solo en Aromas 2?

Marco, de 27 años, alto, moreno, con una barba bien cuidada y una expresión confiada en sus ojos, asintió.

—Llevo trabajando de dependiente desde los 14. Creo que seré capaz, jefa.

Me eché a reír.

—Genial.

Esta vez, cuando llegué a Pedralbes, Arturo me llevó hasta su despacho y se recostó en un diván, mirando fijamente al techo con una expresión tensa.

—Estoy listo para empezar, Lucía —dijo, decidido.

Me acerqué mientras preparaba el difusor con el nuevo perfume que había estado perfeccionando.

—¿Preparado?

—Desde luego.

Pulvericé mi perfume en el aire, a su alrededor, y me senté cerca, observando cómo las emociones empezaban a definirse sobre su rostro. Los recuerdos parecían más potentes esta vez, y poco después, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

Arturo parecía revivir aquel momento con una intensidad abrumadora.

—Es como si estuviera allí de nuevo... en la playa, con mi hermana y con mi hermano —comenzó a decir, pero su voz se quebró súbitamente y tuvo que detenerse.

Respiraba profundamente, tratando de estabilizar el torrente de emociones que lo invadían.

—Es lo que sospechaba, Lucía...

Pero entonces, de repente, sacudió la cabeza vigorosamente y exclamó con desesperación:

—¡No, no!

Le cogí de la mano, intentando ayudarle.

—¿Qué te pasa? —pregunté con suavidad.

Arturo no quería aceptar lo que veía; la revelación era demasiado para él. Se levantó sudoroso, su cuerpo temblaba, una manifestación física de su conflicto interno.

—No puede ser cierto... esto no puede ser cierto —murmuró mientras trataba de alejarse del dolor que esos recuerdos traían.

Se levantó lentamente del diván y fue hacia un cajón de donde sacó unos papeles viejos y gastados. Me los entregó con manos temblorosas.

—Mi padre fue acusado del homicidio involuntario de mi hermano, Antonio Lefranc —dijo mientras yo examinaba los documentos.

Eran recortes de periódico y viejos informes de policía que hablaban de un trágico accidente y la subsiguiente investigación, que nunca llegó a conclusiones definitivas.

—¿Cuándo ibas a contarme todo esto? —le pregunté.

—Yo mismo no supe nada hasta hace unos días. En nuestra última sesión… vi algo… o intuí algo… pensé que podía tratarse de una muerte y mandé investigar a un detective. Piensa que al principio iba de un recuerdo perdido, de traer al presente lo que pasó en una playa medio siglo atrás. No sospechaba que hubiese nada más.

—¿De verdad? Tu padre se tomó muchas molestias en ocultar la misma existencia de tu hermano. Era lógico suponer que había algo turbio y…

—¡Vale! Siempre sospeché algo y por eso quería recordar. Y por eso te pago tanto dinero.

Arturo parecía enfadado conmigo. Y consigo mismo. Contuvo un sollozo.

—¿Quieres que sigamos con estas sesiones? —inquirí.

Asintió, secándose una lágrima que acababa de brotar y bajaba rauda por su mejilla.

—Claro que sí. Antonio era más que mi hermano: era mi mejor amigo. Y de repente... desapareció de nuestras vidas. Fue escondido, borrado. Como si nunca hubiera existido. Debo recordar todo lo que pasó. Todo. Por él. Por mí. Por nuestra familia.

Las palabras de Arturo se quedaron flotando en el aire. Al igual que había pasado con Carmen, me preguntaba si algunos recuerdos deberían permanecer ocultos, protegidos del dolor que pueden revivir.

—Volveré pronto —le dije finalmente—. Te dejo un frasco con el compuesto actual. Aunque creo que en poco tiempo tendré uno mejorado.

Arturo dio un puñetazo a una mesa.

—Eso espero.

Observé cómo se alejaba, zigzagueando, como si estuviera borracho. Tiró al suelo una estatua de un emperador romano y le dio una patada a una vitrina.

Ya no me caía tan simpático. Es más, comenzaba a tenerle algo de miedo.

8.

Arturo no me cogía el teléfono. Le había dejado un par de mensajes. Me preocupaba que, como le pasó a Carmen, el peso de los recuerdos comenzara a consumirlo, a devorarlo por dentro. Lo había visto afectado, triste, desolado, incluso violento.

Y no habíamos hablado desde nuestra última sesión.

Pasaron cinco días y estaba decidida a regresar a la mansión cuando alguien se presentó en Aromas 2, alguien que no conocía pero que jugaría con el tiempo un papel importante en mi vida.

Yo estaba en la trastienda cuando apareció mi ayudante.

—Jefa.

—¿Sí, Marco? No me llames jefa, soy Lucía.

—De acuerdo, jefa, pero ha venido alguien.

—¿Quién?

—No sé, un tipo bien vestido, parece importante.

Marco era un joven de esos que parecen adolescentes eternos, que vienen al trabajo en monopatín porque la madurez les pasa al lado sin tocarlos. Pero era buena persona y mejor trabajador. Cómo fuese en su vida privada me daba lo mismo. Incluso me gustaba. Le daba un toque jovial y desenfadado a la tienda.

—Hola —dijo una voz profunda cuando llegué al mostrador.

Me encontré frente a un hombre muy guapo, de unos treinta años, rubio, con ojos verdes, que me sonreía. Su presencia era cautivadora y exudaba un aire de confianza que lo hacía aún más atractivo.

—Hola. Soy Lucía.

—Yo soy Lorenzo Luchesi, director regional de Eonix.

—Ah —dije, por toda respuesta, y lo miré largamente.

—Querría hablarte en privado.

—Sí, cómo no, pasa.

Una vez a solas, Lorenzo compuso un rictus serio, profesional.

—Hemos recibido rumores de que estás contactando con gente de nuestra empresa, haciendo preguntas.

—Es así. Aunque solo he contactado con uno.

—Edgar Perosanz, sí. Me ha hablado al respecto. Él me ha contado que tienes algunas dudas sobre el trabajo de Elvira Fernández en nuestra empresa. Estoy aquí para responder a esas dudas.

El director regional de una de las multinacionales más exitosas del mundo se presentaba sin avisar en mi tienda. Y proclamaba que quería responder a mis dudas. Todo muy normal, es algo que pasa todos los días.

—¿Qué hacía mi madre?

—Creo que el doctor Perosanz ya te lo explicó: perfumería experimental.

—¿Y en qué trabajaba cuando murió?

—En lo que te he dicho, perfumería experimental. Es algo reservado, tu madre firmó un contrato de confidencialidad.

—Entonces dime qué es el elixir de los Corazones Rotos.

—¿Quién te ha hablado de eso?

—Mi madre.

—La señora Fernández, por contrato, no podía hablar de los pormenores de su trabajo ni con sus familiares o allegados. Además, creí que tenía Alzheimer.

—Con momentos de lucidez. Y te recuerdo que no has respondido.

—¿Sobre qué?

—Sobre el elixir de los Corazones Rotos.

—Ese elixir, si existe, es reservado, aparte de no servir para nada.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Por qué me ocultas lo que sabes del elixir si no sirve de nada?

—Porque es reservado. Tu madre firmó...

—Ya sé, un maldito acuerdo de confidencialidad. Dime algo que no sepa.

La conversación se volvía circular y cada vez más tensa. Yo sentía que cada respuesta de Lorenzo solo añadía más misterio al asunto en lugar de claridad. Sabía que necesitaba seguir presionando; algo importante se escondía detrás de toda esa burocracia y esas evasivas.

Lorenzo levantó los brazos en un gesto de frustración.

—No vamos a ninguna parte con esto. Te diré todo lo que puedo decirte: tu madre era una trabajadora excepcional, la apreciábamos mucho. Estuvo años en la empresa, comenzó haciendo perfumes, algunos de ellos famosos, de los más apreciados de nuestra marca comercial. Pero al final no le bastaba con eso; quería marcar la diferencia, quería hacer algo nuevo, un descubrimiento que hiciera bien a las personas. Creamos el departamento de perfumería experimental por ella. Pero enfermó. Creo que en tu familia ya ha habido casos de Alzheimer temprano.

—Sí. Pero no tan tempranos. Tal vez probó uno de sus perfumes experimentales en ella misma, o lo inhaló por accidente. Y el Alzheimer la alcanzó antes de tiempo.

Lorenzo frunció el ceño.

—¿Esa es la razón de todo esto? ¿Vas a demandarnos porque crees que provocamos la enfermedad de tu madre?

—No. Solo quiero saber más sobre el elixir. No sé qué hace exactamente, ni si tiene efectos secundarios.

El ceño de Lorenzo se frunció todavía más.

—El elixir no sirve de nada y, por tanto, tampoco tiene efectos secundarios.

—No me lo creo.

—Cree lo que quieras. Tu madre, sencillamente, enfermó y… no hay más. Cualquier cosa en la que trabajase es de nuestra propiedad. Si existiera un frasco del elixir sería nuestro. No sé por qué preguntas tanto sobre un compuesto que no puede ser que obre en tu poder.

—Entiendo —respondí, aunque en realidad, no entendía ni aceptaba nada de su explicación.

—¿Tienes un frasco de ese elixir o tu madre te dijo cómo reproducirlo?

—No y no —mentí.

Bueno, el primer no era mentira. El segundo, por desgracia, cierto.

—¿Me dices la verdad?

—Es reservado. No puedo decir nada más. Firmé un contrato de confidencialidad con mi madre. Se llama relación paternofilial, cosas de madre e hija, ya sabes.

Lorenzo se mordió el labio inferior. Ocultaba algo, eso estaba claro.

—Ese frasco no sirve de nada. Bueno, sí... pero no... —su voz se apagó.

—¿Qué significa eso? —presioné.

Lorenzo me miró. Sus ojos verdes refulgían con una intensidad que casi parecía iluminar la penumbra de la tienda.

—No hagas más preguntas. No hay nada que saber —dijo finalmente, y sin agregar más, se dio la vuelta para irse.

—Una cosa, señor Luchesi —lo llamé antes de que pudiera salir por la puerta.

Se volvió hacia mí.

—Dime.

—¿Conociste a mi madre?

—Sí. Yo apenas llevaba dos meses en la empresa. Entré directamente desde la universidad como jefe de sección. La vi solo dos veces; me dijeron que era la mejor. Y me cayó bien. Y creo que yo también le caí bien a ella —Lorenzo hizo una mueca parecida a una sonrisa—. El resto, ya lo sabes, es reservado.

Cuando se fue de la tienda, Marco, que había estado escuchando desde una esquina, me miró.

—¿Un amigo? —preguntó.

—O un enemigo. No lo sé. Pero eso no me va a impedir seguir investigando.

9.

No encontré a Arturo en su mansión, así que luego de relajarme el fin de semana, fui a ver a Carmen a Vallirana. Estaba feliz, exultante, como si hubiese dejado atrás de forma definitiva el doloroso recuerdo de su marido. Además, llevaba mi tienda con soltura, como si siempre se hubiera dedicado a ello.

—¿Todo bien? —pregunté al verla tan animada.

—Sí. Mejor que nunca —respondió con una sonrisa radiante.

Nunca la había visto de tan buen humor. Me alegré mucho por ella. Pero había algo que me preocupaba. No quería alarmarla, pero tenía que saber cómo se sentía después de haber tomado el elixir de los Corazones Rotos.

—¿Seguro? ¿Todo perfecto?

Carmen, sentada frente a mí, sonrió ampliamente y respondió con entusiasmo.

—Me siento fantásticamente bien, Lucía. De verdad, me he sentido más viva y feliz que en mucho tiempo. Ya pasaron los malos momentos. Ahora recuerdo a mi Juanito con cariño, sin ese terrible dolor que me carcomía. El elixir de tu madre lo hizo posible.

Asentí, intentando mantener mi rostro relajado. Mientras Carmen hablaba, la observaba atentamente, buscando cualquier signo que pudiera indicar los primeros estadios de Alzheimer. Sabía que los síntomas iniciales podían ser sutiles: olvidos leves, dificultades para encontrar palabras, desorientación en lugares conocidos o cambios de humor inexplicables.

—¿Y cómo te va con las actividades diarias? ¿Has tenido algún problema en casa? ¿Estás haciendo algo nuevo?

—Uy, cuántas preguntas —me dijo, dejando escapar una risita—. Lucía, estoy mejor que nunca. Lo juro. La tormenta pasó. De hecho, he estado retomando la pintura. Estoy haciendo un taller aquí cerca. Me ayuda a relajarme y a mantenerme ocupada.

Me sentí aliviada al escuchar esto. La pintura era una actividad que requería concentración y memoria, lo que indicaba que Carmen seguía siendo capaz de realizar tareas complejas.

—Me alegra tanto escucharlo, Carmen. Es genial que te mantengas activa y feliz.

Mientras Carmen seguía hablando de sus proyectos pictóricos y de lo bien que se sentía, decidí que por ahora no había motivo de alarma. Carmen daba la impresión de estar bien, llena de energía y entusiasmo. No parecía que el elixir hubiese afectado a sus habilidades cognitivas. Al menos de momento.

—Por cierto, que me viene genial que te hayas pasado. Porque una clienta está interesada en una de tus fórmulas especiales. Se llama Elisenda —dijo entonces Carmen, aún sonriendo.

Como Arturo seguía desaparecido, podía tomar un encargo, siempre que no fuera muy complejo.

—¿Qué sabes de ella?

—Es viuda, sin hijos, como yo. Se siente algo sola. Quiere recordar el último fin de semana en Ponferrada con su marido. Luego pasó por un cáncer muy doloroso y eso, creo, prefiere

olvidarlo.

—¿No es un caso demasiado parecido al tuyo? No quiero equivocarme de nuevo.

—Para nada. Es una mujer feliz, segura de sí misma. Y tiene dinero. No veas cómo viste.

Puse los ojos en blanco. Carmen rio de nuevo. Lo cierto es que el dinero nunca viene mal, incluso cuando tienes el que necesitas.

—¿A qué hora vendrá?

—A las tres de la tarde.

Como faltaba un rato para la cita con la clienta, decidimos ir a tomar algo a un café cercano. Nos sentamos en una mesa junto a la ventana, donde el aroma de los croissants recién horneados llenaba el aire, mezclándose con el olor de la leche caliente que vaporizaban detrás del mostrador. Pedimos dos "cortados" y compartimos un croissant. Cada vez éramos más amigas.

Reímos y seguimos hablando de temas cotidianos mientras nos dirigíamos de vuelta a la tienda. Carmen había aprovechado para darle a Aromas un nuevo aire, incorporando plantas exuberantes en macetas de barro y detalles decorativos, máscaras maorís (o algo por el estilo) que refrescaban el espacio. No era precisamente lo que yo habría elegido, prefería un enfoque más sobrio y menos cargado, pero no podía negar que el lugar se veía mucho más alegre y moderno.

—¿Te gusta cómo quedó? —preguntó Carmen, captando mi mirada en pleno proceso de evaluación de sus cambios.

—Es diferente; se siente acogedor. Has hecho un buen trabajo, Carmen —respondí con sinceridad, apreciando su esfuerzo.

Elisenda llegó puntual a su cita. Se detuvo en la entrada, observando con cierta reserva el interior de la tienda. Carmen tenía razón, vestía de una manera exquisita. Ropa de alta costura, traje de chaqueta de cachemira, botones de nácar, estola de lana de merino y una blusa de seda en tono marfil. Le cobraría un extra porque, como Arturo, podía permitirse uno de mis trabajos. Ya había dejado atrás el tiempo en que coleccionaba aromas y regalaba mis perfumes. Ahora era una empresaria.

—Pase —la invité con una sonrisa, intentando transmitirle confianza.

La mujer parecía dudar y tardó unos segundos en responder.

—No se preocupe, la puedo ayudar —añadí, alentándola a entrar.

—Ella siempre ayuda a todo el mundo —comentó Carmen a mi lado.

Elisenda dio un paso al frente y finalmente entró.

—Vamos, no tenga miedo —la animé, tomando suavemente su antebrazo.

—No tengo miedo. Estoy ansiosa… emocionada incluso —dijo Elisenda—. Quiero ver de lo que es usted capaz.

—Creo que voy a sorprenderte —le aseguré, muy segura de mí misma.

En ese momento, creía firmemente en mi capacidad para hacer maravillas. Si era capaz de reproducir el aroma de una familia en una playa a finales de los años 70, podría sin esfuerzo conseguir lo que me pedía aquella mujer.

Incluso un día, muy pronto, encontraría la fórmula del elixir de los Corazones Rotos, recuperaría el trabajo de mi madre y entendería el misterio que lo rodeaba.

Me sentía casi invencible, tocada por una especie de magia que solo los que juegan con los aromas y las memorias pueden entender.

Me equivocaba, y de qué manera.

Justo unas horas después, los infiernos se desatarían.

10.

Me dijeron que el fuego comenzó a las tres de la mañana. Al parecer, alguien había entrado en mi preciosa perfumería nueva. Y la había incendiado.

El barrio de Sant Gervasi, normalmente tranquilo a esas horas de la noche, estaba ahora envuelto en una nube de humo, caos y destrucción. Las llamas se elevaban furiosas, iluminando las fachadas de los edificios circundantes, mientras los bomberos luchaban por controlar el incendio.

Llevaba durmiendo cuatro horas cuando me avisaron. Al llegar, el olor a hollín y productos químicos era sofocante. Lo que antes era un suave aroma a naranjos en flor había sido reemplazado por el hedor acre del fuego, cenizas y plástico derretido.

Marco llegó poco después y, sin decir palabra, me abrazó con fuerza.

—Qué putada, jefa —murmuró.

Yo llevaba un abrigo sobre mi pijama, el pelo desordenado y los ojos brillantes, al borde del llanto. Miraba a los bomberos trabajar incansablemente para apagar las llamas. Sentía una mezcla de impotencia y rabia. Todo lo que con tanto esfuerzo había construido se estaba desmoronando.

De pronto, sentí una presencia a mi espalda y me volví. Eran dos agentes de los Mossos d'Esquadra, un hombre y una mujer, ambos con semblantes serios y uniformes azul oscuro.

—¿Es usted Lucía Fernández? —preguntó la agente.

—Sí, soy yo.

—Lamentamos comunicarle que su tienda ha ardido.

—Ya lo sé. Mírela —respondí, señalando a mi espalda.

Los *mossos* se miraron entre ellos, sorprendidos.

—No, señorita Fernández, no hablamos de esta tienda, sino de otro establecimiento, en Vallirana.

Los miré boquiabierta. Aquella misma tarde había llevado a Carmen el perfume que había creado para Elisenda, nuestra nueva clienta. Luego, nos fuimos a tomar un café y un croissant, como siempre. Estaba mejor que nunca: alegre, feliz, recuperada. Y "Aromas 1" estaba perfectamente.

—No, no puede ser.

Estaba en shock. Era como si el suelo se desvaneciese bajo mis pies. Marco me cogió de la cintura. Debió parecerle que iba a desmayarme.

—Pero... pero no es posible —acerté a balbucear.

—Y lamentamos también comunicarle que hemos encontrado un cuerpo entre los escombros. Tenemos la documentación. Se trata de Carmen Contreras.

El mundo se me cayó encima. Me senté en el suelo. Las piernas me temblaban tanto que no podía tenerme en pie. Eran demasiadas desgracias para un instante. Carmen, mi querida amiga, había muerto. No entendía nada. ¿Qué demonios estaba pasando?

Las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas mientras Marco me abrazaba más fuerte. Las llamas seguían ardiendo, rugiendo como una bestia infausta, de pesadilla, devorando todo a su paso.

—Tranquila, jefa. Quiero decir... tranquila, Lucía. Todo pasará.

Pero no podía estar tranquila. Aquella desgracia no iba a pasar de largo así como así. Las tiendas se podían reemplazar o montar otras nuevas en cualquier parte. Pero Carmen se había ido. Eso era irremplazable.

—¡No, por favor! —dije.

Lancé un chillido.

—¿Por qué?

Levanté la mirada. Los bomberos seguían trabajando, sus figuras silueteadas contra el resplandor del incendio.

Los curiosos se agolpaban.

El calor sofocante.

El ruido ensordecedor de las sirenas.

Un hedor terrible a humo, a quemado.

—¿Está usted bien, señorita Fernández?

Uno de los *mossos* se estaba inclinando sobre mí.

—Yo… yo no…

No recuerdo nada más. Así que creo que al final perdí el conocimiento.

TERCERA PARTE

MARCO



1.

Me desperté en casa de Marco, un refugio inesperado tras la catástrofe de la noche anterior. Marco era joven y guapo, y de alguna manera, acabar allí parecía justo lo que necesitaba después de ver cómo mis dos tiendas eran consumidas por las llamas. Por no hablar de la muerte de la pobre Carmen.

—Buenos días, Marco —le dije, aún somnolienta.

—Buenos días, jefa… Lucía. Buenos días, Lucía.

Mientras nos tomábamos una taza de café en su cocina, el aire se llenó con el rico aroma de los granos recién molidos, mezclado con el suave olor a canela y vainilla de unos bollos.

Pero mi mente no prestaba atención, por una vez, a las fragancias infinitas del mundo real. Me puse a divagar sobre lo que había perdido, y también sobre mi decisión de pasar la noche con Marco. Porque no era típico en mí buscar consuelo en alguien con el que no había pensado en intimar. Pero la noche anterior no podía quedarme sola, necesitaba un poco de amor y cariño, algo que Marco podía darme sin necesidad de muchas palabras. ¿Había hecho mal? Tal vez sí, tal vez había sido una decisión impulsiva, pero en el fondo sentía que había hecho lo correcto, lo único que podía hacer en aquel momento de desgracia… de calamidad.

El sexo, a veces, no solo cura el cuerpo… también el alma. Al menos un poquito.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Marco.

Parecía realmente preocupado.

—No lo sé. Esperar a que me llame la policía, supongo —respondí, sintiendo una pesadez en el pecho.

—¿No deberías acudir a la compañía aseguradora? —sugirió.

—Sí, es verdad. Debería hacer una lista de todo lo perdido y llamar a mi compañía de seguros para empezar a tramitar la reclamación. Es lo que se hace en estos casos, ¿no? Documentar todo y esperar que puedan cubrir los daños. O una parte.

Marco asintió. En un impulso, me incliné y le di un beso en la mejilla.

—¿Después de lo de ayer, un beso en la mejilla? —bromeó él con una ceja arqueada.

Me eché a reír.

—Es lo que hay.

—Ahora me dirás que todo fue un error.

—Un error no, pero no creo que se repita —repliqué, aunque una parte de mí no estaba tan segura.

Me vestí pensando en mis próximos pasos. Como no tenía más ropa que la que llevaba puesta el día anterior, rebusqué en uno de los armarios de Marco. Opté por unos pantalones cómodos y una camiseta sencilla, blanca, lisa… tampoco tenía muchas más opciones. Suspiré. No sabía qué decisión tomar. Aparte del seguro, no tenía ni idea de cuál sería el próximo paso: ¿reabrir las tiendas? ¿solo una? ¿ninguna? ¿Y Arturo? Le había prometido mejorar la fórmula pero de momento no sería posible: mi laboratorio había desaparecido.

Pero no tuve que tomar decisión alguna. La decisión la tomaron por mí.

Al llegar a mi casa en Sant Gervasi, me encontré con que un hombre me estaba esperando. Olía a tabaco y a colonia barata. Era rechoncho, con grandes gafas de culo de botella que magnificaban unos ojos que destellaban inteligencia, aunque su aspecto general no llamara la atención.

—Soy el inspector Rafel Durán, de los Mossos d'Esquadra —se presentó el hombre al verme.

Vestía de paisano pero su placa parecía genuina. Le dejé entrar.

—Pase, por favor —dije, guiándolo hacia el salón.

La luz del día entraba a raudales. Me encantaba aquel piso, me daba paz. Pero ahora esa paz se había roto.

—Tenemos que hablar de lo que pasó ayer —me informó entonces el policía—. ¿Se siente preparada?

No me sentía preparada en absoluto. Es más, estaba rota. Tenía ganas de volver a llorar por Carmen.

—Estoy lista —mentí.

2.

Rafel Durán me miró con curiosidad.

—Supongo que sabe que estamos ante un acto criminal —comenzó, ajustándose las gafas sobre su nariz.

—Dos actos —corregí rápidamente.

—Yo creo que uno. Todo parece indicar que alguien decidió acabar con su negocio. Como había dos tiendas, se quemaron dos locales, pero el acto criminal es uno solo: se perseguía la destrucción de Aromas.

—O destruir mi trabajo, mis investigaciones —añadí.

Los inquisitivos ojos de Rafel se movieron rápidamente, como analizando cada palabra mía.

—Usted tiene tiendas de perfumes, ¿qué investigación, qué misterio hay en eso?

—Aromas 1 y 2 no eran tiendas de perfumes convencionales —expliqué, intentando hacerle entender la profundidad de mi trabajo.

—¿No? ¿Qué eran entonces?

Necesité un momento para encontrar las palabras que pudieran hacerle entender la esencia de mi negocio.

—Desde el olor salado del mar hasta la fragancia de las flores silvestres en los acantilados, cada aroma que yo vendo evoca un recuerdo o emoción que puedo capturar y preservar en mis perfumes. Yo preservo recuerdos.

—Ah —dijo Durán, su expresión se modificó hacia el asombro mientras intentaba comprender el concepto.

Pero creo que no lo entendió del todo. Se encogió de hombros.

—Y, ¿quién querría acabar con esos recuerdos hechos perfume? —preguntó.

—Mucha gente... —mi voz se debilitó mientras pensaba en las posibles implicaciones.

Mi mente recordó a Lorenzo Luchesi y a Eonix. Tal vez ellos quisieran mi trabajo para algo… para… no, ¡no! Ellos querían otra cosa.

—¡Me he equivocado!

En un impulso, me levanté de un salto y comencé a correr por la casa. Durán me observaba con sorpresa mientras yo abría cajones, miraba detrás de los colgadores del armario y lanzaba chaquetas al suelo. Desmonté la butaca del salón, mientras buscaba frenéticamente.

—Señorita Fernández… —dijo el policía, pero me vio pasar como un rayo y volvió a quedarse callado.

El salón se había convertido en un caos mientras yo proseguía mi búsqueda.

—¡Aquí está! Esto es lo que querían los ladrones, el trabajo de mi madre —exclamé al fin, sosteniendo triunfante la caja de ébano que guardaba un frasco de cristal esmerilado en su interior—. ¡El elixir de los Corazones Rotos!

Había resuelto el enigma. Así que añadí:

—Los incendios, incluso la muerte de Carmen, han sido solo una forma de tapar que estaban

buscando esto.

Abrí el mecanismo de la caja y le mostré el frasco al policía, cuya cara dejó de mostrar sorpresa. Acababa de constatar algo que llevaba un rato sospechando: yo no estaba del todo en mis cabales.

3.

Diez minutos después, el inspector Durán miró la libreta donde tomaba apuntes y dijo:

—A ver si lo he entendido todo bien. Usted se halla en posesión de un elixir que puede, en su opinión, sanar el dolor de las personas de una forma mágica, instantánea.

—No es exactamente así.

—Bueno… más o menos. De cualquier forma, ese elixir lo robó su progenitora, Elvira Fernández, de un laboratorio de investigación de la multinacional Eonix, los que hacen las cremas de las manos esas que quitan los callos…

—Y las imperfecciones de la cara, las ruedas de la Fórmula 1, y el papel higiénico de tres capas —añadí, intentando que comprendiera hasta dónde llegaban los enormes tentáculos de Eonix.

Rafel Durán apuntó algo en una libreta, frunciendo el ceño mientras asimilaba la información.

—De acuerdo. Eonix quiere ese frasco y en lugar de cogerlo, o robarlo, prenden fuego a sus tiendas.

Solté un bufido, contrariada por la forma en que exponía los hechos.

—Lo hicieron para desviar la atención del robo.

—Pero no hubo robo.

—Entraron en las dos tiendas buscando el elixir. No lo encontraron y no querían que nadie sospechara de sus intereses reales.

—Pero es mucho más sospechoso y provoca una investigación más minuciosa dos incendios que un robo. Si hubiesen robado calderilla y se hubiesen llevado los ordenadores para disimular, la "Divisió d'Investigació Criminal Central" no llevaría este caso. Y yo no estaría aquí. De hecho, ningún policía estaría aquí. Usted habría hecho una denuncia en comisaría y se habría acabado todo.

—Mataron a Carmen por error. Se habría quedado hasta tarde haciendo inventario. O lo que fuera. Ella era muy cumplidora. Fuera lo que fuese, cuando llegaron los asaltantes se resistió, la mataron y tuvieron que urdir un plan. Por eso el incendio.

—Pero una vez queman el local de Vallirana, ¿para qué van a Barcelona a quemar el otro local? Un robo fallido en Vallirana y una muerte disimulada. ¿Para qué quemar nada más?

—Necesitaban el frasco que no encontraron en Vallirana y entraron en el local de Barcelona tras el primer fracaso buscando el mismo frasco. No hallaron nada y…

—Quemaron también el segundo local. Esos de Eonix son muy patosos y les gusta mucho el fuego —concluyó. Su tono destilaba una ironía que no me hizo mucha gracia—. Además, no entraron en este piso. Lo que echa abajo su teoría.

—¿Qué quiere decir?

—Pues algo evidente. Que están dispuestos a todo, incluso a matar por ese frasco pero cuando comprueban que el elixir o lo que sea no está en sus perfumerías, no entran en este piso para terminar el trabajo.

—Yo estaba durmiendo aquí mismo cuando se incendiaron mis locales.

—Pero hoy no estaba. Llevo un rato vigilando y estaba afuera cuando ha aparecido, supongo que lo recuerda. Y si esos de Eonix necesitan hacerse con el frasco de su madre a cualquier precio, deberían haber entrado ayer noche para robarlo.

Miré al inspector Durán con cierto resentimiento.

—Si es tan listo, elabore otra teoría.

—No tengo ninguna, de momento solo recabo datos. Pero la mantendré informada —respondió él, sin alterarse.

El inspector se levantó de su sillón, un modelo antiguo de cuero que crujió largamente, como si fuese a partirse en cualquier momento. Caminó hacia la puerta con pasos pesados, pero antes de salir, se detuvo y se volvió hacia mí.

—Ah, otra cosa. Si ese frasco no es suyo y pertenece legítimamente a Eonix, devuélvalo. De momento no hay ninguna denuncia que yo sepa, pero siempre es mejor no tener nada que no sea de uno. Se ahorrará muchos problemas.

Cuando el *mosso* se marchó, me fui a duchar. La cabeza me daba vueltas. Estaba cabreada, angustiada. Quería pararme, detener el tiempo para poder contemplar lo que pasaba desde fuera y comprenderlo, como una película que paras con el mando a distancia.

Pero los acontecimientos no me darían tiempo para parar. Avanzarían tan rápido que me llevarían por delante, como un huracán.

4.

—Necesito su ayuda.

Tardé tres días en dar con Arturo, que había estado en una convención o un seminario o algo por el estilo. Imaginé que, como no trabajaba, debía ser una reunión para ricos ociosos. Eso o me estaba dando largas.

—Vaya al grano. No tengo mucho tiempo.

Arturo había dejado de ser afable conmigo. Me miraba con desprecio. Yo no entendía la razón.

—Usted me dijo que podría disponer de todo el dinero que precisase. Tras los incendios, mientras relleno el papeleo del seguro y espero qué dictaminan, necesito el resto del dinero que me prometió. Faltan, como sabe, casi 30 mil euros. No me basta con el que ya me ha dado porque...

—No.

Me quedé helada ante su respuesta.

—Pero...

—He dicho no.

Arturo se levantó y caminó hacia un mueble bar. Se sirvió una copa de brandy, el olor del licor llenando el aire de su despacho: caramelo, vainilla y roble, que se entrelazaba con el persistente olor de los cigarros que fumaba a todas horas.

—Debería saber algo del alma humana, Lucía: todos somos generosos hasta que conseguimos lo que queremos. Usted tenía algo que yo quería, una forma de conectar con mi pasado perdido. Y me lo dio. Fin del trato.

—Pero aún pensaba mejorar el compuesto que le hice. Aunque necesitaré algo de tiempo más porque mis locales han ardido, como ya sabe.

Arturo dio un trago a su copa. Sus dedos tamborileaban de manera nerviosa el cristal. Me di cuenta entonces de que le pasaba algo.

—No necesito que mejore nada. El frasco que me dejó… bueno, lo he usado varias veces más. Me ha permitido recordar todo lo que pasó. Todo —hizo una pausa—. Fue un regalo envenenado. Ojalá nunca la hubiera contratado. En cualquier caso, aunque hubiese sido el mejor regalo del mundo, un recuerdo maravilloso, lo cierto es que no le daría un euro más. ¿Para qué? Ya conseguí lo que quería. Usted me sobra. Además... hay una razón adicional.

Tragué saliva, anticipando lo peor, como el preludio de un olor fuerte que se acerca y estalla en tus fosas nasales.

—¿Cuál? —pregunté, casi sin voz.

Arturo apuró su trago y me miró fijamente.

—Usted es un ser asqueroso: lo que hace, lo que consigue con sus perfumes, es odioso. —Su tono era frío, despiadado—. Los seres humanos a veces desean cosas indecentes, ilegales, mórbidas, sexuales o lo que sea, y aquellos que se las proporcionan suelen acabar en la cárcel. Querer rememorar algo desde el olfato, conseguir una foto falsa o verdadera de un momento

pasado, es distorsionar ese momento. Debería estar prohibido y no dudo que un día lo estará.

Su explicación era una diatriba en contra de todo lo que había construido, una condena no solo a mis métodos, sino a la esencia misma de mi pasión y mi profesión. Arturo había decidido que mi arte, mi ciencia, era algo monstruoso, y con cada palabra, el abismo entre nosotros se hacía más profundo e insalvable.

—Me parece que debo irme.

—Sí, váyase. ¿Y sabe qué? Me alegro de que le quemaran sus locales y sus pócimas de bruja —escupió Arturo, su voz cargada de desdén.

Me di la vuelta y empecé a bajar las escaleras de su gran mansión en Pedralbes. Los escalones eran de mármol pulido, el eco de mis pasos resonaba a través del vasto vestíbulo con columnatas que recordaban a un templo romano.

—¡No lo necesitaba!

Desde el balcón, Arturo se asomó, botella en mano, bebiendo directamente con gesto de desesperación. Añadió:

—¡No necesitaba saber lo que pasó aquel día en la playa, maldita sea! ¡No lo necesitaba! —repitió, su voz desgarrada por la ira y el alcohol.

—¡Tú lo pediste, idiota! —le tuteé por fin, aunque sabía que lo detestaba.

Me detuve un momento en los escalones, enfrentándolo desde la distancia. En un gesto de furia, Arturo arrojó la botella con toda su fuerza. El cristal se estrelló contra una columna cercana a donde yo me hallaba, desintegrándose en un millar de fragmentos brillantes que llovieron sobre el mármol con un crujido siniestro.

—¡Ahora necesito una pistola para dispararme en la cabeza! ¡También quiero una prostituta para pasar la tarde! ¿Me la vas a traer? Dime, ¿lo harás, proxeneta de las emociones? —vociferó, cada palabra más venenosa que la anterior.

No respondí esta vez. Me alejé corriendo a toda velocidad, dejando atrás la mansión y los desvaríos de un hombre al que parecían haber devorado sus propios fantasmas.

¿Era yo realmente la responsable?

¿Era Arturo?

¿Ambos?

¿Qué demonios había visto aquel rico pretencioso en su pasado? No lo sabía, pero de momento tenía cosas más importantes en las que pensar. Por ejemplo, cómo esquivar a mis propios fantasmas, que parecían también dispuestos a devorarme.

5.

Volvía del funeral de Carmen, con el corazón aún roto por la despedida. En mi coche, mientras conducía hacia la cita con el seguro, la imagen de mi amiga sonriendo desde una foto enmarcada junto a la corona de flores blanquecinas y rosadas seguía flotando en mi mente. La serenidad de su rostro en la foto contrastaba de forma perversa con la violencia de su final.

—¡Mierda! —exclamé golpeando el volante al darme cuenta de que llegaría tarde.

En efecto, llegué media hora tarde a la reunión con la aseguradora. Pilar, una mujer estirada y algo snob, me miró con desprecio desde el principio, quitándose las gafas que colgaban de una cadena dorada alrededor de su cuello.

—Buenas tardes, Lucía. Lamentablemente, tengo malas noticias respecto a su reclamación —empezó Pilar sin preámbulos.

—¿Qué ocurre? —pregunté, intentando contener la frustración.

—La investigación preliminar sugiere que el incendio pudo haber sido provocado intencionadamente. Como sabe, las pólizas de seguro no cubren daños derivados de actos delictivos cometidos por el asegurado o con su complicidad.

—Pero yo no tengo nada que ver con eso. ¿Cómo pueden siquiera insinuar mi complicidad?

—No es personal, Lucía. Si la investigación no es concluyente o si hay evidencia circunstancial que la vincule con el evento, la compañía podría usar esto como motivo para negar la reclamación.

—Eso es absurdo. Yo soy la principal afectada: la víctima.

Pilar sonrió al oír la palabra víctima.

—La víctima, querida señorita, somos siempre nosotros, las aseguradoras —continuó Pilar, ajustándose las gafas—. Se sorprendería al saber cuántas personas prenden fuego a locales ruinosos para cobrar un dinero que compense su mala gestión y poca habilidad para llevar un negocio.

—Pero mi negocio iba bien. Acababa de abrir una segunda tienda.

Pilar echó la cabeza hacia atrás, como si fuera a lanzar una carcajada. Pero finalmente no lo hizo. Y prosiguió:

—Además, hay otra cuestión. Las tiendas contenían materiales inflamables que, según nuestros registros, no se almacenaron adecuadamente y no fueron declarados de manera apropiada a la aseguradora. Esto viola las normas de seguridad que eran parte de los términos de su póliza.

—Es una perfumería, claro que habría perfumes y productos químicos para elaborarlos. Eso lo sabían desde el principio cuando aceptaron asegurarme.

—Sin embargo, usted firmó la póliza, Lucía. Debería haberla leído mejor y asegurarse de cumplir con todos los términos, especialmente en lo que respecta a la declaración y almacenamiento seguro de materiales inflamables.

Cerré los puños, airada.

—¿Va a denegarme una compensación económica?

—Sí.

—¿No me dará un solo euro?

—Ni uno solo.

—Esto no quedará así, reclamaré —dije, levantándome de la silla.

Mi frustración estaba alcanzando su límite. Y aumentó cuando vi que ella ponía los ojos en blanco.

—Yo misma llevo las reclamaciones. Me encargaré de su escrito con sumo cuidado y le contestaré en menos de tres semanas.

—¡Un momento! Usted no puede investigar una queja contra una resolución dictada por usted misma.

Pilar puso de nuevo los ojos en blanco.

—¿No puedo? Tal vez quiera decir que no debería poder. Porque poder puedo, eso se lo aseguro. Lo hago todos los días. Tal vez debería haber una ley que impidiese que lo hiciera. Pero no la hay. ¿Ve? No es la misma cosa. Uno debe tener cuidado con lo que dicen, lo que significan exactamente las palabras. Si hubiese mirado con cuidado las palabras exactas que había en su contrato no se hallaría en la situación de desamparo actual. ¿No es así?

Pilar sonrió largamente y añadió:

—Tal vez lo sucedido le ayude en el futuro a tomar mejores decisiones. Buenas tardes, Lucía. Que todo le vaya bien.

Me contuve y no le di a Pilar la bofetada que andaba pidiendo a gritos. Me di la vuelta para marcharme, pero me detuve y volví sobre mis pasos.

—¿Quién te paga?

La mujer me miró con gesto de sorpresa. Pero era una mueca fingida.

—No sé de qué me habla. Me paga la compañía aseguradora y...

—Mentira. Sé que alguien la está pagando para denegar mi indemnización. Alguien que quiere arruinarme a toda costa. ¿Quién es? —le pregunté, mirándola a los ojos.

Pilar, que hasta entonces había mantenido un autocontrol irreprochable, parpadeó rápidamente y sus manos temblaron. Solo un instante. El olor a perfume de supermercado que emanaba de ella tenía una nueva nota en el aire, algo más sutil y revelador: el olor del miedo.

—Eso es absurdo, Lucía —respondió Pilar, con un tono que intentaba sonar despreocupado—. Solo estoy haciendo mi trabajo. No hay nadie más involucrado.

—Ya antes he tratado con aseguradoras. Ofrecerte unos pocos cientos o unos pocos miles de euros para ver si el desgraciado de turno pica y firma… eso es lo normal. Pero denegar una indemnización de plano, sin ni siquiera sondearme a ver si soy una pardilla a la que se puede engañar por una miseria… eso no lo había visto nunca.

Di un paso adelante. El sudor comenzó a perlar la frente de Pilar. Olor salado a mentira y más miedo a ser descubierta.

—Quiero la verdad —insistí—. ¡Habla!

Pilar desvió la mirada, incapaz de mantener el contacto visual.

—Está usted trastornada. No se lo tendré en cuenta porque ha tenido una gran pérdida y soy una persona comprensiva. Pero debe irse o llamo ahora mismo a seguridad.

Dudé, pero obedecí. No ganaba nada quedándome. Aquella mujer no iba a hablar. Salí de la oficina sintiendo un torbellino de emociones. Y por segunda vez aquel día dije:

—¡Mierda!

6.

Pasé de nuevo la noche con Marco. Necesitaba más cariño que nunca, algo que aliviara, aunque fuera brevemente, la angustia y el caos en que se había convertido mi vida.

Me desperté por la mañana al oír el sonido de voces y risas provenientes del comedor. Al salir, encontré a Marco y a algunos de sus amigos inmersos en el vibrante mundo de "Assassin's Creed" para consolas PlayStation, sus controles brillando con luces intermitentes. Eran todos jóvenes de unos 30 años, pero con una actitud que desafiaba su edad, vestidos con camisetas de bandas de rock y vaqueros desgastados, viviendo en un eterno espíritu adolescente.

—Creo que me olvidé de decirte que hoy era el día de la maratón de Assassin's —dijo Marco con una sonrisa de disculpa.

—¿Qué demonios es eso? —pregunté, aún desorientada por el sueño, mientras trataba de taparme, porque solo llevaba unas braguitas.

Una chica con piercings en la nariz y un poco más joven que el resto, vestida con una camiseta negra rota que dejaba ver su sujetador y el cabello teñido de un azul vibrante, se volvió hacia mí y explicó:

—Una vez al mes quedamos y jugamos durante 24 horas con nuestras consolas. Yo siempre me pido a Ezio Auditore. Tú puedes coger a uno de los piratas de la cuarta parte, hay una Play libre.

La muchacha olía a tabaco de liar y a algo dulce, cítrico, tal vez usase champú de limón. Me cayó simpática, pero negué con la cabeza y dije:

—Paso, pero gracias.

Regresé a la habitación y encendí mi ordenador portátil. Necesitaba enfocarme, investigar quién, aparte de Eonix, estaría interesado en el trabajo de mi madre. Pero cuanto más lo pensaba, más evidente se hacía que Eonix estaba en el centro de todo. Decidí escarbar en la Red y descubrí que la empresa matriz seguía siendo principalmente una empresa de perfumes, conocida por su enfoque innovador y su relevancia histórica en el mercado, algo similar a grandes perfumerías como Guerlain o L'Oréal, que habían diversificado sus productos, pero siempre manteniendo el perfume como su joya de la corona.

Busqué entonces la dirección de trabajo de Lorenzo Luchesi, el director regional de Eonix que había venido a visitarme a mi tienda. Descubrí que la central de Barcelona estaba ubicada en el Poble Nou, un barrio que una vez fue un enjambre de centenarios almacenes y fábricas, pero que ahora era mucho más. Se había convertido en el lugar de moda para montar empresas modernas, porque el Poble Nou estaba en constante evolución, remodelando los antiguos locales, buscando la innovación, la creatividad, nuevas áreas ajardinadas y atrayendo al inversor del siglo XXI. Probablemente por eso, una multinacional como Eonix había elegido ubicarse en la calle Pere IV, cerca de la sala Becket, una antigua fábrica transformada en teatro y centro pedagógico. Y no era la única fábrica decimonónica remodelada, de viejas chimeneas que se recortaban en el cielo, recuerdo del pasado, mientras a ras del suelo se alzaban ahora estructuras vanguardistas, en una convivencia imposible (pero a la vez triunfal) entre lo viejo y lo nuevo.

Sin perder tiempo, cogí el coche y me dirigí hacia allá.

Mientras conducía hacia las afueras de la ciudad, los olores propios de una gran urbe llenaban el aire: el aroma del mar mezclado con el típico olor de tubos de escape y asfalto caliente. Barcelona era una ciudad vibrante y cosmopolita, de historias entrelazadas, un lugar perfecto para perderse o, en mi caso, encontrar de una maldita vez las respuestas a lo que estaba pasando con mi vida.

Ojalá por una vez estuviera en la pista correcta.

—Me vendría bien un poco de suerte para variar —murmuré.

Pero la suerte aún estaba a muchas casillas de distancia.

7.

—No os voy a dar el frasco aunque queméis la ciudad entera —le dije a Lorenzo con firmeza.

—¿Qué frasco? ¿Quién ha quemado qué? —respondió él, aparentemente confundido.

—El frasco del elixir de los Corazones Rotos. Lo del fuego en mis tiendas ya lo sabes —insistí, observando su reacción.

Lorenzo movió la cabeza de derecha a izquierda, negando enérgicamente. Se calmó. Entonces cruzó los dedos sobre su pecho, adoptando una postura profesional. Sus movimientos eran calculados, irradiaban una falsa calma que solo aumentaba mi desconfianza.

—A ver... no sabía que se habían quemado tus tiendas. Es una pena, aunque, por supuesto, no tengo nada que ver con eso. Respecto a ese frasco de elixir, es una investigación que realizó tu madre mientras trabajaba para nosotros. Deberíamos reclamarlo ante la policía ahora que sabemos que obra en tu poder, pero...

Pareció dudar un instante.

—¿Pero qué? —presioné, impaciente.

—Pero nada —se encogió de hombros—, quédatelo.

Me quedé parada, fuera de juego. No esperaba esa respuesta.

—¿No lo quieres? —pregunté, incrédula.

—No. Mira, he sido muy amable dejando una reunión para hablar contigo. No tenemos nada que ver con ese fuego y ahora te digo que te quedes el elixir. Fin de la historia. No lo queremos para nada y, por tanto, no tenemos nada que ver con tus problemas.

—Pero es capaz de anular el dolor de una persona.

—No. Eso es una tontería.

—Lo he visto —insistí, mi voz elevándose ligeramente.

—¿Se lo viste usar a tu madre? —preguntó Lorenzo con una ceja levantada.

—Sí, con una amiga, y te aseguro que funciona.

—No, no funciona. No hace lo que crees y lo que viste no conseguiste entenderlo. De cualquier manera, te puedes quedar el frasco y experimentar con él.

Me di cuenta de que él sabía que yo no era capaz de descifrar el ingrediente secreto que lo hacía tan especial. Pensaba que no daría con la fórmula magistral y que el único frasco que tenía acabaría por agotarse, dejándome sin nada.

—Resolveré la fórmula —dije, con más convicción de la que realmente sentía.

—Hazlo. No vale nada. Es un placebo. Un placebo que costó más de 20 millones de euros completar, pero un placebo al fin y al cabo.

La seguridad en su voz era desconcertante. Me preguntaba si realmente creía en lo que decía o si era otra de sus estrategias para desalentarme.

Me levanté airada.

—¡Mientes!

Lorenzo me imitó, se levantó de su asiento y me miró fijamente.

—Tu madre ayudó a levantar esta empresa. Nos hizo millonarios con algunos de los perfumes más famosos del mundo. Oficialmente decimos que la premiamos con el departamento de perfumería experimental, pero no es verdad. Antes del Alzheimer ya vimos que estaba rara, ausente y divagaba, decía cosas extrañas, excéntricas… y decidimos sacarla de primera línea. Nos había hecho ganar miles de millones, podíamos prescindir de unos cuantos millones y crearle un laboratorio para sus locas ideas. Tu madre se dedicó durante tres años a perseguir imposibles, hizo algunos descubrimientos interesantes aunque sin interés comercial. El elixir de los Corazones Rotos… bueno, el nombre es ya en sí mismo presuntuoso, de cuento de "Las mil y una noches", y demuestra que no estaba del todo en sus cabales. Cuando ella misma se dio cuenta de que era un placebo tuvo una crisis, las pérdidas de memoria aumentaron… en fin, aquel último fracaso acabó con ella. La diagnosticaron Alzheimer y la jubilamos. No quiso más que 20 mil euros al año para sus gastos, aparte de la pensión, siempre fue una mujer austera. Le habríamos dado mucho más.

—Pero el elixir no es un placebo. Te repito que he visto que funciona.

—Los placebos a veces funcionan. Si el que lo recibe cree en los efectos milagrosos del producto, claro. Por ello te repito que malinterpretaste lo que viste. Si funcionó fue por mera sugestión, por casualidad.

Carmen no se había curado sola. Yo la había visto mejorar día a día gracias al elixir de los Corazones Rotos. Eonix y Lorenzo pensaban que yo era idiota. Le miré, tratando de desentrañar la verdad en su mirada. Me devolvió una mirada limpia, inocente. Parecía decir la verdad. ¿O era un muy buen actor?

—Esto no quedará así —le amenacé—. Os denunciaré.

Lorenzo meneó la cabeza con una calma que me irritaba aún más.

—Siento mucho lo de tus tiendas, créeme.

—¡Es mentira! No lo sientes. Todo lo que has dicho son solo mentiras. Y lo probaré. ¿Me oyes? ¡Lo probaré!

Lorenzo me observó en silencio por un momento, su expresión inmutable, como si mi amenaza le resultara irrelevante. Luego, con un suspiro casi teatral, se hundió un poco más en su lujoso sillón de diseño.

—Haz lo que creas conveniente, Lucía. Pero te aseguro que no encontrarás nada. Eonix no tiene nada que esconder.

—Ya veremos —dije, apretando los puños mientras giraba sobre mis talones y salía de su despacho.

Abandoné la oficina de Lorenzo realmente furiosa. Y por tercera vez dije:

—¡Mierda!

8.

De vuelta a casa, me pareció que alguien me seguía. Fue una sensación, una impresión, como cuando reconozco un aroma, algo intuitivo, inconsciente. Pero esta vez no era mi nariz la que hablaba, sino el vello de mi nuca, que se erizó sin razón aparente. Miré por encima de mi hombro un par de veces, pero no vi a nadie. Las calles de Sant Gervasi estaban tranquilas. Aun así, tenía la impresión de que algo estaba fuera de lugar.

Dejé un mensaje a Marco en WhatsApp: "Voy para tu casa. Espero que no te importe que me quede unos días".

No me respondió.

—Debe estar aún con su torneo de PlayStation —murmuré en voz alta.

Pero al poco llegó su respuesta: "Aquí te espero".

Entré en mi piso. Hice una maleta pequeña, llenándola con lo esencial. Marco vivía cerca, en Horta, y si necesitaba más cosas, ya vendría a por ellas. Estaba improvisando, sin un plan claro de qué hacer con mi vida en ese momento. Con el tiempo, ya encontraría mi camino.

Cuando llegué a su apartamento, no había nadie, ni amigos, ni consolas ni cables por el suelo.

—Les dije que esta semana haríamos una maratón más corta. Te vieron en ropa interior, así que lo entendieron —me explicó Marco al abrirme la puerta.

—Qué majos —reí, dándole un beso en la frente.

Encargamos unas pizzas y nos acomodamos en el sofá para ver una película, una comedia del pasado, La fiera de mi niña, que ponían en un canal gratuito de *streaming.* Creo que Marco no la entendió; se pasó todo el metraje sorprendido, preguntando si la gente realmente era así antes.

—Supongo que sí eran así, pero no te lo puedo asegurar, solo te llevo nueve años, no cincuenta —respondí, tirándole de una oreja.

Nos acabamos las pizzas y luego nos tumbamos en el suelo del comedor sobre una manta. Solo nos besamos, aunque mucho rato. Ya que Marco actuaba como un adolescente, decidí meterme en el papel de adolescente yo también. Necesitaba huir de mis problemas de adulta, y estar con él me ayudaba a despejar la mente, aunque solo fuera por un rato.

—Cuéntame un poco más sobre lo que haces —me dijo Marco mientras se desperezaba, una hora más tarde.

Nos habíamos quedado dormidos.

—¿Qué hago? —respondí, somnolienta.

—Con los aromas, los perfumes, lo de preservar recuerdos, todo eso...

—Te lo expliqué cuando te contraté.

—Debo confesar que no me enteré de nada.

Solté una carcajada.

—Cómo eres. Bueno… básicamente, lo que hago es capturar momentos y emociones en un frasco. A través de los aromas, puedo ayudar a las personas a revivir momentos de sus vidas. Es una forma de conectar el pasado con el presente.

Marco me miró con curiosidad genuina (y estupefacción genuina). Me sentí agradecida de tener a alguien con quien compartir mi mundo, aunque ahora todo se estuviera cayendo a pedazos.

—A ver —dije de pronto, dándome cuenta de que no me había entendido—, la chica del piercing, la que estuvo aquí antes.

—Anabel —respondió Marco, con una sonrisa.

—Vale. Anabel. Se había lavado el pelo con un champú que olía a limón y fuma tabaco de liar, negro, tipo Burley, lo que no es muy común en España.

—¿De verdad? ¿Te das cuenta de esas cosas?

—Claro, es mi trabajo.

Le besé en la barbilla y añadí:

—Piensa en la posibilidad de que hubieras ido a pasar la tarde con ella cerca de un acantilado. Yo visitaría la playa en diferentes momentos del día para capturar la variabilidad del aroma. Luego recolectaría flores frescas y secas del acantilado y campos cercanos.

—¿Y cómo harías eso?

—Tengo un aparato que encapsula una muestra de aire en un recipiente hermético, capturando las moléculas volátiles presentes en el ambiente. También tengo unos frascos de vidrio especiales y todo tipo de productos químicos que sellan las muestras y preservan su pureza.

—Vale. ¿Y luego?

—Fácil. Añado el olor de la piel de Anabel, especialmente el de su cabello que huele a limón, que tu mente conoce aunque tú no lo sepas. Luego hago análisis de la composición del aroma en un pequeño laboratorio donde realizo una cromatografía de gases; después identifico cada componente químico del aroma capturado. Y finalmente replico la suma de todos los olores capturados con extractos naturales y, sobre todo, moléculas sintéticas. Si lo he hecho bien, cuando te acerque a la nariz una tira de papel con perfume o te lo vaporice con un atomizador, tú, con los ojos cerrados, te sentirás transportado al momento en que estuviste con Anabel en el acantilado.

—Joder, menos mal que era fácil —dijo Marco, dando una palmada.

—Para mí lo es. Casi siempre. Es una cuestión de intuición. Y yo intuyo qué olor necesitan mis clientes. No solo es una cuestión de aromas. Hay miles de variables, desde la cantidad de cada compuesto hasta la intensidad del mismo. Y yo improviso, como un músico de jazz. Soy capaz de encontrar lo que necesitan. Es como encapsular un pedazo de tiempo. Los aromas tienen el poder de evocar recuerdos y emociones muy intensas, y de conectar con lo que las personas vivieron.

—Es fascinante, nunca pensé que algo tan simple como un olor pudiera tener tanta importancia.

Marco me miraba con admiración. A pesar de su actitud juvenil, pude ver que empezaba a comprender la profundidad de mi trabajo. Se mordió el labio inferior. Estaba guapo mientras reflexionaba y le daba vueltas a las cosas.

—Te gusta lo que haces —dijo.

—Claro, aunque ahora está todo perdido.

—¿Y eso?

—Han ardido todas mis tiendas y, con ellas, todo lo que tenía. En la de Vallirana estaban mis aparatos, las botellas, los atomizadores, los filtros de papel, los embudos y frascos de

recolección, los difusores y las tiras olfativas, frascos Erlenmeyer y probetas graduadas, frascos de ámbar… todo. Había algunas cosas en la tienda nueva pero, como también ardió, todo se ha perdido.

—Qué putada.

Bajé la cabeza.

—Y que lo digas.

Me puse en pie de un salto.

—Solo hay algo que no han destruido mis enemigos. Sean quienes sean.

Marco se encendió un cigarrillo. Dio una calada y soltó una espiral de humo.

—¿El qué?

—El elixir de los Corazones Rotos. Me pregunto si será capaz de quitarme el dolor que ahora siento. Tal vez mañana lo pruebe conmigo misma, pero, de momento, ¿me lo podrías guardar?

Saqué de mi caja de ébano un frasco pequeño, oscuro, que brillaba bajo la tenue luz de la tarde que se filtraba por la ventana.

—Claro. Yo te lo guardo.

—Que nadie sepa dónde está. No se lo cuentes ni a tu mejor amigo.

—Puedes confiar en mí.

Me acerqué a aquel niño que a la vez era un hombre.

—Y ahora vamos a la cama. Mañana será otro día y esperemos que mejor que este.

Marco dio una gran calada a su cigarrillo y lo apagó en un cenicero.

—A sus órdenes, generala.

Y me siguió como un corderito bajo las sábanas.

9.

Al día siguiente, puse en venta el piso de mi madre en Vallirana. Necesitaba el dinero para tapar agujeros mientras decidía qué hacer con las tiendas. La situación era complicada: tras un incendio, los gastos se acumulaban rápidamente si el seguro no pagaba. Había que considerar los costes de reparación de las tiendas antes de poder traspasarlas, además de lidiar con las reclamaciones de los vecinos por los daños estructurales en el edificio. Los impuestos, las facturas atrasadas y las posibles multas también aumentaban la presión financiera. Cada día las cosas se ponían un poco más negras, como si los hados se hubieran conjurado en mi contra, como si alguien me hubiese echado un mal de ojo, alguien real… tal vez una gran multinacional de la perfumería.

—Hola.

Me volví. Era el inspector de los Mossos d'Esquadra. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Rafel Durán.

—Es un mal momento. ¿No podríamos hablar en otro momento?

Acababa de regresar a mi piso de alquiler en Barcelona. Me hallaba delante del buzón, mirando si en el correo había más facturas que pagar.

—Esta conversación no puede esperar, por desgracia, señorita Fernández. Si hace el favor de acompañarme.

—Llámame Lucía. Y tutéame, por favor, que estoy harta de gente que me habla de usted.

Un coche policial estaba aparcado junto al bordillo. Era un vehículo discreto, de color gris oscuro, con las luces de emergencia encendidas.

—Por favor, Lucía. Ven conmigo.

Solté un bufido y entré en el coche.

—Que sea rápido.

—Haré lo que pueda. No prometo nada.

El coche avanzó por las calles de Barcelona camino de la comisaría de Les Corts. Quedaron atrás las calles arboladas, descendimos hacia Balmes, giramos en la Diagonal, llena como siempre a rebosar de coches, autobuses y motos moviéndose en un flujo constante y enloquecido. Seguimos. Ya estábamos cerca de nuestro destino. Aspiré hondo: árboles de magnolia y el fresco olor a césped por la mañana. Identificar aromas me serenaba.

Finalmente, nos detuvimos frente a la comisaría de Les Corts.

—Pasa, Lucía.

El inspector Durán me dejó sola más de media hora. No sé si era una táctica psicológica, pero funcionó, porque cuando Durán finalmente entró, me sentía hundida, cabreada y harta de todo.

—Estoy muy cansada. Son muchas desgracias juntas y… no sé qué le puedo contar que no sepa. Mis tiendas se quemaron y ya no sé si fue Eonix o…

El *mosso* me miró fijamente, sus ojos distorsionados por las gruesas gafas de aumento, y entonces dijo:

—No quiero hablar de las tiendas.

—¿No? ¿De qué quieres hablar?

—De Marco Andújar.

—¿Marco? —repetí, incrédula.

—¿No sabes quién es? He oído que estás viviendo con él.

—No vivo con él, estoy pasando unos días en su piso hasta que me centre. Nada serio.

Durán asintió lentamente, sin apartar su mirada de mí.

—Nada serio.

—Eso mismo.

—¿Cuándo lo viste por última vez? —preguntó con tono duro, implacable.

Le miré, nerviosa, tratando de entender a dónde quería llegar.

—Esta mañana. ¿Marco está bien?

—¿Estaba bien cuando lo dejaste?

—Claro, sonreía en sueños como un bendito cuando me levanté de la cama.

Durán se inclinó ligeramente hacia adelante, sus ojos fijos en los míos.

—¿Y luego?

—¿Luego?

—Luego de levantarte —insistió Durán, su mirada se volvió aún más penetrante, borrosa, aumentada desde aquellas horribles gafas.

—Me fui a hacer papeleo a Vallirana y luego otra vez de vuelta aquí… más papeleo, multas, deudas, reclamaciones y no sé qué más. Llevo diez horas rellenando papeles y solo quiero regresar a casa de Marco y darme una ducha.

Durán me observó detenidamente, sus ojos escrutándome detrás de los cristales de aumento.

—Creo que no podrá ser. No podrás volver a casa del señor Andújar.

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Marco está bien? —repetí de nuevo mi pregunta, esperando que esta vez la contestase.

Durán se tomó un momento antes de responder, su voz más grave de lo habitual. Su colonia barata inundaba mis fosas nasales.

—Está muerto. Alguien entró en la casa, la prendió fuego, asesinó a Marco y se dio a la fuga. Hay muchos testigos que aseguran que te vieron salir de su piso ese mismo día. Además, hay huellas tuyas por todas partes. El fuego pudo apagarse esta vez a tiempo y tenemos toneladas de indicios en tu contra.

—Pero, pero... —mi voz se quebró, la incredulidad y el miedo me atenazaron.

Durán se acercó un poco más, su voz era un susurro amenazante.

—¿Quieres confesarme algo? ¿O sigo haciéndote preguntas?

No dije nada por un momento. Abrí la boca, la cerré, y finalmente dije:

—Mierda, ahora sí que estoy jodida.

Y solo entonces comencé a llorar.

CUARTA PARTE

LOLI OJOS PINTADOS



1.

—En el *talego* serás mi esclava —dijo Loli Ojos Pintados.

Estábamos en una celda de la comisaría de Les Corts, un espacio angosto, diseñado solo para retenciones temporales. Bancos de cemento, un inodoro de acero inoxidable y un lavamanos; y un fluorescente que pendía del techo.

—No acojones a la nueva —dijo Erika desde la esquina.

Loli Ojos Pintados hizo una mueca y se acercó lentamente hasta mí. Era una mujer delgada, de cuarenta y muchos años, vestida de negro, lo que resaltaba aún más su estilizada figura. Su cabello rubio estaba recogido en una coleta alta. Olía a sudor y a cuero.

—No la acojono. Cuando nos trasladen a Brians necesitará protección. Esa cárcel es chunga, ya lo sabes. Y hará lo que yo diga y cuando yo lo diga. Es lo que hay.

Erika se acercó también a mi banco. Me miró con lástima. Tendría más de sesenta años, pero llevaba un peinado con una cresta de colores vivos, muy cuidado, que contrastaba con su ropa vieja y llena de parches. Olía a sucio, una fetidez casi insoportable.

—Loli va de dura, pero es buena chica. Además, igual tienes suerte y no vas a la trena. O te dejan salir sin fianza —dijo Erika, mientras me palmeaba suavemente un hombro.

—De eso nada —dijo Loli—. La ha traído aquí Rafel “el casos gordos”.

Erika parpadeó, sorprendida.

—”El casos gordos” solo se ocupa de cosas gordas de verdad. Dicen que lo van a ascender a comisario o subcomisario o lo que sea... y esta es una mosquita muerta. No puede haber hecho nada que les interese a los jefazos de arriba.

—¿Mosquita muerta? Dos asesinatos, varios incendios provocados y no sé qué más —replicó Loli.

Una cuarta chica, una eslovena que respondía al nombre de Anja, lanzó un silbido agudo.

—¡ *Jebiga*! —exclamó.

Aquello, en su lengua, debía ser algo fuerte, sin duda.

—Opino lo mismo que ella. Signifique lo que signifique —dijo Loli Ojos Pintados, esbozando una sonrisa torcida.

Erika miró a Anja y luego se volvió de nuevo hacia mí. Parecía incrédula.

—Yo pensaba que estabas aquí por robar en una tienda o algo así. Nada importante. No tienes pinta de asesina.

—Pues ya ves que las apariencias engañan, zorra —dijo Loli—. Se ha metido en un lío de cojones.

—¿De verdad es tan grave? —pregunté a Erika, bajando la voz.

Loli se acercó un poco más, sus ojos azules brillando con intensidad.

—Sí, lo es.

—No tienes por qué asustarla más —dijo Erika, lanzando una mirada de advertencia a Loli.

—Solo digo la verdad —respondió Loli con indiferencia—. Más le vale que se prepare para lo

que venga o la joderán viva.

Me sentía atrapada entre aquellas cuatro paredes. Anja murmuró algo más en esloveno. Se rio sola.

— *Prekleti bodite vsi.*

Pasaron unos minutos. Me senté al fondo, lejos de todas, tratando de poner en orden mis pensamientos. Mis compañeras de celda se olvidaron de mí. Loli y Erika se pusieron a charlar.

—¿Por qué te han trincado esta vez, Ojos Pintados?

—Por drogas. Lo de siempre. Me la tienen jurada esos *mossos* cabrones hijos de la gran puta.

Mientras hablaban, yo iba recabando información; tal vez me sirviera para salir bien parada del pozo de desgracias en el que había caído. No tardé en darme cuenta de que Loli era famosa por ser la pareja del líder de una banda de moteros. Y también por ser una de las personas que soltaban más tacos de Barcelona. Erika, por su parte, había sido puta y ahora se dedicaba a la mendicidad. Aunque no descuidaba su pelo, que era lo que más le importaba en este mundo.

—Siempre quise ser esteticién. Ya sabes… aplicar laca de uñas, maquillaje, cremas, masajes faciales, cosas de esas. Habría sido la mejor de la ciudad —era una frase que decía constantemente, como un mantra—. La mejor. Pero no tuve suerte. Cuesta mucho montar un buen local en Barna.

Estuve callada más de una hora, escuchándolas. La luz fluorescente zumbaba por encima de mi cabeza. Estaba cagada de miedo. No sé por qué, decidí que debía entrar en la conversación, decir algo, lo que fuese. Pero solo acerté a murmurar:

—¿Por qué te llaman Loli Ojos Pintados?

Loli rio secamente y bajó las pestañas. Al cerrar los ojos, se reveló un tatuaje en el interior de sus párpados, un dibujo intrincado que hacía que sus ojos, incluso cerrados, parecieran abiertos y observándote. Sus ojos pintados eran, como los reales, de un azul penetrante, rodeados por líneas negras que se extendían hacia los extremos, simulando pestañas largas y espesas, casi hipnóticas.

—Da un poco de miedo por las noches. Pasé seis meses con ella en Wad-Ras y parece que no duerme, que te está vigilando —dijo Erika.

—No te acostumbraste nunca, zorra —repuso Loli, sonriendo con malicia—. Dormías con la cabeza tapada, que me acuerdo.

Ambas se echaron a reír, un sonido que resonó en la celda de forma siniestra. Yo no pude reírme.

—Oh Dios mío, haz que esto sea una pesadilla —murmuré en voz baja.

—¿Ves? Si está acojonada la niña esta —dijo Erika—. No creo que haya matado a nadie.

—¿Y qué más da? Lo que cuenta es que “el casos gordos” la tiene en el punto de mira. Está jodida. Como si ser inocente sirviese de algo en prisión.

Volvieron a carcajearse, esta vez con más fuerza.

Los ruidos del exterior, puertas que se cerraban de golpe, pasos, voces distantes, el golpear metálico de los cerrojos de las celdas, se mezclaban con las risas de Loli y Erika.

Anja, la eslovena, me observaba en silencio. Luego volvió la vista.

—Vamos, aguanta. No dejes que te vean flaquear —dijo Erika—. Si flaqueas te comerán. Ríete también, ríete de todo, que vean que eres fuerte y que todo te la pela.

Asentí débilmente y me reí sin ganas. Mientras, aquellas palabras “te comerán” resonaban en mi mente, una y otra vez.

Finalmente, llegó la noche y se apagaron las luces.

2.

La prisión de Can Brians 2, con más de dos mil presos, se extendía por una superficie similar a la de tres campos de fútbol en Sant Esteve Sesrovires, cerca de Barcelona. Allí debía esperar hasta que llegase mi audiencia inicial, donde se decidiría sobre mi prisión preventiva y la fianza.

Yo creía que una reclusa como yo se pasaba todo el día en la celda. Pero no fue así, solo iba a mi celda para dormir y poco más. La mayor parte del día lo dedicaba a diversas actividades, en la sala común o en el patio del módulo al que estaba adscrita.

—Tienes suerte, Lucía. Yo seré tu presa de confianza —me dijo Loli la tarde que llegamos.

Me sorprendí y no pude evitar preguntar:

—¿Presa de confianza?

—Sí, a las nuevas, sobre todo a las que se las ve frágiles como tú, se las pone a cargo de una veterana.

—Una veterana como tú.

—Exacto. No hay nadie más veterana que la Loli. Aunque aquí nos llaman presas de confianza, como te he dicho antes. Pero no es más que una de esas palabras vacías que usan los de arriba. Porque no confían en nosotras. Solo nos necesitan porque, si no fuera por las presas de confianza, necesitarían el doble de guardias. Así se ahorran los políticos cabrones una pasta, que es lo que les importa.

Asentí lentamente, comenzando a captar la realidad de la situación.

—Entiendo.

Loli negó con la cabeza, su expresión volviéndose seria.

—Qué va, no entiendes nada. Este sitio te hará entender. De momento eres una pardilla. Por suerte, gracias a mí, una pardilla que sigue de una pieza.

Miré a mi alrededor, intentando absorber todo lo que podía sobre mi nuevo entorno. No tenía tiempo para pensar en la pobre Carmen, en el pobre Marco, muertos… y probablemente por mi culpa. De momento debía pensar en sobrevivir, en estar atenta, alerta, lista para cualquier cosa.

—¿Qué tipo de actividades se hacen aquí? —pregunté a Loli, mientras paseábamos por el patio.

Un cercado de altos muros de hormigón, un suelo de grava y cemento. Bancos de metal y un pequeño campo de fútbol. El patio estaba lleno de internas. Algunas charlaban en corrillos, otras hacían ejercicio, la mayoría miraba, observaba, se mantenían alerta. La sala de día estaba más animada, con mujeres jugando a las cartas y riendo a carcajadas.

—Ya lo ves. De todo un poco. Tienes talleres, educación, deporte... hasta terapia. Lo importante es mantenerte ocupada.

—¿Y tú? ¿En qué ocupas tu tiempo?

—Hago lo que sea. Ayudo a las nuevas, muchas son pringadas como tú... en fin, me mantengo activa, lejos de los problemas. Se me da bien esquivar los problemas y obedecer las reglas en el *talego*. Hasta que salgo. Pero no tardo en volver, porque afuera los problemas me persiguen y

las reglas no van conmigo. Así es la vida.

Asentí. Me gustaba que fuese tan franca conmigo.

—¿Y qué pasa si alguien no sigue las reglas aquí dentro? —pregunté.

—Depende de la falta. Pero créeme, no querrás averiguarlo. Haz lo que veas que hacen las veteranas, mantén la cabeza baja y no te busques líos. Así es como se sobrevive.

Resoplé. Sabía que no sería fácil.

—Gracias, Loli. Aprecio tus consejos.

Ella me miró. Por un instante no pareció una tía dura, sin sentimientos, en sus ojos brillaba algo similar a la empatía.

—De nada, Lucía. Aquí, todas necesitamos a alguien. Y ahora tú me necesitas a mí.

3.

—¿Cómo es un día normal en la cárcel? —pregunté, tratando de prepararme mentalmente para la jornada siguiente.

Habíamos llegado a media tarde. Nos incorporaron a la rutina de la prisión sin apenas presentaciones. Loli sabía de qué iba aquello. Pero yo no.

—Te levantarás bien pronto por la mañana y harán el recuento —me dijo—. Lo hacen tres veces al día.

—¿Y si no estoy lista a tiempo?

—Estarás. No te preocupes —me aseguró—. Una vez hayan confirmado que todos estamos presentes, irás a la sala común para desayunar.

Nos detuvimos un momento y Loli señaló hacia un edificio a nuestra espalda. Había 16, que se distribuían a partir del patio central. Cada módulo tenía tres pisos, ventanas con rejas y 72 celdas exactamente.

—Desde ese momento hasta la hora de la comida, pasarás el tiempo en el módulo. Podrás hacer ejercicio o participar en actividades deportivas. También hay un economato y un consultorio médico. Luego te los enseño.

Echamos a caminar de nuevo.

—Después de comer, tendrás que volver a la celda por un rato. Luego, por la tarde, bajarás de nuevo para repetir la rutina de la mañana hasta la hora de la cena.

Nos detuvimos. Un grupo de mujeres hacía yoga. Parecían muy concentradas.

—Finalmente, harán otro recuento nocturno antes de que vuelvas a la celda para dormir.

Me quedé en silencio, asimilando sus palabras y observando a las otras reclusas, intentando encontrar un sentido a mi nueva vida. No lo encontré, pero, pese a todo, me hice a la rutina de la prisión y procuré no meterme en líos. No sirvió de nada. Los líos vinieron a por mí.

Cuando llevaba cuatro días en Can Brians y me faltaba solo uno para la vista preliminar ante el juez, las cosas se torcieron de nuevo.

—He estado pensando, Loli…

—Come y calla —me dio un codazo que casi me tiró del banco—. ¡Observa a tu alrededor, coño! Está pasando algo. Nos miran.

El comedor de la prisión estaba repleto de internas, charlando y comiendo en largas mesas de metal. El ruido de las conversaciones llenaba el ambiente, mezclado con el tintineo de los cubiertos y el murmullo constante de voces.

—Yo no veo nada.

Loli estaba sentada en la mesa central, su bandeja de comida frente a ella. Yo estaba a su izquierda.

—Ey, Ojos Pintados.

Dos sudamericanas se acercaron a nosotras. La primera era de piel oscura, el pelo recogido en una trenza apretada. La llamaban Cobra y sus brazos musculosos estaban adornados con tatuajes,

símbolos y nombres que yo no conocía. La segunda, Valeria, era algo más alta, tenía el cabello corto teñido de un rojo intenso. Lucía un tatuaje de un cuchillo en su cuello.

—La *culicagada* ya no es tuya, es de la hermandad —dijo Valeria, señalándome.

Cobra empujó a Loli, haciéndola tambalearse en su asiento. Ella se levantó despacio, su mirada fija en sus adversarias.

—De acuerdo. No quiero problemas —dijo.

Las dos sudamericanas se dieron la vuelta, pensando que la confrontación había terminado. Me hicieron un gesto para que las siguiese a la mesa del fondo, con el resto de su hermandad (o lo que demonios fuese). Pero de repente, Loli agarró su bandeja de comida y, en un movimiento rápido, golpeó a Valeria en los riñones. Se escuchó un aullido de dolor.

La pelea estalló de inmediato. Puñetazos que iban y venían, comida volando por todas partes. Las internas se levantaron de sus asientos, formando un círculo alrededor de la pelea y jaleando con entusiasmo.

Loli se enfrentó entonces a Cobra, intercambiando golpes furiosamente. En un momento de pura adrenalina, Loli agarró un banco pensado para seis presas y lo levantó por encima de su cabeza, dejándolo caer con fuerza sobre su contrincante. No sé de dónde sacó fuerzas con lo delgada que estaba. Pero consiguió noquear a la colombiana.

Valeria vio a su amiga en el suelo, inconsciente, y retrocedió. Dijo:

—Toca seguir juiciosa, Ojos Pintados. Esto no es cosa de vos.

—Lucía es cosa mía, zorra.

Todo terminó con aquel último exabrupto. Se hizo el silencio en el comedor. Las internas se dispersaron y Loli volvió a su mesa. Se sentó junto a mí. Los guardias llegaron rápidamente, listos para llevar a las tres implicadas en la pelea a las celdas de castigo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, todavía en shock por lo que acababa de presenciar.

—Nada que no haya pasado antes. Pero procura que mañana te den la fianza —dijo Loli, mientras la esposaban para llevársela.

—¿Por qué?

—Esas tías saben de sobra que estoy protegida. Conocen a mi hombre y saben que si me joden, tendrán muchos problemas, aquí dentro y fuera.

Loli me miró con seriedad, sus ojos azules y penetrantes brillaban inquietos.

—Si han venido a por ti a pesar de que eres mi esclava, es porque alguien les ha pagado mucha pasta. Pero mucha. De lo contrario, esas no mueven sus culos gordos. Así que anda con cuidado. No podré protegerte siempre. Alguien va por ti y está más alto que yo en la cadena alimenticia.

Loli y uno de los guardias se alejaron por el comedor camino de las celdas de castigo. Pero había algo más que debía preguntar. Así que lo hice.

—¿Qué querían hacerme esas dos?

Ojos Pintados se volvió. Torció el gesto.

—¿Tú qué crees? ¿Qué iban a llevarte a la hermandad a hablarte de las maravillas de la puta aldea en Colombia donde nacieron? No, Lucía. Espabila. Querían matarte.

4.

La Ciudad de la Justicia de Barcelona. Edificios con grandes ventanales y estructuras de metal y vidrio que reflejan la luz del sol. Al entrar, el aire fresco del sistema de climatización se mezclaba con el olor a papel nuevo y tinta de las oficinas. Los abogados y jueces, enfundados en sus togas de lana fina, desprendían un sutil aroma a detergente y almidón.

La sala de audiencia era austera, con paredes blancas y asientos de madera oscura. Me encontraba en un despacho anexo, esperando, con un nudo en el estómago. Mi abogado de oficio, un hombre que parecía no estar interesado en mi caso, consultaba su reloj con frecuencia.

—Las acusaciones son firmes, yo me declararía culpable —dijo tras encender su tableta y leer un informe durante dos minutos—. Mire, con dos asesinatos y tantos incendios provocados, lo mejor es confesar. Podríamos negociar una pena menor. Si insiste en declararse inocente, el proceso será largo y complicado, y las posibilidades de éxito son mínimas. Los testigos y las pruebas están en su contra.

Sentí un nudo en el estómago.

—No voy a confesar —repuse, tratando de mantener la calma.

—Es lo mejor para usted —insistió, con una frialdad e indiferencia irritantes—. Confesar puede reducir su condena. Así nos saltaríamos todo este trámite de la fianza. Podríamos solicitar un acuerdo con la fiscalía...

La desesperación me hizo perder los estribos.

—¡Soy inocente! —grité, sintiendo que la ira y la frustración me ahogaban.

El abogado se encogió de hombros, consultando nuevamente su reloj.

—Haga lo que quiera —dijo, levantándose—. Nos vemos adentro.

Y se fue, dejándome sola y desamparada en el despacho, sintiendo que el peso del mundo se me venía encima. Bueno, no estaba sola del todo. Un policía me vigilaba armado con la misma mirada vacía y la misma frialdad e indiferencia que había exhibido mi abogado.

—Soy inocente —le repetí al policía, que se encogió también de hombros.

Diez minutos después, me condujo a la sala de audiencias. El juez, con una pila de expedientes a su lado, ni siquiera levantó la vista cuando me senté.

—Lucía Fernández —comenzó el juez con voz monótona—. Se le acusa de dos incendios intencionados en locales de su propiedad.

El fiscal, un hombre de mediana edad con expresión severa, intervino:

—Además, creemos que la acusada podría estar detrás de dos asesinatos relacionados con estos incendios. Por ello…

El juez levantó una mano, interrumpiéndolo.

—La documentación para esas acusaciones adicionales aún no ha llegado. De momento, por lo que veo, la muerte de Carmen Contreras se clasifica como homicidio involuntario. ¿Cuál sería la segunda víctima?

—El amante de la acusada.

—Pero no figura eso en ninguna parte.

El fiscal frunció el ceño, evidentemente molesto.

—Así es, señoría. Estamos haciendo las pruebas periciales. Pese a todo solicitamos que se le niegue la fianza en base a…

—Prepárese mejor la próxima vez —le cortó el juez, volviendo a sus papeles—. Se fija una fianza de 250 mil euros.

Me quedé paralizada por un momento, procesando lo que acababa de escuchar. Mi abogado, que ni siquiera había intervenido, parecía de lo más contento.

—Lo hemos logrado. ¿No es increíble?

El policía me tomó del brazo y me llevó de vuelta por el pasillo hacia el furgón. Caminé en silencio. No me sentía aliviada. Justo antes de subir al vehículo, miré al policía que me custodiaba y pregunté, casi en un susurro:

—¿De dónde voy a sacar 250 mil euros?

Tampoco me respondió esta vez, simplemente me ayudó a subir al furgón, cerrando la puerta.

5.

—¿No tienes nada? ¿Ni un puto euro? —preguntó Loli, mirándome con preocupación.

Nos encontrábamos en nuestra celda, en la litera. Ella en la parte de abajo, yo en la de arriba. Pronto sería la hora de levantarse.

—No tengo dinero en efectivo —dije, angustiada ante la idea de enfrentarme a la hermandad o a quien las hubiese pagado para asesinarme—. El piso de mi madre vale, como mucho, 170 o 180 mil euros. Me falta aún un buen pico.

Loli batió palmas.

—Despierta, esclava. Tienes un piso, eso ya es mucho más de lo que tienen la mayoría por aquí —se quedó callada, como si reflexionase—. Un momento, ¿el piso está a nombre de tu madre? ¿No has dicho eso?

—Sí.

—¿Está en Barcelona?

Negué con la cabeza.

—No, en Vallirana.

Loli dio otra palmada.

—Pues seguramente el juez no te lo ha pillado aún para hacer frente a las indemnizaciones de las víctimas y todas esas jodiendas. No sabes cómo es la justicia española. Se darán cuenta dentro de seis meses de que es tuyo. Eso, si se dan cuenta.

Se levantó de su litera y comenzó a caminar de un lado a otro de la celda. De fondo, se escuchaban los murmullos y los movimientos de las demás internas, que comenzaban a despertar.

—Necesitamos un plan —murmuró Loli, su mente trabajando a toda velocidad—. Si vendes la casa de tu madre rápido, podrías reunir el dinero. Quizás podamos hacer algo.

—¿Pero cómo voy a venderla desde aquí? Ni siquiera he podido aún aceptar la herencia.

Loli se detuvo, pensativa, y luego me miró fijamente. Se le había ocurrido una idea mejor.

—Eso es lo de menos. Te damos el dinero y tú, cuando heredes, pones la casa a nombre de un amigo nuestro. Déjalo en mis manos. De momento, dime cómo es el barrio.

—No es un barrio. El piso está en el centro. Vallirana es una ciudad con una calle principal y poco más. Los vecinos son gente mayor, sobre todo, aunque también hay amas de casa… gente trabajadora, gente normal —le expliqué, tratando de ser lo más detallada posible.

Loli levantó una ceja, pensativa.

—Gente normal que hace cosas normales. Eso es la hostia de genial. ¿Crees que un cargamento de armas podría pasar desapercibido allí?

Algunos grupos de moteros eran conocidos por su conocimiento de armas de guerra y el tráfico de las mismas, incluyendo equipo pesado y lanzamisiles. Hasta yo había oído hablar de las masacres que habían protagonizado. No hacía mucho que le había echado un vistazo a un artículo que hablaba de una guerra entre ellos que terminó con más de 150 muertos. Comencé a

temblar.

—¿Arr...mas?

—Sí, armas. Vamos, no te hagas la tonta. Te vamos a dar mucha pasta. Hasta tú te puedes imaginar que no es para montar una tienda de golosinas.

¡Dios mío! De empresaria perfumista a huérfana sin empresa, acusada de pirómana y asesina, y ahora traficante de armas… en apenas cinco semanas. Iba a batir un récord. No sabía de qué, pero estaba a punto de batirlo. Seguro.

—¿De qué te ríes, tía? —dijo entonces Loli.

—De lo desgraciada que soy —meneé la cabeza—. Pero en respuesta a tu pregunta, mis vecinos son gente inofensiva. Nadie sabe nada de la vida de los demás y ni en un millón de años se imaginarían que hay armas en uno de los pisos. Cada uno va a lo suyo, que básicamente es a trabajar y la compra al súper de la esquina.

Loli esbozó una mueca siniestra.

—Al Tiburón le va a molar.

El Tiburón era el novio de Loli. Se llamaba en realidad Carles Fabregat y me había hablado de él varias veces. Era un motero con muchas condenas por tráfico de drogas, como ella. Pero ahora estaba en la calle, aunque a la espera de tres juicios diferentes.

—Venga, vístete, que en diez minutos es el primer recuento. Luego solucionaremos tus problemas de una tacada.

—¿De verdad?

Loli me dio un codazo amistoso. Luego cerró los párpados y me miró desde sus ojos tatuados.

—O eso, o una de esas colombianas hijas de puta te rajará antes de que acabe el día.

6.

Media hora después estábamos en el locutorio de la prisión. La sala era ruidosa y pequeña, con varias cabinas alineadas contra la pared. Había un horario estricto para las llamadas, y cada interna tenía un tiempo limitado para comunicarse con el exterior. Nos pusimos en fila, esperando nuestro turno, rodeadas por el murmullo de conversaciones privadas.

Cuando llegó su turno, Loli tomó el teléfono y marcó un número. Me quedé cerca, escuchando la conversación.

—Ey, cariño, tengo una casa limpia. La que andabas buscando —dijo Loli, con un tono indolente, como si lo que estaba diciendo no fuera importante.

Hizo una pausa, escuchando la respuesta al otro lado de la línea.

—No te cuento más de momento porque esto puede estar pinchado. Le compro luego un móvil a las rumanas y te doy más detalles, pero es lo que querías. Te lo juro. Aunque necesitaré bastante pasta.

Otra pausa, durante la cual Loli me miró y me guiñó un ojo.

—Doscientos cincuenta mil euros. Para hoy.

Alejó la cabeza del auricular. Alguien gritaba.

—Ya sé que es mucha pasta, confía en mí, joder. Tenemos un piso de aval y el dinero no se irá a ninguna parte. Es para una fianza y la persona en cuestión no se va a escapar. O sea que recuperarás todo el dinero.

Más gritos.

—Que confíes, hostia puta. ¿Cuándo me he equivocado con alguien en todos estos años?

Loli colgó el teléfono y se volvió hacia mí, una sonrisa confiada en su rostro.

—Listo. Ahora solo tenemos que esperar.

—¿Mucho? —pregunté atemorizada, porque había visto a Cobra, una de las colombianas, al final de la fila.

—No te preocupes. El Estado es lento para todo, lleno de burocracias y de jodiendas. Pero para cobrar, y más cantidades tan altas, corren que se las pelan los muy cabronazos.

7.

—Así que sales en dos horas. Alguien ha pagado tu fianza —dijo Rafel, el inspector de los Mossos d'Esquadra al frente de mi caso. Parecía decepcionado. Añadió—: Es lo que tiene la prisión. Las personas buenas conocen personas malas y se vuelven malas para sobrevivir. La gente que ha pagado tu fianza hará que acabes en una cuneta.

—Lo de la cuneta no es seguro —repliqué, tratando de mantener la calma—. Pero voy camino de acabar en prisión un par de décadas. A menos que salga y descubra lo que está pasando. De todas formas, gracias por lo de buena persona.

El policía se ajustó una corbata roja a cuadros que le quedaba francamente mal y realzaba su enorme tripa. La sala de interrogatorios era impersonal, con paredes grises y dos personas que no eran amigos, pero tampoco enemigos.

—Creo que eres una buena persona que ha cometido errores. Ahora deberías pagar por ellos. Y deberías también, ese es mi consejo, no cometer nuevos errores que empeoren tu situación.

Me eché a reír.

—¿Cuánto me puede caer por dos asesinatos y dos incendios? ¿Qué puedo hacer que empeore realmente mi posición?

—Lucía, entiende que cualquier acción fuera de la ley puede agravar tu situación. Cooperar con elementos criminales, como quienes han pagado tu fianza, puede hacerte cómplice de otros delitos. Piensa bien en lo que haces. Esto puede terminar muy mal.

—Lo sé —dije, bajando la mirada.

Rafel se incorporó. Sus gafas de culo de botella me miraron desde la distancia.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Lucía.

—No lo sé, pero da lo mismo. Porque realmente crees que soy culpable. No estás investigando a nadie más. ¿No es así?

—Todos los indicios apuntan en tu contra. Huellas, te vieron salir de la casa el día del asesinato y un largo etcétera. Ya te lo dije. ¿Y qué me queda aparte de eso? ¿Conspiraciones de multinacionales de perfumes que incendian y matan en serie?

—Si una mujer puede incendiar y matar en serie, como tú pareces creer, una multinacional también debería poder.

—Pruebas, Lucía. Dame pruebas. O un indicio sólido, al menos.

—Yo no los tengo. Y tú, si no investigas a Eonix, tampoco encontrarás nada.

Rafel parpadeó una, dos, tres veces.

—Me caíste bien la primera vez que nos vimos, pero… cuando tantas cosas apuntan en una dirección, rara vez hay gato encerrado. Hay otros casos que requieren mi atención. Pero revisaré el tuyo si te esperas a salir unos días. Te lo prometo.

—Ni soñarlo. Yo también pienso que eres buena persona, pero no soy tonta. Eres quien me va a meter en la cárcel. Además, la gente con la que he hecho un trato no aceptará un "me lo estoy pensando".

Los dados estaban echados. Ahora solo faltaba saber qué números salían en mi tirada.

—De todas formas, echaré un vistazo a los incendios y a la muerte de Marco. Por si acaso.

Al oír el nombre de mi antiguo amante, una ola de tristeza me invadió.

—Era un muchacho genial. Su crimen no debería quedar impune.

Rafel vio algo en mis ojos. Yo vi algo en los suyos. Supongo que, al menos por un instante, me creyó.

—No quedará impune.

Sonreí.

—¿Seguro?

El *mosso* me miró una última vez antes de marcharse.

—Buena suerte —dijo, y su tono me dejó claro que dudaba de que la tuviera.

8.

—Los Red Búfalos están metidos en muchos asuntos, pero a una escala pequeña. Somos moteros, no criminales —me dijo Loli.

A ella le habían puesto una fianza de 35.000 euros y los Red Búfalos la habían pagado de inmediato. Así que habíamos salido juntas de Can Brians.

—No quiero saber lo que hacéis —dije, intentando mantenerme al margen.

Loli me dio un golpe amistoso en la cabeza.

—No te hagas la mosquita muerta, esclava. Has matado a dos personas.

—No me llames esclava —repliqué—. Y que sepas que yo soy inocente hasta que se demuestre lo contrario. Así que, como mucho, "supuestamente" he matado a dos personas.

Los ojos azules de Loli, penetrantes, brillaban con destellos de hilaridad.

—Pues eso. Tiburón y sus chicos "supuestamente" se dedican al tráfico de drogas. Nada muy gordo: maría, coca, nada de heroína. Pero últimamente nos hemos diversificado porque se saca mucho más de las armas. Las bandas latinas se matan por sus chorradas y nosotros no juzgamos a nadie. Vendemos a todo el que paga. Incluso algunas armas las vendemos al extranjero: material pesado, lanzamisiles y jodiendas de esas. A los de fuera tampoco los juzgamos, y si hay gente que quiere matarse por rollos religiosos, o por fronteras, o por lo que sea, les dejamos hacer. Hay gilipollas en todas partes.

—Eso es verdad. Yo misma soy una gilipollas.

Loli me dio otro golpe, esta vez más suave y aún más amistoso.

—No te flageles, exesclava. A lo que iba: necesitamos un sitio seguro, respetable, y alguien con pinta de mosquita muerta que entre en su casa, coja una caja de armas, la suba a su coche y se la lleve a nuestros compradores.

—Así que la casa de mi madre no la vais a pisar.

—¿Para qué? Es nuestro almacén y el sitio donde vives. A partir de ahora eres jefa de almacén. Eso es un ascenso, ¿no? De presa a jefa de almacén. Yo estaría contenta.

—Perdona si no me río. Estoy demasiado emocionada.

Loli me dio una tercera palmada y soltó una carcajada.

—Venga, ya estamos en Lloret de Mar.

Lloret está en Girona, en la Costa Brava. Es un lugar turístico, enfocado a los meses de verano, pero que mantiene una población más baja, aunque constante, el resto del año. El local de los Red Búfalos tenía su propia clientela de moteros y gente afín. Nada que ver con los que habitaban los barrios residenciales de las afueras, ni con los catalanes que vivían todo el año, ni con los ingleses que llegaban para emborracharse, armar bronca y hacer "balconing", saltando al vacío por una apuesta o por pura imbecilidad.

El bar, por lo demás, era una pocilga. El suelo estaba pegajoso, como si nunca lo hubieran limpiado, y los zapatos se quedaban adheridos con cada paso. Desprendía un olor acre a cerveza derramada, humedad estancada y alcohol barato. Los vasos sucios se acumulaban en la barra.

Una cornamenta de búfalo colgaba de la pared, junto con las fotos típicas de moteros en diversas poses, banderas sureñas y toda la parafernalia habitual.

—¿Esta es tu amiga? —preguntó una voz profunda.

El Tiburón, el novio de Loli, era un hombre corpulento. Tenía tatuajes en los brazos y una cicatriz que le cruzaba la mejilla derecha. Su gesto era frío, calculado. Tendría, como ella, algo menos de 50 años.

—Es buena tía, ya lo verás —dijo Loli, sentándose sobre él a horcajadas y besándolo.

—Lo que me importa es que cumpla —respondió Tiburón, sin apartar la vista de mí.

—Cumplirá.

—Y que no se pase mucho por aquí. Los maderos nos vigilan y no quiero que se sepan su *careto*.

—Vale. Pero mi *careto* sí quieres verlo, ¿no?

—Eso siempre.

Loli se fue a la parte trasera del bar y regresó quince minutos después, subiéndose las bragas y ajustándose el pantalón de cuero. La espera en aquel antro asqueroso me dio tiempo para pensar. Y tal vez había descubierto algo. Una cosa obvia, evidente, en la que no había pensado en varios días porque mi prioridad era seguir viva.

—Vamos a Vallirana —dijo Loli—. Quiero ver ese piso tuyo al menos una vez para hacerme una idea de…

—No. Antes quiero que volvamos a Barcelona. Acabo de darme cuenta de algo.

—No me jodas.

—Es importante.

Loli era buena gente. Erika, la *punky* que conocí en comisaría el día que me detuvieron, siempre tuvo razón. Apenas hora y media después estábamos delante del piso de Marco. La zona estaba acordonada con cinta policial, indicando que era una escena del crimen.

—Supongo que quieres entrar —dijo Loli.

—Si no es mucho pedir.

—Pues pídelo.

—Por favor, te lo pido.

Loli meneó la cabeza y sacó una ganzúa y una tarjeta de crédito. Abrió la puerta con facilidad. La cerradura cedió en cuestión de segundos, como si fuera un juego de niños.

—No es precisamente Fort Knox —dije, intentando aliviar la tensión.

—¿Qué es eso?

—Un sitio protegido con mucho oro.

Loli se dio la vuelta y se quedó vigilando el pasillo.

—No tardes. Si alguien nos ha visto y llama a la policía, adiós a nuestras fianzas.

—Enseguida acabo. Estoy buscando algo que para mí vale más que el oro de Fort Knox.

—Ah, ¿y qué es?

—Mientras estaba en el bar de los Red Búfalos, he pensado dónde escondería Marco algo valioso. No le conocía mucho, pero los hombres actúan por asociación, son menos complejos que las mujeres. Le pedí que guardase algo valioso y debió ponerlo donde él tenía su posesión más valiosa.

Avancé por la casa, que estaba medio calcinada. Las paredes estaban ennegrecidas por el

humo, el olor a ceniza y madera quemada llenaba el aire. El colchón en el dormitorio estaba reducido a una masa carbonizada. No pude evitar sentir una punzada de tristeza al recordar que allí habíamos pasado muy buenos ratos horas antes de que lo matasen. Por suerte, el salón estaba intacto.

—¿Y qué era valioso para el que vivía aquí? —preguntó Loli, impaciente.

Me puse en cuclillas y abrí la cómoda en el salón. En el último cajón, encontré la PlayStation, y dentro de ella, el frasco del elixir de los Corazones Rotos. La caja de ébano que tanto amaba mi madre había ardido, pero yo había sacado su contenido la última noche que Marco y yo pasamos juntos. Y le dije que lo escondiese. Por suerte, lo había hecho.

—¿Qué pollas es eso? —dijo Loli, mirándome levantar emocionada un frasco.

—Perfume, solo es perfume. Eso dice todo el mundo.

Loli abrió mucho los ojos, fulminándome con la mirada.

—¿Me has hecho dar la vuelta, forzar una puerta y jugarnos la libertad por una puta colonia?

Sonreí. Me caía bien Loli.

—Más o menos.

—Yo tengo un montón de colonias. Incluso una cara. Me la regaló el Tiburón por mi cumpleaños. Te la podría haber prestado.

—Pero ninguna es como esta.

Loli salió del piso de Marco muy cabreada.

—Eres una majara, tía. Yo pensaba que ahí tenías un sobre con un fajo bien gordo de billetes de 500 euros.

—Esto vale mucho más. Te lo prometo.

Pero la Ojos Pintados no me creyó. Y estuvo de morros todo el trayecto hasta Vallirana.

9.

—Algo de lo que me cuentas está mal, Lucía.

Tres semanas más tarde, las cosas habían cambiado. Loli ya no me llamaba esclava, ni siquiera exesclava. Yo bajaba a verla con una caja de madera de vino de rioja (que no contenía vino) cada cuatro o cinco días, pasábamos el material de un maletero de un coche al otro, y nos tomábamos algo en una heladería de Lloret. Hablábamos como si fuéramos dos buenas amigas. Aquel día le había contado que sus proveedores me habían traído cincuenta cajas de vino y había necesitado otros tantos viajes y tres horas para subirlas a la casa. A Loli le hizo gracia; de hecho, casi todo le hacía gracia. Se la veía de buen humor. La libertad le sentaba bien.

—Considera que te hemos pagado gratis tres horas de gimnasio, Lucía. Deberías estar contenta.

Luego seguimos hablando de la vida, de nuestras vidas. La suya era triste, llena de vejaciones y maltratos, hasta que se marchó de casa y conoció a su Tiburón.

—Veintisiete años juntos. ¿Te lo puedes creer? Y muchos capullos pensaban que no llegaríamos a vivir ni diez años más, juntos o separados. Y aquí nos tienes.

Cuando me llegó el turno de contar mi vida, todo fue menos complicado. Al menos, de inicio. Infancia feliz a pesar de un padre que se marchó de casa cuando tenía cinco años. No lo vi más. Sin hermanos ni tíos, solo unos abuelos que se murieron con el tiempo. Y Elvira y yo nos quedamos solas. Luego llegó el Alzheimer y todas sus servidumbres.

Le conté entonces todo lo que sabía de Eonix, de mi madre, del elixir de los Corazones Rotos, de los perfumes especiales que hice para Carmen, Elisenda y otros clientes, como Arturo Lefranc. Le hablé hasta de Marco, de que lo echaba de menos, aunque solo fue un rollo.

Y fue en ese preciso instante cuando Loli dijo:

—Algo de lo que me cuentas está mal, Lucía.

—¿Qué quieres decir?

—Que algo no cuadra. O bien Arturo te miente, lo de su padre, la playa y el hermano desaparecido me suena a invento, no sé. O Eonix oculta algo de lo que no te das cuenta. Tu madre los hizo ricos, ¿no? Vete a saber qué acuerdo tenían con ella. Igual el elixir ese se la suda, pero alguno de los perfumes de tu madre vale millones y son tuyos por herencia. Pero algo no es como me lo cuentas, porque alguien va a por ti, no solo a por tu colonia del frasco negro esa que fuiste a buscar a Barcelona. Alguien te quería muerta en la trena. ¿Recuerdas? Así que en esta historia hay más de lo que se ve.

Parecía tan convencida que la creí. Se estaba tomando un helado de chocolate, iba con una camiseta corta que dejaba al descubierto sus abdominales tatuados y me hablaba con su franqueza habitual.

—¿Y cómo lo sabes? —inquirí.

—Por Marco.

—¿Por Marco?

—Sí, claro. Por lo que me has contado, tu ligue era un mierdecilla. Perdón, no me mires así, pero no era un tío duro, en eso estamos de acuerdo. Si alguien le hubiese puesto una pistola en la cabeza y le hubiese dicho: dame el perfume de los huevos o te dejo seco, ¿qué crees que habría hecho?

—Le habría abierto la caja de la PlayStation.

—Claro. Y en lugar de eso, alguien lo liquida y quema parte de la casa. Un fuego poco potente, sin acelerante, porque si fuese como los que arrasaron tus tiendas, entonces tus huellas desaparecerían. Rafel "el casos gordos" cree que querías quemar el piso para borrar tu rastro, pero es un gilipollas. Si alguien quiere borrar su rastro, no se folla a un tío, habla con sus amigos y se pasea en bragas. Quien matase a Marco quemó el piso para borrar sus huellas, no las tuyas, y para que encajase con el rollo de que eres una pirómana en serie. Y lo mató para incriminarte, porque no hacía ninguna falta acabar con el pobre chaval. Te querían sacar de en medio. Arruinarte, llevarte a prisión y liquidarte. Por este orden. Has cabreado a alguien mucho, pero de verdad.

Nunca lo había pensado de esa manera. ¿Iban a por mí y no solo por el elixir? ¿Qué le había hecho yo a alguien para querer destruirme? ¿Realmente Eonix me quería muerta porque le debía a mi madre millones que ahora eran míos? Lorenzo Luchesi me dijo que mi madre no quiso nada de la empresa, pero tal vez, una vez muerta, los derechos pasaban a mí. ¿Era eso? ¿O era otra cosa?

—Piensa bien en lo que te pasó antes de que todo se torciese —dijo Loli, luego de lamer la cuchara de su helado, ya vacío—. Pasaste algo por alto. A mí me pasó lo mismo una vez. Un amigo del Tiburón era un chivato de la poli. No lo vi venir y casi me folla viva. Fue mi primera condena. Y a ti te pasa lo mismo, alguien te quiere follar pero bien.

Se levantó, me lanzó una mirada lasciva y dijo:

—Y, por cierto, hablando de follar, uno de los amigos del Tiburón te vio el día que fuiste al bar y me ha dicho que quiere conocerte.

—Dile que gracias, pero que ya tengo bastantes problemas como para meterme en nuevos líos.

—Es buen tío, algo *farlopero* de más, pero, ¿qué tío no le da a la coca?

—Gracias de nuevo. Paso.

Loli se encogió de hombros.

—Tú te lo pierdes. He oído maravillas de José Manuel. Dice que calza entre las piernas una de tamaño familiar. Te he dejado su teléfono en un sobre que he metido en tu bolso mientras ibas a mear. Hay algo de dinero, para tus gastos.

—Gracias. No por el teléfono de José Manuel, sino por el dinero.

—De nada. Y piensa en José. Las mujeres tenemos nuestras necesidades, igual o más que los hombres.

Loli se dirigió hacia el coche desde la heladería. El mar de Lloret brillaba bajo el sol de la tarde. La acera por la que caminaba Loli estaba llena de turistas disfrutando del paseo marítimo.

—Ah, y preguntaré por ahí sobre Arturo y sobre ese tipo de Eonix: ¿Luchesi? A ver qué averiguo.

Le había enseñado en mi portátil las fotos de Lorenzo y de Arturo. Por si los conocía. Loli tenía memoria fotográfica para las caras.

—Gracias de nuevo.

—No prometo nada, ¿eh? Si surge el nombre de alguien peligroso o más alto en la cadena

alimenticia… pues no preguntaré más. Tampoco estoy loca.

—Tranquila, me acuerdo de lo que hablamos en prisión. La cadena alimenticia es lo que cuenta. Pero también me acuerdo de que te jugaste el cuello cuando las de la hermandad vinieron a por mí.

Loli se giró y sonrió.

—Eso es porque me pillaste en un día tonto. Tenía la regla. Ya sabes.

Se detuvo.

—La verdad es que ahora eres una Red Búfalo. Eres de nuestra manada. Para bien y para mal. Y los Búfalos no dejamos a ninguno de los nuestros en la estacada.

La miré alejarse. Se subió a su coche y me saludó con un toque del claxon. Yo alcé una mano. Cuando el coche desapareció, no pude evitar una carcajada.

—Cómo es la vida —dije en un susurro, para mí misma—. Ahora mismo, la persona a la que más aprecio y en la que más puedo confiar es una motera malhablada, traficante de drogas y armas.

10.

Estaba en mi piso. Había hecho algunos cambios en el salón, reemplazando el viejo mobiliario por piezas más modernas y elegantes. Me había entretenido un par de días remodelando. Así no pensaba en mi situación actual, que seguía siendo precaria y peligrosa. En cualquier momento me podían detener y regresar a prisión. Una perspectiva nada halagüeña.

De repente, sonó el teléfono. Aquel sonido siempre me ponía nerviosa.

—Hola —contesté.

Era la voz de Loli.

—Necesito que vengas.

—Han llegado unas cajas de un vino nuevo que...

—No, esto no es por trabajo. Es algo personal que te atañe.

Me quedé pálida.

—¿A dónde tengo que ir?

—Donde la última vez, donde estuvimos tomándonos algo. ¿Recuerdas? No tardes.

Aparqué el coche cerca de la heladería. El parking estaba lleno, pero encontré un lugar bajo un árbol que proporcionaba algo de sombra. Loli apareció de la nada. Me hizo señas para que no me bajara del coche. Subió ella.

—Te cuento. Tengo un amigo, un confidente… bueno, un idiota que nos mueve droga. Pero es de fiar. Bueno, todo lo de fiar que son esos colgados.

Loli miró alrededor, aprensiva.

—Bueno, el caso es que ese tío, Christian, me preguntó por ti. Y yo que pienso, ¿para qué quiere el *yonqui* este saber nada de Lucía? Bien, el caso es que me dijo que hay gente que te busca: no me ha dicho quién, pero hemos quedado con él en la Montaña de Sant Grau. ¿Sabes dónde es?

—Sí. Iba a veces con mi madre mientras estuvo bien. Antes del Alzheimer.

—Pues venga, vamos.

Conduje en silencio hacia la Montaña de Sant Grau, un sitio tranquilo, rodeado de naturaleza. Estaba en Tossa de Mar, también en Girona.

Tossa no estaba tan masificada como Lloret. El turismo era más familiar, por eso mi madre prefería que pasásemos los fines de semana allí, paseando por las murallas y el castillo o tomándonos un helado. A veces acabábamos en la montaña de Sant Grau. No había ido en al menos seis o siete años, pero recordaba bien cómo llegar.

—Todo esto es el macizo de las Cadiretas —le dije a Loli, señalando a la izquierda.

—No sabes cuánto me alegro.

Loli, cuando estaba preocupada, era aún más borde de lo normal.

A medida que ascendíamos, recordaba las caminatas con mi madre por los senderos, las ermitas, los olores del bosque y el sonido de los pájaros. Mamá y yo siempre llegábamos arriba del todo, hasta el Santuario de Sant Grau. Pero esta vez nuestro destino estaba a medio camino

del macizo de las Cadiretas, no muy lejos de la ermita de la Virgen de Gracia.

—¿Vamos solas? —pregunté, cuando calculé que estábamos a menos de un minuto de donde Loli me había indicado.

—No, qué va. Tato y su hermano José Manuel están allí esperándonos. ¿Te acuerdas de que te hablé de José Manuel?

—Sí. El que me quería follar.

—El mismo. Le he dicho que podía ganarse puntos contigo y ha aceptado.

Me eché a reír. Poco después llegamos a un pequeño claro junto a una mesa de picnic rota y astillada. Aparqué el coche y bajamos. El aire era fresco y olía a pinos y tierra húmeda. El lugar estaba desierto, lo que aumentó mi inquietud.

—Christian debería estar ya por aquí. Quedamos hace más de veinte minutos —dijo Loli, mirando a su alrededor. También estaba inquieta.

—Y también José Manuel y su hermano, ¿no?

Loli llamó a un teléfono, luego a un segundo, más tarde a un tercero. Nadie contestó.

—Mejor vámonos, Lucía.

—Esperemos un poco más. Igual están al llegar.

Loli torció el gesto, pero nos quedamos allí un par de minutos hasta que un hombre apareció entre los árboles. Era delgado y de aspecto desaliñado, con el cabello enmarañado y ojos inquietos.

—¿Es ese? —pregunté.

Loli lo reconoció al instante.

—Ven, Christian.

Pero el *yonqui* nos hizo una seña, medio escondido detrás de un árbol.

—Mejor venid vosotras —dijo, con voz trémula.

Loli cerró los párpados, sus ojos tatuados pintados de negro y azul se contrajeron con furia.

—¡No me jodas, gilipollas! —gruñó.

Mi amiga comenzó a andar a pasos rápidos. La seguí de cerca, intentando mantener su ritmo.

—Tú quédate, por si acaso —me ordenó sin mirarme.

Luego siguió hasta llegar donde estaba Christian. Le cogió de la pechera.

—A ver, a ti qué te pasa, *yonqui* tonto del culo.

Loli no obtuvo respuesta. Desde mi posición solo podía ver el perfil de la cara de Christian y el hombro derecho de Loli. El entorno era denso, lleno de vegetación espesa y árboles altos.

—Dime ya de una vez qué coño… —empezó a decir Loli, pero se detuvo a mitad de frase, mirando más allá de Christian, hacia los árboles que lo rodeaban.

Oí el rumor de unos pasos.

—¿Tú qué haces aquí? —preguntó mi amiga.

El disparo fue a quemarropa. Loli retrocedió un paso, poniendo una mano sobre su pecho. Parecía más sorprendida que asustada. Vi que se volvía hacia mí.

—¡Corre, Lucía! ¡Corre!

Tuve un instante de duda. Sabía que si esperaba un par de segundos, podría descubrir quién era mi enemigo, pero ¿de qué me serviría la verdad si estaba muerta?

Así que eché a correr a toda velocidad.

Las balas silbaban a mi alrededor. El sonido de una rama quebrándose por el impacto de un

proyectil me hizo dar un salto. Giré al llegar a una encina, esquivando raíces y troncos caídos. El olor a naturaleza, a mi propio sudor y mi miedo, me llenaba las fosas nasales. Las ramas me arañaban el rostro y los brazos, pero no me detuve.

De repente, tropecé con algo y caí al suelo. Miré hacia abajo y vi dos cuerpos caídos con las chaquetas de los Red Búfalos. Parecía que José Manuel y su hermano realmente habían venido para salvarnos. Pero nadie pudo salvarlos a ellos. Me levanté, respiré hondo y seguí corriendo hacia el coche. Mi corazón latía con fuerza, lanzando ráfagas de adrenalina por todo mi ser.

Unos segundos después estaba abriendo la puerta con manos temblorosas. Me subí y giré la llave en el contacto. El motor rugió y salí de allí a la carrera. Una vez en el asfalto, hice un trompo para cambiar de dirección y aceleré lo más rápido que pude. Miré por el retrovisor, esperando ver a mi adversario, pero no había nadie. Solo el camino vacío detrás de mí.

—¡Mierda, mierda! —grité, golpeando el volante con frustración.

Pobre Loli. La apreciaba de verdad. Y lo que es peor: ella también me apreciaba, mucho, a pesar de su pose de tía dura.

Y precisamente por eso, porque yo le caía bien, estaba muerta.

QUINTA PARTE

MONTSE



1.

Iba de paquete en una moto. El penetrante olor a gasolina se mezclaba con el sudor de mi compañero y el cuero desgastado de su chaqueta de los Red Búfalos, adornada con detalles en un rojo intenso que formaban líneas rojas, cicatrices y arañazos.

La carretera, sinuosa, nos llevaba hacia una zona recóndita a unos 100 kilómetros de Lloret, cerca del Parque Natural del Montseny, uno de los más antiguos de España, un espacio natural donde los animales salvajes aún viven en libertad, lejos del hombre, rodeados de ancestrales bosques de sauces y alisos, hayedos, encinas y alcornoques.

Mi pituitaria se activó, esperando captar el olor del jabalí, del zorro, del corzo o de la nutria, pero no fue capaz. La fragancia de la carretera era la que dominaba, un hedor marcado por el humo de los tubos de escape. Me tapé la nariz en un semáforo. Nunca me han gustado las motos.

Finalmente, llegamos a una explanada oculta entre las montañas, un lugar frecuentado por los moteros. El terreno era irregular, cubierto de hojas caídas y ramas rotas.

—Gracias —murmuré, mientras me sacudía la ropa.

Pero los Red Búfalos no dijeron nada y arrancaron sus Harley-Davidson. Se perdieron en la mañana, dejando tras de sí un rastro de polvo.

—No se lo tengas en cuenta. Están enfadados. Después de todo, han muerto tres de los suyos.

Me volví y vi a una mujer joven, más o menos de mi edad, demacrada, con los ojos hundidos y una expresión de cansancio infinita. Parecía llevar muchas noches sin dormir. Su cabello estaba despeinado y su ropa, negra, gastada, parecía haber visto días mejores.

—Tú debes ser Montse.

—¿El Tiburón te ha hablado de mí?

—Poca cosa. Me ha dicho que eres de fiar.

—Y es lo mejor que puede decirse de una persona, créeme.

Caminamos hacia una casita de dos plantas, vieja, con paredes de piedra y un techo de tejas. La casa tenía un aspecto rústico y estaba rodeada de una vegetación desordenada.

—Yo también estoy enfadada —dije de pronto, porque era la verdad.

—¿Y eso? —preguntó Montse, mirándome con curiosidad.

—Han matado a una amiga, alguien quiere acabar conmigo y no sé quién es. Y ahora soy una prófuga de la justicia. Hoy tendría que haberme presentado en el juzgado: el diez de cada mes tengo que firmar. Pero no puedo volver. Me investigan también por la muerte de Loli y de los otros dos.

—José Manuel y el Tato.

—Sí. Vi sus cuerpos.

Montse asintió.

—Mi primo me lo ha contado. También me ha dicho que ahora eres una de los nuestros. Avisaste rápido y el Tiburón tuvo tiempo de recoger las cajas de armas de tu casa. Si se hubieran perdido, estaríamos jodidos. Mi primo sabe cumplir con los que cumplen, así que de momento

estás a salvo.

—¿De momento?

—Nadie está a salvo para siempre. Mírame a mí. Me metí de joven droga suficiente para matarme o para coger mil enfermedades y me contagié de SIDA en una transfusión. El Estado me pasa una paguita por el error. Y vivo aquí, a salvo hasta que la negra parca se acuerde de mí. Y creo que no tardará.

Montse comenzó a toser.

—Pasemos, hace frío.

Hacía un calor tremendo aquella tarde. El otoño había comenzado hacía poco, pero las temperaturas seguían siendo muy altas.

—Claro —dije.

Y caminé hacia el interior de su casa, preguntándome qué broma del destino me aguardaba esta vez, quién más moriría por mi culpa.

2.

Los telediarios mostraban mi foto conectada a varios cadáveres hallados en la montaña de Sant Grau. Estábamos mirando la televisión mientras cenábamos algo ligero: zumo de frutas, té de frutos rojos, frutos secos, y brócoli y espinacas cocidas. Montse lo había llamado “mi dieta de enferma terminal”.

—Loli conocía al que la mató. O al menos sabía quién era —dije, mientras mordía una almendra.

—¿Estás segura? —preguntó Montse, con sus ojos clavados en la pantalla.

—Le preguntó al asesino qué hacía allí, como si le sorprendiera su presencia. Pero no pude verle la cara.

Montse comió un pedazo de brócoli con cuidado, masticando lentamente como un pajarito.

—Eso acorta la lista menos de lo que te piensas —dijo—. Loli conocía a todo el mundo. Era su especialidad.

Me entristecí al recordarla.

—Mi lista de enemigos es corta, créeme —afirmé—. Y Loli sabía quiénes eran. Los buscamos alguna vez en Google. Debió recordar a su asesino de una foto y, cuando apareció en la montaña, lo reconoció.

Estaba pensando en Arturo Lefranc y el director regional de Eonix, Lorenzo Luchesi. No se me ocurría nadie más. Aunque tampoco tenía claro por qué aquellos dos me querían muerta. Pero esperaba vivir lo bastante como para descubrirlo.

—Ahora no pienses en ello. Procura descansar. Mañana ya discutiremos sobre lo que ha pasado y cuál será el siguiente paso que podemos dar —sugirió Montse.

—El siguiente paso es pasar la tarde aquí contigo, irme a dormir y estar escondida unos días.

Montse comenzó a recoger los platos.

—Bueno, ya tienes el principio de un plan. Eso es una buena cosa.

La ayudé a recoger. Nos sentamos en el salón y seguimos viendo la televisión. De pronto, tuve una idea. Fui hasta mi bolso. Cogí el frasco del elixir de los Corazones Rotos.

—Has sido muy buena conmigo. Así que te voy a dar algo que necesitas.

Lancé el perfume en el aire, delante del rostro de Montse.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Algo que hará que te sientas mejor, que olvides el dolor.

Montse movió las aletas de la nariz, olfateando.

—No me hace sentirme mejor. Es un olor fuerte, me marea, no eches más.

—Pero… —la miré sorprendida—, es esto por lo que me buscan, por lo que quieren destruirme. Es un perfume especial que hizo mi madre: sana los corazones de la gente.

Montse se echó a reír, incrédula.

—Mi corazón está bien, es mi cuerpo el que falla. Igual es por eso por lo que no me afecta.

Luego de mi fracaso nos sentamos y cogimos unos libros. Ella leía poesía. Yo cogí un libro de

aventuras: *Centennial.*

—¿Indios y vaqueros y un poco de historia de América? ¿Te apetece de verdad ese rollo? —preguntó Montse.

—Me apetece viajar lejos de la realidad que estoy viviendo.

—Tiene lógica.

Montse abrió De soledades, galerías y otros poemas de Machado. Fue una noche tranquila. Justo lo que necesitaba.

3.

—Despierta.

Abrí los ojos.

—¿Qué?

—Vístete. Nos vamos.

—¿Y eso?

—¡Vamos! No hagas preguntas y date prisa.

Me quité el pijama. Me puse la misma ropa del día anterior. Hacía frío en la casa, y sentía el aire helado colarse entre las mantas. Me estremecí al poner los pies en el suelo, buscando a tientas algo de ropa.

—¿Qué pasa? —dije mientras me ponía un pantalón y una camisa.

—Mi primo me ha mandado una oferta para comprar pizza hawaiana.

La miré sorprendida. Estaba bajando las escaleras, aún somnolienta. Tal vez no había entendido bien.

—¿Has dicho pizza hawaiana?

Montse asintió.

—Es una clave nuestra. Ambos odiamos la pizza hawaiana desde niños. ¿Qué demonios hace un trozo de piña en una pizza? ¿Nos hemos vuelto locos o qué?

Montse sonreía. Su figura se veía delgada, diminuta. Llevaba un chándal gris que le quedaba algo holgado, resaltando su fragilidad. Sus ojos, aunque cansados, brillaban con determinación.

—¿Y qué significa esa clave?

Montse amplió la curva de su sonrisa, tal vez tratando de tranquilizarme, aunque no lo conseguía del todo.

—Significa que tenemos que salir de aquí pitando, como si realmente fueran a enviarnos una pizza hawaiana.

Se echó a reír, pero pronto su risa se transformó en una tos seca y profunda.

—Tienes mala pinta.

—Yo siempre tengo mala pinta, Lucía. Ni siquiera tomo ya Biktarvy ni Atripla, las últimas pastillas que me recetaron. ¿Para qué?

Montse había dejado de tomar su medicación hacía tiempo. Sabía que los antirretrovirales podían prolongar su tiempo en este mundo, pero ella había decidido pasar sus últimos días con la mejor calidad de vida posible, en lugar de alargar su existencia y padecer sus efectos secundarios.

—Soy un cadáver andante —añadió—. Pero tengo una buena noticia para ti. Tengo un sitio a donde ir que ni mi primo conoce. Así que vamos a estar bien. Siempre que no te importe hacerle compañía a esta muerta que aún camina.

Le cogí la mano.

—Será un placer ir contigo.

Montse se dirigió hacia la puerta, su figura pequeña y frágil parecía aún más diminuta en la penumbra de la mañana. Me apresuré, cogí mi bolso y un abrigo. Me uní a ella, lista para salir de la casa.

—¿A dónde vamos?

—A un lugar seguro —respondió Montse.

Salimos al exterior. La brisa matutina me golpeó la cara. Montse me guió hasta su coche, un Renault antiguo que parecía haber vivido días mejores. Nos subimos y el motor arrancó a la primera.

—Tranquila, parece una carraca pero el motor está nuevo.

Mientras conducíamos por carreteras desiertas, no pude evitar sentir una punzada de miedo.

—¿Todo saldrá bien, Montse?

—Todo sale mal casi siempre. Lo que cuenta es el trayecto, cuánto estamos dispuestos a luchar para que las cosas lleguen a buen puerto.

—Eso me suena a las cosas que decía mi madre antes de que enfermase y… me dejase.

—Debía ser una tía lista.

Pensé en el elixir de los Corazones Rotos. Aunque aún no sabía cómo funcionaba, ni a qué tipo de personas podía curar ni cómo, era un invento formidable.

—Sí. Era muy inteligente.

Una hora y media después llegamos a una zona aún más remota del parque del Montseny. Esta vez sí pude oler a los animales, me pareció ver a una jineta y, al alzar la vista, un halcón peregrino me observó un breve instante y luego se alejó camino de las alturas.

—Por aquí —me dijo Montse—. La casa no puede verse desde la carretera.

Los árboles altos y densos formaban un techo natural que apenas dejaba pasar la luz del sol. La vegetación era espesa, y el suelo estaba cubierto de hojas caídas y ramas quebradas. El aire era fresco, con olor a musgo. No éramos gente de campo, especialmente yo. Nos pinchábamos con las plantas, nos picaban los mosquitos, nos quejábamos, nos caímos varias veces pero, por fin, llegamos a nuestro destino.

—Esta finca era del primer marido de mi hermana. Ambos están muertos ya. Las drogas, ya sabes… Es un sitio perdido de la mano de Dios, aquí no darán con nosotras. Casi me alegro de haber regresado.

No entendí del todo sus palabras. La finca era sombría, dominada por el abandono y casi completamente devorada por la naturaleza. Tardamos una eternidad en abrirnos paso para llegar a una casa vieja al final del terreno. Al entrar, descubrimos que las paredes exudaban moho, y la madera del suelo se veía desgastada, quebradiza. Las ventanas estaban tan sucias que apenas podía pasar un rayo de luz.

—Siempre me gustó este lugar, es un buen sitio para morir.

—No digas eso.

—Digo lo que me da la gana. No tengo miedo. O sí, por eso afronto la verdad de cara. No quiero morir, pero tampoco quiero vivir rodeada de gente. Quiero leer un buen libro de poemas, quiero tomarme mis tés y mirar la puesta de sol. Y despedirme de todo.

Descargamos lo poco que nos habíamos llevado en nuestra huida: unas mantas, algo de comida y algunas pertenencias personales.

—Me quedaré contigo hasta el final —dije, en un arrebato de ternura al ver a aquella mujer menuda, un saco de huesos, cargando bolsas con dificultad.

—No estás obligada.

—No es eso. No tengo a dónde ir. Y también necesito tranquilidad para poner mis pensamientos en orden. Después… cuando te marches, intentaré salir del embrollo que es mi vida.

—Eso está bien. Alguien muriendo y alguien renaciendo, el ciclo maravilloso de la naturaleza.

Nos instalamos en la nueva casa. Era muy grande, en su momento había sido un caserón con un sótano y dos plantas, además de un pajar adyacente. En la planta baja, se encontraba la cocina y el comedor, mientras que en la planta superior estaban las habitaciones. El interior era austero, con camas de sábanas raídas y unas mesas de madera carcomida por las termitas. La chimenea, aunque llena de hollín, aún podía dar calor.

Montse encendió un fuego y pronto el lugar se llenó de una cálida luz naranja que hizo que el presente no pareciera tan amenazante. Me senté junto a ella, observando cómo el fuego bailaba en sus ojos cansados pero dispuestos a aguantar un poco más, solo un poco más.

—El ciclo maravilloso de la naturaleza —repitió.

Y cayó desmayada al suelo.

4.

Montse no murió aquella noche. El viaje la había dejado exhausta y tardó dos días en salir de la cama. Por la radio oímos que un peligroso grupo criminal, los Red Búfalos, había sido desmantelado. Su líder, Carles Fabregat, también había sido detenido.

—La policía debió entrar en todas las propiedades de los Red Búfalos, incluida mi casita —dijo Montse mientras se tomaba un té tumbada en el lecho—. Por eso mi primo me mandó el mensaje de la pizza hawaiana. Debió ser poco antes de que lo cogieran.

Al día siguiente, me fui a un pueblo cercano, Sant Esteve, y compré un poco de todo: una televisión pequeña, un microondas, platos, vasos, teteras, todo lo que se me ocurrió. Antes de que llegase el fin de semana, Montse comenzó a encontrarse mejor. Yo aproveché su convalecencia para limpiar y pintar la casa. Poco a poco, comenzamos a sentirnos más cómodas en nuestro nuevo hogar.

Montse regresó a la normalidad: andaba al menos una hora al día, leía poesía, pasaba la tarde delante del fuego y me hablaba de su vida con una mezcla de nostalgia y resignación.

—Siempre quise ser maestra. Y tener dos hijos. Los habría llamado Fede y Ana. La parejita.

—Suena genial.

—Y era genial, como concepto. Pero nunca apareció el hombre adecuado. Y yo me fui mucho de fiesta y malgasté la juventud. Después, la sangre contaminada se cargó el resto de mis sueños.

—Te pagarían un buen pico. Negligencia médica y todo eso, ¿no?

—Me dieron dos millones setecientos mil euros. Pero, ¿sabes?, el dinero no sirve de nada. Lo metí en el banco y vivo de la indemnización. Recibo también una ayuda del Estado. Pero preferiría estar sana y no tener nada, ni un euro.

—Ya. ¿Y el Tiburón nunca te pidió dinero? Para su negocio, digo.

—No has conocido al Tiburón, ¿no?

—Apenas. Una vez le vi en el bar de los Red Búfalos. Y el otro día hablamos por teléfono, cuando murieron Loli y los otros.

Montse se llevó un pañuelo a la nariz. Cada cierto tiempo miraba si había sangre.

—Mi primo es una persona de principios. Leíamos juntos a Machado en la adolescencia. Lo quiero mucho. Siempre ha sido un rebelde, pero no un delincuente, o no solo un delincuente. Los moteros somos gente de fiar, incluso los que ya no vamos en moto. Y la mayoría ni siquiera trapichean ni provienen de barrios marginales. Hay de todo, y casi todo bueno.

—Comprendo.

Montse se acomodó en la butaca, sus ojos cansados fijos en el fuego, remarcando sus facciones consumidas. Me senté a su lado.

—No puedes comprenderlo, Lucía. No has mamado ese mundo. Pero hay algo que debe quedarte claro. No es culpa tuya, pero debido a los problemas que arrastras han matado a Loli y a más gente a la que mi primo apreciaba. Cualquier otro habría dicho: “a esa tía que le den. No la conozco apenas y no me ha traído más que problemas”.

Pero su mujer dio la cara por ti y ahora eres de los nuestros, aunque no lleves la chaqueta del búfalo rojo, que, por cierto, es una horterada terrible.

—Y que lo digas.

—Pero a los tíos les encanta.

Reímos. Luego nos miramos cómplices, no había muchas razones por las que reír últimamente en nuestras vidas.

—Me gustaría volver a montar mi laboratorio —dije de pronto.

A veces hay ideas que no se piensan. Están ahí en el aire y cobran vida de pronto. Dije la frase anterior sin pensar, pero mi corazón llevaba días dándole vueltas.

—¿Para qué quieres un laboratorio?

—Para hacer perfumes, investigar olores… es lo que yo hago.

Le expliqué que capturaba olores que eran capaces de traer recuerdos. Cada fragancia tiene el poder de evocar una emoción, un momento, una persona.

—Utilizo diferentes técnicas para extraer esencias y luego las combino en fórmulas que pueden transportar a alguien a un instante específico de su vida. Se trata de entender la química de los recuerdos y cómo los aromas interactúan con nuestra memoria.

—No me lo creo. Será una mentira como lo de tu madre. Perdona… pero el perfume ese que me echaste olía fatal.

Aquello me dolió.

—El elixir de los Corazones Rotos no es un perfume, e ignoro por qué a ti no te ayudó. Pero sé que funciona: vi cómo mi madre lo usaba. Si tuviera mi laboratorio te demostraría que lo que yo hago, mi propio trabajo, también es real.

Montse enarcó una ceja sorprendida. Aquel fue el momento que lo cambió todo. Podría haberse negado, debería haberse negado… pero estaba aburrida, como yo, disponía de dinero y estaba intrigada.

—¿Qué necesitarías? Sant Esteve no queda lejos. Allí puedes comprar casi de todo.

—La mayor parte de las cosas son sencillas de conseguir. Pero hay algunas muy específicas, como ciertos compuestos químicos y equipos de laboratorio.

Una de las teteras de Montse terminó de calentarse y soltó un pitido. Mi amiga se incorporó (una señal de que se encontraba mucho mejor) y echó a andar camino de la cocina.

—Empecemos por las fáciles —dijo al regresar—. Demuéstrame lo que sabes hacer y, si me convences, invertiré en tu empresa. Considérame un inversor al que hay que agasajar, impresionar para que ponga la pasta.

—No quiero aprovecharme. Hablamos de unos dos mil euros para empezar.

—No te aprovecharás. Si lo que dices es cierto, mereces todo el dinero del mundo, y el que yo tengo se lo van a comer los gusanos. Y tampoco hablamos de una cifra escandalosa. No hay problema en que te gastes una pequeña parte de lo que tengo… pero solo si dices la verdad.

—Gracias.

Montse volvió con su té y con un libro de poemas. Ahora estaba con Vicente Aleixandre y su *En un vasto dominio*.

—No me des las gracias y demuéstrame que puedes rescatar recuerdos a través de los olores. Entonces te hablaré de unos recuerdos que quiero rescatar. Si me los traes, seré yo la que te dé las gracias.

5.

Todos los días iba hasta Sant Esteve de Palautordera en el viejo Renault de Montse.

Sant Esteve era un pueblo pequeño, rodeado de montañas y bosques frondosos, con calles empedradas y casas de piedra que parecían sacadas de otra época. A pesar de su tamaño, el pueblo tenía una encantadora plaza, un par de iglesias antiguas y varias tiendas. Se podía conseguir de todo, o casi de todo, como bien había dicho Montse.

Al principio, compré lo básico para un laboratorio de perfumes: frascos de vidrio, pipetas, embudos y algunos aceites esenciales. Pere, el dueño de un pequeño ultramarinos cerca del ayuntamiento, se convirtió en mi aliado. Su tienda olía a madera vieja y especias, y siempre tenía una sonrisa en su rostro curtido por el trabajo duro y el paso del tiempo.

—Necesito alcohol etílico, propilenglicol y algunos disolventes más —le dije en una de mis visitas.

Pere asintió y sacó una libreta de pedidos.

—Puedo pedir todo eso en Mataró, y si no, en Barcelona. Tendrás que esperar unos días, pero te lo traeré.

—Gracias, Pere. Eres un ángel.

Con el tiempo, según avanzaba el mes de noviembre, mis pedidos se hicieron más específicos y complicados. Compré equipos para cromatografía de gases, extractores de aire y una gran variedad de frascos y contenedores especializados. Cada semana, el señor Pere me recibía con una nueva caja (o varias) de suministros.

Un mes más tarde, estaba ya lista para hacerle una demostración a Montse. La cité en un pequeño laboratorio improvisado en el desván, que ahora estaba lleno de ampollas de vidrio, tubos y aparatos de todo tipo. Me había gastado bastante más de dos mil euros.

—¿Recuerdas el pinar que hay cerca de aquí? —le pregunté—. ¿Recuerdas que paseamos hace dos semanas? Tú llevabas la misma camisa a cuadros que hoy, y yo llevaba uno de tus chándales viejos.

Había capturado el olor de los tejidos, de la camisa de Montse y del chándal, junto con el aroma de los pinares. Usando mi equipo, había descompuesto los olores en sus componentes básicos y luego los había recombinado para crear una fragancia que evocara ese momento exacto.

—Sigo sin creerme lo que me cuentas —dijo Montse, escéptica.

Pulvericé la fragancia delante de su rostro. Ella cerró los ojos y aspiró profundamente. Al abrirlos, sus ojos se agrandaron. Vi en su cara asombro y emoción. Las arrugas de su frente se suavizaron momentáneamente, y su boca, normalmente apretada en una línea de dolor, se abrió en un gesto de incredulidad.

—Dios, es alucinante. Eres una maga o algo así. No tengo palabras.

Su rostro se suavizó y una sonrisa nostálgica apareció en sus labios.

—Eres la puta maga de los perfumes, como diría Loli —añadió.

Asentí, sintiendo una punzada de nostalgia por nuestra amiga perdida.

—Si estuviese aquí, seguro que lo diría.

—Lo que no entiendo —dijo entonces Montse, subiendo el volumen de su voz—, es cómo lo haces. ¿Por qué otros perfumistas no hacen lo mismo que tú?

—El mundo del perfume es muy cerrado. Desde hace tiempo se hace lo mismo, que es vender marcas de éxito y gastar mucho en marketing. Un producto asociado a los recuerdos seguramente es demasiado caro porque debe personalizarse para cada comprador. No saldría a cuenta o, sencillamente, a nadie se le ha ocurrido.

—Pues ojalá a alguien se le hubiera ocurrido antes. Yo sigo estando alucinada.

—Pues espera, que tengo otra sorpresa aún más alucinante.

Le recordé a Montse que me había explicado los momentos felices que vivió allí de niña en aquella casa. Solía visitar a menudo a Eva, su hermana, que vivía allí con su marido. Encontré una vieja caja de ropa de Eva y algunos cigarrillos que pertenecieron a su cuñado. Con cuidado, tomé una camisa y algunos de esos cigarrillos. Utilicé un extractor de aire para atrapar las moléculas volátiles del tabaco y el tejido, y luego las combiné en el laboratorio. Primero, descompuse los aromas en sus componentes básicos mediante cromatografía de gases. Después, utilizando extractos naturales y moléculas sintéticas, reconstruí la fragancia exacta.

Pulvericé un poco del perfume delante de Montse, que cerró los ojos y llenó sus pulmones con el aroma.

—Aquel día me emborraché —dijo Montse, los ojos brillantes de emoción—. Dios, me caí por esa escalera, rodé y casi me mato. ¡Lo había olvidado! Mi hermana estaba tan asustada que me leyó un cuento como cuando éramos niñas y ella me cuidaba mientras nuestros padres estaban por ahí de borrachera. Eva me hizo sentir mejor. Igual que con el maldito SIDA, me levanté al día siguiente y seguí adelante.

La admiré por su coraje, de niña y de adulta.

—Eres una luchadora.

Montse sacudió la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

—Solo soy alguien impresionada por tu don, Lucía. Nada más.

Se limpió las lágrimas y me miró con una expresión esperanzada.

—¿Podrías traerme recuerdos de mi infancia? Nací en Málaga, aunque mis padres emigraron a Barcelona cuando era pequeña...

La interrumpí, recordando mi experiencia con Arturo Lefranc.

—Eso es mucho más complicado. Lo hice solo una vez y creo que no salió bien del todo. Pero, aunque pudiera, tendría que ir a Barcelona, donde cualquiera podría reconocerme, o a Málaga, a tu pueblo, hablar con la gente, recuperar olores de lugares, de plantas… Ya es bastante peligroso ir a Sant Esteve. No puedo pasearme por España cuando me busca la justicia.

Montse asintió. En la televisión se hablaba a menudo de la detención de los Red Búfalos, de que tenían un arsenal de armas y drogas y de que los moteros (en general) eran muy peligrosos. Hasta en las tertulias se debatía sobre ellos, con expertos opinando sobre la creciente violencia de las bandas y sus actividades ilícitas. Se mencionaban arrestos recientes y redadas que habían desmantelado otros grupos criminales. Mi caso, el de la pirómana asesina, ya no estaba tan de moda, pero en YouTube y TikTok se seguían haciendo shorts sobre mi desaparición.

—Tienes razón. Sería peligroso que te alejaras demasiado de nuestro escondite. Además, esta casa ya tiene suficientes buenos recuerdos. Cuando me vaya...

Se hizo el silencio. Nos miramos.

—Pronto —dijo entonces—, cuando me vaya a ir, vuelve a darme ese perfume o hazme uno de cuando mi hermana y yo limpiamos el pajar. Recuerdo que estuvimos riendo toda la tarde. Sería genial enfrentarme a la negra parca con una sonrisa.

—¿Tienes una foto de ese día? ¿Ropa que llevabais? Tengo ya la colonia que usaba tu hermana, pero cuanto más preciso, cuantos más detalles, más efecto hace el perfume.

—Sí, tengo fotos. ¿Quieres verlas? Entonces tenía veinte años y me iba a comer el mundo. Vamos al sótano. Te vas a partir de risa.

Montse intentó levantarse, pero cayó de rodillas. Su cuerpo, debilitado por la enfermedad, ya no le respondía como antes.

—Mejor ve tú —dijo, señalando hacia la puerta del sótano—. Están detrás de la cómoda, en un mueble bajo, parecido a un secreter antiguo.

Me acerqué a mi amiga. Le alargué una mano para que la cogiese y se incorporase.

—No. Quiero hacerlo sola. Debo hacerlo sola.

Bajé al sótano y encontré el mueble que describió. Deslicé la puerta y encontré el álbum de fotos. Subí de nuevo y se lo entregué. Montse lo abrazó con fuerza, como si sostuviera un tesoro inestimable.

—Ve preparando ese perfume —dijo con un punto de urgencia en su voz—. Solo por si acaso lo necesitamos pronto.

6.

Fue menos de un mes más tarde. A mediados de diciembre. Hacía mucho frío y la finca estaba rodeada de nieve. Amaneció, me levanté y Montse me estaba esperando. Dijo que quería cortarme el pelo. Así, sin más, como una niña que ha tenido una ocurrencia divertida y tiene que compartirla.

—Venga, Lucía, ya no se lleva la media melena.

—A mí me gusta.

—Confía en tu amiga Montse. Ya verás.

—Que no. Me gusta mi pelo.

—Por favor, Lucía. Hazlo por mí. Sé que parece un capricho, pero luego lo entenderás. Además, te quedará bien.

—Pero…

—Venga.

Discutimos diez minutos más. Ella estaba decidida y yo le estaba muy agradecida por todo lo que había hecho por mí. Finalmente di mi brazo a torcer.

—Bueno, pero no te pases cortando.

Recuerdo bien aquel día. Sobre la casa estaba cayendo una niebla densa, un manto que cubría todo a su alrededor, envolviendo la casa, el pajar y el selvático jardín en el silencio. El olor a hojas en descomposición impregnaba el aire.

—No mires —me ordenó Montse con firmeza.

Me había puesto alrededor del cuello un pañuelo para que no entraran cabellos en mi camiseta. Era un pañuelo largo, viejo, desgastado, con un dibujo de cuadros azules y blancos descoloridos.

—¿Qué haces? ¿No estás cortando demasiado?

—No. Tienes mucho pelo y vas a quedar genial. Trabajé de peluquera dos fines de semana hace quince años.

—Eso no me anima precisamente.

—Confía en mí.

Cuando acabó, me pintó los labios y perfiló el contorno de mis párpados. Utilizó un lápiz negro para resaltar la mirada, haciendo que mis ojos parecieran más grandes y expresivos. Su mano se movía con precisión y cuidado, aplicando el maquillaje con una destreza sorprendente, a pesar de que sus manos temblaban por la enfermedad.

—¿Ya puedo mirarme en un espejo, Montse?

—No, luego. Primero el perfume.

Me toqué la cabeza.

—El pelo está cortísimo.

—Que no, confía en mí, por favor, te lo pido. Tienes el aspecto que debes tener.

Cuando dijo esta frase, Montse se sentó en un sillón. Su preferido, uno azul con grandes reposabrazos. El salón tenía una atmósfera acogedora. Meses atrás había pintado las paredes de

verde esmeralda, había arreglado las estanterías, que ahora rebosaban de libros, y había comprado dos lámparas de mesa que emitían una luz suave. El aire olía a madera vieja, un olor que me encantaba.

—Qué cansada estoy —añadió Montse.

Resopló. Le había costado un gran esfuerzo mantenerse en pie mientras me cambiaba de look. Sus ojos estaban hundidos y su piel, pálida hasta rozar lo translúcido.

—No hacía falta que me cortases el pelo ni que me maquillases. No sé por qué has insistido si estabas tan mal.

—Tenía que hacerlo. Hoy tenía que hacer muchas cosas —dijo, resoplando de nuevo—. Pero ahora tu perfume. Por favor.

—Puedo esperar. Cenemos algo y…

—Ahora, Lucía. Ahora.

Recuerdo que afuera cantaba una alondra. Su trino era hermoso, claro, una melodía que resonaba en la quietud del atardecer. Por un momento, no hubo olores, solo aquel trino y la expresión de Montse, expectante.

—Vale. Ya voy.

7.

Montse cerró los ojos. Me acerqué con mi frasco y mi atomizador. Era el mejor perfume que jamás había elaborado. Tenía las fragancias del granero, de la paja seca y crujiente, y del suave aroma de las plantas que crecían alrededor, como el romero y el tomillo. También había capturado el olor de la ropa, impregnada de sudor y polvo, y el leve rastro del tabaco que solía fumar su cuñado. Y creo (o quiero creer) que hasta olía a las risas de las dos hermanas, cuando el futuro no estaba escrito y todos los caminos estaban abiertos para ellas, llenos de esperanza y sueños.

—La veo. ¡Eva! ¡Eva!

Montse se contorsionaba; la descarga de emociones fue tan fuerte que convulsionó, echando el cuerpo hacia atrás en forma de arco. Sus manos se agitaban, y su rostro pasó de la risa al llanto en cuestión de segundos.

—Te has superado —me dijo entonces—. Esto no es un recuerdo. ¡Es real! ¡Estoy en el pasado!

Montse tuvo otra convulsión.

—Estoy recogiendo el heno con mi hermana. Nuestras risas resuenan en el granero mientras tratamos de cargar los montones de paja en el carro.

Reía y lloraba al mismo tiempo, su cuerpo incapaz de contener la intensidad de las emociones que la abrumaban.

—¡Eva, cómo te coja! —gritó—. ¡Se me ha metido paja en el pantalón, me pica!

Montse abrió los ojos, pero no me veía. No estaba en el presente.

—Corro detrás de mi hermana. La paja se enreda en mi pelo y en mi ropa. Ambas nos perseguimos por el granero, tropezando y riendo hasta que caemos exhaustas en el suelo, con el polvo flotando a nuestro alrededor como una neblina dorada.

Levantó un brazo, como si llamara a alguien.

—¡Eva! ¡Eres más rápida que yo!

Montse giró la cabeza hacia un lado.

—Ahora la veo correr por el campo, su cabello volando al viento, la luz del sol ilumina nuestros rostros jóvenes para siempre. Siento el calor de aquel día, el sudor en mi piel, el olor del heno fresco. Es como si todo hubiera vuelto a ser real, un sueño del que no quiero despertar.

Alargó de nuevo el brazo, a la izquierda, luego a la derecha. Cerró el puño.

—¡Te tengo! ¡Eva, nunca te dejaré ir!

Sus convulsiones se suavizaron, su cuerpo se relajó y una sonrisa pacífica se dibujó en su rostro. Las lágrimas seguían cayendo, pero eran lágrimas de felicidad, del reencuentro con el pasado que tanto había anhelado.

La respiración de Montse se volvió plácida. Por un instante, su rostro pálido pareció haber recuperado la juventud de los veinte años. Vi a la mujer que fue, a la mujer que siempre había sido.

—Mil gracias —dijo Montse, regresando y viéndome al fin.

Me cogió de la mano. Su piel estaba fría, congelada al tacto.

—Ahora debo irme —susurró.

Tardé en darme cuenta de a qué se refería y, confundida, pregunté:

—¿A dónde?

Montse sonrió con dulzura.

—Ya sabes a dónde. Al pasado. Pero esta vez no volveré. Burlaré a la negra parca y me reuniré con mi hermana. Me pasaré la eternidad riendo y rodando por el heno junto a la persona que más he amado. ¿No es maravilloso?

—No, no, espera… qué voy a hacer yo aquí sola. Qué voy a… —dije, soltando su mano y colocándome delante de su sillón, tratando de detener lo inevitable.

Iba a decir algo más, pero me interrumpió.

—Luci, amiga mía. Hoy supe que el tiempo se me había acabado. No sé cómo, pero me di cuenta de que era el día. A veces las personas lo saben en el último momento. Creo que mi cuerpo esperó a que tuvieras el perfume acabado.

—Pero puedes aguantar un poco más. Tengo que hacer planes, decidir a dónde voy, cómo escapo de la policía y…

—No puedo esperar. No me interrumpas. Escucha —dijo Montse con voz firme—. Eres una maga, no una científica. Lo que haces va más allá de tus frascos y tus cosas de laboratorio. Lo que haces es fruto de la intuición, de una sabiduría tal vez heredada de tu madre. Lo que haces es extraordinario. Lo que me has dado es extraordinario. Y los regalos extraordinarios y los dones extraordinarios precisan de una compensación igualmente extraordinaria.

Me miró con una intensidad que nunca antes había visto en sus ojos.

—Yo me voy, pero te dejo un regalo. Cógelo y usa tu don para encontrar a quienes quieren destruirte. Sal afuera, sal a la luz. Y encuentra las respuestas. Aquí escondida no lo harás.

—Pero…

—Me voy en paz gracias a ti. Te quiero, Luci. Un millón de gracias.

Montse cerró de nuevo los ojos. Ella misma cogió el frasco de perfume y pulsó la bola del atomizador tres, cuatro, cinco veces. El olor era tan intenso que tuve que retroceder.

—¡Vamos al granero, Eva! —dijo Montse—. Vamos, no te hagas de rogar. Ya verás cómo lo pasamos bien. No seas vaga. Al final siempre nos reímos. ¡Siempre nos reímos!

Y entonces soltó una gran risotada.

—¿Ves? ¿Ves? ¡A que no me pillas!

Montse lanzó un gritito de felicidad, como el maullido de un gato, y el sonido, cristalino, sin olor, sin nada más que el sonido del goce más absoluto, se quedó parado, tintineando, como un cristal que se rompe.

Montse exhaló aire por última vez y su cabeza cayó de lado.

Estaba muerta.

8.

Montse estaba muerta y yo me encontraba en estado de shock. Recuerdo vagamente haber cogido el cuerpo de mi amiga en brazos. ¡Pesaba tan poco! La enfermedad la había consumido hasta que apenas quedó nada.

La llevé en una carretilla en medio de una nevada copiosa. Me caí, resbalé y trastabillé… lloré tanto y tantas veces que perdí la cuenta. Pero al final la enterré en el pajar, donde ella quería pasar la eternidad. Estaba anocheciendo y, a lo lejos, se escuchó el aullido de un animal. Las montañas alrededor del parque del Montseny, cubiertas de nieve y envueltas en la neblina, me parecieron más misteriosas que nunca. A lo lejos, el ulular de un búho me sobresaltó.

De vuelta a la casa, me puse a limpiar. Fregué el suelo con vigor. Quité el polvo de los muebles. Lavé los platos, observando cómo el agua se llevaba los restos de la comida. Limpié los cristales de las ventanas, dejando que el aire fresco y limpio entrara en la casa.

Eran ya las doce de la noche cuando, sin nada más que hacer, me senté en el sofá de Montse. Entonces regresaron los aromas, como si la muerte me los hubiera arrebatado y ahora, pasada la ceremonia y el adiós, regresasen. Porque olía a ella, a Montse, a su perfume, a su enfermedad y su espíritu de lucha. Entonces, rompí a llorar mientras abrazaba un cojín que aún conservaba la fragancia de mi amiga.

Me desperté seis horas más tarde, con dolor en el cuello por la postura incómoda en la que me había quedado dormida. El amanecer se filtraba por las ventanas, un suave resplandor dorado. Entonces me di cuenta de las palabras de Montse, del regalo extraordinario que me había prometido.

—¿Qué regalo? ¿Dónde estará?

Vagué por la casa, subiendo y bajando las escaleras, revisando cada rincón, cada cajón. El sótano estaba lleno de cajas viejas y muebles cubiertos de polvo. En la planta superior, las habitaciones estaban en desorden, como si alguien hubiera buscado algo con urgencia. Al cabo de un rato me di cuenta de que Montse había sacado las sábanas de los armarios y de todas las camas.

Amanecía cuando me di por vencida y regresé a la planta baja. Había algo que había cambiado, pero no sabía el qué.

Me rasqué la cabeza, sin entender nada. No había ningún regalo, ni una caja, ni una carta. ¿Dónde estaba? ¿Y dónde estaban las sábanas?

Al rozar mi cráneo, recordé mi pelo corto y fui a mirarme al espejo del pasillo. No había mirado los espejos hasta ese momento. ¿Para qué iba a hacerlo?

—¿Pero qué demonios…?

El espejo estaba tapado con una sábana. Iba a quitarla cuando me pregunté por qué Montse habría hecho algo semejante. Fui de habitación en habitación; todos los espejos estaban tapados: el baño de abajo y el de arriba, el comedor, los pasillos… Solo encontré uno que no estuviera cubierto por una tela, el que estaba sobre la cómoda de su habitación.

Me miré. Tenía el pelo corto y Montse me había maquillado resaltando mis ojeras y mi tez pálida. Sobre la cómoda vi su carné de identidad, su talonario de cheques y su tarjeta de crédito del banco. Fue entonces cuando me di cuenta.

—Ahora soy Montserrat Vidal Blanco —dije en voz alta.

Se había hecho el carné cuatro años atrás. Por entonces, solo estaba desmejorada, no tan destruida como cuando la conocí. Y llevaba el pelo corto en aquella época. Yo podía pasar por ella perfectamente. Es más, éramos dos gotas de agua.

Cogí el carné y me di cuenta de que había un pedazo de papel doblado debajo. Lo abrí con cuidado.

Tienes un gran don, un nombre nuevo y casi tres millones de euros.

Te he dejado apuntado el pin de la tarjeta y he firmado todos los cheques en blanco del talonario.

Ahora el dinero es tuyo.

Descubre quiénes son esos cabrones que te están jodiendo la vida. Acaba con ellos.

Y piensa en mí de cuando en cuando.

TE QUIERE

Montse

SEXTA PARTE

JAUME



1.

Era mi primer día en Net-I-fet, una empresa de limpieza en Barcelona que acababa de contratarme. Había pasado el mes de diciembre y fin de año, en la casa que compartí con Montse. Y luego, como ella me había pedido, salí a la luz, a una nueva vida.

Me costó despertar. Había dormido mal, con pesadillas circulares, amenazadoras. Soñé con pasillos interminables y sombras que se deslizaban sin hacer ruido, dejando un rastro frío en mi piel.

—Vamos. Puedes hacerlo —me dije. Y luego lo repetí como un mantra—: Puedes hacerlo, puedes hacerlo, puedes…

Recuerdo que desayuné unos cereales mirando la televisión. Vi entre brumas anuncios de pañales, de productos ficticios como un spray anti-ronquidos y una crema milagrosa para el crecimiento del cabello. Debía ser la teletienda. El último que vi era uno de esos anuncios que no revelan de qué se trata y te tienen en vilo durante unas semanas mientras la gente en la cola del cine o las pescaderías se pregunta de qué va todo el asunto.

¿Me has olvidado?, decía una mujer voluptuosa en un traje rojo mirando a cámara.

I'm a dream, soy un sueño, añadía en inglés. Y fundido en negro antes de aparecer unas letras rojas que proclamaban: "la mejor experiencia de tu vida. Muy pronto".

Apagué el televisor.

—Ya no saben qué hacer para vender.

Me lavé los dientes, me di una ducha, me vestí y me encaminé hacia Net-I-fet, que estaba en la plaza Cataluña, en un edificio gris de oficinas, grande y silencioso a aquella hora de la mañana.

—Mejor así —pensé.

Porque no me gustaba el centro de Barcelona. Demasiado ruido, demasiados turistas obsesionados por la arquitectura modernista, demasiada energía, como si el estrés fuese una forma de vida. Pero la madrugada era distinta, daba gusto pasear sin prisas y absorber el aroma sutil y refrescante del mar que llegaba desde el puerto. O el aire fresco de la brisa nocturna.

Fui la primera en llegar, fiché y me presenté a la encargada, una mujer de unos cuarenta años, con el cabello recogido en un moño apretado y un uniforme azul impecable.

—Buenos días, soy Montse, la nueva —dije, tratando de sonar más segura de lo que me sentía.

Ella me miró por encima de sus gafas y asintió. Se llamaba Ana.

—Bienvenida. Vamos a empezar con una ronda por las instalaciones para que te familiarices con tu lugar de trabajo. Sígueme.

Me mostró el área de almacenamiento de productos de limpieza y el mapa de turnos. Me dio instrucciones precisas y un horario detallado.

—¿Alguna pregunta? —me preguntó finalmente.

—No. Bueno… sí —respondí.

—Dime.

—He visto que también lleváis la limpieza de las oficinas de Eonix.

—Sí. Pero Eonix es cosa de Merche. Lleva ya dos años encargándose de esa empresa. ¿Tienes

un interés particular en ese lugar?

—La sede de Poble Nou queda justo delante de mi casa. Me encantaría que me lo encomendases. Pero entiendo que hay otra compañera realizando el trabajo.

Ana puso las manos sobre las caderas. Me miró de arriba abajo.

—Es tu primer día. No corramos antes de andar. Primero veamos qué tal lo haces. Luego… ya se verá. Hay vacaciones, sustituciones; todo es posible. De momento puedes empezar por las oficinas de Nestlé en la Diagonal. Sube al tercer piso. Ahí encontrarás todo lo que necesitas, desde un carrito, a bayetas, fregonas y cualquier producto que puedas imaginar. Y, por favor, asegúrate de que todo quede impecable. Aquí somos muy estrictos con las nuevas.

Asentí. Al llegar a Barcelona había pedido una fe de vida laboral y había descubierto que Montse, en toda su vida, solo había trabajado de peluquera (tres fines de semana, o sea seis días) y un par de años como limpiadora. Aquello me dio la idea de colarme en Eonix. Pero, para ello, el primer paso era contentar a mis nuevos jefes en Net-I-fet.

No fue una tarea demasiado ardua. Para mí era más que un trabajo mal pagado, era una oportunidad de resolver el misterio al que me enfrentaba. Mis compañeras se esforzaban lo justo y hacían su trabajo sin interés, de forma mecánica. Yo ponía los cinco sentidos porque tenía un objetivo distinto: la venganza.

A los tres meses ya era el ojito derecho de Ana, quien me encomendaba las tareas difíciles y me premiaba con los mejores días de vacaciones. Luego me ofreció un contrato fijo. Cuando bajé de firmarlo en Recursos Humanos, me dijo:

—A Merche le ha tocado un viaje a las Maldivas. ¿Te lo puedes creer?

—Vaya, qué suerte.

—Aunque tenía las vacaciones asignadas en junio y octubre, ha pedido que se las adelantemos a Semana Santa para irse a la India, o por donde estén las islas esas.

—Cerca de la India, sí. En el océano Índico están las Maldivas.

Yo lo sabía de sobra , pues el viaje me había costado 15 mil euros. Y otros dos mil que le pagué a un actor que fue a su casa a convencerla de que era la compradora número un millón de un detergente. Hasta se hizo fotos con Merche y las colgó en una web falsa. ¡La ganadora del gran premio Dixan!

—Se vaya donde se vaya Merche, el caso es que tienes 15 días para demostrar lo que vales a los de Eonix. Merche está fija en ese turno, ya te lo dije una vez. Pero si la empresa dice que están más contentos contigo y quieren cambiar de chica, pues… ya sabes. Nuestros jefes de Net-I-fet quieren contentar a las empresas, y más a las grandes. Tienes una oportunidad.

Abracé a Ana.

—Gracias.

—De nada. En la vida, la que trabaja bien tiene sus oportunidades. Y la que se acomoda o se duerme, se queda sin nada.

Bueno, sin nada no, pensé. Merche se iba a quedar con un viaje de lujo a Oriente. No era poca cosa.

2.

En la historia de las oficinas relucientes, en la larga historia de mujeres trabajando como esclavas para limpiar lugares de trabajo de empresarios y señoritos, mi trabajo en Eonix sin duda debe estar en un *top ten* de los mejores en limpieza, orden y eficiencia. Mi jornada era de seis horas y todos los días me quedaba ocho como mínimo, hasta que todo quedaba, como he dicho, tan reluciente que cualquiera de aquellos negreros encorbatados podría haber comido una de sus ensaladas pijas de mango y aguacate en el suelo. Literalmente.

El jefe de planta le dio una patada en el culo a Merche a toda velocidad, demostrando que Ana tenía razón sobre cómo funciona el mundo laboral. Un asco. Por suerte, y para calmar mi sentimiento de culpa, Merche se fue a Nestlé, que era un puesto de trabajo mucho mejor y con unos jefes majos y menos exigentes.

Una vez establecida en Eonix, fui capaz de descubrir cómo funcionaba la sede de Barcelona de la multinacional.

En la primera planta, estaban la zona de producción y los laboratorios principales. Allí, los científicos y técnicos trabajaban en el desarrollo de nuevas fórmulas de perfumes y otros artículos. El aroma a productos químicos y esencias llenaba el aire. A mí me encantaba.

La segunda planta albergaba las oficinas administrativas. Hablamos del personal de recursos humanos, contabilidad y dirección realizando sus tareas diarias. Muebles elegantes y plantas ornamentales. En resumen, la flor y nata de los negreros encorbatados.

La tercera planta estaba dedicada a la investigación y desarrollo de nuevos productos no relacionados con perfumes, como cosméticos y productos de limpieza ecológicos.

Finalmente, en la planta baja, se encontraban el archivo, una vasta sala con estanterías llenas de documentos, registros antiguos y actuales de las investigaciones de la empresa.

Mi objetivo principal era precisamente este último lugar. Sabía que allí encontraría la información que necesitaba. Con mi identificación de limpieza, tenía acceso limitado a casi todas las áreas, excepto a las más restringidas, como los laboratorios de investigación avanzada y la zona de producción. Sin embargo, el archivo no era un lugar especialmente vigilado, lo que me daba cierta ventaja.

Allí descubrí que las investigaciones de mi madre se habían clausurado, que su proyecto del elixir de los Corazones Rotos (oficialmente conocido como “Proyecto Phaedra 123-7”) había sido considerado oficialmente FALLIDO, o eso ponía en una etiqueta en versalita en las páginas de la carpeta que encontré rebuscando en los ficheros.

Aquello me desanimó. ¿Podía ser que Eonix no estuviese implicada? ¿Quién tenía el dinero y el poder para destruir mi vida aparte de ellos? Arturo, tal vez. ¿Pero realmente le había cabreado tanto como para querer matarme e incendiar mis locales?

De pronto, tuve una idea.

—Ya está. Han cambiado el nombre a la investigación de mi madre —dije en voz alta—. Han puesto la etiqueta de “fallido” y han dejado por escrito que no salió nada de su ensayo e iniciaron

de nuevo el estudio con distinto nombre. Pero es el mismo.

Por desgracia, había más de 50 investigaciones en marcha. Leí los informes uno por uno, durante casi un mes, sacando media hora de mi tiempo de trabajo para, una vez terminado de limpiar el archivo, extraer documentos y examinarlos: dos carpetas por día.

Pero ninguno de los nuevos ensayos se dedicaba a nada ni remotamente parecido. Estaba en un callejón sin salida.

Además, cada día que pasaba el azar jugaba en mi contra. Aunque yo trabajaba de noche y los jefazos se iban pronto a casa, a veces había reuniones, o alguna tarea se alargaba. Me había cruzado en el pasillo cinco veces ya con Lorenzo Luchesi. Nunca había hablado conmigo. Ni siquiera me había mirado. Pero en cualquier momento podía reconocerme. A pesar de mi cambio de look, seguro que me recordaría: si era culpable porque llevaba tiempo tratando de destruirme, si era inocente seguro que se habría sorprendido meses atrás cuando la televisión informó que la hija de una de sus trabajadoras estaba acusada de ser una pirómana y asesina en serie.

De momento solo me había salvado el que las limpiadoras somos invisibles. Yo, para aquella gente, era poco más que un mueble. Pero mi suerte no podía durar eternamente.

Si Lorenzo llamaba a la policía, mi investigación y mi libertad se acabarían. Para siempre.

3.

Y finalmente llegó el día en que los hados se conjuraron en mi contra. O casi.

Estaba limpiando el comedor de la cafetería cuando Luchesi y sus jefes de departamento bajaron de la segunda planta después de una reunión maratoniana. Eran las 11:30 de la noche.

—Siga trabajando —me dijo Lorenzo sin mirarme—. Vamos a ocupar la mesa del fondo. No la molestaremos.

Iba a responder que me marchaba hasta que acabasen, pero me di cuenta de que aún más peligroso que quedarme era que oyera mi voz, así que me limité a hacer un gruñido de asentimiento e inclinar la cabeza.

—Bien, muchachos —dijo Lorenzo, acomodándose en la mesa del fondo—. La empresa está perdiendo terreno con Perfumes Masover. ¿No es cierto, Edgar?

Me di cuenta de inmediato de que tenía que ser Edgar Perosanz, el ayudante de mi madre con el que una vez hablé por teléfono.

—Sí —respondió un cincuentón bien conservado de gesto afable—. Perfumes Masover ha invertido mucho, se están expandiendo, y van a por todas.

—Exactamente —continuó Lorenzo—. Están apostando fuerte en el mercado. Al principio eran solo una mosca molesta, pequeña y en el fondo inofensiva. Recordemos que la primera vez que oímos hablar de los Masover fue cuando trataron de hacerse con el proyecto Phaedra.

Me puse en tensión. Casi se me cae la escoba.

—Sí, aunque Elvira lo llamaba “Elixir de los Corazones Rotos” —dijo Edgar con una sonrisa irónica—. Todo un fracaso, curar las penas con un perfume, vaya locura.

—Pero Elvira creía en ello —añadió Lorenzo.

—Y Perfumes Masover también —continuó Edgar—. La familia Masover cree en cualquier cosa que sea revolucionaria. No quieren competir, quieren romper el mercado.

Me mantuve en silencio, inclinada sobre mi carrito de limpieza, escuchando cada palabra con el corazón acelerado. ¿Perfumes Masover? En el pasado había tenido algunos de sus productos en mis tiendas. Pero, aparte de eso, no sabía nada de la empresa. ¿Podía ser que ellos tuvieran algo que ver con todo lo que me estaba pasando?

Las voces de los hombres se mezclaban con el zumbido del fluorescente sobre mi cabeza. Cogí una bayeta y me puse a limpiar una mesa que ya estaba limpia, muy cerca de la de los jefes, aunque tuve la precaución de ponerme de espaldas. Una vez más, quedó demostrado que la gente con dinero cree que las mujeres que limpian son muebles y, como todo el mundo sabe, los muebles no tienen oídos.

—Tenemos que vigilar cada movimiento de los Masover —dijo Lorenzo, en tono autoritario —. No podemos permitir que nos superen.

—Exactamente —coincidió otro de los jefes—. He oído que ahora están metidos en algo nuevo, rompedor, en la línea de lo que ellos buscan.

—Siempre están soñando —dijo Luchesi, quitando importancia al asunto—. Pero debemos

seguir atentos.

Poco después dejaron aquel tema y comenzaron a hablar de cifras, de los objetivos de cada sección y de cómo conseguir las primas económicas que la empresa otorgaba a los mejores encorbatados. Cuando vi que iban a seguir por ese camino, me deslicé silenciosamente hacia la esquina del comedor, tratando de no llamar la atención mientras recogía mis cosas. Mis manos temblaban ligeramente, pero me obligué a mantener la calma.

Salí de la sala con el corazón latiendo con fuerza. Los hados me habían puesto a prueba pero había salido airosa y, tal vez, había descubierto una pista crucial, un nuevo jugador que se había sumado a la partida: Perfumes Masover.

4.

Estuve un par de días sopesando la posibilidad de abandonar mi trabajo de limpiadora, pero finalmente no lo hice. Estaba asumiendo un riesgo cada vez mayor, cierto. Pero si abandonaba no podría regresar a Eonix, y perdería mi única baza. Porque no sabía si Lorenzo o alguno de sus hombres estaba implicado o si la nueva pista conduciría a alguna parte.

Lo mejor, lo más lógico, era continuar, pasar desapercibida, adoptar un perfil bajo y cruzar los dedos.

Pensé con cuidado qué debía hacer a continuación respecto a Perfumes Masover. Investigarlos por Internet no reveló gran cosa: fundada hace unos 70 años, la empresa llevaba ya cuatro generaciones de perfumistas a sus espaldas. Eran originarios de Osona, una región en el interior de Cataluña, y su ambición no conocía límites. Habían pasado de ser una pequeña perfumería local a convertirse en un competidor temido en el mercado internacional de fragancias.

Necesitaba más información. Sabía que Internet solo podía ofrecerme un vistazo superficial. Si quería desenterrar secretos, tenía que ir más allá.

Cuando se tiene dinero, las posibilidades se amplían. Conseguí un teléfono vía satélite, un aparato imposible de rastrear. Y di el siguiente paso.

Me sentía satisfecha: la Lucía de solo un año atrás no se habría atrevido a infiltrarse como una espía en Eonix, ni a tomar ninguna de las decisiones arriesgadas que enfrentaba cada día. Pero la nueva Lucía, esa que se hacía llamar Montse, era perfectamente capaz. Así que marqué el número de teléfono:

—¿Sí?

—Hola, Edgar.

Al otro lado de la línea, una voz dudó. Me había reconocido pero no estaba seguro.

—¿Eres la hija de Elvira?

—Sí. Buena memoria. Soy Lucía.

—Ya te dije que no quiero hablar contigo. Además…

—Sí, además me busca la policía, supongo que lo has visto en las noticias. Pero esta vez soy yo quien tiene información para ti. Y tú y el señor Luchesi la necesitáis para no perder vuestra posición en el mercado.

Hubo una pausa al otro lado de la línea. Temí que colgara.

—Te doy un minuto.

Era poco tiempo. Así que decidí ir al grano.

—Llevo tiempo investigando quién me puede haber metido en todo este lío, quién quemó mis tiendas y mató a mi amigo.

—De momento no he oído nada que me interese.

—Creo que fue la familia Masover. Están a punto de sacar al mercado un perfume basado en el elixir de los Corazones Rotos.

Lo que estaba contándole a Edgar era una mentira. Bueno, sospechaba que podía ser cierto,

pero era una sospecha basada más en la conversación que había espiado a Luchesi y sus jefes en Eonix que en una información real.

—Lo que dices no tiene sentido, Lucía.

—Sí lo tiene. Por eso entraron en mis tiendas. Robaron el elixir y luego prendieron fuego para tapar el robo.

Otra mentira. Jamás me habían robado el frasco del elixir, pero daba palos de ciego.

—Igualmente, lo que dices no tiene sentido.

—¿Por qué?

—Porque el proyecto Phaedra… quiero decir, el elixir de tu madre, nunca funcionó. Lo usamos como placebo y nada más.

—Eso me dijo Luchesi.

—Y te decía la verdad.

Negué con la cabeza.

—Yo vi a mi madre usarlo en una amiga que sufría. Y la liberó.

Edgar soltó un bufido.

—Nunca llegó a funcionar. Bueno, funcionaba a veces, pero no por lo que crees.

Se hizo una pausa. Edgar no me había colgado. Era una buena señal. Tal vez temía que algo de lo que le decía pudiera ser cierto.

—¿Entonces es imposible que los Masover hayan mejorado el elixir y lo vayan a comercializar?

—Imposible no hay nada. La perfumería es ciencia, y todo puede pasar, como ya sabes, pero el elixir de Elvira no funcionaba.

—Eso ya lo has dicho. ¿Por qué no me hablas más del proyecto de mi madre y me convences? Yo a cambio te diré lo que sé de los Masover. Sigo teniendo amigos en la industria y sé cosas que ni imagináis.

Aquella era mi última baza. Una mentira más, yo no sabía nada de los Masover y no tenía ni un solo amigo ni dentro ni fuera de la industria. Pero había percibido desesperación en los jefes de Eonix cuando hablaron del tema.

—Vale —dijo finalmente Edgar—. Te diré lo que sé. Pero te advierto que no te va a gustar.

5.

—Tu madre ya estaba enferma cuando comenzamos a investigar su último perfume, el elixir de los Corazones Rotos —comenzó Edgar—. Desvariaba y no siempre estaba centrada pero… bueno, había dado tanto a la empresa que los jefes la dejaron hacer. Incluso cuando los olvidos y las fantasías empeoraron, se hizo la vista gorda hasta que fue imposible que siguiera.

Respiré hondo. Añoraba a mamá. Y lo que decía me resultaba doloroso, porque parecía verdad.

—Yo la cuidé en la última fase del Alzheimer. Entiendo lo que dices.

—El elixir de los Corazones Rotos es un perfume con un olor fuerte y penetrante gracias a la pimienta rosa y el sándalo. Pero nada más. Pronto vimos que no servía de nada, que era un desvarío.

—Así que el elixir de mi madre era mentira.

—Sí y no. Sorprendentemente, muchos participantes en un estudio reportaron una disminución significativa en su dolor emocional. Algunos incluso comenzaron a encontrar una especia de paz interior. Aunque el perfume no contenía ingredientes mágicos, su verdadero poder residía en la capacidad de la mente para curarse a sí misma con la ayuda de un estímulo olfativo y la confianza en la persona que te lo administraba.

Edgar me explicó que una universidad americana, la Colorado Boulder, había hecho un estudio revolucionario. Pagaron a 40 personas que pasaban por la fase de duelo por la pérdida de un ser querido, fuese por defunción o porque les habían abandonado. Las sometieron a todo tipo de pruebas, desde mostrarles fotos de sus parejas con otras personas, a descargas eléctricas, hipnosis, terapia psicológica… todo fue un fracaso. Hasta que se les ocurrió decirles que tenían un elixir que “curaba los corazones rotos”.

—Desde la universidad contactaron con nosotros y nos pidieron un perfume que fuese fuerte, incluso un punto picante o desagradable, para administrarlo como placebo. Les dimos el elixir de tu madre que, hasta ese momento, había fracasado por completo. Tu madre estaba ya por entonces tramitando su jubilación. Ni siquiera se lo explicamos al principio.

—¿Y qué pasó?

Edgar lanzó una carcajada.

—Pasó que el elixir no funcionaba como tal pero sí lo hacía como placebo. Una de las ironías de la ciencia. Todas las personas que lo recibían querían sanar, querían dejar de sufrir por su pérdida y el elixir les daba una promesa a la que aferrarse. El aroma era fuerte, permanente, y allí donde iban les resultaba un poco molesto, solo un poco, lo suficiente como para no olvidarlo. De esta forma, la persistencia del olor les recordaba la promesa de la curación. Y era eso lo que les curaba.

—Pero mi madre nunca quiso creer en la parte psicológica del asunto, ¿verdad? —concluí.

La conocía bien. Ella solo creía en la ciencia. Siempre pensó que los psicólogos eran unos charlatanes.

—No. Elvira siguió creyendo en el perfume hasta el final. Pero no había nada real, tangible, una fórmula que fuese realmente revolucionaria que pudiese interesar a otras empresas o a Perfumes Masover. Por eso me extraña lo que me dices. Dudo que nadie haya podido mejorar algo que no tenía nada que pudiese ser mejorado. Y dudo todavía más que vayan a comercializar un placebo. Así que ahora eres tú la que debes explicarme qué has oído que preparan los Masover. Y a quién se lo has oído. Sabes que tengo prohibido hablar de nuestras investigaciones en Eonix y ya he dicho demasiado. Me he arriesgado por ti.

Dudé. Ya le había contado suficientes mentiras. No quería añadir una más a la lista.

—Perdona. Te llamo pronto, Edgar, cuando tenga algo realmente definitivo que contarte. Te lo prometo.

Y colgué el teléfono.

6.

Edgar estaba forzosamente equivocado. Nadie quema tiendas y mata a gente por un placebo. Lo que sí parecía evidente era que no había ningún ingrediente secreto en el elixir de mi madre. Por eso no lo había encontrado cuando lo analicé.

También parecía descartado que el perfume hubiera causado el deterioro cognitivo de mamá. Si todos los que habían pertenecido al estudio de la Universidad de Colorado estaban bien, si nadie había desarrollado problemas, es que el elixir no provocaba Alzheimer.

Dos de mis mejores ideas habían resultado falsas. Y no tenía otras nuevas.

Sentada en casa, comiéndome las uñas, me puse de nuevo a ver la televisión. Las ideas (mejores o peores) no fluían en mi cabeza y regresaron los programas de teletienda y los anuncios absurdos, e incluso aquel comercial sin sentido que no revelaba qué producto me quería vender la caja tonta.

El anuncio había evolucionado. Ahora decía: “La experiencia más grande de tu vida llegará en una semana”.

¿Me has olvidado?, decía una mujer voluptuosa embutida en un traje rojo mirando a cámara.

I’m a dream, soy un sueño, añadía en inglés.

Y fundido en negro antes de aparecer unas letras rojas que repetían “la mejor experiencia de tu vida. Muy pronto”.

Dejé el televisor encendido y me dirigí al baño para darme una ducha. El agua caliente caía sobre mi cuerpo, el aroma del champú de avena y menta llenaba el baño. Cerré los ojos y dejé que el vapor y el calor se llevaran, aunque fuera por un momento, el peso de mis preocupaciones.

Al salir de la ducha, me envolví en una toalla y regresé al salón. El televisor seguía con sus anuncios interminables, pero algo dentro de mí había cambiado. Me di cuenta de que no podía seguir adelante sola. Había llegado el momento de pedir ayuda profesional.

—No, no puedo seguir sola —dije en voz alta, casi como si necesitara escuchar mis propias palabras para tomar la siguiente decisión.

Había que correr un nuevo riesgo.

Por suerte, sabía lo que tenía que hacer. Si ya había contratado a un actor para engañar a Merche y quitarle su puesto de trabajo en Eonix, el próximo paso lógico era contratar a un investigador privado. Alguien con las habilidades necesarias para descubrir las partes del enigma que yo sola no podía alcanzar.

Decidida, me vestí y salí de casa. Me dirigí a las Ramblas, donde se hallaba la agencia de detectives que me había salido en la primera búsqueda de Google. Si pagaban para salir los primeros es que tenían recursos: y eso era lo que yo necesitaba.

Caminé por entre el gentío. El aire estaba impregnado de una mezcla de olores: flores frescas, dulces y gominolas. Pasé delante de los kioscos de prensa, de dos mimos pintados de blanco y plateado, inmóviles como estatuas hasta que alguien les dejaba una moneda. Músicos callejeros, guitarras flamencas, un acordeón, y un caleidoscopio humano, una multitud de gentes de todas

partes del mundo listas para la inminente llegada del verano: turistas con camisetas y pantalones cortos, barceloneses y carteristas. Todos juntos y todo sucediendo a la vez.

Llegué a un edificio antiguo, con una fachada oscura y amplios balcones. Entré y tomé el ascensor hasta el tercer piso, donde estaba ubicada la agencia de detectives Bosch. El despacho era elegante y profesional, con muebles de diseño y una decoración minimalista.

Me recibió un hombre de unos cuarenta años, con el cabello corto y canoso, y una mirada penetrante. Llevaba un traje bien cortado y se presentó como Jaume Bosch, el detective principal y propietario de la agencia.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó con voz firme y profesional.

—Quiero que investigue a una empresa que hace perfumes. Creo que están a punto de sacar a la calle un producto revolucionario. Quiero información sobre los miembros de la junta de accionistas, del nuevo perfume, todo lo que pueda averiguar.

—Supongo que no esperará que hagamos algo ilegal o que…

Lo último que quería era problemas con la policía. Así que me apresuré a decir:

—No quiero que se infrinja la ley ni que se haga nada que pueda considerarse poco ético. Solo quiero toda la información que se pueda conseguir por cauces legales. Y hay algo más.

Jaume removió las aletas de la nariz.

—¿Sí?

Debía preservar mi identidad, no solo la real, sino incluso la falsa. No podía permitir que me descubriesen.

—No voy a decirle quién soy. No quiero que investigue nada sobre mí. No le daré mi teléfono; regresaré dentro de exactamente una semana y usted me informará de lo que ha descubierto. Digamos que soy una clienta fantasma. Y le pagaré cinco veces su tarifa por su discreción.

—Mi tarifa normal ya es muy alta.

—No lo pongo en duda.

Jaume me hizo un gesto para que tomara asiento en una de las cómodas sillas frente a su escritorio. Las Ramblas se extendían detrás de él, visibles a través de la gran ventana, llenas de vida.

—Cuénteme los detalles —dijo, inclinándose ligeramente hacia adelante, listo para escuchar.

Y listo para cobrar cinco veces por su trabajo.

7.

Una semana después regresé a la agencia de detectives Bosch, pero nada sucedió como lo había previsto.

—Quiero anunciarle que dejo el caso —me dijo Jaume con los ojos inyectados de sangre.

No estaba tan amable como la última vez que nos vimos, y no me invitó a sentarme. Me quedé de pie, notando la tensión en el ambiente.

—¿Y eso? —pregunté, tratando de mantener la calma.

Jaume se pasó una mano por el cabello, desordenándolo.

—¿Y eso, dice? Desde que comencé a investigar su caso hemos sufrido dos robos en la agencia, tres ataques informáticos, me han reventado los neumáticos y dos de nuestras secretarias han relatado que un coche negro las perseguía. Al día siguiente de este último incidente, recibí una carta. Un hombre extraño se la dio a mi hijo de siete años al salir del colegio. De siete años, ¿entiende?

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda. Jaume sacó la carta de un cajón y me la mostró. En la carta se leía, en letras mayúsculas y gruesas: “DEJE EN PAZ A LOS MASOVER”. Nada más. La caligrafía era tosca, agresiva.

—Entiendo su enfado —dije, mordiéndome el labio inferior.

Jaume me miró con dureza.

—No, no entiende nada. Debería haberme avisado de que había algo turbio en este asunto.

Desvié la mirada hacia la ventana. La gigantesca estatua de Cristóbal Colón señalaba hacia la costa.

—Como si usted no lo supiera, visto mi actitud y el dinero que le ofrecía —respondí.

Jaume se mesó la barbilla.

—Sí, tal vez me pudo la avaricia. Pero hay otras cosas más importantes que el dinero. Así que le pido que se vaya, no le voy a cobrar nada porque no le voy a dar ni las pocas páginas que tenemos del informe sobre los Masover. Solo le pido que desaparezca de mi vida.

Apreté los puños.

—Diez veces —respondí.

Jaume parpadeó, claramente sorprendido.

—¿Perdón?

—Diez veces su tarifa por esas pocas páginas.

—¿Cómo?

—¿No me ha oído? —repliqué, dando un paso hacia él—. Pues que sean veinte veces.

Jaume se relamió los labios, su mirada indecisa.

—¿Me va a dar más de 100 mil euros por diez páginas?

Asentí, manteniendo mi mirada fija en la suya.

—Ya lo ha oído.

El detective me miró largamente, evaluándome.

—Usted no me gusta, señora clienta fantasma.
—Usted tampoco a mí, señor Bosch —respondí, esbozando una sonrisa irónica.
Ambos estiramos el brazo derecho y nos dimos un apretón de manos.

8.

Comenzaba a moverme como pez en el agua en mi papel de mujer buscando venganza. La clave era la improvisación, ser capaz de mutar, de imponerme a las dificultades, como cuando había conversado con el detective y reaccionado para llevarme el informe, aunque fuese a un coste prohibitivo. Gracias a Montse, podía permitirme cosas prohibitivas.

Cuando leí el informe, supe de inmediato qué debía hacer. Esperé a que se hiciera de noche, me puse mi bata de limpiadora y fui a hacer mi turno en Eonix. Pero esta vez no quería investigar en el archivo.

Fui al despacho de Edgar Perosanz y eché un vistazo a sus papeles. Trabajaba en un proyecto avanzado de creación de perfumes, específicamente en la síntesis de nuevos compuestos aromáticos para una línea de fragancias de lujo. Cogí el trabajo de la última semana, me lo llevé en una carpeta y me fui a casa cuando acabé mi trabajo.

Al día siguiente, cuando regresé, todos los jefes estaban en sus casas, excepto Edgar. Lo vi en su despacho, revisando datos y carpetas, claramente agitado, buscando las páginas perdidas, tratando de recuperar el contenido en los archivos de su ordenador.

—Perdona —le dije, acercándome con decisión—. Tenía que hacer algo para que nos viéramos en persona y hablar de los Masover. Si te llamaba y quedábamos por teléfono, existía el riesgo de que avisaras a la policía.

Puse sobre la mesa de su despacho una carpeta transparente con su trabajo sobre su nueva línea de fragancias de lujo. Edgar examinó la carpeta y luego me miró fijamente. Estaba boquiabierto. Dudó por un instante.

—¿Eres Lucía?

—Sí.

—Tu voz, por teléfono, era distinta y…

—Las voces siempre son un poco distintas por teléfono. Y las personas también, supongo que mi vestimenta no te la esperabas tampoco. Una limpiadora es algo que nadie ve, como un mueble. Es algo de lo que me he dado cuenta estas semanas.

—¿Semanas? ¿Cuánto llevas aquí?

—Pronto hará tres meses.

Edgar se echó atrás en su silla, intentando asimilar la información.

—Supongo que eso no dice nada bueno de los que trabajamos aquí. Aunque, bueno, yo nunca te había visto en persona, aunque sí en la televisión. Pese a todo, debería haberte reconocido. Aunque tu peinado… es distinto, ¿no?

Me di cuenta de que hablaba con cautela, al fin y al cabo, me buscaban por asesinato.

—No tengo mucho tiempo. Así que no me andaré por las ramas. Dejemos mi cambio de look para otro día.

Edgar se cruzó de brazos.

—Vale. ¿Qué quieres, Lucía? Te dije todo lo que sabía de la familia Masover y tú aún no me

has contado nada de lo que sabes sobre ellos.

Le di el informe que había conseguido de la agencia de detectives. Edgar comenzó a leerlo. Yo le señalaba de vez en cuando una línea, repasándola en voz alta para resaltar lo que yo creía más importante.

—Fíjate: “Los Masover son personajes influyentes en la industria del perfume con conexiones turbias” —dije—: Sus influencias abarcan desde la industria química hasta el sector farmacéutico, y se les ha relacionado con varios escándalos financieros. No tienen escrúpulos y buscan el éxito a cualquier precio.

Le expliqué el lío en que se había metido Jaume Bosch, mi detective, por haberse atrevido a investigarles. Edgar asintió lentamente, procesando la información.

—Van a sacar un producto al que llaman “el elixir”. No se sabe mucho más —continué, señalando el informe—. El lanzamiento está previsto para el próximo trimestre y mantienen un secretismo absoluto sobre la composición y los efectos del perfume.

—Entre las conexiones está Arturo Lefranc, al que han hecho unos pagos sospechosos —añadí —. Arturo ha recibido varias transferencias de grandes sumas, aparentemente sin justificación, lo que sugiere un vínculo financiero directo con los Masover. También otras personas. De ese hilo tiraré yo. Conocí a Arturo en su momento y encontraré la manera de sacarle la información que necesitamos.

Edgar terminó de leer el informe y negó con la cabeza, claramente desconcertado.

—Pese a todas las sospechas e indicios que estas páginas sugieren… no es posible, el elixir de tu madre no funciona —insistió—. No puede funcionar. Ya lo hemos hablado. Sé que soy muy pesado, pero debo insistir. Un perfume que quita el dolor. La mera idea es una locura. Eonix le dejó hacer a tu madre por el aprecio que le tenían, pero trabajábamos en un cuento de hadas.

—Pues Perfumes Masover ha encontrado una utilidad real al elixir —respondí, decidida.

—No se me ocurre cuál —dijo Edgar, tensando la mandíbula.

—Tal vez funciona estabilizando el estado emocional sin los efectos secundarios de los medicamentos tradicionales, o…

—No, lo que dices es otro cuento de hadas. Algo así está lejos de existir en el mundo real. Ya te lo dije. Es un placebo y cuando funciona es porque el receptor cree que funciona. Como todos los placebos. De hecho, después de hablar contigo, para estar seguro, llamé a la universidad de Colorado Boulder.

Era donde había usado el perfume de mi madre para sus experimentos.

—¿Qué te dijeron?

—Les pregunté si el elixir de los Corazones Rotos funcionaba, si habían visto algún caso en que lo hiciese de forma real. Me enteré de que habían usado varios perfumes de hasta cinco marcas. Compraron perfumes que fueran muy persistentes. Todos obtuvieron los mismos resultados… o parecidos. De hecho, hubo uno de L’Oréal y otro de Saint Laurent que lo hicieron mejor que el nuestro. Y todos funcionaban como placebo en un porcentaje alto de casos porque la gente quiere curarse. Pero no mejoraban de un día para otro, lo hacían poco a poco, superando la fase de duelo y aceptando la pérdida.

—Así es como el elixir curó a Carmen. La única persona en la que he visto que funcionase —reconocí—. Mi madre le dijo que podía curarla, ella la creyó y con el paso de las semanas y la repetición de la exposición al elixir… pues eso, Carmen se recuperó.

—Porque quería recuperarse, quería creer, Lucía.

Nos quedamos en silencio. Edgar miraba el informe con gesto contrariado, sus ojos moviéndose de una línea a otra mientras intentaba encontrarle sentido.

—Pensaré en todo esto —dijo Edgar por fin—. Hablaré con Lorenzo. ¿Puedo hablar con mi jefe, no?

—Sí. Con quien quieras. En este momento estoy encallada. Debo descubrir la verdad y toda ayuda es poca.

Edgar se reclinó en su silla. Cerró los ojos, concentrado.

—A ver si entre los dos podemos dar con lo que quieren los Masover del proyecto Phaedra, pero…

—Ya sé, ya sé… no funciona y es un placebo.

La vibración de su teléfono móvil sobre la mesa nos distrajo momentáneamente. Edgar rechazó la llamada.

—O eso o hay algo que se me escapa. Te digo algo pronto. ¿Estarás aquí mañana? ¿Te toca venir a trabajar?

—No. No vendré más. He descubierto mi tapadera para poder hablar contigo, mirarte a los ojos y saber si me dices la verdad, si eres de confianza. Así que no volveré. Demasiado peligroso. No quiero acabar entre rejas. Es hora de volver a transformarme. Así que te llamo mañana y me explicas qué has averiguado.

Me di la vuelta y salí del despacho de Edgar. Una voz me detuvo.

—¡Lucía!

Edgar se había levantado. Me alcanzó.

—¿Y qué piensas, digo la verdad, soy de fiar?

Bajé la mirada.

—Por desgracia, sí. De verdad crees que el trabajo de mi madre no tiene valor comercial. Y eso me preocupa.

—¿Por qué?

—Porque estoy en la casilla de inicio de nuevo. No sé qué pretende Perfumes Masover. No sé si su elixir está relacionado con el trabajo de mi madre o si el nombre es solo una casualidad. No sé, en resumidas cuentas, si realmente son mis enemigos y, bueno, lo peor de todo es que… no sé quién demonios quiere destruirme ni por qué.

9.

Mi llamada a Edgar no se hizo esperar porque los acontecimientos se precipitaron.

Mientras desayunaba mis cereales y hacía *zapping* para saltarme la retahíla de anuncios repetitivos (incluido el de la mujer de rojo que afirmaba que era “un sueño” y que ofrecía “la mejor experiencia de tu vida”), una noticia saltó a la primera plana. Cuando el telediario terminó, apagué el aparato y marqué el número de Edgar.

—Pon el canal 24 horas. Tienes que ver unas imágenes.

Edgar bostezó. Eran las siete de la mañana.

—El presidente del gobierno se va de visita a...

—No, lo siguiente. Espera un minuto.

Poco después llegó la noticia que quería que viese. El presentador, con gesto grave y tono solemne, apareció en pantalla.

—Esta noche, pasadas las once, el despacho de la agencia de detectives Bosch, en las Ramblas de Barcelona, ha ardido hasta los cimientos. Se han encontrado muertos al responsable de la firma y a dos de sus secretarias. Según las autoridades, se ha confirmado que las víctimas fueron ejecutadas de un disparo en la cabeza antes de que el fuego comenzara.

La pantalla mostró imágenes del edificio en llamas, los bomberos luchando contra el fuego y el humo denso que se elevaba hacia el cielo. El presentador continuó:

—La policía ha iniciado una investigación y no se descarta ninguna hipótesis. Según los informes preliminares, se cree que el incendio fue provocado para destruir evidencias cruciales relacionadas con varios casos de alto perfil. Los investigadores están trabajando para identificar a los responsables y determinar los motivos detrás de este ataque brutal.

Me quedé en silencio, esperando la reacción de Edgar.

—Dios mío —dijo finalmente, incrédulo—. El informe que leí ayer era de esa agencia de detectives, ¿no? ¿Tú... tú crees que esto tiene que ver con lo que estamos investigando?

—Seguro. De lo contrario… ¿Otra casualidad? ¿Otros asesinatos? ¿Otro incendio? Demasiadas casualidades, demasiados muertos y demasiados incendios.

Al otro lado de la línea, la respiración de Edgar se volvió pesada. Tenía miedo. Me di cuenta de que algo le estaba pasando por la cabeza. Así que se lo dejé claro:

—Edgar, el incendio fue a las once de la noche. ¿Recuerdas qué estabas haciendo ayer a las once de la noche?

La voz se relajó.

—Estaba hablando contigo —resopló, más tranquilo—. Así que al final eres inocente.

—¿Lo dudabas?

—No te conozco.

—Eso es verdad.

—Tal vez podrías ir a la policía y explicarles que todo es un montaje.

—Puedo probar que no tuve nada que ver con lo de ayer, pero no con todo lo demás de lo que

se me acusa. Así que me meterán en la cárcel nada más aparezca. Y en la prisión de Brians no duraría viva ni 24 horas. Por tanto, debo seguir oculta. Por suerte, tuve la precaución de no decirle a Jaume Bosch quién era, ni mi nombre real ni el falso. De momento, estoy a salvo. No sé de qué, pero a salvo.

Edgar estaba en silencio.

—¿Sigues ahí?

—Sí. He estado pensando, Lucía. No en el elixir, de hecho, ni siquiera he hablado con mi jefe todavía. Me he leído muchas veces el informe y acaba de asaltarme una duda. Se habla de unos pagos fraudulentos de los Masover. Puede ser que tu detective diese con una transacción ilegal de esta gente y, bueno, el resto sean realmente casualidades. Un perfume que se llama elixir no es tan raro, que se interesasen en el proyecto Phaedra tampoco, metieron el hocico en muchos otros… en fin, no sé si me entiendes.

—Te entiendo. Pero como ya te he dicho varias veces, estoy harta de casualidades. Así que voy a seguir jugando esta partida. Voy a resolver este puzle al precio que sea.

—¿Y cuál es tu próximo paso?

—Comprarme un piso.

—¿Un piso?

—Lo que oyes.

—No comprendo.

Me eché a reír.

—Ya te explicaré. Ahora mismo estoy a punto de llamar a una inmobiliaria. Habla con Lorenzo a ver si a tu jefe se le ocurre algo. Te vuelvo a llamar en breve.

Colgué y me vestí como una señora. Dejé la bata de limpiadora y me puse un traje chaqueta. Elegí un conjunto de seda en tonos grises, con una blusa de encaje blanco. Me aseguré de que mis zapatos de tacón estuvieran impecables y añadí un collar discreto pero elegante. Al verme en el espejo, sabía que proyectaba la imagen que deseaba: una mujer urbana, que siempre ha tenido dinero, lista para enfrentar cualquier desafío.

Una hora más tarde, terminó mi visita a un bonito piso en el barrio de Gracia. Me volví hacia el agente que me lo había enseñado. Se llamaba Francesc, era rubio y sonreía sin parar. Su amabilidad resultaba casi irritante, pero sabía hacer su trabajo. Sonreí yo también y le dije:

—Me interesa. Me lo quedo.

SÉPTIMA PARTE

ANTONIO



1.

Llevaba tiempo vigilándola. Vivía, como yo, en Travessera de Gràcia, el barrio bohemio, uno de los focos culturales de esa ciudad de mil rostros que es Barcelona.

Se llamaba Julia y era una mujer de cuarenta y pocos años, con el pelo rubio perfectamente peinado y una figura esbelta. Siempre vestía con ropa de marca. Era una de esas personas que rezuman elegancia y saber estar. Sus dos hijos, Dani y Marcial, no eran gemelos (se llevaban casi dos años), pero se parecían tanto que daba miedo, ambos con el cabello castaño claro y grandes ojos azules. Parecían dos niños inquietos y llenos de energía, de esos que corren sin descanso por la casa y no paran de hacer preguntas.

La casa de Julia era amplia y moderna, con suelos de parqué brillante y largas cortinas rojas. En el salón había un gran sofá blanco, también una mesa de centro de cristal, rodeada de estanterías llenas de libros de arte y diseño. Las paredes estaban adornadas con cuadros impresionistas, o eso me pareció. La cocina, equipada con electrodomésticos de última generación, era amplia, pulcra, y aséptica, reflejo del carácter meticuloso de Julia. Los dormitorios de los niños estaban decorados con colores vivos y llenos de juguetes cuidadosamente colocados. Tal vez demasiado, como si aquella mujer necesitara orden a cualquier precio.

Había hecho mis deberes y la conocía bien. Al menos, tan bien como se puede conocer a alguien que no has tratado en persona y solo has investigado por Facebook. Esta vez había decidido no contratar a ningún detective; tenían una tendencia excesiva a abandonar el caso y, en última instancia, a morir de un disparo en la cabeza.

Y yo ya tenía demasiadas muertes en mi conciencia.

Llamé a la puerta de Julia con un ligero nerviosismo. Ella misma abrió la puerta y me recibió con una sonrisa cortés, aunque su mirada era inquisitiva.

—Hola, soy Montse, tu nueva vecina —dije, tratando de sonar amigable.

—Ah, hola —respondió Julia, evaluándome con sus ojos claros—. Pasa, *please*.

—No, no quiero molestar. Tengo que irme a comprar muebles en un minuto. Ya llamé al taxi. Solo quería presentarme. Me he instalado justo en el piso de enfrente, el 4º A.

Metida en mi papel, iba vestida para la ocasión. Incluso había mejorado el personaje. Llevaba un traje chaqueta de la mejor calidad (Chanel), con un corte impecable que resaltaba mi figura. En la muñeca, un reloj carísimo de Cartier brillaba con elegancia. Mi bolso, un Hermès Birkin de piel, colgaba de mi brazo, completando mi nuevo look.

—Es un placer conocerte. Pásate un día que tengas más tiempo y nos hacemos unos vinitos —dijo Julia, mirándome de arriba abajo con aprobación.

Por lo visto, había pasado el examen de Julia. Al fin y al cabo, era una snob podrida de dinero como su hermano. Debía pensar que yo era un ave de parecida especie.

—Lo haré. Te tomo la palabra.

—Los viernes los niños tienen doble sesión de kárate y suelo tener un rato libre sobre las seis.

—Genial. Me encantan los viernes. A ver si puedo encajarlo en mi agenda.

—Perfecto, nos vemos. Chao —Julia sonrió.

Yo le devolví la sonrisa. Salí del edificio y me dirigí al taxi, que ya estaba esperando. Pero no fui a adquirir muebles de diseño. El piso que había comprado estaba perfectamente equipado con un sofá de cuero blanco minimalista de Poltrona Frau, mesas de centro de cristal de Roche Bobois y una elegante cama con cabecero tapizado de Zanotta. Las lámparas de Flos y los detalles decorativos de Jonathan Adler los había comprado días atrás para completar el conjunto.

En lugar de ir de compras, me dirigí a un cine que hacía reposiciones de clásicos. Decidí ver "Eva al desnudo". Por desgracia, ya estaba empezada. Mientras me acomodaba en mi butaca, vi a George Sanders en su papel de Addison DeWitt, proclamar:

"Eres una persona improbable, Eva, y yo también. Tenemos eso en común. También el desprecio por la humanidad, y la incapacidad de amar y ser amados, una ambición insaciable y talento".

Lucía Fernández, en su papel de Montserrat Vidal Blanco, tomó buena nota de aquellas palabras. Y se preguntó hasta dónde estaba dispuesta a llegar para alcanzar sus objetivos.

—Hasta donde haga falta —dije en voz tan alta que un señor a mi izquierda me llamó la atención.

—*Psst* —chistó, con cara de pocos amigos.

Montse la pija salió de dentro de mí para ayudarme en aquella situación.

—No sea impertinente, caballero —dije.

Y mis labios se curvaron en una mueca de satisfacción. Algo me decía que iba a disfrutar de mi disfraz.

2.

—Mi padre era un hombre duro pero justo —me dijo Julia una mañana.

Estábamos tomándonos un té en una taza de porcelana fina, acompañado de unos pasteles franceses exquisitos.

—El mío también —mentí. Apenas lo recordaba.

Llevábamos Julia y yo ya tres semanas quedando de vez en cuando. Siempre le dejaba a ella dar el primer paso. No quería que me notara demasiado interesada.

—Pues ya sabes lo que es eso. Sobre todo se cebaba en Arturo. Era como si tuviera contra él algo personal. O sea, en plan… ay, no sabría cómo describirlo. Nunca terminé de entenderlo.

—¿No se llevaban bien?

—No, era más que eso.

Se escucharon ruidos, eran los obreros trabajando en mi casa. Estaban perforando y martilleando, un sonido constante y rítmico que reverberaba hasta el comedor de mi vecina.

—¿Tienen para mucho? —dijo Julia.

—¿Quiénes?

—Los que están en tu piso. ¿Qué has dicho que estaban arreglando?

—No… no arreglan nada. Voy a tirar un muro para hacer el salón más amplio.

Julia asintió.

—Una idea maravillosa. Nunca hay bastante sitio en el salón. Ya lo verás cuando tengas hijos.

Y rio como si hubiera hecho un chiste buenísimo. Le seguí la broma. Pasaron unos minutos de conversación banal. Traté de desviar el tema hacia Arturo y su padre, pero fallé un par de veces. A la tercera fue la vencida.

—¿Solo sois dos hermanos?

—Sí. Mi madre siempre dijo que ella y papá no quisieron tener más.

—Dos es suficiente, Julia.

—Eso digo yo, por eso tengo dos. Ay, Dani es un terremoto y Marcial es... y… y… ¡Qué curioso!

—¿Sí? Dime.

—Solo pensaba. Antes te he comentado que mi padre era duro con Arturo y mi mente le sigue dando vueltas al asunto. El otro día, Dani se hizo daño en kárate, nada grave, cayó de espaldas, yo estaba viéndolo a través de una cristalera y entré corriendo al ver que no se levantaba. Y... bueno, me acordé de lo que pasó en Doñana.

—¿Doñana? ¿No querrás decir la playa de Miramar?

—¿Miramar? ¿Dónde está eso?

Allí era donde había tenido lugar el incidente que Arturo quería recordar y por el que me pagó para que hiciera un perfume para activar sus recuerdos. Pero Julia tenía dos años por entonces y no lo recordaba. Es más, no parecía conocer el lugar. Eso significaba que los Lefranc jamás regresaron a Miramar.

—La playa de Miramar está en Valencia. No sé por qué creí que me habías hablado de ese lugar. Será otra amiga.

—Seguro, porque ni siquiera he oído hablar. A lo que iba, la caída de Dani me hizo recordar la caída de Arturo en Doñana. Fue muy extraño. Tendría yo siete años y él diez, casi once.

Julia se rozó la sien como si intentase recordar mejor.

—Mi padre era un hombre con dinero e influencias, así que hicimos una visita privada a lugares donde no suelen ir los turistas —continuó Julia—. No me gustó desde el principio. Qué fuerte, se me pone la piel de gallina solo al recordarlo. Porque había muchos insectos. Hormigueros grandes y troncos en descomposición, cosas así.

«Arturo jugaba a ser un explorador. Estaba caminando por uno de los senderos del parque y, debido a la curiosidad natural de los niños, se salió del camino establecido para investigar algo interesante en el suelo. Tal vez un tronco caído. Al acercarse demasiado, perdió el equilibrio y cayó directamente en un hormiguero, cubriéndose de hormigas rojas y otros insectos. Las hormigas, aunque no todas agresivas, pueden morder si se sienten amenazadas. ¡Ay, qué asco! Yo no lo he olvidado y Arturo tiene pesadillas aún hoy en día. Es que no puedes imaginarte cómo era aquel agujero, también había escarabajos, larvas, saltamontes, grillos y hasta arañas grandes como puños.

—Debió ser terrible.

—Terrible es decir poco. Recuerdo que mamá gritó y corrió hacia él. Yo me quedé paralizada, no sabía qué hacer. Era una cría. Entonces miré a mi padre. No parecía preocupado. Miraba a mi hermano con el mismo desdén de costumbre mientras mi madre lo sacaba del hormiguero. ¿Y sabes qué?

Julia estaba con la cabeza gacha, aún sumergida en el recuerdo.

—Dime.

—Lo que más me sorprendió es que mamá no le pidió ayuda. Sabía que su esposo no iba a ayudarla, como si… como si…

Completé la frase:

—Como si en el fondo supiera que lo que le pasase a Arturo le daba igual.

Julia levantó la vista. Llevaba dentro de sí misma la culpa por haber recibido amor y atenciones de su padre cuando su hermano solo tuvo desprecio e indiferencia.

—Sí, es verdad lo que dices. En el fondo le daba igual su hijo. Creo que le gustaban las niñas o que era un carca y pensaba que a los varones hay que educarles con mano dura mientras que las féminas deben ser tratadas dulcemente, *avec finesse. Tu comprends?*

Se echó a reír a carcajadas. Luego su rostro se ensombreció de nuevo.

—Por eso ayudo y protejo a mi hermano. Es un buen hombre. Un crack.

—Claro. Por lo que me cuentas, ha sufrido mucho. Parece una gran persona —dije.

Pero no estaba tan segura.

3.

Arturo llegó a la puerta de Julia con una sonrisa y una bolsa llena de regalos. Yo observaba todo desde la mirilla de mi puerta. Los niños, Dani y Marcial, corrieron hacia él en cuanto lo vieron.

—¡Tío Arturo! —gritaron emocionados, abrazándolo con fuerza.

—¿Qué tal, campeones? —dijo Arturo, revolviéndoles el pelo y entregándoles los regalos—. Esto es para vosotros.

Julia apareció en el rellano, sonriendo al ver a su hermano con sus hijos.

—Hola, Arturo. Siempre tan generoso. —Julia se acercó y le dio un abrazo.

—Hola, Julia. ¿Cómo va todo?

—Bien, bien. Ya sabes, los niños no paran.

Los dos hermanos se miraron con cariño.

—¿Qué habéis estado haciendo esta tarde? —preguntó Arturo a los niños, inclinándose.

—Kárate, tío Arturo. ¡Estoy mejorando mucho! —dijo Dani, olvidando por un momento la bolsa de regalos y mostrando sus pequeños puños.

—¡Eso es genial, campeón! —respondió Arturo, sonriendo ampliamente.

Julia abrió la puerta y todos entraron en el apartamento. Yo continué vigilando desde la mirilla, hasta que vi cómo desaparecían en el interior.

Escuché risas infantiles. Podían ser Dani y Marcial o los hijos de los vecinos de abajo, que eran muy ruidosos. Bueno, no importaba. Tenía cosas que hacer.

—Menta, eucalipto y lavanda —dije en voz baja, mientras me preparaba para mezclar productos químicos.

Vestida con una bata de laboratorio blanca y guantes de nitrilo, era extremadamente cuidadosa, como siempre. Aunque solo trabajaba con perfumes, la precisión y la seguridad eran esenciales. Llevaba gafas de protección y una mascarilla para evitar inhalar cualquier sustancia volátil.

—Cetonas de Rosa, la mezcla de aceites esenciales, ácido isobutírico y alcohol etílico. Sí, lo tengo todo.

La habitación donde hacía la mezcla era un espacio pequeño y bien organizado. Había estanterías llenas de frascos y botellas etiquetadas meticulosamente. Una mesa de trabajo de acero inoxidable ocupaba el centro de la habitación, equipada con un mechero Bunsen, pipetas y matraces Erlenmeyer. La luz suave y cálida de una lámpara de escritorio iluminaba el área de trabajo.

Los obreros habían trabajado arduamente para acondicionar en pocos días mi nuevo laboratorio. Habían instalado una eficiente salida de humos para evitar la acumulación de gases peligrosos, habían reforzado las paredes con materiales resistentes al fuego y al calor, y habían colocado estanterías macizas para sostener los frascos de reactivos químicos y los equipos de destilación. Por último, mandé instalar una mesa de trabajo amplia y estable, perfecta para llevar

a cabo mis mezclas y experimentos con precisión.

Trabajé toda la tarde, midiendo con precisión cada ingrediente, mezclándolos con cuidado y anotando mis observaciones en un cuaderno.

De pronto, escuché el timbre. Me sobresalté y salí de mi laboratorio improvisado.

—Ya verás, es una mujer de mundo, con dinero, Montse me ha caído genial. Ella es top.

Era Julia, hablando seguramente con Arturo. Esta vez no me atreví a poner el ojo en la mirilla por si se daban cuenta de mi presencia. Me quedé parada en medio del salón, sin atreverme a respirar. Si abría, Arturo sin duda me reconocería y echaría mi plan a perder.

El timbre sonó de nuevo.

—Habrá salido. No sé qué hace, pero Montse va siempre súper liada —dijo Julia—. Te la presento un día de estos.

—Claro, cuando os venga bien.

Se fueron. Entonces me atreví a poner de nuevo el ojo en la mirilla y vi a Julia regresar a su piso tras despedir a su hermano en el ascensor.

—Por los pelos —dije, aliviada, volviendo a mi trabajo.

4.

Por fin nos fuimos de tiendas juntas. Julia y yo paseamos por las tiendas de la Illa Diagonal en Barcelona. La avenida estaba repleta de boutiques exclusivas, de escaparates decorados con esmero, de lo último en moda y lujo. La iluminación era suave y cálida. A nuestro alrededor, la gente iba y venía, sofisticada y elegante.

—Los niños han estado con su padre este fin de semana —dijo Julia mientras mirábamos unos bolsos carísimos de un diseñador italiano en una de las tiendas.

—¿Te llevas bien con tu ex? —pregunté, fingiendo curiosidad.

—Bueno, tengo que hacerlo, Borja es el padre de los pequeños y los quiere. O eso es lo que dice. Pero sigue siendo un hombre serio, demasiado… con él me aburría mortalmente. Pero bueno, eso es ya agua pasada. En unas horas, cuando vuelvan los niños, me los llevaré a pasear por el parque de Cervantes. Los pobres vuelven tan aburridos como yo cuando vivía con Borja. Así que me los llevo a correr un poco.

—A veces se está mejor sola.

—Y que lo digas. Además, ahora puedo pasar más tiempo con Arturo, ya sabes.

—Quieres mucho a tu hermano.

—Sí, pobrecillo. Siempre le he cuidado y lo seguiré haciendo, es un cielito. Por cierto, tienes que conocerlo. El otro día llamamos a tu casa y no estabas.

—¿Cuándo fue?

—El jueves.

—Ah, sí, me fui a un spa y luego a la Roca Village —mentí, tratando de sonar convincente.

—Qué suerte. Hace tiempo que no me paso por la Roca. Tenemos que ir juntas un día de estos.

Entramos en “La Perla del Mar”, un lugar exclusivo con vitrinas llenas de joyas deslumbrantes. Julia se detuvo frente a unos gemelos de esmoquin de platino, decorados con pequeños diamantes.

—Estos son perfectos para Arturo —dijo, emocionada—. Le encanta ir a la ópera, y siempre dice que no tiene suficientes gemelos.

—Son preciosos —respondí—. Le encantarán.

—Sí, pero últimamente ha estado raro. Desde que lo visitó una mujer en su casa de Pedralbes. Una historia extraña.

Comenzaba a conocer a Julia. A veces la mejor manera de que te contase algo era mostrarse atenta y no decir nada.

—Nunca llegué a verla bien. Tenía más o menos tu altura, media melena y siempre le traía frascos como de perfume o algo así —añadió Julia, sin darse cuenta de que estaba describiéndome antes de mi cambio de look y de identidad.

—¿Una mujer? ¿Sabes quién era? —pregunté, tratando de mantener la calma.

—Para nada. Un misterio. Arturo no quiere hablarme de ese tema. Pero desde entonces, ha

estado diferente. Más pensativo, introvertido, le cuesta sonreír. Y bebe más de la cuenta. Yo le conozco bien. Le pasó algo, pero no me lo quiere decir. Y está relacionado con esa mujer.

Julia no sabía nada, y por un momento, me sentí mal. Sentí una punzada de pena por aquel engaño tan elaborado. Pero debía seguir adelante con mi plan.

—Tal vez era un ligue que salió mal —sugerí, tratando de desviar la conversación.

—Quizás —dijo Julia, suspirando—. Sea como fuere, estos gemelos le van a encantar. Tienes razón. Se los voy a comprar.

De vuelta a casa, invité a Julia a tomar un té.

—Ay, no sé. Voy fatal de tiempo.

Íbamos caminando de regreso a casa, ya en Gràcia, por una de esas pequeñas plazas repletas de vida, galerías de arte, agentes literarios, mercados con artesanía de todo tipo a la venta y restaurantes de cocina catalana o exótica.

—He conseguido un té nuevo de Ceilán. Tienes que probarlo.

—De acuerdo, pero solo un ratito.

El ratito se convirtió en dos horas en las que la agasajé con mi selección de infusiones y un turrón de yema artesanal de una "pastisseria" exclusiva. Mientras hablábamos de la mejor dieta para el verano (y así bajar el turrón), aproveché un momento en que Julia se distrajo para coger su móvil del bolso.

—Algo no me cuadra —me dijo entonces, justo en el momento en que lo metía en mi bolso.

—¿El qué? —respondí, temerosa.

El rostro de Julia reflejaba extrañeza, desconfianza. Pensé que me había pillado, pero tuve suerte.

—Las obras en tu casa han terminado, ¿verdad? Pero no veo que haya cambiado nada, Montse. Creo que estuve una vez cuando vivía aquí la viuda Gomis. Aunque ha pasado mucho tiempo, igual me equivoco.

No me había pillado en el robo, pero sí en una mentira, así que lo mejor era reconocerlo, pero con inventiva.

—La verdad es que me da vergüenza decirte la verdad, pero una vez tiraron el muro, me pareció que el salón quedaba horroroso. Más largo que ancho y sin nada de estilo, así que les hice ponerlo otra vez y pintar de granate como antes. He hecho toda la obra dos veces y para nada. Soy lo peor.

Julia soltó una risita.

—Que no, para nada. Te entiendo. Más de una vez me he arrepentido de una reforma y no he tenido el valor de echarme atrás. ¡Olé por ti!

Reí falsamente y le di un sorbo a mi té. La verdadera Montse me había enganchado a las infusiones. Sentaban genial.

—Sí, bueno, a veces hay que ser valiente con las decisiones de decoración —dije finalmente.

Julia era una buena mujer y me enfadaba conmigo misma por engañarla, pero no podía echar marcha atrás como con mi muro imaginario.

Había que seguir adelante con todas las consecuencias.

Cuando se fue, me sentí aún más culpable. Tenía que hablar con alguien, pensar en otra cosa. Llamé a Edgar para saber si habían avanzado en el análisis del proyecto Phaedra.

—Lorenzo piensa lo mismo que yo, que no hay nada en el elixir de los Corazones Rotos que pueda interesarle a Perfumes Masover… ni a nadie. Lo hemos sintetizado de nuevo, hemos

hecho pruebas de todo tipo. Nada. Solo vale como…

—Placebo, ¿no?

—Exacto.

Chasqueé la lengua.

—Hay algo que se nos escapa.

—Sin duda.

—Pero estoy trabajando en ello. Pronto sabré más cosas. Te llamo cuando llegue ese momento, Edgar.

—Ten cuidado.

Me pareció por un momento que estaba preocupado de verdad por mí. Pero no, apenas me conocía. Solo era, como Julia, una buena persona.

—Lo tendré —repuse—. No te preocupes.

5.

Volví a escudriñar por la mirilla de la puerta, una abertura pequeña y rectangular de bronce desgastado. Desde allí, podía ver el pasillo iluminado por las luces del techo. Me sentía como una espía, vigilando los movimientos de los Lefranc sin ser vista.

Julia salió de casa vestida con un chándal azul marino, ajustándose la capucha sobre el pelo. Sus hijos, Dani y Marcial, la seguían como patitos en fila.

—No encuentro el móvil. Mira en la cocina, Marcial —dijo Julia.

—No está, mamá.

—Ay, qué más da. Lo buscaré a la vuelta. Espero no haberlo perdido en L'illa Diagonal. No, espera, lo miré al llegar al pasillo para saber la hora. Creo. Odio esos malditos trastos. Ojalá no tenga que comprarme otro: sería el tercero que pierdo este año.

—Vamos, mami —dijo Dani, impaciente.

—Bueno, venga, que se nos va a hacer de noche.

Observé cómo se alejaban por el pasillo. Dejé pasar un par de minutos para estar segura de que no volvían. Respiré hondo y me decidí.

Saqué del bolsillo el teléfono de Julia. Con dedos temblorosos, escribí un mensaje a Arturo:

Julia: Dani se ha hecho daño. Ven rápido.

Respondió casi al instante:

Arturo: ¿Estás en el hospital?

Julia: No, en casa, ven rápido.

Arturo: Explícame más.

Pero no respondí. Tampoco a los tres mensajes posteriores. Guardé el móvil y crucé los dedos, esperando que el plan funcionara.

6.

Desde la mirilla, vi a Arturo llegar corriendo por las escaleras, su rostro desencajado, su frente perlada de sudor, y sus mejillas enrojecidas por el esfuerzo. No había esperado el ascensor, seguramente por la urgencia de ver a su sobrino lo antes posible.

Mi corazón latía con fuerza mientras lo observaba desde mi escondite. Pensé en todo lo que estaba en juego, en cómo aquel hombre podía ser la clave para resolver el misterio que había aniquilado mi vida.

Arturo se detuvo frente a la puerta de Julia y llamó insistentemente, con golpes rápidos y desesperados.

—¡Julia! ¡Dani! ¡Marcial! ¡Abrid, soy yo! —gritó.

Aproveché el momento y entreabrí mi puerta lo suficiente para que pudiera escucharme, pero sin que me viera.

—Dani está aquí. Rápido —dije con un tono de angustia en mi voz.

Arturo se giró, confuso. Al ver la puerta que se abría, corrió hacia mi piso, sin hacer preguntas. Cruzó el umbral moviendo la cabeza a derecha y a izquierda, intentando comprender lo que estaba sucediendo.

—¿Dónde está? ¿Qué le ha pasado? —preguntó, con la voz entrecortada.

Aún no me había visto, solo me intuía entre las sombras. Antes de que pudiera hacerlo, le rocié con mi última creación. Aunque no era un perfume, nada de eso.

—Aceite esencial de menta, eucalipto y lavanda. Lo guardé en un frasco de vidrio oscuro para evitar la degradación de los aceites por la luz —le dije.

Arturo cayó de rodillas, desorientado.

—Luego añadí a la mezcla cetonas de rosa, ácido isobutírico y alcohol etílico. Disolví la mezcla en el alcohol y agité bien para asegurarme de que todos los componentes estuvieran completamente disueltos. La dejé reposar, filtré el líquido y lo transferí a un frasco de perfume con atomizador.

Mi adversario se cogió de mi pierna.

—Dani, Dani…

—Dani está bien. Haciendo ejercicio. Era todo mentira. Escucha, Arturo: ahora te desmayarás pero no te preocupes, en seguida te despertarás y estarás bien. Si me cuentas la verdad, claro.

Arturo me miró. Me había reconocido por fin.

—Lucía… —murmuró, incrédulo.

Y perdió el conocimiento.

7.

Arturo llevaba cinco minutos gritando y pidiendo ayuda. Dejé que se desgañitase.

—La habitación está insonorizada. Unos obreros muy majos me pusieron unos paneles aislantes. He hecho unas reformas en casa.

Miré a mi prisionero, que estaba encadenado a una silla, los brazos inmovilizados y las piernas atadas.

—Me has secuestrado. Pagarás caro por esto.

—Si recuerdas, me buscan por dos asesinatos y otros tantos incendios provocados. Secuestrarte es el menor de mis problemas.

Arturo me miró. Se dio cuenta de que yo no tenía nada que perder y que, estrictamente hablando, su vida no valía nada para mí.

—Dime qué hago aquí.

—Has venido a contarme la verdad, por si no lo sabías.

—Estás loca.

—Añádelo a la lista de cargos.

Arturo gritó una vez más, lanzó un alarido desgarrador, su voz resonó por toda la habitación, rebotando en las paredes. Pero no fue más allá. Yo me marché al cabo de un rato a tomar un té de hierbas. Vi parte de un capítulo de una telenovela. Cuando volví estaba más calmado. Era el momento de explicarle de qué iba todo aquello:

—La última vez que nos vimos te traje los recuerdos de un momento terrible de tu infancia en la playa de Miramar: la muerte de tu hermano Antonio. Pero me mentiste al respecto. Tengo unas preguntas importantes que hacerte relacionadas con mis problemas con la justicia. Pero antes quiero probar tu sinceridad, tu credibilidad. Así que comenzaremos por lo que pasó realmente en esa playa.

—No te contaré nada. Tienes que liberarme y solo entonces…

Me marché. Me tomé otro té, fui al lavabo y vi el final del capítulo de la telenovela.

—Tengo todo el tiempo del mundo —le dije a Arturo cuando regresé—. Pero tú tendrás que comer, beber… en fin, esas cosas que hace la gente para seguir viva.

Mi prisionero inspiró profundamente. Trató de calmarse. Lo consiguió… por un instante.

—Mi padre mató accidentalmente a mi hermano y…

—No.

Arturo me miró con una furia contenida, sus ojos destellando ira.

—Es lo que pasó.

—Si no eres sincero, te tendré que castigar —respondí con frialdad.

—¿Qué vas a hacer? ¿Quemarme como hiciste con tus tiendas? —replicó en tono mordaz.

Arturo se puso serio tras pronunciar estas palabras. No podía saber si mi fama de asesina y pirómana estaba justificada. Me había tratado y sin duda había pensado por entonces que yo no era una criminal. Pero, ¿y si estaba equivocado? Vi la duda en sus ojos.

Mejor, pensé, *que me crea capaz de cualquier cosa*. En el contexto actual, eso jugaba a mi favor.

—No vas a arder. Al menos de momento. Te tengo preparado algo más sutil —dije, con una sonrisa siniestra.

Volví con un frasco en la mano. Improvisé. Era un líquido negro que parecía contener pequeños fragmentos metálicos flotando: el elixir de los Corazones Rotos. Pero Arturo no lo sabía.

—¿Qué demonios es eso?

—Esencia de hormigas, escarabajos, larvas, saltamontes, grillos, arañas no venenosas y el olor de la tierra de Doñana —respondí, agitando el frasco ligeramente para enfatizar mis palabras.

Arturo abrió la boca. Su hermana me había contado que aún tenía pesadillas con aquella caída en un agujero lleno de insectos. Y Arturo sabía de mi habilidad para rescatar recuerdos a través del aroma. Ante la perspectiva, comenzó a babear de puro terror. La saliva le caía por las comisuras de los labios. Pocas personas tienen la oportunidad de enfrentarse al peor de sus miedos. Arturo creía que estaba a punto de sucederle. Aun así, negó con la cabeza, pero yo sabía que podía convencerle:

—Te dejaré aquí encerrado, horas, días, lo que haga falta, reviviendo ese instante de tu niñez, hasta que hables o te orines encima de miedo, o te dé un infarto —le informé.

De pronto, ya no estaba frente a un hombre. Vi cómo Arturo se derrumbaba en cuestión de segundos. Lloraba.

—Te odio, bruja asquerosa, monstruo.

—Me odias, pero me vas a contar lo que quiera, ¿no?

Mi adversario asintió.

—Pues dime qué pasó en la playa de Miramar.

Arturo finalmente cedió. Su voz temblaba.

—Está bien, te lo diré. Yo maté a mi hermano Antonio —reconoció—. Es lo que querías saber, ¿no? Fue un accidente, pero también fue mi culpa. Encontramos un cuchillo en la playa, lo usábamos para construir castillos de arena. Pero ese día... nos peleamos por el cuchillo. Forcejeamos, y se clavó en el pecho de mi hermano. Habíamos luchado mil veces con espadas de plástico, hasta con palos. Pero, aquella vez…

Se detuvo un momento, tomando aire, sus ojos brillaban.

—Mi padre lo tapó todo. Me llevó a un psicólogo, uno de esos tipos caros que te hacen hablar y hablar hasta que te crees sus cuentos. Me ayudó a olvidar, o al menos a enterrar el recuerdo lo suficiente como para que no me volviera loco. Parece ser que tengo instintos asesinos. Creo que el psicólogo lo llamaba... tendencias antisociales o algo así. Siempre supe que había algo mal en mí, pero ser rico me convirtió en un cobarde. La indolencia de no tener que luchar por nada, de que todo me fuera dado, me hizo débil. Un tipo débil, diminuto, que no tiene nada contra ti, ni contra nadie.

Comenzó a sollozar incontenible mente. Cuando se calmó, añadió:

—Siempre he sido un cobarde, Lucía. Nunca tuve el coraje de enfrentar mis demonios. Ni siquiera pude enfrentarme a mi propio padre. Soy solo un desgraciado que sigue viviendo bajo la sombra de lo que hizo siendo un niño. Déjame en paz y yo me olvidaré de ti. Siento cómo te traté la última vez que nos vimos. Es que… es que… yo… soy…

—Ya —espeté—. Lo he entendido. Eres un mierda. En eso estamos de acuerdo.

8.

Ahora estaba claro lo sucedido en Doñana. El padre de Arturo siempre había odiado a su hijo por lo que había hecho y porque sabía cómo era en el fondo. Lo habría dejado morir si su esposa no lo hubiera salvado. Lo cierto es que, más allá de que era un mierda, la vida del primogénito de los Lefranc no había sido precisamente un camino de rosas. Pero eso no era cosa mía.

—Hablemos ahora de algo que me importa más que tus traumas del pasado.

—Lo que quieras —respondió Arturo, aún temblando.

Dejé el elixir de los Corazones Rotos sobre una mesa. Arturo lo miró con terror.

—Te responderé a lo que quieras. Te lo juro. Pero llévate ese frasco.

—Me lo llevaré luego, cuando haya visto que estás dispuesto a cooperar.

—Vale, de acuerdo.

En un gesto de piedad, puse uno de mis guantes de trabajo encima del frasco. Quedó fuera de la vista. Eso pareció tranquilizar a Arturo. Entonces dije:

—Háblame de Perfumes Masover.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó, extrañado.

Retiré el guante, cogí el frasco y lo agité para enfatizar mi orden.

—¡Háblame de Perfumes Masover!

—¡No sé de qué me hablas! —chilló Arturo.

Si era un actor, merecía un Oscar. Y no, Arturo no era un buen actor, solo un rico snob, fanfarrón y algo pirado.

—Perfumes Masover es una compañía que te ha ingresado 15 mil euros en tres ocasiones en el último año.

Arturo abrió mucho los ojos, claramente confundido.

—¿Y qué me importan a mí 15 mil miserables euros? Nadie me ha ingresado nad... espera.

Se calló, ensimismado, intentando recordar.

—Dime qué piensas, Arturo.

—La loca, ¿me estás hablando de la loca?

—¿Qué loca?

Arturo se relamió los labios, que estaban agrietados tras horas sin tomar líquido.

—Vino una loca a los pocos días de que te echase de mi casa. Hablo de la última vez que nos vimos.

—Me acuerdo de que me insultaste y me lanzaste una botella. ¿Qué quería esa loca de la que hablas?

—El perfume que me hiciste, el que me trajo los recuerdos de la playa de Miramar. Me lo exigió y la iba a echar a la calle, como a ti, cuando me dijo que me pagaría 20 mil euros. No es dinero para mí, pero me hizo gracia regatear con aquella mujer: parecía desesperada. Le pedí más del doble, 45 mil, y ella aceptó encantada. Me di cuenta de que podría haber sacado mucho más, pero ya habíamos cerrado el trato. Esos deben ser los ingresos a los que te refieres, porque 15 mil

euros ingresados tres veces son...

—45 mil, de eso ya me he dado cuenta. Descríbeme a la mujer.

Arturo se removió en la silla donde estaba atado.

—No sé, unos 50 años, bien vestida pero sin mucho estilo. Parecía una pueblerina con dinero, ¿sabes? Llevaba un vestido caro, pero de esos que compras en una tienda de lujo sin saber realmente lo que está de moda. Los zapatos eran también caros, pero combinaban mal con el bolso. Todo en ella gritaba que tenía dinero, pero no sabía cómo usarlo para destacar realmente.

—¿Cómo se llamaba?

—No me acuerdo.

—Esfuérzate —dije, mirando de reojo el frasco de elixir.

—No me acuerdo —Arturo soltó un sollozo—. ¡Lo juro! La vi una vez y no más de veinte minutos. No sé ni si me dijo cómo se llamaba. O sí, espera, un nombre raro. No sé. Se me ha olvidado.

Golpeé la mesa y el perfume casi se vuelca.

—¿Y no te dijo nada de Perfumes Masover? Porque son ellos los que te han ingresado el dinero.

—Solo me dijo que necesitaba el frasco, que era cuestión de vida o muerte. No sé nada de los perfumes esos ni de… ¡espera! Me he acordado de su nombre. Ese que era raro: Elisenda.

Una pieza del rompecabezas encajó en mi puzle mental. Todo cobró sentido de pronto. Sonreí. Me acerqué a Arturo.

—Elisenda debió de llevarse un disgusto cuando se llevó tu perfume y descubrió que no era lo que buscaba.

Mi víctima me miró sin entender. Estuve a punto de explicarle que aquella mujer fue mi última clienta en mi tienda de Vallirana, que le hice un perfume y se lo entregué a Carmen el mismo día que ardió “Aromas” y la mataron. Sin duda, Elisenda trabajaba para Perfumes Masover, pensé. Pero había fallado. Tal vez interrogó a mi querida Carmen y la cosa se le fue de las manos. Tal vez contrató a unos matones. No lo sabía todo. De momento, solo tenía una pequeña parte de la verdad. Pero, aun así, era una historia demasiado complicada para Arturo. Así que dije:

—Esa mujer busca el elixir de los Corazones Rotos. Debió de pensar que yo te había dado algo para curar tus muchas penas y se encontró con el olor de una playa valenciana y unos niños jugando.

Hablamos un rato más. La conversación se volvió circular, siempre volvíamos a Elisenda y el frasco que le compró. Aquel hombre no sabía nada aparte de lo que ya me había contado. Comencé a desatarle.

—¿Ya está, Lucía?

—No sé, ¿sabes algo más de esa mujer, de los Masover o de quien sea que me está jodiendo la vida?

—No. Nada. Y no necesitabas hacerme esto para que dijese la verdad.

Me incliné para mirarlo a los ojos.

—Eso es mentira. Si hubiera acudido a ti, me habrías echado de nuevo de tu casa y habrías llamado a la policía sin dudarlo. Eso, sin tener en cuenta que no sabía si estabas implicado en la trama o si trabajabas con los Masover.

—¿Y ahora sabes que no tengo nada que ver? ¿Me dejarás en paz?

El pobre Arturo estaba muerto de miedo. Me daba pena. Y su hermana Julia también. En otro

lugar, en otro tiempo, en otra vida… podríamos haber sido amigas de verdad.

—Te dejaré en paz, Arturo. No vas a verme más. No te preocupes. Espero que tú hagas lo mismo, que no busques a Montse, la persona que ahora soy. Si lo haces, regresaré con mi frasco de insectos. O tal vez vaya a por tus sobrinos. Recuerda que quemo cosas y mato a gente.

Mi víctima abrió mucho los ojos.

—No sabrás nada de mí. Ni yo de ti. Ese es el trato.

Era un buen trato. Dejé los últimos nudos de la cuerda que ataba a Arturo a la silla sin desatar. Los nudos eran complejos, diseñados para mantenerlo totalmente inmovilizado, pero no imposibles de deshacer con un poco de tiempo y paciencia. Había dejado suficiente holgura para que pudiera liberarse por sí mismo después de un rato de esfuerzo.

—Lo que falta te lo podrás quitar en unos minutos. Cuando vuelva tu hermana, cuéntale que su vecina ha vendido la casa. Dile que lo siento, que me caía bien.

Dejé el móvil de Julia sobre la mesa.

—Los nuevos propietarios llegan en dos semanas —añadí—. Una pena que este piso no estuviera en alquiler, me habría ahorrado el papeleo.

Y tener que aprender a imitar a la perfección la firma de Montse, pensé. De hecho, había tardado meses en conseguirlo. Sin ella, no podía firmar documentos legales ni mover grandes sumas de dinero. Aquella firma había sido la última etapa de mi transformación. Ahora, legalmente, era otra persona.

—De acuerdo —dijo Arturo.

—Ah, y otra cosa.

—¿El qué? —dijo Arturo, deteniendo su lucha con las cuerdas.

—Háblale a tu hermana de Antonio. Necesita saberlo, creo que ella nunca ha entendido por qué tu padre te odiaba. Se siente culpable. Además, la verdad cierra heridas, las mentiras son losas que engendran nuevas mentiras y…

No se me ocurrió nada que no fuese una frase hecha penosa. Así que dije:

—Las mentiras son una mierda, y tú, mejor que nadie, ya que eres un mierda, deberías saberlo.

9.

El día antes había alquilado un piso en la Barceloneta, junto al mar. El apartamento tenía una pequeña ventana que dejaba entrar la brisa marina y ofrecía una vista impresionante del puerto (el Port Vell). Necesitaba pensar, y me paseé por los alrededores, dejándome llevar por callejones pintorescos, restaurantes y el trasiego sinfín de turistas. Pasaron las horas: el olor a salitre se mezclaba con la vida nocturna y las risas de los transeúntes.

Me dejé llevar por el ritmo de un barrio marinero que nunca duerme, y proseguí mi paseo entre casas bajas y pasajes estrechos, mientras le daba vueltas a la cabeza.

Elisenda, sí. La recordaba bien. Quería un perfume que le devolviese el último fin de semana que pasó con su esposo en Ponferrada, antes de que enfermase de cáncer.

—Hasta eso era mentira, seguro —dije en voz alta.

Un borracho me miró y me guiñó un ojo. Seguí mi camino hacia la calle Joan de Borbó, donde estaba mi pisito.

—Le preparé uno de mis perfumes y la dejé junto a Carmen. ¿La mató en aquel mismo momento? ¿Esperó a que cerrara la tienda? ¿Lo tenía pensado de antemano? ¿O fue un error y luego decidió prender fuego a Aromas?

Aún tenía muchas cosas que descubrir. Pero la primera piedra de mi redención estaba allí, por fin al alcance de mi mano. Así que hice una llamada.

—¿Hola?

—Edgar, soy yo.

—¿Qué tal, Lucía?

—Mucho mejor. Tengo una pista. Entra, por favor, en la página de Perfumes Masover.

—Vale.

Le oí teclear. Dije entonces:

—Aunque la información de la empresa es muy opaca, no hay fotos del consejo de administración y apenas se da información, hay un mini reportaje en la última sección a la derecha. Lo descubrí esta mañana mientras investigaba.

Ya había visitado la web otras veces… sin éxito. Pero esta vez sabía qué buscar. Y lo había encontrado.

—¿La pestaña que pone “Ver más”?

—Esa. Busca la decimotercera foto, una de una cena con mucha gente aplaudiendo. Hay una mujer en la mesa principal, una con gafas y un sombrero espantoso de plumas. ¿Sabes quién es?

Edgar dio un respingo.

—Sí, claro, Elisenda Masover. Un bicho malo.

—¿Y eso?

—Aunque es la máxima accionista, nunca se había dedicado al negocio familiar, pero su marido murió de cáncer. Oí que sufrió mucho. Eso la cambió. Ahora se dice que es la que lleva la voz cantante en la empresa. Y desde que asumió el control es cuando los Masover se han

vuelto tan activos y decididos a engullir el mercado. ¿Pero por qué me hablas de ella? ¿La conoces?

Inspiré aire con fuerza. Por lo menos lo del marido era verdad. La única verdad que me había dicho.

—No la conozco mucho, solo nos vimos una vez, pero pienso conocerla a fondo. Sí, es el momento de que solventemos una antigua disputa que tenemos entre manos.

—Ten cuidado. Ya te he dicho que es un bicho malo. Una persona vengativa y belicosa. O eso dicen.

—Cuento con ello, Edgar, cuento con ello.

Me duché rápidamente, dejando que el agua caliente relajara mis músculos tensos. El vapor llenó el baño. Miré el espejo sin verme, convertida en una sombra borrosa. Siempre me ha gustado contemplarme en la bruma del baño. Es como ser uno mismo y a la vez otra persona. Solté una risita. Más o menos era lo que hacía ahora: ser yo misma y a la vez Montse.

Después de secarme y vestirme con ropa cómoda, encendí la televisión y me senté en el sofá. Vi un programa de cotilleo y luego el final de una película de acción, intentando distraerme de las preocupaciones que rondaban mi mente.

Y entonces comenzó el anuncio de siempre, ese que se repetía una y otra vez:

¿Me has olvidado?

Una mujer voluptuosa, envuelta en un ajustado traje rojo, miraba a cámara con intensidad, casi con lujuria.

I'm a dream, soy un sueño, añadía en inglés.

La pantalla se fundió en negro antes de que aparecieran unas letras rojas que proclamaban:

"Quieres conocerme, estoy dentro de ti, puedo sanarte, hacerte feliz. Será la mejor experiencia de tu vida y está a punto de llegar".

"El perfume definitivo llegará a tu tienda en menos de dos semanas, el elixir de la felicidad".

DreamScent: ***Una creación de Perfumes Masover.***

OCTAVA PARTE

EL TIBURÓN



1.

Me pregunto si la muerte tiene olor. Me pregunto si el odio y la venganza tienen olor. Si es así, yo debía oler, apestar tan fuerte como la cosa más nauseabunda que nadie pueda concebir.

Ahora ya sabía (o creía saber) todo lo que necesitaba sobre mi caída en desgracia. Elisenda, máxima accionista de Perfumes Masover, había decidido comercializar el elixir de mi madre o una variación del mismo. Necesitaba hacerse con él y había resuelto destruirme para conseguirlo.

Un momento, nunca consiguió robármelo, pensé, con el frasco en la mano. Le di vueltas a aquel sinsentido. No tardé en hallar la solución.

—Claro, lo que quería Elisenda era destruir la prueba de que su nuevo perfume, el elixir de la felicidad, DreamScent o como se llame, era obra de mi madre. En su momento ya debieron hacerse con el elixir, tal vez incluso hace años… lo modificaron y ahora están borrando el rastro del robo.

El razonamiento era simple. Tras un largo período de investigación, habían decidido comercializar el elixir. Solo había un problema: Elvira Fernández tenía un frasco del perfume original, creado mucho tiempo atrás. Así pues, debían destruir aquella prueba incriminatoria. Y a cualquier precio. Hablamos de una campaña internacional, con millones de euros en juego. Era un riesgo necesario.

Para estar segura de que mis conclusiones eran correctas, me reuní con Edgar en una tetería acogedora cerca de la Sagrada Familia. El local era muy bonito, con mesas de madera oscura y cojines de colores. El aroma de tés exóticos llenaba el aire. Moví las aletas de la nariz. Aquello era una especie de paraíso para una perfumista adicta a las infusiones.

—¿Tenéis aún algún frasco del elixir de los Corazones Rotos?

Edgar negó con la cabeza.

—Ya no. Cuando un proyecto fracasa se eliminan las pruebas. Tenemos las fórmulas y, en este caso, ni eso. Tu madre tenía casi todo en la cabeza. Era su sueño y le dejamos hacer. Ya te dije que Eonix consideraba que estaba en deuda con ella.

—Pero me dijiste que lo habíais sintetizado de nuevo para estar seguros de que no era válido, de que era un placebo.

—Sí. Recreamos el perfume en base a los documentos de los que disponemos. Pero hicimos una aproximación, no una copia exacta. Solo tu madre sabría cómo traer a la vida el elixir original. Destruimos las muestras. No sirven de nada. Una pena que te robaran el frasco de Elvira.

Yo le había asegurado que me habían robado el elixir. Dejé que lo siguiese pensando. No es bueno que nadie conozca todas tus bazas… salvo tú misma. Mientras obrase en mi poder podía negociar con él, amenazar a los Masover o volver a analizarlo a ver si se me había pasado algo por alto.

—Tienes razón, Edgar. Es una pena que ya no lo tenga. Pero lo que me dices es lo que necesitaba. Ahora está claro que Perfumerías Masover tiene el elixir y han tenido años para

perfeccionarlo. Por fin sé por qué quiso destruirme Elisenda: para que no pudiese demostrar que lo hizo mi madre y que, por herencia, ahora es mío.

—Solo te falta probarlo.

Suspiré.

—No será fácil.

Acumular pruebas de la conspiración, sin embargo, no me vendría mal. Cogí el coche y me fui a Vallirana. Edgar me acompañó. Había buena química entre nosotros. Escuchamos música de camino y, por un momento, me pareció que la vida volvía a ser normal, que no me perseguía la justicia y que simplemente estaba saliendo a tomar algo con un amigo, como una persona normal.

Pero fue un sueño que solo duró media hora. Cuando llegamos a Vallirana, retomamos mi plan: el de probar mi inocencia.

—¿Cuál es el siguiente paso? —dijo Edgar.

Me puse a pensar. En su momento, sospeché que alguien había sobornado a mi agente de seguros para que me negase la indemnización por los incendios en mis locales, Aromas 1 y 2. Pero no lo podía probar. Y seguro que la mujer a la que habían sobornado no estaría por la labor de hablar de aquel asunto y reconocer su participación. Sin embargo, había unas personas que no tendrían problemas en ayudarme.

—Vamos a buscar a los otros clientes que tuve en Vallirana. Elisenda pagó a Arturo por el perfume que le hice esperando que fuera el elixir de mi madre. Creo que habrá hecho lo mismo con los otros trabajos que hice.

Estaba en lo cierto.

Nuestra primera visita fue a María, una mujer de mediana edad que había solicitado un perfume con el olor del mar de Santander. Cuando llegamos a su casa, nos recibió con una sonrisa cálida.

—Sí, vendí el perfume a una tal Elisenda. Me ofreció una cantidad de dinero que no pude rechazar —confesó.

El siguiente cliente era un hombre que había pedido el aroma del bosque de pinos donde acampaba con su padre cuando era niño. Su nombre era Javier.

—Recuerdo a esa mujer perfectamente. Insistió en comprarme el perfume por una suma exorbitante. No entendí por qué era tan importante para ella. Pero acepté, claro. No soy tonto —nos contó Javier, mientras paseábamos por su jardín.

Después, visitamos a una pareja joven. Habían solicitado un perfume que capturara el aroma de una pastelería en París donde se comprometieron. Sus nombres eran Laura y Andrés.

—Elisenda vino a nosotros también. Nos ofreció tanto dinero que no pudimos decir que no —dijo Laura, mientras Andrés asentía a su lado.

Finalmente, visitamos a un hombre llamado Tomás, quien había pedido un perfume que recordara el olor del jardín de su abuela después de la lluvia.

—No lo vendí —dijo Tomás, con un tono amargo—. No me falta dinero y el recuerdo de mi abuela me era mucho más valioso. Pero entraron unos ladrones y me robaron el ordenador, un televisor y el perfume. Siempre pensé que fue esa mujer. Denuncié el robo, pero no he sabido nada más. Para la policía solo era un robo de poco valor que incluía un frasco de colonia. No creo ni que lo buscaran.

Cuando Tomás me habló de la policía, tuve una idea. Recordé a Rafel Duran, el mosso

d’Esquadra que llevaba mi caso. Me había detenido porque no le quedaba más remedio. Las pruebas eran abrumadoras. Pero confiaba en su honestidad.

—Voy a mandar una carta al inspector Rafel Duran, a la comisaría de Les Corts.

—¿Crees que es buena idea?

—No pondré el remitente si a eso te refieres.

Edgar soltó una risotada.

—Sí, mejor. Pero sigo pensando que es arriesgado.

—Tranquilo. ¿Tienes papel y bolígrafo?

Sacó ambas cosas de su maletín.

—Toma.

Mientras escribía, Edgar no dejaba de mirarme. Hasta me sonrojé un poco. Pero él no se dio cuenta. Creo.

Rafel, creo que eres de fiar. Por ello me voy a exponer un poco para contarte algo. Espero que lo tengas en cuenta.

Quiero que sepas que estoy recogiendo pruebas que me exculparán. Todo tiene que ver con el perfume de mi madre y una gran empresa que trata de hacerse con él. Puedo probar que alguien poderoso ha ido comprando todo lo que produje en mis tiendas. Eso demuestra que iban tras de mí antes de que ardiesen mis propiedades. Cuando tenga más que contarte, con nombre y apellidos, te escribiré de nuevo. Confío en que puedas mantener lo que te cuento en secreto hasta que logre reunir todas las pruebas necesarias para demostrar mi inocencia.

Sé que esto suena increíble, pero por favor, mantén la mente abierta. Necesito tiempo y tu discreción para poder destapar toda la verdad detrás de esta conspiración. Mi vida y mi libertad dependen de ello.

Soy inocente.

Lucía

2.

Lorenzo Luchesi, aparte de ser el jefe de Edgar, era un hombre muy guapo. Treintañero, con porte elegante y refinado. Sus ojos verdes irradiaban inteligencia y astucia. Su sonrisa era segura, casi arrogante. Sabía que gustaba a las mujeres y le gustaba gustar.

—Gracias por venir.

El director regional de Eonix se rascó la mejilla.

—Edgar me ha convencido de que me reuniese contigo y de que no llamase a la policía.

Estábamos en una terraza en la playa de Castelldefels. El sonido suave de las olas rompiendo en la orilla, las aguas azul turquesa perdiéndose en el horizonte… una vez más deseé ser una persona normal, libre, sin preocupaciones.

—Os lo agradezco a ambos —dije.

Lorenzo sonrió con condescendencia.

—No me lo agradezcas tanto y vayamos al grano. ¿Qué quieres?

—Háblame de los Masover. Tú debes haberlos tratado mucho más que Edgar, son tus competidores directos.

Los ojos verdes de Lorenzo se perdieron en dirección a las palmeras que se mecían al compás del viento.

—Los Masover no tienen escrúpulos, eso ya lo sabes. Son una empresa sin grandes nombres, sin especialistas de fama mundial en su plantilla. Son unos paletos de pueblo que han triunfado a base de mala leche y golpes de suerte.

—Pero comienzan a dominar el mercado. Esos anuncios del elixir de la felicidad están en todas partes.

—DreamScent, sí. Juegan fuerte, gastan mucho dinero y un día se estrellarán.

—Pero no de momento.

—Eso parece —reconoció a regañadientes.

—¿Para qué crees que querrían el elixir de mi madre?

—Creo que eso ya lo has hablado conmigo antes y luego con Edgar. Y la respuesta es para nada.

—Pero debe haber algo en la fórmula, algo que…

Lorenzo negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

—Edgar comienza a pensar que pasamos algo por alto o que tu madre tuvo un momento de genialidad previo al Alzheimer e hizo una versión nueva. Yo no lo creo. He revisado mil veces lo que tenemos, he pedido a tres de mis mejores expertos que lo revisen todo una vez más. No entiendo qué quieren hacer con el elixir los Masover. Si han creado algo a partir de lo que nosotros manejamos, le han debido hacer tantas modificaciones que no creo que nadie pudiera considerarlo un plagio.

—Lo que significa que…

—Lo que significa, Lucía, es que no necesitaban robar el trabajo de tu madre, ni prender fuego

a tus tiendas, ni matar a nadie. Tienen algo nuevo y revolucionario, y deben tenerlo porque si no, no se gastarían millones en publicidad. Ni ellos son tan tontos, arrogantes y suicidas. A mi juicio, lo que tienen es de su propiedad. Aunque si han usado cualquiera de nuestras marcas registradas o la fórmula se parece lejanamente a alguna de tu madre, les denunciaremos, claro, pero no creo que saquemos gran cosa.

Aquello era la única parte de la historia que no comprendía. No parecía haber una razón lógica para la actitud de Elisenda y su familia. Robarme sí resultaba lógico… pero la necesidad de destruirme, de matarme físicamente, de eliminar cualquier rastro de mi madre y su trabajo, parecía desmedida y sin sentido si ya tenían lo que necesitaban. Incluso en el caso de que el DreamScent fuese una versión avanzada del elixir de los Corazones Rotos, podrían haberme hecho una oferta económica o esperar a que les denunciara e inundarme a contrademandas. Además, aunque hubiesen matado a Carmen por error durante el primer robo y quemado mi tienda para ocultar pruebas… aun así… lo que había pasado luego, la muerte de Marco, el incendio de mi otra tienda, el asesinato de Loli y mi detective… eso no tenía sentido. Demasiada violencia gratuita. Todo parecía excesivo.

—Pero los Masover tienen que estar implicados. Han removido cielo y tierra para conseguir nuevas muestras del trabajo de mi madre. He visitado a todos mis clientes y…

—Sí, Edgar me ha dicho que fue contigo. Y no entiendo por qué lo han hecho.

Volví a mirar hacia el mar. Unos niños construían castillos de arena y no paraban de reír.

—Te pido un último esfuerzo, Lorenzo. Tú has tratado a Elisenda en fiestas y recepciones. Conoces cómo funciona su mundo y el tuyo. ¿Qué se me escapa?

Lorenzo frunció los labios, pensativo.

—Algo en tu razonamiento está mal.

Era lo mismo que me había dicho Loli pocos días antes de que la matasen, que algo de lo que le contaba estaba mal, que algo se me escapaba.

—¿De verdad? —dije, con un punto de ironía. Porque era evidente.

Pero el razonamiento de Lorenzo iba más allá.

—Tienes un montón de sospechas fundadas, de indicios y de sucesos que encajan. Pero uno de esos indicios, sospechas o sucesos, lo has colocado de forma incorrecta. Como cuando hacemos un puzle y una pieza encaja muy justa. La forzamos para que entre, lo conseguimos, pero luego, cuando avanza el puzle, resulta que no pertenece a ese lugar. Y entretanto hemos perdido el tiempo, confundiéndonos, colocando mal otras para que encajasen con la que estaba mal desde el principio.

—Una de las cosas que doy por seguras… la he interpretado mal.

—Exactamente.

—¿Cuál?

Lorenzo se levantó. Era un hombre poderoso, y no quería que lo vieran con una fugitiva de la justicia. No quería seguir allí. Observó a su alrededor, asegurándose de que nadie nos estuviera observando, antes de responder.

—Cuando sepas eso, habrás resuelto el enigma.

3.

Fuimos hasta Vic, una ciudad del interior en la que no había estado nunca. Me gustaron sus calles adoquinadas, sus librerías, su arquitectura gótica, su aspecto de urbe antigua pero, sobre todo, me encantó el ritmo pausado, sin estrés, tan distinto al de Barcelona. La gente del norte, con el Pirineo cerca, es hospitalaria, y pronto formas parte de su comunidad y todos te conocen, mientras que en las grandes ciudades, a menudo, ni siquiera sabes nada de tu vecino de rellano.

Comenzaba a notar un cierto cansancio y añoraba volver a formar parte de una familia, tener un hogar. A veces, movida por la venganza, me sentía llena de determinación, dispuesta a enfrentarme a los Masover. Sin embargo, en otras ocasiones, me ponía a mirar a mi alrededor, a la gente normal, sin problemas con la justicia, y añoraba mi vida anterior. Ya había tenido esa sensación de vacío antes: en Vallirana, en Castelldefels y ahora en Vic. Estaba harta de huir, de ser otra persona. Por suerte, tenía a Edgar. Su presencia me animaba a seguir.

—No hacía falta que vinieras —le dije. Aunque era mentira. Me encantaba que estuviese a mi lado.

—Tengo tanta curiosidad como tú por saber de qué manera acaba esto.

—Pero estamos ante gente sin escrúpulos, gente que… ya sabes, puede ser peligroso.

Edgar me cogió de la mano.

—Todo saldrá bien.

Hacía un día caluroso. Al fin y al cabo, estábamos en el mes de julio. En el coche, tanto Edgar como yo estábamos chorreando sudor. Él olía a una colonia fresca con notas cítricas. Me encantaba. Retiré la mano. No sé por qué. Me había gustado que me tocara.

—He eliminado tus archivos de Net-I-Fet —dijo entonces Edgar.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a la empresa que te contrató para hacer limpieza en las oficinas de Eonix.

Le sonreí.

—Hasta ahí llego.

—Bueno, pues eso, que he borrado el registro de tu trabajo. Entré en recursos humanos y borré todos tus datos.

Le miré. No dije nada.

—Quería proteger tu identidad —añadió—. Si la policía o quien sea te busca, no encontrarán ni a Lucía ni a Montse en nuestros archivos. No sabrán que Lucía es Montse.

Se hizo el silencio de nuevo. Le besé en la mejilla. Fue un impulso. Edgar enrojeció y carraspeó violentamente.

—Ahí están.

Elisenda Masover salió rodeada de guardaespaldas de una gran nave industrial a las afueras de la ciudad. Sus acompañantes eran cinco hombres fornidos, vestidos con trajes negros y gafas de sol. La fábrica de Perfumes Masover tenía una fachada moderna y elegante, con un logo dorado que brillaba bajo el sol. Pero era una fábrica de perfumes, no un búnker. No tenía mucho sentido

contratar a tantos hombres para proteger a Elisenda.

—¿Vamos a seguirla? —preguntó Edgar.

—No se me ocurre qué más hacer. Cuando en un bar vaya sola al lavabo o cuando sea… intentaré abordarla.

—¿Y entonces?

—Le exigiré que…

Me quedé callada. ¿Qué podía exigirle? ¿Que contara la verdad? ¿Que me devolviera mi vida? ¿Cómo podía obligarla? La matriarca de los Masover vivía en una masía, tenía medidas de seguridad, era paranoica y desconfiada. Tal vez demasiado. Se movía con una precisión y desconfianza casi militar.

—No sé qué le exigiré. No sé ni siquiera si podré hablar con ella. Solo intento investigar sus movimientos a ver si se me ocurre algo.

La seguimos durante tres días. Edgar y yo dormíamos en un hotel cercano en habitaciones separadas. La rutina de Elisenda se centraba en visitas a diversas tiendas de lujo y reuniones de trabajo. Los guardaespaldas siempre estaban a su lado, atentos y vigilantes, dos en un primer coche con Elisenda, los otros tres en un segundo vehículo. Por la noche, volvía a su masía, Can Masover, una imponente finca rodeada de altos muros y cámaras de seguridad. Sus actividades estaban meticulosamente planificadas, lo que hacía difícil encontrar un momento para abordarla sin ser detectados.

Al tercer día algo salió mal. ¿Nos descubrieron? ¿Alguno de sus guardaespaldas se fijó que siempre había un viejo Renault no muy lejos? No lo sé, el caso es que el segundo coche se detuvo en un semáforo y dio marcha atrás a toda velocidad, embistiéndonos con fuerza. Sentí un impacto violento y el sonido del metal contra metal resonó en mis oídos.

—¡Cuidado! —gritó Edgar, mientras yo luchaba por mantener el control del volante.

Giré el volante y hui a toda velocidad.

—¡Agárrate fuerte!

Las tierras de Vic y la comarca de Osona pasaban rápidamente a nuestro alrededor, un mosaico de campos verdes y colinas ondulantes bajo el sol abrasador. Aceleré, intentando perder a nuestro perseguidor, pero era un Mercedes, un vehículo mucho más rápido y potente. Cada segundo estaba más cerca. Los caminos asfaltados se convirtieron en caminos de tierra, levantando nubes de polvo.

—¡Gira a la derecha! —gritó Edgar, señalando un sendero estrecho entre dos campos.

Giré bruscamente, el coche derrapó y casi perdí el control, pero logré mantenernos en el camino. Subimos por una senda bordeada de pinos y encinas.

—Espero que no saquen un arma por la ventanilla y nos disparen —dijo Edgar.

—De momento no saben quiénes somos. O eso espero. Primero nos detendrán y luego hablarán por teléfono con Elisenda. Luego sacarán las pistolas.

—Oh, eso me tranquiliza mucho, Lucía.

Miré por el retrovisor. Seguían persiguiéndonos, su coche levantando una nube de polvo mientras ganaban metros. El impacto de otro golpe hizo que nuestro coche temblara violentamente.

—¡No vamos a aguantar mucho más! —grité, con el corazón latiendo a mil por hora.

El camino de tierra se volvía cada vez más accidentado. El coche de los guardaespaldas intentó embestirnos de nuevo, pero se escuchó un crujido, un sonido de metal que se retuerce y

un enorme estallido, aullidos, cristales que se rompen y salen despedidos en todas direcciones.

Volví la cabeza. El Mercedes había perdido el control al caer en un bache profundo. El desnivel era enorme, lleno de piedras y barro, y el coche había patinado violentamente al entrar en él, girando de lado mientras resbalaba hasta estrellarse contra el quitamiedos. Uno de los guardaespaldas intentó abrir la puerta y salir, pero el coche se balanceó peligrosamente, amenazando con caer montaña abajo.

Aproveché el momento y pisé el acelerador. Nuestro coche había salido mal parado, perdiendo el guardabarros trasero y un ruido metálico persistente indicaba que algo estaba roto. Pero eso no me iba a detener. Edgar pensaba igual que yo.

—¡Vamos, sigue! —aulló, mientras miraba hacia atrás para asegurarse de que los guardaespaldas ya no nos seguían.

—¡Hago lo que puedo!

Conduje frenéticamente. Por fin, tras otro par de kilómetros, encontramos una carretera y nos incorporamos. La adrenalina empezaba a bajar. Nos miramos en un silencio tenso.

—¿Y ahora, qué? —dijo Edgar cuando nos sentimos a salvo.

Yo estaba pálida; tenía sangre en la frente de un golpe que me había dado contra el volante en un frenazo.

—Ahora contactaré con un profesional de estas cosas. Solos no podemos con esto.

Edgar asintió. Sin duda estaba de acuerdo conmigo. Su expresión, sin embargo, se tornó preocupada de nuevo.

—¿A qué llamas tú un profesional? —preguntó, intranquilo.

Mi respuesta, lejos de calmarle, debió de dejarle pasmado. Porque dije:

—A un tiburón.

4.

El Tiburón entró en la sala de visitas de la cárcel Modelo de Barcelona. La habitación era fría y austera, con paredes grises y sillas de metal desgastadas. Una gran mampara de cristal separaba a los internos de sus visitantes, permitiendo solo contacto visual y verbal.

Mientras el Tiburón entraba en la sala, su figura corpulenta se movía con una calma calculada. Sus ojos me examinaban cuidadosamente. Los tatuajes en sus brazos parecían cobrar vida con cada movimiento, y la cicatriz en su mejilla brillaba bajo la luz de los fluorescentes.

Pero cuando habló, su voz se mostró cálida, casi exultante:

—Montse, prima, tenía muchas ganas de verte y…

Me volví. Puse el dedo corazón en mi boca.

—No digas nada. No te muestres sorprendido. He venido a ayudarte.

El Tiburón se mordió el labio inferior. Era evidente que le costaba controlarse. Esperé un minuto y por fin dije:

—Tu prima me contó una vez que eras una persona de principios. Alguien de fiar.

—¿Dónde está Montse y por qué te disfrazas de ella?

—Montse está muerta.

Mi interlocutor encajó el golpe.

—¿La mataron como a Loli?

—No. Muerte natural. Ya sabes que estaba muy enferma —levanté la vista y sonreí—. Murió en mis brazos. Y me disfrazo de ella porque ahora soy ella. Me dio su personalidad y su dinero.

El Tiburón se recostó en su silla, que crujió bajo su peso.

—¿Qué más?

—Hablé con tu abogado. Necesitas un millón de euros para la fianza. Y a mí me queda millón y medio.

—¿Qué hiciste con el resto del dinero de mi prima?

—Investigar quién mató a Loli y a tus hombres.

El Tiburón rio con amargura.

—Y de paso investigar quién quiere joderte la vida.

—Es la misma cosa.

—Ya veo. Vienes aquí disfrazada de mi prima, me dices que te has gastado su pasta y ahora quieres algo de mí.

—¿He dicho yo que quiero algo de ti?

—No me ofrecerías la libertad si no me necesitases para algo.

—Vale. Quiero que me ayudes a pillar a los que mataron a Loli.

—Eso ya me interesa más.

El Tiburón acercó su cabeza a la mampara. Su mirada se clavó en mí.

—Yo soy de fiar. ¿Lo eres tú?

—Montse creía que sí. Loli también.

Eran las dos personas que más le importaban al motero. Ahora no le quedaba ninguna de las dos.

—Bien. Me has convencido. ¿Qué quieres?

—Quiero que tú y tus chicos dejéis fuera de combate a unos guardaespaldas. Hasta hoy eran cinco. Pero supongo que vendrán más, siete, diez, no sé.

—¿Y qué pasará entonces?

—Que hablaré con la persona que me está... que nos está haciendo esto y encontraremos pruebas que la incriminen.

—Dicho así suena genial. Pero háblame de esa persona. Por qué hace lo que hace.

Le conté cómo era Elisenda y lo que yo pensaba que pretendía. La describí como una mujer de mediana edad, rica, perteneciente a una familia demasiado ambiciosa. Le hablé de la industria de la perfumería, de millones de euros en juego. Tras escucharme con atención, el Tiburón negó con la cabeza.

—Esa mujer puede ser la que está detrás de todo el asunto. No lo sé. Pongamos que me fío de lo que dices. Pero yo sé algo que tú no sabes.

—¿El qué?

—Ella no mató a Loli.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Aquí en prisión uno tiene mucho tiempo para pensar. Me contaste que antes de que la disparasen, Loli dijo: "¿Tú qué haces aquí?"

—Tal vez conociera a Elisenda. O a uno de sus guardaespaldas.

—No creo que Loli se codease con gente como la que me explicas, y aunque conociese a uno de sus matones, le habría dicho "Ey, tío, ¿qué coño haces aquí, mamón? ¡Vaya susto me diste, tonto del culo!"

Me eché a reír. Así es como hablaba Loli. Así era mi amiga.

—Eso es verdad.

Me mordí un labio, intentando buscar una explicación:

—Le enseñé fotos a Loli de mis sospechosos de entonces: Arturo Lefranc y Lorenzo Luchesi. Tal vez alguno de ellos trabaje para Elisenda y a mí se me haya pasado por alto. No es la primera vez que me equivoco.

El Tiburón negó con la cabeza.

—No puede ser tampoco alguien que no conocía personalmente, que solo había visto en foto. Me dijiste que reconoció a su asesino de inmediato. Si fuera uno de los que has nombrado, habría tardado un instante en darse cuenta de quién era y habría dicho: "A ti te conozco, eres el capullo de la foto de internet. ¿Qué haces aquí con esa cara de gilipollas y esa pipa? Bájala o te la meto por el culo".

Reí de nuevo. Otra vez había acertado. Loli no le tenía miedo a nadie.

—Es evidente que la conocías bien, mejor que yo. ¿Qué has pensado que debió pasar?

—El asesino tuvo que ser alguien al que conocía personalmente, un amigo, yo mismo, por ejemplo, u otro Red Búfalo. Alguien al que respetaba y por eso no soltó ninguno de sus tacos.

—¿Crees que uno de tus chicos…?

—No, no lo creo. Pero todo es posible. Aún no tengo claro el culpable. Sea quien sea, me las pagará.

El Tiburón se levantó. La silla crujió de nuevo al liberarse de su peso. Sus músculos y sus tatuajes refulgieron. Viéndolo, no parecía el tipo de persona que lee a Machado con su prima Montse. Una prueba más de que las apariencias engañan.

—¿Cuándo estaré en la calle? —dijo.

—Saldrás dentro de 48 horas. Tendrás que pasar a firmar al juzgado cada semana, los viernes.

Hizo una mueca extraña, sus labios se curvaron hasta lo imposible, como si su rostro fuese una máscara.

—No iré a firmar. No hará falta. Mataré al hijo de puta que se cargó a mi amor y me marcharé. Nadie volverá a saber nada de mí.

5.

Conducía por Barcelona en mi coche nuevo, que había comprado para tener más movilidad y pasar desapercibida. Mi pobre Renault había quedado muy magullado tras el enfrentamiento con los guardaespaldas de Elisenda. Además, ya lo conocían. Así que tenía que cambiar de vehículo.

—¿En qué piensas? —inquirí, frenando lentamente.

Me paré en un semáforo. Las calles estaban llenas de turistas disfrutando del día. A mi lado, Edgar miraba por la ventana, perdido en sus pensamientos.

—Ahora los Masover sabrán quién eres por la matrícula —me dijo Edgar—. Porque el coche, tu viejo Renault, lo tenías a tu nombre, ¿no? O sea… a tu nuevo nombre, Montse.

—No —le contradije—. Era un coche de los Red Búfalos. Matrícula falsa. A menos que me hayan reconocido durante la persecución, no saben quién les seguía y les dio esquinazo.

Eso pareció tranquilizar a mi acompañante.

—¿Y ahora? —preguntó.

—El Tiburón saldrá de prisión en 24 horas.

Edgar se rascó la nuca con los ojos fijos en la carretera.

—Lucía, tengo que ser honesto contigo. No voy a ir a Vic a enfrentarme con los guardaespaldas de nuevo. Lleves o no a un grupo de moteros contigo.

Le lancé una mirada rápida.

—Lo comprendo, Edgar. No todos estamos hechos para esto. Yo misma creo que tampoco estoy hecha para cosas así… pero he cambiado, o la situación me ha obligado a cambiar.

—Es que yo soy un científico, no un valiente. Mi trabajo es analizar datos, encontrar patrones y soluciones, no enfrentarme a tipos peligrosos con armas —se excusó.

—Lo sé. No te estoy pidiendo que seas alguien que no eres. Solo… solo dime que estás conmigo en esto, aunque sea en la retaguardia.

—Claro que estoy contigo. Te ayudaré a planificar, a encontrar información, pero no puedo… no quiero… no tengo lo que hay que tener para ponerme en peligro de esa forma. En las películas y los libros la gente arriesga la vida por una buena causa. Pero en la vida real… bueno, somos de carne y hueso, tenemos nuestros límites.

Asentí. Ya se había arriesgado demasiado por una desconocida. Porque apenas nos conocíamos, esa era la verdad. Aunque había algo más… algo indefinido en el aire, como un aroma. Y yo, que soy una experta en olores, podía detectarlo.

—No te preocupes. Has hecho ya demasiado.

Llegamos a mi piso en la Barceloneta. Subimos en el ascensor. Sentía su presencia a mi lado. Ahora ya estaba segura. Había una fuerte atracción entre nosotros. Por eso se había disculpado. Porque no éramos amigos ni amantes, de acuerdo, pero ambas cosas eran posibles. Y ambos nos dábamos cuenta.

Al entrar, nos rozamos al pasar juntos en el pasillo y reímos como unos adolescentes. Pero no éramos precisamente unos adolescentes. 36 y 47 años. Edgar tenía once años más que yo, pero

apenas se notaba. Fuimos al salón. Era pequeño, acogedor, con una vista hermosa del mar. Estaba nerviosa, sin saber muy bien qué decir o hacer.

—¿Quieres algo de beber? —pregunté, tratando de romper el hielo.

—No, gracias.

Nos sentamos en el sofá. La proximidad hizo que mi corazón latiera más rápido. Edgar suspiró, sus ojos evitaron los míos.

—Lucía, debes ser cuidadosa. Lo que haces es muy peligroso, y no quiero que te pase nada.

—Lo sé, pero no tengo muchas opciones. Necesito descubrir la verdad, y eso significa arriesgarse o la cárcel. Y no quiero volver a estar entre rejas. Además, en prisión acabaré muerta igualmente. Elisenda volverá a mandar a alguna para acabar conmigo. O sea que la dicotomía real es: arriesgar o morir.

Edgar suspiró de nuevo. La tensión sexual entre nosotros iba creciendo. Me sentía bien a su lado.

—Ojalá supiera qué han visto los Masover en el proyecto Phaedra. Debe ser una de esas grandes invenciones, esas genialidades que cuando uno las comprende dice… ¡eureka!, cómo no lo pensé antes, soy un idiota.

—A mí no me pareces un idiota —dije, tocando su dedo índice con el mío.

Edgar inspiró profundamente.

—Si no fuese porque en tus frascos solo hay colonia, pensaría que Elisenda quería tu trabajo y no el de tu madre, que pagó a esa gente porque perseguía lo que haces, pero…

Aquello me ofendió.

—Oye, que yo no hago colonia, son perfumes de mucha calidad. Tal vez no tenga la habilidad de mi madre, pero…

Edgar me acarició la barbilla.

—Lucía, seamos serios, el olor del mar de una playa de Santander, el lugar de París donde se dieron el primer beso. Son placebos también, convences a tus clientes de que es el olor real.

—¡Lo es! —protesté.

Edgar me miró con escepticismo.

—Lucía, entiendo que para ti esos perfumes tienen un valor emocional enorme, pero…

—Te voy a enseñar lo que hago.

Me pasé el resto de la tarde demostrándole que estaba en un error. Fuimos hasta los restos de mi viejo coche, cogí mi camiseta interior aún mojada de sudor y de miedo, recogí el aroma del auto, de mí misma y de Edgar. Acto seguido, me puse a reconstruir el olor del momento que vivimos en nuestra huida.

Nos pusimos batas de laboratorio, guantes, gafas de protección y mascarillas, y comenzamos a trabajar con los mecheros Bunsen, las pipetas y los matraces, los frascos de reactivos químicos y los equipos de destilación.

Anochecía cuando pude vaporizar delante de su nariz el perfume de nuestra huida desde Vic a Barcelona.

—Es una recreación estupenda —dijo Edgar, tras un instante en que le temblaron los labios y me dio la sensación de que estaba a punto de desmayarse—. Eres una gran perfumista, una verdadera coleccionista de aromas. Pero, ¿cómo…? No entiendo… ¿cómo lo haces?

Al ver que le había impresionado, me sentí muy feliz. No suelo jactarme de mis logros, pero aquella vez lo hice.

—Hay una parte de ciencia. Ya has visto lo que hago y cómo lo hago. Una especie de fotografía olfativa. Luego entra en juego la parte artística, la intuición. Pongo más cantidad de esto o de lo otro, dependiendo de lo que siento que el cliente necesita: es como la inspiración de un escritor.

—Ya veo. ¿Y no hay nada más?

—Bueno, sí. Está la Ambrossence.

—¿Ambro… qué?

Reí. No le había hablado a nadie jamás de mi secreto.

—Yo lo he llamado así. Ambro del griego "inmortal, divino" y Essence del inglés. O sea, Ambrossence es esencia inmortal o esencia divina. Abrí mi primera tienda cuando me di cuenta de que podía estabilizarlo y crear perfumes con él.

—¿Y qué hace?

—Es un compuesto extremadamente volátil y sutil. Su estructura molecular lo hace casi indetectable por sí solo, actuando más como un potenciador de las emociones que como un aroma claramente identificable. Al mezclarse con otros componentes en un perfume, el Ambrossence se activa solo bajo ciertas condiciones, como cambios específicos en la temperatura de la piel o la presencia de ciertos niveles de humedad, lo que lo hace extremadamente difícil de identificar y aislar en condiciones de laboratorio normales.

—Un potenciador de emociones, ahora lo entiendo —Edgar estaba boquiabierto—. Creas un perfume que recuerda al cerebro un momento o lugar. No es exacto, eso es imposible, nadie podría recrear el olor de algo que pasó hace días, no digamos años. Pero tu Ambrossence, tu esencia divina, acelera los receptores neuronales, que acceden al recuerdo y lo unen al olor que están percibiendo. En adelante, cada vez que se pulverice un poco de ese perfume en el aire… la magia tendrá lugar. La memoria activará de nuevo el momento que se vivió con exactitud, casi como si hubiese vuelto a suceder.

Edgar me miró a los ojos. Estaba pálido, como hechizado, como si estuviera viendo la cosa más hermosa del mundo. Ya no necesitaba más pistas (ni más conversación), así que me quité la bata y la tiré al suelo.

—Vamos a la cama. Hace mucho que no estoy con un hombre. Demasiado.

Pasamos la noche juntos. Fue maravilloso. Las caricias eran dulces, sus dedos se deslizaban suavemente sobre mi piel, como si estuvieran descubriendo un nuevo mundo oculto en cada centímetro de mi cuerpo.

—Eres maravilloso —le susurré al oído.

—Tú sí eres maravillosa.

Sus labios buscaban los míos, me hacían temblar, y nos movíamos en un ritmo lento y armonioso. Cada toque, cada embestida… era un instante de profunda pasión. Fueron momentos de pura conexión y entrega.

Y me dormí. Satisfecha, llena, soñando que me esperaba pronto, en alguna parte, un mañana mejor.

No era verdad.

6.

Al despertarme, Edgar no estaba. Le llamé al móvil. Nada. Al hacer la cama, me di cuenta de que, sobre una almohada, me había dejado una nota.

He tenido que irme a toda prisa.
Cosas de trabajo. Ya sabes cómo va eso.
Besos.
Edgar.

Me hice el desayuno: una taza de café, un par de tostadas con mermelada y un poco de fruta. Estaba nerviosa. Me costaba tragar. Había cambiado mucho en doce meses; ya no era la persona apocada que mi madre describía como alguien que no vivía la vida, que solo la olía… para pincharme, para ayudarme a reaccionar. Pero tampoco era una heroína, o una tigresa, una mujer de acción. La idea de enfrentarme a Elisenda y sus hombres me daba pavor. Las manos me temblaban ligeramente mientras sostenía la taza. No era para menos.

Llamaron a la puerta. Me levanté y me dirigí a la entrada. Al abrir, me encontré con el Tiburón. Esta vez traté de juzgarlo desde una nueva perspectiva. No era el motero intimidante ni el preso, delante de mí tenía a la persona de la que se enamoró mi querida Loli. No podía ser tan malo como parecía. A pesar de llevar, como siempre, su cazadora de cuero negro con un imponente búfalo rojo bordado a la espalda, a pesar de todo, no me pareció el tipo duro de siempre. Solo me pareció un hombre cansado, que echaba de menos a su pareja.

—¿Estás lista? —preguntó.

—Tengo miedo. Ahora que la cosa llega al final, no sé… todo se ha puesto tan serio, tan...

—Tienes que recuperar tu vida. No eres tú la que ha comenzado con todo esto. Solo te toca acabarlo.

—¿Podremos acabarlo?

—No sé, Lucía. Al menos, podemos intentarlo.

Le sonreí, intentando encontrar fuerzas de donde fuera.

—¿Tienes algo pensado? —me preguntó el Tiburón, tomando asiento en uno de los sofás de mi salón. El sofá crujió ligeramente bajo su peso. No era muy alto, pero sí extraordinariamente corpulento. Debía pesar más de 120 kilos.

—Tenemos que conseguir hablar con Elisenda, hacer que confiese los incendios y los asesinatos, y salir con vida de todo el embrollo.

—¿Solo eso? —respondió él, con una sonrisa que suavizó su expresión.

—Sé lo que quiero, pero llegados a este punto… no tengo nada pensado, no… no tengo una estrategia preparada, no…

El Tiburón alzó una mano. Mi voz se detuvo.

—Estupendo, porque yo sí tengo algo preparado.

7.

La Harley del Tiburón se detuvo en una calle estrecha de El Raval, uno de mis barrios preferidos de Barcelona: lugares donde perderse, gentes de todas partes, de todas las razas y restaurantes de comida exótica. Por desgracia, también era uno de los focos de delincuencia de la ciudad.

Aparqué detrás de la moto y esperé. Olía a comida, en un bar cercano estaban friendo croquetas de jamón. También detecté el aroma a falafel y… ¿crema de yogur? Sí, eso era.

—No salgas del coche —dijo el Tiburón.

—Vale.

El motero se acercó a un grupo de hombres que esperaban junto a una camioneta. Eran andinos, probablemente peruanos. Uno de ellos, un hombre delgado con una camiseta ajustada y una gorra, se adelantó para hablar con él.

—Oiga, compadre. Mucho va a llevar hoy. Nunca había pedido tanto —dijo—. ¿Está seguro? Espero que traiga suficiente plata.

—Traigo lo que pactamos. Y el resto después. ¿He fallado alguna vez? —respondió el Tiburón.

—No, pero es bien arriesgado —insistió el peruano.

—Sabes que conmigo no hay riesgo. Llevo con vosotros, cuánto, ¿cinco años? Además, sé lo que me pasará si fallo.

—Exacto. Mejor prepárese para lo peor.

Vi cómo abrían la puerta trasera de la camioneta y sacaban una caja no demasiado grande. La colocaron con cuidado sobre el suelo y el Tiburón la inspeccionó rápidamente. Parecía satisfecho.

Cuando el Tiburón volvió al coche, tenía una expresión triunfante.

—Ya está, vámonos —dijo mientras se subía a la moto y arrancaba.

Hicimos tres visitas más, a un grupo de marroquíes sin salir de El Raval, a unos nigerianos en Sant Antoni y finalmente vimos a otros dos amigos suyos en el barrio del Eixample. En esta última ocasión, el Tiburón me indicó que bajase del coche. Pasamos por delante de dos boutiques de diseño hasta detenernos en una cafetería. Los aromas del café recién hecho y los pasteles llenaban el aire. Al fondo del bar, en una mesa, estaban sentados dos hombres.

—*Hallo, vriend* —dijo el primer hombre, bien vestido y con un acento que creí erróneamente alemán.

—¿Qué hay, holandés?

—Todo bien. Pero creo que te has vuelto demasiado ambicioso, Tiburón.

—He estado en la Modelo mucho tiempo y necesito dinero —respondió el motero—. No hay que descuidar los negocios.

—He oído que has pedido material a otros.

—Así es.

—*Wat ben je aan het doen, gozer?*... quiero decir… ¿Por qué haces eso, tío? —preguntó el segundo hombre, más bajo y con menos acento, pero que decidí que también debía ser de Holanda.

—Estoy llenando mi almacén y expandiéndome —respondió el Tiburón.

Los holandeses lo miraron con recelo, pero finalmente le pasaron una bolsa enorme, opaca, no se veía el contenido.

—Tú sabrás —dijo el primero—. Te estás endeudando con mucha gente. Debes tener algo gordo entre manos, *kameraad*.

—Muy gordo. No sabéis cuánto.

Mientras negociaban el precio, yo los contemplaba y bebía una tónica. Pero no hablaron mucho más. Los holandeses se fueron y nosotros nos quedamos esperando una llamada.

—¿Todavía vas a ampliar más tu almacén? —pregunté.

—No. Ya tengo todo lo que necesito.

—Entonces, ¿quién tiene que llamarte?

—Santos, mi hombre de confianza.

No fue una llamada sino un WhatsApp. Sonó un pitido en el teléfono móvil del Tiburón, se levantó y yo lo seguí hasta la calle. Su hombre ya estaba afuera, esperando junto a mi coche.

—Ya sabes dónde llevarlo todo, ¿no? —le dijo el Tiburón.

—A la montaña.

—Exacto.

Sacaron todos los paquetes de mi coche y los pusieron en el Toyota de Santos.

—Te llamo —añadió el Tiburón.

Santos asintió, dio la vuelta para entrar en el vehículo, pero entonces retrocedió a toda prisa y abrazó a su jefe.

—Ojalá volvamos a vernos en la carretera.

Se miraron con los ojos brillantes.

—Ojalá. Pero recuerda que ahora eres tú el que está al frente de todo. Cuida a los chicos.

Unos segundos después, el Toyota arrancaba, hasta arriba de la droga que habíamos ido recogiendo durante toda la mañana. Me quedé mirando al Tiburón, confusa.

—¿Esta es la estrategia que habías planificado? —le pregunté—. ¿Comprar mucha droga a todos los camellos de la ciudad?

Él me guiñó un ojo.

—Solo es el principio —respondió, dejando la frase en el aire mientras arrancaba su moto—. Para la siguiente fase tenemos que ir a ver a nuestra amiga Elisenda Masover.

Tragué saliva. Había llegado el momento de la verdad. Mientras íbamos de aquí para allá el día iba avanzando, ya casi eran las tres de la tarde. Me di cuenta de que una parte de mí tenía tanto miedo que había esperado que nuestro viaje tuviera que posponerse. Aunque solo fuera hasta la mañana siguiente. Pero no. Había que armarse de valor. No más dilaciones.

—Estoy lista —dije.

Pero mentía.

8.

Íbamos por la carretera C-17, que conecta Barcelona con Vic. El Tiburón conducía mi coche. Nos escoltaban tres de sus hombres en imponentes Harley-Davidson, cuyas carrocerías cromadas refulgían. Se nos habían unido a medio camino, a la altura de Granollers. Los moteros llevaban también las chaquetas con el emblemático búfalo rojo en la espalda.

A medida que avanzábamos, el paisaje pasaba rápidamente; apenas podía distinguir las colinas salpicadas de árboles dispersos y las casas de tejados rojos y campanarios se convertían en un borrón en la distancia. El aire, que imaginaba lleno del olor de las flores silvestres, de los ríos y los arroyos, se percibía solo como una sombra efímera.

—¿Puedo llamarte Carles? —le dijo al Tiburón.

—Nadie me llama Carles. Mi prima Montse me llamaba así de niño. Pero desde los catorce todos me llaman Tiburón.

—¿Y por qué?

Carles se levantó la camiseta con la mano derecha mientras sujetaba con la otra mano el volante. En el centro de su pecho había una figura en tinta negra y gris, un tiburón feroz con las fauces abiertas de par en par, listo para morder. Parecía como si la bestia estuviera emergiendo de su piel.

—La gente no es muy original. Me tatué un tiburón y me quedó el apodo.

Siguieron pasando diferentes localidades ante nuestros ojos: la Garriga y luego Tagamanent. Carles se volvió de pronto:

—Pronto llegaremos. No tengas miedo —me dijo.

—Ya sabes que no puedo evitarlo. ¿Crees que va a pasar algo?

—Sí, eso seguro. No sé el qué exactamente, pero sé que va a pasar algo. Y pronto. No tendremos que hacer nada. Vendrán a por nosotros. Deben tenernos vigilados.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno. Digamos que he atado cabos. Ya te dije que había estado pensando en quién pudo matar a Loli.

—Alguien a sueldo de Elisenda y de Perfumes Masover.

—Claro. Pero ese alguien, por las palabras que dijo ella antes de morir, tenía que ser alguien a quien conociese y al que respetase. ¿Recuerdas que lo hablamos?

—Sí.

De repente, se escuchó una sirena de policía. Un coche apareció detrás de nosotros, el típico Volkswagen Passat blanco con una franja azul oscuro de la policía catalana. El Tiburón miró por el retrovisor y compuso una mueca extraña que deformó su rostro:

—Luego me di cuenta de que hay otra forma de respeto en la que no había reparado: el miedo. El mismo miedo que tienes tú ahora e incluso el que tengo yo, aunque lo disimule. Y me puse a pensar en quién le daría miedo a mi Loli. Poca gente, ni siquiera un madero, los policías nunca la acojonaron. Pero, claro, no todos los policías son iguales. ¿Sabes el apodo de Rafel Durán?

El inspector Durán, el *mosso* que llevaba mi caso. Lo llamaban, lo tenía en la punta de la lengua...

—No me acuerdo… espera sí, me lo dijo la misma Loli cuando pasamos la primera noche juntas en la celda en la comisaría de Les Corts. Rafel "el casos gordos".

El Tiburón asintió, con una expresión sombría.

—Exacto. Y le llaman así porque solo le dan los casos importantes, los realmente difíciles o mediáticos, los más jodidos. Tiene muchos contactos, amigos en las altas esferas y te puede joder si quiere. A ti y a cualquiera. Van a ascenderlo a comisario o quién sabe si a mayor de los Mossos. No me extrañaría que acabase dirigiendo a toda la policía catalana. Se está rodeando de gente con poder, ganando puntos para su ascenso. Cuando mi línea de razonamiento llegó a ese punto, me pregunté qué demonios hacía Rafel "el casos gordos" investigándote a ti desde el inicio. Luego se complicó con más muertes y otros fuegos intencionados, pero de inicio solo era el incendio de dos tiendas de perfumes y un cadáver que podía o no ser un asesinato. Poca cosa: nada para un hombre como él. ¿Por qué le dieron el caso? ¿O tal vez él mismo lo pidió?

El coche de policía se cruzó bruscamente delante de nosotros, obligándonos a detenernos. Las tres motos detrás de nosotros también frenaron de golpe.

—Yo misma avisé hace unos días al inspector Durán en una carta —confesé—. Le dije que estaba cerca de resolver el caso, que alguien poderoso había ido comprando mis perfumes buscando el elixir de mi madre. Me cayó bien. Creí que era un buen tipo.

—Debiste tener cuidado. Un prófugo de la justicia no puede confiar en nadie, y menos en la policía —el Tiburón me sonrió, comprensivo—. Pero no te preocupes, esto tenía que pasar. No hubieses podido evitarlo.

Carles Fabregat, alias el Tiburón, era mucho más que un delincuente de poca, o incluso de mucha monta. Era un hombre leído, que disfrutaba de la poesía y leía a los clásicos. Había sido capaz de avanzar en la resolución del misterio en prisión mucho más que yo, en la calle, siguiendo corazonadas y pistas falsas.

—Soy una idiota —dije, frustrada.

—No, eres una persona a la que los poderosos han tratado de aplastar. Una de tantas. Pero no permitiremos que pase de nuevo.

Rafel bajó del coche. No iba solo, le acompañaban otros tres agentes, todos de paisano. Rafel estaba pasado de peso, pero se movió con determinación, con la seguridad de alguien acostumbrado a manejar situaciones como aquella.

—Id a por los de las motos —dijo Rafel a sus compañeros.

Y se acercó a mi coche. Sus pasos resonaban sobre el asfalto, sus gruesas gafas brillando a la luz del sol, que estaba a punto de ponerse.

—¡Venga, salid de ahí! —ordenó con voz firme, exhibiendo su pistola Heckler reglamentaria.

Eso hicimos, saliendo con las manos levantadas para mostrar que no teníamos intenciones de resistir.

—Vosotros —añadió, volviéndose a sus compañeros—, detened a estos tres Red Búfalos e incautad sus vehículos. Encontraréis marihuana o algo por el estilo.

—Mis chicos están limpios —dijo el Tiburón con firmeza.

—No lo están. Seguro que llevan algo ilegal —repuso Rafel—. Y aunque no lo lleven, lo encontraremos.

Uno de los moteros se quedó mirando al Tiburón. Los mossos habían sacado sus armas y les

apuntaban, pero ellos hicieron caso omiso.

—Id con esta buena gente —dijo el líder de los Red Búfalos—. No os pasará nada.

—Bien dicho —opinó Rafel, que nos esposó al Tiburón y a mí con las manos a la espalda.

Luego nos metió de nuevo en mi coche, pero esta vez en el asiento de atrás. Rafel se puso al volante y sacó la cabeza por la ventanilla para hablar con sus compañeros.

—Me llevo a estos dos por mi cuenta. Voy a dar una vuelta con ellos. Volved a la central.

Rafel arrancó el coche. El motor rugió al ponerse en marcha. Nos miró por el retrovisor, sus ojos agrandados por las gafas reflejaban placer y anticipación.

—Una señora quiere hablar contigo, Lucía. Tiene ganas de volver a verte. Incluso más que tú a ella. Ya verás, será una velada inolvidable.

9.

El interior de Can Masover era sencillamente espectacular. Se trataba de una masía que conservaba el estilo rústico de antaño, con paredes de piedra gruesa sin pulir y vigas de madera expuestas en los techos. Aquella enorme mansión era la descendiente directa de las grandes villas romanas del pasado, su esplendor intacto.

—Un lugar precioso, ¿no es cierto? —dijo Rafel Durán.

Un largo comedor dominaba la estancia, con una mesa de madera maciza adornada con un mantel de encaje. En las paredes, candelabros antiguos, cuadros de paisajes y retratos familiares, y una chimenea de piedra en un rincón, aunque ahora estaba apagada.

—Sí, es precioso —se contestó a sí mismo—. Un día tendré una de estas. Ya veréis. Ahora hay muchas en venta. Solo tienes que tener dinero. Y yo voy a tener mucho. Pronto.

En la mesa se encontraban Elisenda, Lorenzo y Edgar. Elisenda vestía un traje negro y su cabello estaba recogido en un moño.

—Me engañaste desde el principio —le dije a Edgar.

Mi amante levantó la cabeza. Hasta ese momento había permanecido cabizbajo.

—No te engañé. No del todo. Lorenzo me dijo que te vigilase, claro. Había mucho dinero en juego y queríamos saber de qué demonios iba todo esto. Pero te juro que hasta ayer estaba de tu lado… pero… pero… ¿no te has dado cuenta aún de lo que pasa? ¿Acaso no ves…?

Edgar parecía enfadado conmigo. No entendía la causa, iba a responderle cuando Elisenda levantó una mano y le interrumpió:

—Los reproches para luego. Ahora centrémonos en lo accesorio, luego iremos al plato principal.

La matriarca de Perfumes Masover se levantó de su silla y fue hasta el Tiburón.

—Me han dicho, señor Fabregat, que debo pactar con usted.

—¿Ah, sí? —respondió el Tiburón, sus ojos fríos, amenazadores.

—Sí, el señor Durán, Rafel, mi hombre de confianza —dijo Elisenda señalando al policía— insiste en que los moteros sois gente rencorosa, que si te pasa algo un día, tal vez no hoy ni mañana, uno de tus chicos me puede disparar mientras hago la compra o voy a una recepción...

—No solo mis hombres, señora Masover, hay moteros en toda Europa, Estados Unidos, en los cinco continentes. Y todos nos debemos favores.

Elisenda resopló.

—Sí, inicialmente le di orden de matarte, como hice con los otros moteros aquel día que Lucía se nos escapó. Pero el señor Durán me ha dicho que no es lo mismo matar a un soldado que a un jefe, que si te pasa algo, repito, las cosas pueden complicarse. No quiero que me explote una bomba al subir a mi coche. Me ha hablado de que tus chicos controlan el tráfico de armas y explosivos. Así que te ofrezco un trato, algo justo.

—¿Justo, señora Masover? Me encantaría saber qué considera usted justo.

El tono de voz del Tiburón no era muy negociador, y Elisenda retrocedió un paso.

—Justo, sí. Te vas de aquí con 50 mil euros por las muertes y las molestias. Tú te olvidas de Perfumes Masover y nosotros nos olvidamos de los Red Búfalos.

El Tiburón sonrió, pero su sonrisa no tenía nada de amistosa.

—No.

—100 mil.

—No.

—250 mil.

—Váyase a tomar por culo.

Rafel lo empujó tan fuerte que Carles casi cayó de rodillas. Pero se incorporó, miró al *mosso* y repitió:

—No.

—Venga, ¿a ti qué te importa Lucía Fernández? —se sorprendió el policía—. No es nadie. No la conoce nadie. No le importa a nadie. ¿Cuánto tiempo trabajó para ti? ¿Unos meses? No es una Red Búfalo. No le debes nada.

El Tiburón asintió lentamente.

—Lucía me cae bien, no la dejaría en la estacada, pero es cierto, no le debo nada. En circunstancias normales negociaría y me quedaría esos 250 mil euros. Mejor 500 mil. Sé que me los pagaríais, pero las circunstancias no son normales y no hay negociación posible.

—¿Por qué?

—La chica que mataste en la Montaña de Sant Grau, ¿la recuerdas?

Rafel se tocó la frente, tratando de recordar.

—¿La rubia?

—Esa. Era mi mujer. Si hicieras bien tu trabajo, en lugar de ser un vago lameculos de los poderosos, habrías sabido quién era ella. Habrías sabido que si la matabas, era peor que matarme a mí. Así que quiero que sepas que no pararé hasta verte muerto y que no voy a aceptar dinero ni nada.

Rafel sacó su pistola y la colocó en la frente del motero.

—¿Y cómo vas a llevar a cabo tu venganza?

El Tiburón no dijo nada.

—No lo mates aquí —dijo Elisenda—. Lo mancharías todo. Luego. Hay tiempo.

La matriarca señaló entonces hacia un sofá a su derecha, junto a una mesita de cristal con canapés de pescado dispuestos meticulosamente formando un círculo.

—Hacedme el favor de sentaros. Una vez fracasada la primera transacción, vamos a por la segunda, la que realmente me importa.

Nos sentamos. Nuestras manos, inmovilizadas a nuestra espalda, dificultaban cualquier movimiento.

—Vamos a ver, querida —dijo entonces Elisenda, colocándose a mi derecha—. Hablemos un ratito las dos, de mujer a mujer. Pero antes, si me lo permites, voy a comer un poco. Este tipo de situaciones me dan mucha hambre.

Elisenda cogió una copa de licor y se la llevó a los labios con elegancia. Luego tomó un canapé y lo saboreó lentamente. Aproveché el momento para hablar al Tiburón al oído.

—¿Cómo sigue tu plan? ¿Cuándo van a venir a salvarnos tus hombres?

—No vendrán a salvarnos.

—¿Qué dices? —susurré, sintiendo el pánico subiendo por la boca del estómago.

Carles estiró las piernas buscando una posición más cómoda. No lo logró.

—Acertaste en una cosa: ahora hay nueve guardaespaldas, exmilitares. Los he contado mientras aparcábamos en la finca. A eso hay que unir a Rafel y sus mossos corruptos, que deben estar al llegar tras encarcelar a mis tres chicos en la comisaría más cercana. Trece hombres entrenados, eso sin tener en cuenta que puede haber algún policía más que llegue más tarde u otros matones que no he visto. Aunque vinieran todos mis chicos, no podrían asaltar esta finca porque apenas hay dos realmente profesionales, y fuera de la cárcel me quedan los que viste y cuatro más.

—¿Y tus amigos? Esa comunidad mundial de moteros que os ayudáis...

—La comunidad existe, pero nos echamos una mano en casos puntuales. No podría convencer a nadie de suicidarse entrando en una finca para matar a estos cabrones. Se necesitarían al menos treinta hombres para asegurarse una victoria y pocas bajas. Y, aun así, tal vez no fueran pocas bajas. Lo dicho: no podría convencer a nadie de algo así. Sería un suicidio.

Le miré, muerta de miedo. Mi respiración se volvió errática. Creí que me iba a desmayar.

—¿Y entonces qué vamos a hacer?

El Tiburón se encogió de hombros. Miró hacia Elisenda, que se estaba acabando su quinto canapé de cilantro fresco y se limpiaba los labios con una servilleta de lino.

—De momento, escuchar lo que esta zorra hija de la gran puta nos quiere contar —dijo.

Le miré de reojo, era como si Loli estuviese hablando por su boca.

—Debiste quererla mucho —dije.

Me pareció que una lágrima bajaba por su mejilla. Carles se volvió, así que no puedo asegurarlo.

10.

—A ver, jovencita, quiero que me expliques una cosa.

La voz de Elisenda no se parecía en nada a la de la mujer que me pidió un perfume para recordar el último fin de semana en Ponferrada con su marido, antes de su muerte por cáncer. Ahora, su tono era frío y autoritario, impaciente e intimidante.

—¿Qué quieres? —repliqué, tratando de mantener la calma.

—Hemos ido a tu nuevo pisito y hemos cogido todas tus libretas, tu ordenador portátil, perfumes, frascos y tubos de ensayo. No es fácil encontrar todo lo que vas dejando a tu paso, cambias mucho de domicilio y eres un verdadero incordio. Pero creo que lo tenemos casi todo. Mi pregunta es sencilla: ¿hay algo más?

—Si tenéis el frasco de mi madre, no necesitáis más.

—¿Qué frasco de tu madre? ¿De qué hablas?

Antes de que pudiera responder o entender qué estaba pasando, se escuchó la voz de Edgar:

—Por Dios, Lucía, ¿aún no te has dado cuenta? No buscan el elixir de los Corazones Rotos. Lorenzo y yo te hemos dicho mil veces que es un placebo, que tiene un olor peculiar, fuerte, embriagador y que si el cliente quiere sanar sus penas y el que se lo administra se lo cree, puede hacer algún efecto, pero poco más.

Edgar caminó rápidamente desde su silla hasta colocarse delante de mí. Se inclinó ligeramente como si fuera a besarme. Pero no era eso lo que pretendía. Iba a explicarme de una maldita vez lo que estaba pasando:

—Lo que quiere esta gente es tu trabajo. Ese anuncio de la televisión habla de tu trabajo. Su nuevo perfume, DreamScent, es el primero de una gama de productos basados en tus perfumes.

Mi antiguo amante se arrodilló para ponerse a mi altura y me miró a los ojos con una intensidad que nunca antes había visto en él.

—Lucía, eres tú quien tiene verdadero talento. Ayer, cuando me mostraste tu trabajo, no lo podía creer. ¡Perfumes que generan recuerdos reales! ¡Dios, haces el mayor descubrimiento de la historia de la perfumería y abres una tienducha en un pueblecito en las afueras! ¿Cómo puedes ser tan ingenua? Hablamos de un hito similar al de Coty cuando lanzó “Chypre” en 1917 y creó el marketing que dio nacimiento a la perfumería moderna, o cuando apareció “Chanel No. 5” en 1921, y surgieron las marcas. Tu trabajo es el principio de una era nueva, hablamos de millones de euros, de...

—No, de miles de millones —le contradijo Elisenda— y no es su trabajo, el elixir de la felicidad, de los recuerdos, el DreamScent es una creación exclusiva de Perfumes Masover.

—Sí, claro, aunque Eonix tendrá una franquicia y parte de los royalties a cambio de nuestra colaboración y de nuestro silencio —dijo Lorenzo Luchesi.

—Por supuesto, eso ya lo hemos hablado. Hay dinero de sobra para todos —dijo la matriarca de los Masover.

Fue en ese preciso instante cuando comprendí que había estado equivocada desde el principio.

Nunca valoré demasiado mi trabajo, siempre he sido una persona poco competitiva, que no le molestaba tener un papel secundario en la vida y en los negocios. Pensé que continuar el legado de mi madre era suficiente, que mis perfumes eran solo una manera de llegar a fin de mes. Nunca me imaginé que mis creaciones pudieran tener tanto impacto. Había subestimado completamente el potencial de lo que había creado.

Pero eso no era lo importante en ese momento. Escupí a Edgar a la cara y dije:

—Me follaste y luego me traicionaste. Eres peor que esa loca.

Edgar se alzó, de nuevo enfadado. Se limpió con la manga de su camisa.

—¡Claro que lo hice! Cuando vi lo que habías creado, fui a ver a Lorenzo y le expliqué lo que sabía: lo del perfume, de tu ingrediente secreto, Ambrossence, la esencia divina que convierte tus perfumes en una explosión de los sentidos. También le hablé de tu loco plan de ir a por Elisenda con unos moteros. Ambos nos dimos cuenta de que tu invención era demasiado para ti, que todo esto te quedaba grande. Eres un espíritu libre, nunca trabajarías para una gran empresa y, además, Masover ya tenía su producto en marcha. Así que pactamos con Elisenda repartirnos una pequeña parte del pastel. No había otra solución. Ahora… —Edgar tragó saliva— ahora debes evitar que te hagan daño. Debes decirles si hay por ahí más perfumes que hayas creado, hojas de apuntes de cómo has conseguido tal o cual compuesto, lo que sea.

—Debo estar segura —añadió Elisenda.

Suspiré. Por un momento me sentí agotada, hasta de luchar, así que dije la verdad.

—Si os habéis llevado lo que había en el piso de la Barceloneta, no queda nada. Pero… hay algo que no entiendo.

—¿El qué? —dijo Elisenda.

De reojo vi que Edgar, cabizbajo de nuevo, volvía a su silla.

—Solo tienes unas pocas muestras de mi trabajo, si Edgar ha hablado contigo sabrás que casi todo es intuición, que yo soy la que da forma al perfume. El Ambrossence es importante, pero sin mí no tenéis sino una pequeña parte de mis logros. Me necesitáis.

Elisenda soltó una carcajada.

—Niña, sigues sin entender nada: vales más muerta que viva. Sin ti tengo una versión imperfecta que mis perfumistas están intentando mejorar. Pero, aun así, los resultados son increíbles. ¿Tardaremos años en desarrollar un producto como el tuyo? Sí. Y así es mejor. Si a una persona le damos desde el inicio lo que quiere, si reproducimos un recuerdo en todo su esplendor, ¡no comprarán más! Tu producto era basura porque no era un negocio, era una idea perfecta ejecutada por una mente infantil, tosca, sin idea de cómo hacer dinero. Pero ahora tu invención está en mis manos. Además, Edgar te ha visto trabajar y cree que con los documentos que te hemos robado podrá reproducir el Ambrossence. O algo que se le acerque. Ya habrá tiempo de perfeccionarlo.

«Piensa un poco, jovencita. Tú haces perfumes por los que cobras unos cientos de euros. Eso es todo lo que se te ocurre hacer con el descubrimiento del siglo. Pero yo he creado DreamScent, una línea de productos que será recordada por siempre. ¡Imagina! ¡Estamos hablando del elixir de la felicidad! Seremos la empresa líder en la creación de perfumes personalizados que evocan recuerdos y emociones, ofreciendo a nuestros clientes experiencias olfativas personalizadas que reviven momentos importantes de sus vidas. Y hay mucho más, muchísimo más: además de los perfumes personalizados, DreamScent ofrecerá una línea de productos basados en recuerdos universales como “Primavera en el Campo”, “Café Matutino” o “Brisa Marina”. También

venderemos servicios de aromaterapia, talleres y experiencias con terapeutas que ayudarán a las personas a procesar traumas o a mejorar su bienestar emocional utilizando aromas específicos. Tendremos una base de datos de aromas en internet, regalos personalizados, eventos por todo el mundo. Hablamos de algo grande, no… grandioso. Algo que no merece tener en sus manos una mediocre como tú.

Elisenda se tomó otro canapé y lo regó con otra copa de licor. Me miró con desprecio y añadió:

—Yo perseguía un gran triunfo, siempre he creído que los Masover debíamos pasar a la historia. Por eso investigaba los proyectos locos, innovadores, como los de tu madre. Me encontré con tu trabajo de casualidad, cuando te pedí que recreases el último fin de semana con mi querido esposo. Pensé: ¡eso es imposible! ¡Qué estafadora es la hija de Elvira Fernández! Pero cuando me lo puse en casa, casi me desmayo; era como tener delante de nuevo a mi Jaume. Ese mismo día llamé a Rafel y… bueno, no esperábamos encontrar a tu ayudante tan tarde en la perfumería cuando fuimos a robar tu trabajo. ¿Carmen, no? Me caía bien, pero tuvimos que matarla. Lo del fuego fue idea del inspector, que quería implicarte y mandarte a prisión; quitarte de en medio para siempre. Pero toda esta historia se ha ido liando, cada vez que intentábamos implicarte salías bien librada, pagabas la fianza, desaparecías, reaparecías, contratabas detectives a los que había que suprimir, me perseguías… Bah, en resumen, estoy harta. Hay que terminar con esto de una vez por todas.

La conversación se acabó abruptamente con aquella última frase. No había más que hablar. Elisenda se volvió y dijo:

—Mátalos a ambos. Entiérralos por ahí, donde sea, lejos.

El policía se mostró en desacuerdo.

—Ya te he dicho que es mala idea matar al motero. Esa gente…

—¡Mátalos! No quisiste matar a Lucía y mira los problemas que nos ha dado. ¿Recuerdas lo que dijiste? Si la acusamos de los incendios y las muertes de su ayudante y su amante no se investigará más, se cerrará el caso y así es mucho mejor. Pues no ha sido mucho mejor.

—Acabar con el motero te costará el triple de lo acordado. Lo haré pasar por un accidente. A ver si así nos libramos de sus soldados y…

—Haz lo que quieras, te pagaré lo que quieras, pero acaba con todo este asunto. Quiero centrarme en mi perfume. No quiero oír hablar más de este tema.

Rafel nos encañonó con su pistola. Lorenzo y Edgar volvieron la cabeza. No querían saber nada. Había mucho dinero para ellos y para Eonix.

—Vamos —dijo el inspector.

Salimos del comedor y bajamos por una escalera que serpenteaba hacia la planta baja. Mientras descendíamos, le dije en un susurro al Tiburón:

—¿Aquí se acaba tu plan? ¿Nos meten un tiro en la cabeza y nos entierran en una fosa? Perdona que te lo diga, pero como estrategia es penosa y como venganza una mierda.

Carles parecía tranquilo, tal vez demasiado.

—Aquí no se ha acabado nada. En todo caso, acaba de empezar. Calculé el tiempo que necesitábamos para llegar aquí y sumé una hora. Pensé que nos interrogarían, que querrían saber cosas de los perfumes, que negociarían conmigo para que me marchase y les dejase en paz. Creo que lo he hecho bien. No tardarán en llegar.

—¿Quién va a llegar?

Entonces se escuchó el sonido de disparos y una explosión. Un coche saltó por los aires, y lo vimos elevarse hacia el cielo a través de un gran ventanal junto a las escaleras. El fuego iluminó el cielo nocturno.

—¿Qué demonios ha pasado? —dijo Rafel, boquiabierto.

—Son los que han venido a matarnos —repuso el Tiburón.

Otra explosión resonó en el aire, más cercana y más violenta. El suelo tembló bajo nuestros pies. El policía se puso a cubierto.

—Pero dijiste que no tenías a nadie que pudiera venir a asaltar este lugar —le dije al Tiburón.

—No, Lucía. Dije que no tenía amigos que quisieran suicidarse para salvarnos el pellejo.

—Y entonces, esos, ¿quiénes son?

El Tiburón abrió su boca totalmente, como si fuese a lanzar una dentellada. Y exhibió una hilera perfecta de dientes blancos, limados para parecer dientes de tiburón. En ese momento comprendí que su apodo no provenía solo del tatuaje. Su sonrisa era tan peligrosa como él mismo, un hombre hecho a sí mismo, fuera de la ley y de todas las normas de la sociedad. Gentil con los suyos, pero terrible con los que iban a por él o a por su familia.

—Esos —dijo, triunfal— son mis enemigos.

11.

Acurrucados en el hueco de la escalera, el Tiburón y yo nos refugiamos del caos desatado a nuestro alrededor. El sonido de las explosiones hacía temblar los cimientos de la casa. Un jarrón de cerámica estalló en mil pedazos, esparciendo fragmentos de porcelana por el suelo. Un interruptor de la luz recibió el impacto de una bala, y el plástico se hizo añicos, ennegrecido, volando en todas direcciones.

—Diles a esos que paren. ¡Ya!

Rafel Durán llegó hasta nosotros arrastrándose y volvió a encañonar al Tiburón.

—No puedo, vienen a matarme a mí también.

—¿Eso por qué?

—Sal ahí afuera y descúbrelo tú mismo.

El policía estuvo a punto de abrir fuego. Vi que apoyaba el dedo en el gatillo, pero no lo apretó. En su lugar, gateó hasta la ventana, se asomó y llamó a uno de sus hombres.

—Manel, llama a la central. Que traigan refuerzos.

Luego se volvió hacia nosotros.

—Si os movéis, os mato aquí mismo.

Y disparó dos veces por la ventana. Las balas se perdieron en la oscuridad.

—Me gustaría explicarte cómo funciona el negocio de la droga —dijo el Tiburón, con una calma desconcertante.

Una bala pasó silbando y atravesó un espejo cercano, haciendo que mi reflejo se rompiera en mil pedazos.

—¿Es importante en este momento?

—Mucho.

Me encogí de hombros.

—Haz lo que quieras.

Todavía escondidos en el hueco de la escalera, esposados y con las manos a la espalda, el Tiburón y yo nos evadimos por un momento de la atmósfera impregnada de polvo y humo, del olor acre de la pólvora quemada y de las detonaciones.

—Mientras estaba en prisión, estuve dándole vueltas a cómo acabar con Rafel y los hombres de Elisenda —me confesó el motero—. Me di cuenta de que no era posible, que no lo conseguiría por mí mismo. Los poderosos siempre ganan. Ya lo sabes. Así que pensé que debía ser creativo. Mi prima Montse siempre decía que tenía mucha imaginación, y supongo que estaba en lo cierto.

Afuera, las balas continuaban su danza, buscando la carne de todo ser vivo. Alguien gritó. Se escuchó algo parecido al estertor de un moribundo. Las sombras de los combatientes se proyectaban contra la pared mientras corrían buscando cobertura detrás de los coches y los árboles del jardín. El Tiburón meneó la cabeza y añadió:

—Sea como fuere, lo primero que hice al salir fue contactar con los que me suministran droga.

Hablamos de gente peligrosa, de gente que tarda meses o años en confiar en ti. Nosotros, los Red Búfalos, nunca hemos sido estrictamente traficantes. Tenemos algunas fuentes de ingreso y la droga es solo una pequeña parte. Nunca compramos mucha porque tampoco queremos que nos pillen con cantidades que nos puedan mandar demasiado tiempo a prisión. Pero somos de fiar, y los distribuidores de los cárteles, de las redes de narcotráfico, lo saben.

Un hombre que aullaba pasó corriendo en llamas delante de la ventana, iluminando la escena con un resplandor anaranjado, irreal. Olía a carne quemada. El hedor más repugnante de mi vida.

—Peruanos, nigerianos, marroquíes, holandeses… todos saben que siempre pagamos, saben que nunca la cagamos y saben que no perderán su dinero.

El Tiburón seguía hablando, su voz tranquila contrastando con el caos que nos rodeaba.

—Acepté un precio inusualmente alto a cambio de solo pagar una pequeña parte. Porque les pedí una cantidad exorbitada de material: cocaína, heroína, marihuana, tramadol, metanfetaminas, éxtasis, *speed*… lo que tuvieran. Me costó convencerlos de que me la vendiesen, y aún más de que retrasase el pago, pero ya te digo que se fían de nosotros. Tú me viste negociando con ellos, saben que mis chicos son gente decidida y que saben colocar el producto. Así que, al final, conseguí varios kilos de droga de cuatro fuentes distintas.

—¿Para qué querías toda esa droga?

—Para nada.

Los cuadros colgados en las paredes vibraron con una nueva y ensordecedora explosión. Una lámpara de mesa cayó al suelo, su bombilla estalló y se apagó con un chisporroteo.

—¿Qué significa “para nada”?

—Mis hombres están casi todos en prisión. No tengo tiempo ni ganas de pasar droga. No la compré para eso.

—¿Y para qué la compraste?

El Tiburón abrió de nuevo sus feroces fauces. Se mordió un labio y se hizo sangre. Entonces dijo:

—Me explicaré: Las personas que están aquí en España o en cualquiera de los otros países donde se mueve el dinero de la droga no son estrictamente del cártel, de la banda o del sindicato, llámale como quieras. Los que tratan conmigo no son los jefes o sus lugartenientes, gente importante y protegida; son solo intermediarios, y si la cagan, acaban con ellos. Ha pasado muy a menudo.

«Yo conseguí la droga y les dije que les pagaría el resto del dinero en una semana. Pero como acabo de decirte, los que me vendieron la droga son prescindibles para sus jefes. Tienen que rendir cuentas al cártel, a su organización, y si alguien les roba varios kilos de heroína, de pastillas, de lo que sea… están muertos: ellos, sus hijos, sus esposas e incluso sus familiares, sus tíos, sus sobrinos, y no me extrañaría que matasen también a sus mascotas.

«Esta tarde, antes de salir hacia aquí, me limité a llamar a uno por uno y decirles que no les iba a pagar. Es más, les dije que si antes de la noche no habían entrado en esta casa y acabado con todo bicho viviente, uno de mis hombres destruiría su droga; nunca la volverían a ver. No son tontos. Comprendieron que aquello era una sentencia de muerte, que mis acciones los convertirían a ellos y a su gente en cadáveres. A sus jefes les iba a importar bien poco que les explicasen que los Red Búfalos llevaban años siendo clientes de primera y les engañaron. Si un intermediario pierde medio millón o un millón de euros en droga, las explicaciones son lo de menos. Mis ahora enemigos del Perú, de Nigeria, de Marruecos y de Holanda recibieron la

noticia con estupefacción primero, con ira y amenazas después, pero cuando se calmaron, les dije que había una manera de salvar sus pellejos. Y les expliqué que se la había jugado igual que a ellos a otros camellos gilipollas. Les dejé muy claro que la única manera de recuperar su material era atacar todos juntos esta masía. Nunca por separado, porque aquí se encontrarían una docena de tipos armados hasta los dientes. Tenían dos opciones: me obedecían y trataban de salir con vida de esta o ellos y sus familias estaban ya muertos. En realidad, no tenían elección, y además, los escogí a ellos precisamente porque meses atrás les había vendido armas para sus propios trapicheos. O sea que era consciente de que estaban hasta arriba de AK-47, algo de C-4, granadas de mano, ametralladoras y hasta un lanzacohetes RPG.

—¿Pero a ti no te matarán?

—Oh, yo seré el primero al que maten porque les he jodido, porque les he engañado y porque soy un hombre de palabra. No negociaré por mi vida. Nada más aparezcan por la puerta, les diré dónde encontrar la droga y mi hombre, Santos, ya lo conociste, se marchará de la cima del Puig dels Jueus, no muy lejos de aquí, donde la tengo escondida. Mis enemigos encontrarán su mercancía intacta, volverán a su vida de traficantes y, aunque no creo que vuelvan a vender nada a los Red Búfalos, nadie de mi entorno pagará por mis decisiones. O eso espero.

La masía estaba rodeada. Los “enemigos” del Tiburón estaban a punto de entrar en la casa. El estruendo ensordecedor de una ametralladora rompió el silencio, y un haz de balas comenzó a avanzar rápidamente sobre el enlosado. Las balas perforaban la madera con una furia implacable, dejando tras de sí una línea de agujeros perfectamente alineados y astillas volando en todas direcciones.

—Y entonces yo… ¿qué será de mí? —pregunté—. Quiero vivir.

Carles me miró apesadumbrado, luego dijo:

—Perdóname. Lo siento de veras. Pero hoy vinimos a vengarnos. Tú me necesitabas para hacer el trabajo sucio. Pero yo también te necesitaba. Sin tu presencia, nunca se habrían reunido aquí todos nuestros enemigos y no podríamos haber acabado con ellos de una tacada. Sabía que querrían interrogarte, estar seguros de que no quedaban cabos que atar, de que no había más frascos de perfume (o lo que fuera que buscaran). Así que no había otra manera más que esta.

—¿Y eso qué quiere decir?

Me encontraba en el centro de una tormenta de violencia desatada. El Tiburón la había creado. La única forma de sobrevivir era jugar a su juego. Y en ese juego perverso debía haber una salida, ¿no? Cuando se planifica una estrategia, siempre tiene que haber una ruta de escape. Pero el motero negó con la cabeza. Giró la cabeza. Las balas seguían silbando en el jardín. Se detuvieron. Un grupo de hombres armados había entrado ya en la casa. Los oímos derribar la puerta de entrada y luego otra explosión. Probablemente una granada. Fue entonces cuando me dijo la horrible verdad:

—Lo que quiero decir, Lucía, es que nadie va a salir vivo de esta casa.

12.

Vagaba por una mansión en llamas. Vagaba entre el zumbido de las balas, el humo y la sangre que teñía el suelo, las paredes, y que estaba por todas partes. Nadie iba a salir vivo, eso había dicho el Tiburón. Nuestros enemigos no iban a dejar testigos de aquella horrible matanza. Así que mi suerte estaba echada.

—¡No te alejes, Lucía!

El inspector Durán estaba muerto. Tenía un enorme boquete en el pecho y otro en el vientre, por el que asomaban sus entrañas. El Tiburón estaba a su lado, tratando de coger algo de sus bolsillos. Pero tenía las manos esposadas a la espalda. No era fácil. Se había sentado sobre el policía y, desde esa postura, trataba de buscar alguna cosa.

—¡No te alejes, Lucía! —repitió.

No le hice caso. Subí como una zombi los escalones que conducían al salón y lo que encontré me dejó helada. Elisenda estaba caída en el suelo, cosida a balazos. Una linfa espesa le manaba de la boca. Se estaba formando un charco enorme en el suelo. No debía haber muerto hacía mucho rato. Apenas un par de minutos.

—Ahora de qué te sirve todo lo que has hecho, ¿eh? Tantas muertes, traiciones y mentiras… para nada —le espeté, aún enfadada con ella.

Seguí mi camino, con mi corazón martilleando como enloquecido.

—Ah, eres tú. Siempre tan guapo y elegante.

Lorenzo Luchesi yacía en el suelo, ejecutado de un tiro en la cabeza. Sus ojos, abiertos pero sin vida, eran igual de verdes, pero habían perdido su brillo. Retrocedí, incapaz de procesar todo aquel horror.

El olor a sangre me mareaba.

Tropecé, no sé cómo, y caí de espaldas. Me deslicé en el suelo como una muñeca rota… con las manos atadas. Fue entonces cuando noté el tacto de otro cuerpo. Era Edgar, mi amante. Estaba mirando al techo con una expresión de incredulidad congelada en su rostro. Para siempre. Su cabeza se hallaba prácticamente seccionada por una ráfaga de ametralladora. Era algo grotesco.

—Adiós, cariño —dije.

No me sentía con fuerzas para seguir hablando con cadáveres, ni siquiera para echarle en cara de nuevo a aquel hombre que me hubiese espiado, engañado, acostado conmigo y finalmente traicionado por dinero.

Al final, como los otros, había obtenido lo que se merecía.

Con un esfuerzo titánico, me incorporé. Mis piernas temblaban, casi me caí de nuevo cuando intuí la presencia de un hombre en la habitación. Giré lentamente. Tenía la cabeza tapada con un pasamontañas. Me apuntaba con un Kalashnikov, un AK-47, el fusil ametrallador más famoso del mundo. Tanto que hasta alguien que no sabe nada de armas, como yo, lo reconocí al instante. El cañón del arma me miraba y sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Observé con una mezcla

de pánico y fascinación cómo el hombre intentaba arreglar el arma encasquillada, tirando con fuerza de la palanca de carga para liberar la bala atrapada. Un clic ominoso, metálico, resonó en la habitación cuando finalmente logró desatascarla.

El asesino levantó el arma de nuevo. Ni siquiera me miró. Iba a ejecutarme como a los demás. No cerré los ojos porque, antes de que pudiera hacerlo, se escuchó una detonación y su cuerpo giró sobre sí mismo. Un hilo de sangre comenzó a caer de su sien. Cayó pesadamente al suelo, el arma resbalando de sus manos y rebotando sobre el carísimo suelo de piedra.

—Me ha costado conseguir la llave de las esposas —dijo el Tiburón—. Pero ahora ya está hecho.

Llevaba la pistola reglamentaria del policía. Y yo seguía viva. Por unos segundos o un minuto más, pero viva. Todo parecía tan increíble, dantesco, que me eché a reír.

—No puedo más —le dije.

Y me eché a llorar.

El motero se acercó hasta mí y me zarandeó. Se había dado cuenta de que estaba en estado de shock.

—Gracias a ti he podido vengar la muerte de Loli. Estoy en deuda contigo. Y yo siempre pago mis deudas.

Iba a decir algo, pero las palabras se helaron en mi boca. Pensé en la pobre Loli Ojos Pintados. Una mujer maravillosa, mejor que cualquiera de nosotros.

—Escucha —dijo entonces su esposo, zarandeándome de nuevo—. Tenemos apenas unos segundos hasta que lleguen los demás. Yo estoy muerto, pero se me ha ocurrido una idea. Un nuevo plan.

Y entonces sucedió otra cosa increíble, inesperada. El Tiburón levantó su pistola y me disparó a la cara.

—¡No!

Di un paso atrás. Me toqué la mejilla, por la que caía sangre a borbotones.

—¿Matarme es ahora tu plan? —dije, cayendo de rodillas—. ¿Matarme tú antes de que me maten los otros?

Carles Fabregat me miró. Ya no era el Tiburón. Volvía a ser el hombre que había amado a Loli.

—Siempre hay planes dentro de los planes, Lucía. Y debes morir para salvarte.

La pistola volvió a alzarse. Carles la colocó con cuidado, el cañón sobre mi cabeza. Y entonces disparó una vez más.

EPÍLOGO

LUCÍA



Aquella tarde, Toni no tenía ni idea de lo que iba a encontrarse en el trabajo. Ni lo más mínimo. Había llegado a su turno en el Sistema de Emergencias Médicas (SEM) de Vic con la misma actitud de siempre: concentrado, profesional, pero bastante indiferente. Había visto ya muchas cosas en su trabajo y su cuerpo se había acostumbrado a la rutina, a los accidentes, a las muertes y a la imprevisibilidad de un trabajo que, al final, resultaba ser previsible.

No podía imaginar que aquel día su vida tomaría un giro inesperado.

—Hoy voy a hacer un par de ilustraciones chulas —se dijo, a punto de subir a la ambulancia.

Además de su pasión por salvar vidas, Toni soñaba con ser dibujante de cómics. En sus ratos libres, se imaginaba publicando sus obras en Francia, el epicentro de los mejores cómics (allí los llamaban BDs, *bandes dessinées*) del mundo. Siempre llevaba consigo un cuaderno de bocetos, listo para capturar ideas entre una emergencia y otra.

El SEM de Vic funcionaba como una máquina bien engrasada. En la ambulancia viajaban tres personas: Joan era el que conducía; María era la paramédica, y Toni ocupaba el puesto de técnico en emergencias sanitarias. Ayudaba a María, manejaba el equipo médico e intentaba que los pacientes llegasen vivos al hospital.

Aquella tarde, mientras revisaba los botiquines y se aseguraba de que todo estuviera en orden, sonó la radio. La central telefónica de emergencias había recibido una llamada. La operadora dijo en catalán:

—Código rojo en Can Masover, una masía situada en el pequeño pueblo de Sant Martí de Centelles, a unos 20 kilómetros. Todos sabéis dónde está, ¿no? Pues venga. Muchos muertos y heridos. Requieren asistencia inmediata.

Toni intercambió una mirada con sus compañeros. Si de inicio ya hablaban de muchos muertos, era porque aquello era una carnicería.

—Al menos cinco —dijo Joan.

—Siete —dijo María.

—Yo no juego al precio justo con esas cosas —objetó Toni.

—Aguafiestas —repuso su compañera, haciéndole burla.

Se subieron rápidamente a la ambulancia y, en cuestión de segundos, estaban en camino. El conductor, un veterano del SEM, encendió las sirenas y pisó el acelerador. La ambulancia rugió y salió disparada, abriéndose paso entre el tráfico de la ciudad.

El camino a Sant Martí de Centelles estaba bordeado por campos y montañas. La C-17, que no solo conectaba Barcelona con Vic, sino también esta última con los pueblos cercanos, se extendía frente a ellos como una cinta gris que serpenteaba por el paisaje.

—¿Estás bien, Toni? —preguntó Joan, lanzándole una mirada rápida por el retrovisor.

—Sí, solo estaba pensando en lo que nos espera —respondió Toni, intentando sonar más tranquilo de lo que se sentía.

Tenía un mal pálpito.

Pero al final fue mucho peor de lo que ninguno podría haber imaginado. Cuando la ambulancia se detuvo en la entrada de Can Masover, se encontraron en el mismísimo infierno. Dos grandes camiones de bomberos, con sus luces intermitentes rojas y amarillas, estaban estacionados a un lado, recogiendo las mangueras. Habían terminado de sofocar un incendio.

Junto a los camiones había tres ambulancias más del SEM, cada una con las puertas abiertas y los paramédicos en plena acción, transportando equipos médicos y preparando camillas.

En el perímetro, cinco coches de los Mossos d’Esquadra formaban una especie de barrera

alrededor de la masía. Los agentes, vestidos con uniformes azul oscuro y chalecos antibalas, corrían de un lado a otro, tratando de ayudar o hablando por radio, coordinando la llegada de más unidades.

—Dieciocho muertos ya —le dijo un *mosso* a Toni cuando bajaron. Se conocían de hacía tiempo—. *Divuit, ostia puta!* Algunos son compañeros. No sé qué demonios hacían aquí o qué ha pasado. Solo sé que van a rodar cabezas.

A pesar del despliegue de medios, Toni descubrió que no tenían mucho que hacer. Habían llegado tarde. Todos estaban muertos, rematados de un tiro en la cabeza en la mayoría de los casos. Así que, después de un rato de espera, cogió su libreta y empezó a dibujar.

—Haz tus dibujos discretamente —le advirtió Joan—. Ya te han llamado la atención demasiadas veces. Al final te van a sancionar… o a echar. Ándate con ojo.

—Tranquilo —repuso Toni.

—Te llamo si te necesito o si tenemos que irnos.

—Genial. Gracias, amigo.

Toni nunca había visto una carnicería como aquella y vagó alucinado durante varios minutos sin atreverse a sacar el lápiz. En el patio, varios coches estaban carbonizados, sus estructuras metálicas retorcidas y humeantes. Los neumáticos se habían derretido en charcos de caucho negro, y las ventanas de los vehículos eran poco más que huecos vacíos con restos de vidrio pegados a los marcos. Las paredes de piedra tenían orificios de bala por todas partes. Y, más allá, había habitaciones virtualmente destruidas, muebles volcados y despedazados, fragmentos de madera esparcidos por todas partes. En algunas partes, las llamas habían consumido todo a su paso, dejando solo esqueletos carbonizados de lo que antes eran armarios, mesas y sillas.

La escena era desoladora. Le costó, pero decidió sobreponerse y comenzar con el primer bosquejo.

Encontró un sitio tranquilo en el piso de arriba, en el salón, que estaba literalmente desmenuzado, pieza a pieza, personas, muebles… todo. Comenzó a dibujar una mesa volcada y unos canapés de pescado caídos en el suelo.

Al otro lado de la sala, unos compañeros del SEM estaban revisando los últimos cuerpos. Se inclinaron junto a un hombre casi decapitado. No vieron a una mujer que estaba oculta tras los restos del mantel de la mesa principal. Su cabeza descansaba sobre una gran mancha escarlata. Toni decidió dibujarla. Era hermosa, con algo más de treinta años, pelo corto y negro, y unas pestañas largas y delicadas. Mientras la observaba, le pareció que sus ojos se movían ligeramente bajo los párpados, como si soñara. Volvieron a moverse. Dio un salto y se acercó. Un momento… ¡estaba viva!

—¡Una camilla! ¡Rápido! —gritó.

Un par de minutos después, Lucía abrió lentamente los ojos, parpadeando con dificultad.

—Has tenido suerte —le dijo Toni, tratando de mantener la calma—. Te han disparado en el lóbulo de la oreja izquierda y en el cuero cabelludo. Dos lugares donde la sangre mana escandalosamente, pero que no comportan peligro real para la salud.

Lucía quiso decirle que no había sido casualidad. Carles había encontrado la manera de salvarla.

—Creo que te dieron por muerta —añadió Toni—. No te remataron porque parecía que ya lo habían hecho.

Lucía abrió los ojos por completo, pero permaneció en silencio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Toni, acercándose para poder escucharla si emitía algún sonido.

En casos como aquel, había que mantener a los heridos despiertos y conscientes si era posible. A veces se marchaban… y ya no podían regresar.

—Me llamo…

Lucía se dio cuenta de que ahora su trabajo, sus perfumes, estaban a salvo; de que nadie sabía cómo hacer Ambrossence, la esencia divina, más que ella. Perfumerías Masover y Eonix se hundirían con el escándalo, y ella podría volver a tener el control de su vida, tal vez incluso abrir una tiendecita en un pueblo perdido. Solo tenía que pagar con una cosa: no podía volver a ser Lucía. La acusaban de muchos crímenes, nunca podría demostrar su inocencia por completo. Ya no era una ingenua. Aunque se investigara todo lo que había sucedido, había policías y gente poderosa implicados… nunca se sabría toda la verdad. Los políticos echarían tierra sobre el asunto.

—Me llamo Lu… —comenzó a decir. Por un momento perdió las fuerzas.

—¿Lourdes? No. Lourdes, no… Lucía, tienes cara de Lucía —dijo Toni, con su pelo muy rizado enmarcando su rostro, lo que le daba un aire desenfadado y atractivo. Lucía lo miró y le pareció guapo, ingenuo, como ella había sido una vez… hacía muy poco tiempo. Sonrió débilmente.

—No, Lucía no. Me llamo Mont… Montserrat Vidal Blanco.

—¿Te puedo llamar Montse? —preguntó Toni, con una calidez en su voz que hizo que Lucía (perdón, Montserrat) se sintiera un poco más segura.

Toni pensó que, si aquella mujer tan bonita se recuperaba, iría a verla al hospital. Nunca había hecho amistad con ninguna de las personas a las que había salvado, pero esta vez… esta vez era distinto. Quería dibujarla. No sabía por qué, pero quería dibujarla una y mil veces.

—Puedes llamarme como quieras —respondió ella.

Cuando llegaron sus compañeros con la camilla, Toni cogió a Montse de la mano y no la soltó hasta que la subieron a la ambulancia.

—Eres la única superviviente —le dijo Toni con suavidad mientras la acomodaban y comenzaban a vendarle la cabeza.

—¿La única?

—Así es. Pero tú eres fuerte. Y tus heridas son básicamente superficiales. Saldrás de esta.

Montse fue por un instante y por última vez Lucía, miró atrás y pensó en Elvira, su madre, en Carmen, en Marco, en Loli, en Carles, en todos los que se habían sacrificado para que ella fuese libre. Y le pareció que habían pagado un precio muy alto, pero comprendió que no podía desaprovechar el regalo que le habían hecho, por ellos… y por ella misma.

—Sí —dijo con una voz clara, decidida—. Saldré de esta.

FIN

Tras esta novela, prosiguen los misterios de la saga Gloria Goldar.

En la próxima entrega, Lucía (la coleccionista de aromas) y Toni se unen a la nueva Asociación Egeria, liderada por Alessandra Campi y su prima Jacobella.

Pero pronto necesitarán la ayuda de Gloria para resolver el siguiente misterio de la saga.

Has sido, pues, testigo de un nuevo comienzo: una precuela de las nuevas aventuras de la Asociación Egeria, Gloria Goldar y de Lucía, la coleccionista de aromas.

Esperamos estar a la altura de los muchos seguidores de esta saga, que comenzó años atrás con *El asesino de Alcàsser*

Gracias a todos nuestros lectores.

NOTA DE LOS AUTORES

Verdad y ficción, placebo y realidad

Esta novela está basada en dos hechos reales.

El primero, los enfrentamientos entre grupos de moteros rivales. Estudiamos los violentos enfrentamientos entre bandas de motociclistas como los Hells Angels, Bandidos, Outlaws y Mongols, especialmente en países como Estados Unidos, Canadá, Dinamarca y Suecia.

Estos conflictos han alcanzado niveles de extrema violencia, con docenas de muertos. Uno de los ejemplos más impactantes ocurrió durante la Guerra entre los Rock Machine y los Hells Angels en Canadá, que dejó más de 160 muertos en una lucha encarnizada por el control del tráfico de drogas.

En Escandinavia, la guerra entre Hells Angels y Bandidos llegó a tal punto que ambas bandas utilizaron lanzagranadas y bazucas para destruir sedes rivales. En 1996, en Copenhague, se dispararon misiles antitanque contra un club, causando varios muertos y más de una decena de heridos.

Aunque en nuestra novela hemos evitado llevar la violencia a esos extremos (al menos hasta la escena final), nos parece importante mencionar que estos grupos han vendido y usado en múltiples ocasiones armamento militar. A veces, la realidad supera incluso a la ficción más exagerada, y los hechos que inspiraron esta historia son prueba de ello.

Pero la principal inspiración de esta novela vino de otra parte.

Hace algún tiempo, leímos un artículo fascinante en la prensa sobre un estudio realizado por científicos de la Universidad de Colorado Boulder, el cual se cita en este libro. La investigación exploraba el poder de los placebos para aliviar el dolor emocional de los corazones rotos. Los científicos reclutaron a un grupo de voluntarios que aún sufrían por la ruptura de sus relaciones y los sometieron a una prueba inusual: se les mostraron fotos de sus antiguas parejas mientras recibían leves descargas eléctricas, provocando una respuesta de dolor emocional tangible.

Más tarde, los científicos administraron a los voluntarios un elixir, un perfume, prometiendo que aliviaría sus penas. Los efectos fueron inmediatos: el dolor y la tristeza comenzaron a remitir casi al instante. Lo que los voluntarios no sabían era que el elixir era, en realidad, un simple placebo, un perfume inocuo sin ninguna capacidad curativa. El estudio demostró que, al engañar al cerebro con falsas promesas, se podía inducir una sensación de alivio emocional genuina. Cada vez que olían el perfume al que la falsa promesa estaba ligada, el alivio era mayor.

La esencia de este descubrimiento nos llevó a crear la trama del Elixir de los Corazones Rotos en esta novela. A través de esta historia, quisimos explorar cómo la mente humana puede ser engañada de forma sencilla, zafia, sin que lo notemos (y sin que, en el fondo, nos importe haber sido engañados).

Nuestra protagonista, Lucía, al igual que los participantes en el estudio universitario, cree que el placebo (el elixir de su madre) es real, y eso deforma su visión de los hechos. Le impide ver que su propio trabajo es lo “realmente” importante.

Esta paradoja entre la realidad y la percepción se convierte en el núcleo de la narrativa, ofreciendo una reflexión sobre cómo, a veces, la fe, el engaño o el autoengaño son más poderosos que la verdad. Y eso no significa, paradójicamente, que nos hayamos equivocado. A menudo, la felicidad es una elección. Si hay que mentirse para alcanzarla, ¿es eso preocupante? Nosotros no lo sabemos. Tal vez ustedes sí lo sepan.

En un mundo lleno de peligros, cambios, guerras, gente cabreada e incertidumbres, todo lo que necesitamos es creer que hay algo que puede ayudarnos a seguir adelante, incluso si ese algo es tan sutil e intangible como el olor de un perfume.

Oviedo, octubre de 2024.

LA SAGA

1- El ASESINO DE ALCASSER
2- YO MATÉ A LA PEQUEÑA ASUNTA
3- TÚ SECUESTRASTE A MADELEINE McCANN
4- LA COLECCIONISTA DE AROMAS
5- (PRÓXIMAMENTE) Un nuevo libro de la saga

EL ASESINO DE ALCASSER (y la navaja de Occam)

Gloria Goldar, una periodista vinculada a asociaciones de víctimas, recibe una oferta inesperada del abogado de Antonio Anglés, un preso condenado por crímenes atroces.

A cambio de no pedir su tercer grado y pasar el resto de sus días en prisión debido a una enfermedad terminal, Antonio le pide a Gloria que reabra el caso. Insiste en que, aunque violó a las víctimas, no fue el asesino.

¿Por qué Gloria, antigua compañera de las niñas asesinadas, es la elegida para descubrir la verdad? ¿Está diciendo la verdad o es una estrategia oculta?

Un thriller impactante que pondrá a prueba todas las certezas, con un desenlace que dejará a los lectores sin aliento.

YO MATÉ A LA PEQUEÑA ASUNTA

El asesinato de una niña de origen asiático en circunstancias similares al caso de Asunta en 2013 reabre viejas heridas.

El principal sospechoso repite insistentemente: "Yo maté a la pequeña Asunta".

Este thriller novelado plantea inquietantes preguntas:

¿Fueron realmente los padres de Asunta los responsables?

¿Hubo fallos en la investigación o la condena?

Basada en el polémico "caso Asunta", la novela explora los hechos desde la ficción, ofreciendo una nueva perspectiva sobre uno de los crímenes más mediáticos y confusos de la historia reciente.

TÚ SECUESTRASTE A MADELEINE McCANN

LA PEQUEÑA MADELEINE HA DESAPARECIDO EN UN PUEBLO TURÍSTICO EN PORTUGAL y esto hace resurgir algunas sombras del pasado.

La periodista Gloria Goldar y la forense Alexandra Campi recuerdan el pasado, cuando eran unas niñas en Portugal y pasaban las vacaciones en el mismo hotel que Madeleine y su familia.

¿Logrará Alexandra descubrir la verdad y liberar a su amiga? ¿O desenterrar el pasado solo revelará secretos que algunos preferirían olvidar?

JAVIER COSNAVA

Es un escritor y guionista residente en Oviedo.

Ha publicado 30 obras en papel entre novelas, ensayos y cómic, en España y Francia, y en editoriales tan prestigiosas como Dolmen, Suma de Letras (Penguin Random House) o, en Francia, Sarbacane (Flammarion)

Ha ganado 37 premios literarios, destacando el Ciudad de Palma, el Serra i Moret de la Generalitat de Cataluña y el premio Haxtur del Festival del Principado de Asturias.

Autor prolífico, publica con varios pseudónimos en formato digital y sus obras superan ya los dos millones de descargas.

EDestacan entre sus obras:

2ª GUERRA MUNDIAL SERIE

1- LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, LA NOVELA (1939-1941)

La ficción histórica que nos muestra no solo las batallas sino la vida privada de Hitler y de sus generales, los enfrentamientos entre sus esposas o las luchas de poder dentro del propio partido nazi.

2- LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, Barbarroja y el Norte de África

Continúa la novelización del conflicto militar más importante de todos los tiempos

3- LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, Stalingrado y El Alamein

Llega el momento exacto en que la Alemania de Hitler perdió la segunda guerra mundial.

4- LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, La Caída de Berlín

Alemania ha perdido ya la guerra, aunque nadie se atreve a decírselo al Führer.



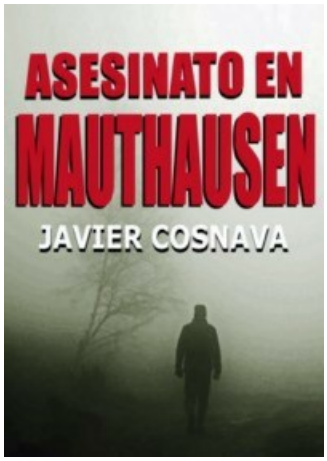
ASESINATO EN MAUTHAUSEN

Una novela que no olvidarás fácilmente, que te llegará al corazón y te hará reflexionar sobre la condición humana.

Un policial que se desarrolla en el famoso campo de concentración de Mauthausen y en sus aledaños, durante los años de la eliminación de deficientes mentales (Aktion T4).

¿QUIÉN ESTÁ ASESINANDO A LOS GUARDIAS DEL CAMPO DE CONCENTRACIÓN?

Esa es la pregunta que deberán resolver los investigadores, los dos hermanos Weilern. Pero ni en la peor de sus pesadillas podrían imaginar el horror que van a encontrarse.



TERESA ORTIZ-TAGLE

Es una autora asturiana cuyas obras se centran en descubrir mujeres a lo largo de la historia, heroínas que realizaron grandes gestas y han sido olvidadas con el paso del tiempo.

Ha publicado en la editorial Grijalbo (Penguin Random House) la novela “La espía roja” bajo el pseudónimo de Sofía Dealma.

También es autora de novelas policiales junto a Javier Cosnava.

Muchas de sus novelas se han situado entre las más vendidas en Amazon.

Destacan entre sus obras:

- LOS CASOS DE AGATHA Y HERACLES:



UNA SAGA DE NOVELAS ESCRITAS AL MÁS PURO ESTILO AGATHA CHRISTIE.

Un maravilloso homenaje a las novelas de misterio con personajes complejos y pistas que debe desvelar el lector

Una saga inspirada en las pesquisas del oficial británico Michael Clapp, que ha investigado una reunión que tuvo lugar en 1914 en casa de su abuela, Alice Graham Clapp, y donde una joven llamada Agatha Christie conoció a un grupo numeroso de refugiados belgas.

Uno de ellos, un gendarme retirado, pudo haber sido el punto de partida para crear años después a Hércules Poirot.

En esta saga podrás conocer la vida y la obra de Agatha Christie.

-MUJERES DE AL-ANDALUS:

Fátima y Asunta, abuela y nieta, buscarán un enigma increíble que las llevará hasta los confines del Islam y los reinos cristianos. Una obra que lleva ya varios meses entre las más vendidas en novela histórica en español en Amazon.com.

-LA DAMA DEL AMAZONAS:

Aventuras, acción, misterio y una mujer que luchó hasta más allá de cualquier límite. La más grande historia de amor del siglo XVIII. Y tal vez la más grande de todos los tiempos

- LAS INDOMABLES.

Una novela adulta, apasionante, que mezcla acción, aventuras y una historia de amistad inquebrantable.

SI QUIERES LEER MÁS NOVELAS DE **TERESA ORTIZ-TAGLE,**

DESCÁRGALAS AQUI

Siguenos en las redes:

Facebook :

@COSNAVA

@TeresaOrtizTagle

Twiter:

@COSNAVA

Instagram:

@COSNAVA

@teresaortiztagle

Tiktok:

@teresaortiztagle

@COSNAVA

SI QUIERES COMPRAR UN LIBRO FIRMADO DE
COSNAVA O TERESA ORTIZ TAGLE ESCRIBE A **bakenkonsu32@hotmail.com**

SI QUIERES LEER MÁS LIBROS NUESTROS, AQUÍ ENCONTRARAS UNA GRAN SELECCIÓN DE ELLOS

Podrás estar al tanto de ofertas, novedades y mucho más ¡!!